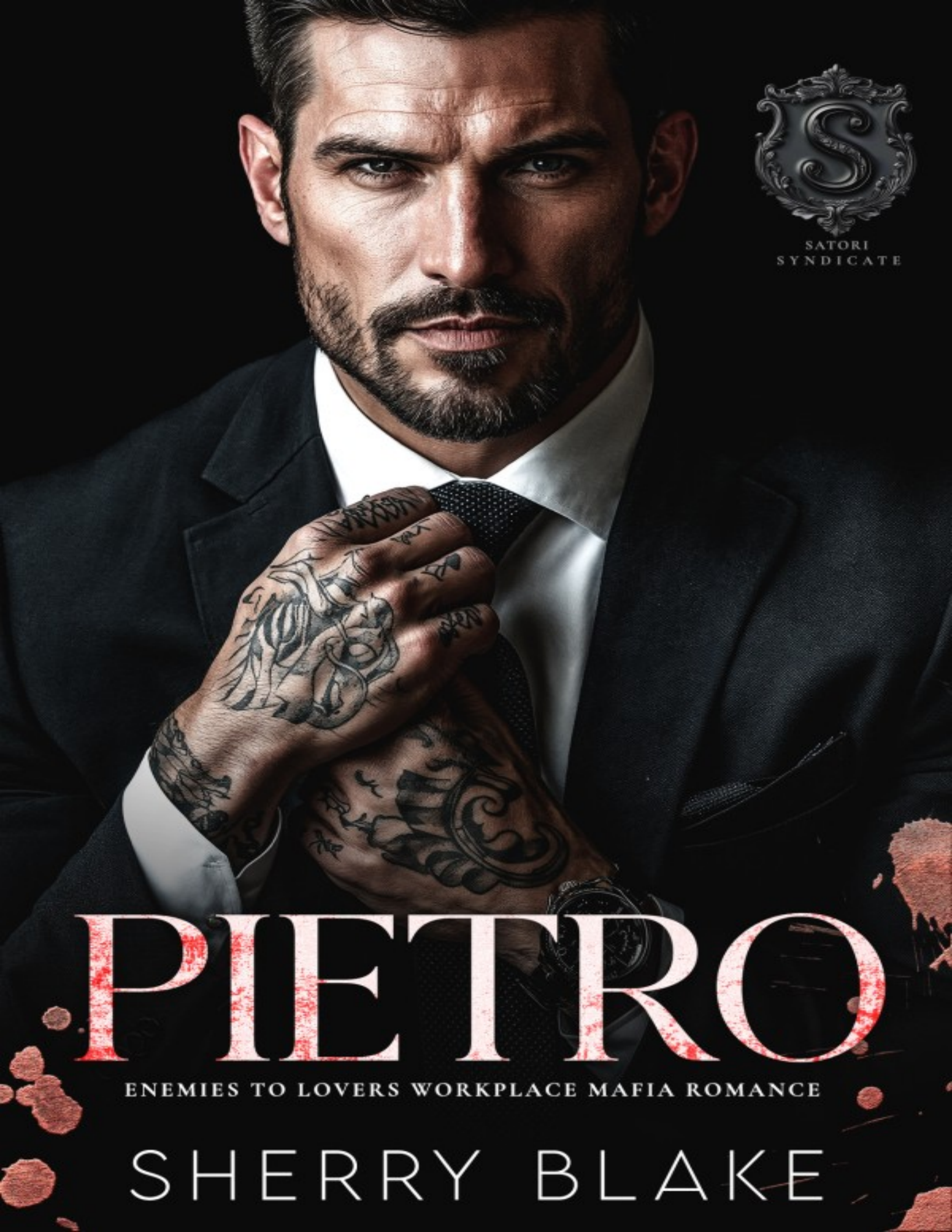
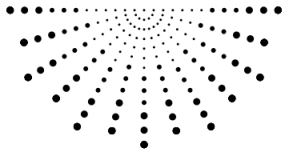

SATORI
SYNDICATE
PIETRO
ENEMIES TO LOVERS WORKPLACE MAFIA ROMANCE
SHERRY BLAKE

PIETRO

UN ROMANCE MAFIOSO DE ENEMIGOS A AMANTES EN EL TRABAJO

FERETTI SYNDICATE

LIBRO UNO



SHERRY BLAKE



Rosanthe Publishing

Copyright © 2025 por Sherry Blake

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo métodos electrónicos o mecánicos, sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de breves citas utilizadas en reseñas o análisis académicos.

El derecho moral del autor ha sido reivindicado.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con acontecimientos reales es puramente coincidencia y no es la intención del autor.

ÍNDICE

Advertencias de contenido

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44

Escena Bonus Exclusiva
Acerca De Sherry Blake
Otras Obras de Sherry Blake

Para quienes llevan fantasmas a cuestas,
que entienden que algunas heridas nunca terminan de cerrar,
y que sobrevivir a veces significa aprender a vivir
con trozos de ti para siempre ausentes.

Esto es para quienes saben que el duelo no es poético,
que la culpa puede ser una cadena perpetua que uno mismo se impone,
y que la persona más difícil de perdonar
es la que te devuelve la mirada desde el espejo.

No estás sola en tu oscuridad.
Esta historia guarda un espacio para tu dolor.

ADVERTENCIAS DE CONTENIDO

Este libro está dirigido a un público adulto (18+) y contiene contenido potencialmente desencadenante.

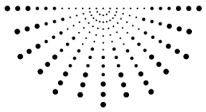
Por favor, ten en cuenta que esta historia incluye:

- Violencia gráfica y asesinatos
- Muerte de un ser querido
- Contenido sexual explícito
- Actividad del crimen organizado
- Personajes moralmente grises/oscuros
- Secuestro y cautiverio
- Amenazas de violencia
- Referencias a traumas infantiles
- Consumo de sustancias
- Dificultades de salud mental
- Lenguaje soez y explícito
- Emergencias médicas

Este es un romance oscuro con una dinámica de relación moralmente compleja. Los personajes se mueven en los bajos fondos criminales, donde la violencia está normalizada. Si alguno de estos temas te resulta difícil, por favor, prioriza tu bienestar.

Hay un HEA (Happily Ever After), pero el viaje es intenso.

PRÓLOGO



CHICAGO, HACE TRECE AÑOS

PIETRO

La puerta del almacén cuelga mal de sus bisagras, la primera señal de que algo va mal.

Empujo para entrar, con la charla de mi padre aún resonando en mis oídos. —La familia es lo primero, Pietro. Estas responsabilidades importan más que andar correteando con ese chico.—

El metal raspa contra el hormigón. El sonido me sacude, una advertencia que mi instinto entiende antes que mi cerebro. Pablo ya debería haber arreglado esa puerta. Es maniático con que las cosas funcionen bien.

El silencio me recibe. No hay música de su radio portátil, ni el sonido de él contando mercancía o soltando chistes a su propia costa. Solo el viento de noviembre sacudiendo las rendijas de las paredes de chapa.

—¿Pablo?— Mi voz rebota en metal y hormigón. —¿Dónde coño te escondes?—

El olor me golpea primero. Cobre y pólvora, mierda y miedo. Mis dedos encuentran la empuñadura de la Glock en mi cintura, el acero

frío un peso familiar mientras doblo la esquina hacia la zona principal de almacenaje.

Las cajas están hechas una mierda, acribilladas a balazos. Un polvo blanco cubre el suelo donde han reventado paquetes de cocaína, mezclándose con manchas oscuras que se extienden por el hormigón. Sangre.

Mi mente pone la palabra y el estómago se me revuelve. Cuerpos desparramados entre los restos. Tres, cuatro, cinco hombres, con la cara fláccida, los ojos abiertos con una sorpresa que no se desvanecerá jamás.

Y en el centro de todo, Pablo.

Las piernas se me mueven sin pensar, llevándome por el suelo del almacén. El cristal cruje bajo mis zapatos. Los que me puse para complacer a Giuseppe en su jodida cena. Me dejo caer de rodillas junto a mi mejor amigo, mi hermano en todo menos en la sangre.

—No, no, no...— Las palabras me salen a borbotones mientras mis manos encuentran su pecho, presionando contra heridas que ya no sangran. Su camisa burdeos se ha vuelto negra de sangre, la tela pegajosa y fría. —Pablo, vamos. Abre los ojos.—

Su cara está mal. Demasiado pálida. Los labios azules. ¿Esa maldita media sonrisa que siempre llevaba? Desaparecida. Le toco la mejilla y me aparto de un respingo. Su piel tiene el frío del hormigón de noviembre, no el calor de la vida.

—¡Joder!— Le busco el pulso en el cuello que no está, sabiendo que es inútil pero incapaz de parar. Sus manos cuentan la historia. Heridas defensivas en las palmas, nudillos abiertos de pelear. No se fue fácil. Pablo nunca hizo nada fácil.

Le levanto la cabeza y la apoyo en mi regazo. Sus ojos miran a la nada, y se los cierro con los dedos temblorosos. Veintitrés años. Como yo. Se suponía que íbamos a dominar esta ciudad juntos.

—Lo siento, fratello. Lo siento muchísimo. Debería haber estado aquí. A la mierda Giuseppe. A la mierda su cena. Debería haber estado aquí.—

Pero no lo hice. Estuve allí sentado tres horas, comiendo el *osso buco* de mi madre mientras Giuseppe y mis hermanos hablaban de expandir territorio y de conexiones políticas. Le escuché sermonear

sobre el deber y el legado mientras Pablo se enfrentaba solo a los mexicanos.

Me vibra el móvil. El nombre de Giuseppe ilumina la pantalla, y la rabia me araña la garganta, caliente y ácida. Las manos me suplican destrozar algo. Lo que sea.

En vez de eso, descuelgo.

—¿Está asegurado el envío?— La voz de Giuseppe lleva ese tono de éxito por defecto, como si el mundo se doblegara a la voluntad de los Sartori por la mera fuerza de esperarlo así.

Miro la cara inmóvil de Pablo, las heridas defensivas que dicen que los contuvo lo suficiente para proteger la mayor parte de la mercancía. A los mexicanos muertos, que no van a informar de vuelta sobre nuestros horarios de envío.

—Está controlado.—

—Bien. Sabía que podía contar con usted para ser un soldado como Dios manda. La familia primero, Pietro. Siempre la familia primero.—

La línea se corta. Dejo el teléfono a un lado. Me quedo mirando a Pablo. El único que hacía que las cadenas pesaran menos. Y le dejé morir solo.

Algo dentro del pecho se me agrieta, un sonido seco y definitivo como un disparo. No se rompe. Se hace añicos.

En polvo.

Acerco el cuerpo de Pablo, su sangre calando a través de mi camisa para marcarme la piel. —Seré lo que él quiere. El soldado. El asesino. El buen hijo.— Mi voz suena ya muerta, vacía como el almacén que nos rodea. —Pero los dos sabemos la verdad, ¿no? Yo también morí aquí esta noche. Solo que soy demasiado idiota para dejar de respirar.—

Presente

La butaca de cuero cruje cuando me recuesto, mirando unos informes trimestrales que se difuminan en cifras sin sentido. Mi despacho irradia poder. Ventanas con vistas a la ciudad que ahora controlo, suelos de mármol italiano, obras de arte por las que los museos matarían.

Todo construido sobre sangre.

Mi mano se mueve sin pensar, presionando contra las costillas por encima de la tela de la camisa. El tatuaje palpita como una herida reciente, aunque hace años que la aguja grabó su nombre y aquella fecha en mi piel. 15 de noviembre. El día que dejé de ser Pietro y me convertí en esta cosa que lleva su cara.

Hay días que trazo las letras, intentando recordar cómo sonaba su risa. Otros días hundo los dedos lo bastante fuerte como para dejarme moratones, esperando que el dolor físico ahogue todo lo demás.

—¿Estarías orgulloso?— le pregunto a la oficina vacía, la pregunta que le hago a cada decisión. —¿Entenderías por qué tuve que quemarlos a todos?—

Los hombres que lo mataron murieron gritando. Sus familias se dispersaron. Sus territorios fueron absorbidos. Me convertí en todo lo que Giuseppe quería: despiadado, eficiente, temido. El Don perfecto cuando Riccardo se comió una bala y murió. El Don perfecto mientras Bruno está en el puto hospital sin saber si llegará a despertar.

Pero esto es lo que sé, lo que sé desde aquella noche en el almacén: Pablo odiaría en lo que me he convertido. Miraría la sangre de mis manos, el vacío detrás de mis ojos, las mujeres a las que follo y desecho porque no sentir nada es mejor que sentirlo todo.

Me preguntaría cuál es el sentido de sobrevivir si en realidad no estoy viviendo.

Y yo no tendría respuesta. Porque la verdad es simple e inmutable como la gravedad.

Debería haber muerto en aquel almacén hace trece años. Cada aliento desde entonces ha sido tiempo robado, prestado por un hombre mejor que se los merecía más que yo.

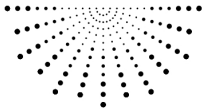
Las luces de la ciudad brillan más allá de mis ventanas, Chicago extendiéndose como un reino que nunca quise. En algún lugar ahí fuera, Giulia cuida su jardín y enciende velas por su hijo. Mis hermanos se mueven en sus propias órbitas, unidos por la sangre y el deber y ese tipo de lealtad que mató a Pablo.

Sirvo tres dedos de whisky, alzo el vaso hacia mi reflejo en la ventana oscurecida.

Un fantasma brindando por fantasmas.

—Por el tiempo prestado, fratello.—

CAPÍTULO UNO



PIETRO

Lanzo el vaso de whisky. Estalla contra la pared, el líquido ámbar resbalando por el suelo como lágrimas que no tengo fuerzas para derramar. El rastro del perfume de otra secretaria, dulce y asustado, ya se desvanece.

Liam está en el vano de la puerta, carta de dimisión en mano. Ya no se inmuta ante la violencia. Ninguno lo hace.

Liam Blackwood. Metro ochenta y tres, siempre vestido con trajes de sastre antracita con discretas rayas diplomáticas. Ni un pelo fuera de sitio en su cabeza entrecanosa.

Ronda los cincuenta, pero se mueve con la eficiencia de un soldado. Que lo fue, en su día. Fuerzas Especiales británicas antes de cambiar el trabajo gubernamental por el sector privado. El único hombre, aparte de mis hermanos, en quien confío a mi espalda.

—Tres días.— Deja el papel en mi mesa entre manifiestos de carga y facturas impagadas.— Eso es un récord.

No levanto la vista de los números que se niegan a cuadrar. Algún estibador en Newark nos jodió un envío, o quizá fue el agente

de aduanas en Miami. Sin documentación adecuada, sin alguien que se preocupe por los detalles, todo es una sangría de dinero.

—¿Qué tenía de malo esta?— La voz me raspa, cruda por la botella de anoche.

—Le lanzaste un pisapapeles a la cabeza.

—Lo lancé por delante de su cabeza. Hay diferencia.

A Liam se le contrae un músculo en la mandíbula. Liam dirige mi vida. Anticipa problemas antes de que lo sean. Se ocupa de los detalles para los que yo no tengo paciencia.

—Necesitamos…

—Otra. Lo sé. Búscame otra.

La hoja de cálculo de octubre se burla de mí desde el escritorio. Trescientos mil desaparecidos. Quizá cuatro. Los números se me mezclan, y me sirvo otro trago con unas manos que deberían estar más firmes. La copa Glencairn encaja bien en la palma, cristal pesado que podría abrir una cabeza si hiciera falta.

—Los irlandeses han asaltado dos envíos más esta semana.— Liam cambia el peso, las botas tácticas mudas sobre el mármol.— Connor O'Sullivan se está creciendo. Dice que estamos débiles sin…

—Sin Riccardo.— El whisky quema menos que la verdad.— Sí, me he enterado.

—La estás cagando, Pietro.

Es el único que me habla así. El único que me llama Pietro en lugar de Jefe o don Sartori. Incluso mis hermanos mantienen cierta formalidad en la oficina.

Pero Liam se ha ganado el derecho a hablar claro. Me ha sacado el culo del fuego más veces de las que puedo contar, ha limpiado desastres que habrían atraído a los federales y jamás ha juzgado la sangre de mis manos.

Liam pasa el pulgar por el móvil. Me enseña la pantalla. Una foto de Connor O’Sullivan brindando con dos bastardos pelirrojos que trabajan con él.— Se están acomodando —dice Liam—. Saben que nos estamos desangrando. Sin alguien gestionando la fachada legal, toda la operación…

—Yo me encargo.

Pero los dos sabemos que no lo haré. Que no puedo. Los números se me emborronan. Fechas de envío, códigos de aduanas, sobornos que hay que pagar. Riccardo entendía esta mierda. Bruno lo habría llevado por pura fuerza de voluntad. ¿Yo? Soy el hijo de repuesto al que ascendieron por encima de su competencia porque los buenos están muertos o muriéndose.

El teléfono de Liam vibra. Se le tensa la cara al leer.— Los estibadores amenazan con ir a la huelga. No han cobrado en dos semanas porque…

—Porque la secretaria de nóminas dimitió.— Apuro el vaso.— ¿O fue la de antes?

—Las dos, en realidad.

La carcajada que se me escapa hace sonreír también a Liam. Por supuesto que fueron las dos. Llegan con ojos de cervatillo y ganas, pensando que han conseguido el trabajo soñado de oficina. Luego ven lo que realmente somos. Lo que realmente soy. Y se largan.

Listas.

—Haré unas llamadas.— Liam se dirige a la puerta y, antes de salir, se detiene.— Pietro, tienes que aflojar con ellas. No podemos seguir…

—¿Qué? ¿No podemos seguir qué?— Me pongo en pie demasiado deprisa y la habitación se inclina.— ¿No podemos seguir desangrándonos de dinero? ¿No podemos seguir perdiendo territorio? ¿No puedo seguir fallando a la familia?

—No es eso lo que yo…

—Consígueme otra secretaria, Liam. Una que no se doble a la primera señal de sangre.

Se va sin añadir una palabra, lo bastante listo para reconocer una causa perdida. La oficina parece más grande sin él, todas estas ventanas mostrando una ciudad que se supone que debo controlar, pero que apenas distingo entre la bruma.

Me hundo en la silla de cuero, los manifiestos esparcidos por el escritorio como acusaciones. Cada error nos cuesta. Cada retraso nos debilita. Cada momento que me siento aquí bebiendo en lugar de liderar demuestra lo que todos ya saben.

Yo no soy Riccardo. Ni siquiera soy Bruno.

Soy solo el tipo que sobrevivió cuando mejores hombres murieron.



Tres semanas antes. Boston.

NORA

Las tablas del suelo se me clavan en la espalda, astillas atravesando la tela fina de la blusa. El peso de Declan me aplasta el pecho, sus manos en mi garganta, los pulgares presionando mi tráquea con una constancia metódica. El anillo de compromiso —el anillo de mi abuela que me puso en el dedo hace seis meses— se me incrusta en la mejilla cuando me fuerza la cabeza hacia un lado.

—Puta estúpida.— El aliento le apesta a Jameson y a rabia.— No podías dejarlo en paz, ¿verdad?

Manchas negras bailan en los bordes de mi visión. Mis dedos arañan sus muñecas, las uñas rompiéndose contra su piel. Debajo de mí, una fotografía brillante de él dándole la mano a un Murphy está manchada con mi sangre. La prueba de su traición mezclándose con la mía propia.

—Tres años.— Su agarre se estrecha.— Tres putos años hice de soldado perfecto para tu padre. Y tenías que ponerte a escarbar.

Mi mano tantea el suelo, buscando. La base de la lámpara. Mis dedos la encuentran justo cuando el mundo empieza a oscurecerse.

Yo golpeo con todas mis fuerzas.

El crujido del cristal contra el cráneo retumba por el piso. Las manos de Declan se aflojan cuando tambalea hacia atrás, la sangre

corriéndole de la sien. Ruedo a un lado, boqueando, con la garganta en llamas. Cada respiración es como tragar cristales.

—Estás muerta.— Se limpia la sangre de los ojos, llevándose la mano a la pistola del cinturón.— Tu familia entera está muerta cuando les cuente lo que has hecho.

Corro.

Descalza, sangrando, reviento la puerta del piso y me lanzo a la noche de Boston. El aire de septiembre me atraviesa la blusa rota, el hormigón me desolla los pies. Detrás de mí, Declan maldice. Un disparo truena. El ladrillo junto a mi cabeza salta en pedazos.

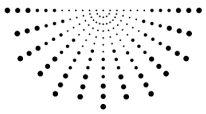
No me detengo.

Tres manzanas. Cuatro. Mis pies dejan huellas de sangre en la acera. Un taxi está parado en un semáforo en rojo y me dejo caer en el asiento de atrás.

—Conduzca. Por favor, solo conduzca.

Los ojos del taxista se encuentran con los míos en el espejo, se fijan en los moratones que ya me marcan la garganta, en la sangre de mi cara. Le sostengo la mirada, suplicante. No dice una palabra. Solo pisa a fondo.

CAPÍTULO DOS



EN LA ACTUALIDAD. CHICAGO.

NORA

El edificio de Sartori Import & Export se alza cuarenta plantas hacia el gris cielo de octubre de Chicago. Me quedo en la acera, intentando acompasar la respiración. Tres semanas huyendo, tres semanas mirando por encima del hombro, tres semanas sobresaltándome con cada acento irlandés.

Aprieto el papel doblado en el bolsillo, la dirección escrita con la letra inconfundible de mi tío Finn. —Nora Kelly—había dicho, con voz sombría al otro lado del móvil desechable—. Mantén la cabeza baja. Sobrevive.—

Me tiembla la mano en el tirador de la puerta. El vestíbulo más allá reluce a mármol y dinero, guardias de seguridad que parecen capaces de partir cuellos sin despeinarse. Uno me observa, la mano deslizándose hacia la cadera.

Alzo la barbilla. He afrontado peores cosas que guardias desconfiados.

El ascensor sube hacia las plantas ejecutivas. Cada número que se ilumina se siente como una cuenta atrás. Veintitrés. Veinticuatro.

Mi reflejo en las puertas pulidas muestra a una mujer esforzándose demasiado por parecer profesional. Blusa azul marino para ocultar los moratones. El pelo recogido tan tirante que me duele la cabeza.

Las puertas se abren al caos.

Una mujer pasa corriendo, con el maquillaje corrido, abrazada a una caja de cartón con sus cosas. No me mira, solo aporrea el botón del ascensor con dedos desesperados. Por la puerta abierta de la oficina de enfrente oigo cómo se hace añicos un cristal.

—Es la tercera de hoy—. Un hombre sale de un despacho lateral. Su ropa táctica desentona con el mármol caro, marcándolo como algo distinto a un oficinista. Me mira, y la expresión se le desplaza del fastidio a la resignación—. ¿Viene por el puesto de secretaria?

—Sí.—

—Quizá quiera replanteárselo—. Echa un vistazo hacia la oficina donde algo más se rompe—. El señor Sartori es... difícil de tratar.

Difícil. Código de imposible. Perfecto.

—No me asusto con facilidad.—

Se le curva la boca—. Ya lo veremos. Soy Liam. Si sobrevive a la entrevista, yo seré quien le forme en los protocolos.—

Si sobrevivo. Esas palabras deberían hacerme salir corriendo. En lugar de eso, me asientan algo por dentro. Ya he sobrevivido a las manos de Declan alrededor de mi cuello.

¿Cuánto peor puede ser Pietro Sartori?

PIETRO

Le pego un puñetazo a la pared junto al escritorio. La escayola se agrieta, los nudillos se me abren, pero el dolor es una quemazón

limpia contra el entumecido vacío del pecho. La sangre gotea sobre un informe de envíos de Murphy.

Las operaciones de nuestros rivales funcionan como un reloj mientras las nuestras se desangran. Es como si O'Sullivan y Murphy supieran exactamente dónde golpear. Como si tuvieran a alguien dentro pasándoles información, o como si yo fuera así de jodidamente predecible.

Lo gracioso es que los dos nos están atacando mientras son enemigos entre ellos.

Me sirvo otra copa. ¿La cuarta? ¿La quinta? ¿Quién cuenta, aparte del fantasma en mi pecho?

Se abre la puerta. Liam vuelve con esa cara. La que dice que me está gestionando en vez de trabajando para mí.

—¿Qué?—

—Hay alguien aquí por el puesto.—

—Que se largue. No estoy...—

—Tienes que verla—. Me corta, algo que rara vez hace—. No ha pestañeado cuando Susan ha salido corriendo llorando. Ni ha parpadeado al oírte tirarlo todo. Solo ha preguntado dónde esperar.—

Alzo la vista de la sangre en mis nudillos—. ¿Y?—

—Y quizá deberías hablar con ella antes de espantar también a esta.—

La risa que se me escapa sabe amarga—. Todas huyen, Liam. Las listas corren más.—

—Entonces quizá necesitamos a alguien que no sea demasiado lista—. Hace una pausa—. O a alguien tan desesperada que no tenga elección.—

Desesperada. La palabra queda colgando entre nosotros como un desafío. Conozco la desesperación. Me estoy ahogando en ella.

Aunque sea en un barco que se hunde comandado por un capitán que quiere ahogarse.

—Vale—. Lo despacho con un gesto—. Hazla pasar. A ver cuánto dura esta.—

Liam se va y hago un intento a medias de despejar el escritorio. Manifiestos en un montón, informes ensangrentados en otro. La

carta de renuncia de la baja de esta mañana va a la papelera, que es donde debe estar. Dejo el cristal roto en el suelo. Que vea a qué viene.

Pasos en el pasillo. Más ligeros que los de Liam.

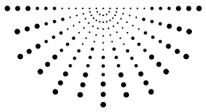
Aparece en el umbral y, por primera vez en todo el día, la neblina de whisky de mi cabeza se disipa. La habitación cobra nitidez a su alrededor.

No es hermosa de la manera obvia. Ni tetas de pega ni morro de estrella porno como las chicas que suelen presentarse. Pelo castaño rojizo, recogido tan tirante que duele. Ojos verdes que se encuentran con los míos sin pestañear, aunque sé cómo debo de parecer ahora. Borracho, nudillos ensangrentados.

Blusa azul marino abotonada hasta la garganta.

—¿Señor Sartori?— Su voz no tiembla. Acento de Boston filtrándose a través del barniz profesional—. Vengo por el puesto de secretaria.—

CAPÍTULO TRES



PIETRO

Entra en el despacho sin invitación, los tacones crujiendo sobre los trozos de cristal. Ni una pizca de vacilación en su paso. La mayoría de mujeres ven este despacho, me ven a mí, y se les activa el instinto de lucha o huida.

Liam carraspea. —Esta es la señorita Kelly. Ha llamado por la mañana por el puesto.

Kelly. Nombre irlandés. Perfecto de cojones, mientras Connor O'Sullivan y los Murphy desmantelan mis operaciones.

—Os dejo a solas. —Liam se retira.

La puerta hace clic al cerrarse. Estamos solos.

Se planta frente a mi mesa, las manos entrelazadas delante. Quieta. Esperando.

Me recuesto en la silla y la estudio. La luz de la ventana enciende el rojo de su pelo.

La blusa oculta su figura pero no la línea recta de la espalda. El peinado severo debería endurecerla, pero solo acentúa la curva del

cuello, la concha delicada de la oreja. Hay algo bajo la armadura profesional. Desesperación, quizá, aunque la disimula bien.

—¿Seguro que está en el lugar correcto? —dejo caer la voz al registro que suele hacerlas salir corriendo—. Esto no es precisamente una empresa del Fortune 500.

—Sé lo que hace Sartori Import and Export. —Me sostiene la mirada sin parpadear—. Sé escribir a noventa palabras por minuto y no hago preguntas.

No hago preguntas.

Las listas siempre dicen eso. Luego ven sangre en un manifiesto de carga o escuchan la conversación equivocada y, de repente, están llenas de preguntas.

Me pongo en pie, dejándole ver el cuadro completo. Armani arrugado, mangas remangadas sobre antebrazos marcados de cicatrices. Sangre en los nudillos por la pared. Tres días de barba porque no he ido a casa en más tiempo aún. Todo en mí grita peligro, violencia, *corre*.

Ella alza la barbilla. Desafiante. Como si me retara a intentar asustarla.

—Siéntese. —Indico la silla de cuero frente a mi mesa.

Se sienta con una gracia controlada, las rodillas juntas, la espalda recta. Los dedos encuentran un punto de reposo sobre los muslos. Nada de nervios. Ninguna señal. O tiene hielo en las venas o es muy buena fingiendo.

Me dejo caer en mi silla, saco un currículum del montón que dejó Liam. Nora Kelly. Veintitrés. Asistente administrativa. Boston. El papel se siente fino, la historia, llena de lagunas. ¿Qué es lo que oculta? Claro que nadie con un pasado limpio cruza mi puerta. —¿Por qué Chicago?

—Empezar de cero. —Su voz se mantiene estable—. A veces necesitas distancia de viejos errores.

Viejos errores. Por cómo lo dice, con cuidado y control, sé que hay una historia ahí. Yo tengo la mía y basta. No necesito la suya también. Necesito a alguien que pueda gestionar manifiestos de envío sin echarse a llorar cuando se dé cuenta de lo que estamos importando de verdad.

—El puesto exige horarios poco habituales. —Me sirvo otra copa, pero no le ofrezco—. A veces tendrá que estar aquí a las tres de la mañana para gestionar documentación de aduanas. A veces trabajará jornadas de dieciséis horas cuando se acumulen los envíos. El sueldo lo refleja, pero el trabajo es exigente.

—Puedo con lo exigente.

Me inclino hacia delante, los codos sobre la mesa. —¿Puede con esto? —Le deslizo un manifiesto manchado de sangre por la caoba. Uno de los de esta mañana, que documenta un envío que se torció cuando la familia Murphy decidió dar un golpe sobre la mesa—. A veces nuestro negocio se ensucia.

Coge el papel, lo examina con el mismo desapego que tendría con una lista de la compra. —La sangre tapa algunos números aquí. —Lo deja, me mira a los ojos—. Pero puedo trabajar con las copias digitales. Supongo que guardan respaldos, ¿no?

Se me tensa la mandíbula. Nada de manos temblorosas. Nada de ojos desorbitados. Está sosteniendo la sangre de un hombre y preguntando por putos respaldos de datos.

—Guardamos respaldos. —Le estudio la cara, buscando la grieta, la señal de que va a salir corriendo—. Las tres últimas secretarias dimitieron en una semana. Una aguantó tres días. ¿Qué le hace pensar que a usted le irá mejor?

—Porque necesito este trabajo. —La primera pizca de algo crudo se cuela por su máscara profesional—. Y por lo que veo —echa un vistazo a los papeles desperdigados, al caos de mi mesa— usted necesita a alguien que no salga corriendo a la primera señal de problemas.

No se equivoca. La operación está desangrándose porque no consigo que el frente legítimo funcione como debe. No consigo mantener a nadie en esta oficina el tiempo suficiente para sostener la fachada que mantiene a los federales a raya.

—El salario anunciado era cuarenta y cinco mil. —Cuadra los hombros—. Quiero cincuenta y cuatro.

Se me escapa una risa antes de poder evitarlo. —¿Ve este despacho, me ve a mí, y su primer movimiento es negociar un veinte por ciento al alza?

—Usted me necesita más de lo que yo le necesito a usted. —Vuelve a alzar la barbilla, ese gesto desafiante que me atraviesa con una descarga extraña, algo caliente y afilado que no tiene nada que ver con la rabia—. Sus operaciones están fallando sin un apoyo administrativo adecuado. Puedo arreglarlo. Cincuenta y cuatro mil es razonable para alguien que se quedará.

Vaya ovarios los de esta. Sentada aquí, con cara de no haber roto un plato, mientras negocia con un hombre que esta mañana tenía sangre de otro en sus manifiestos.

—Demuestre que sabe escribir. —Saco uno de los documentos de envío legítimos, de los que sí necesitan formato correcto—. ¿Noventa palabras por minuto, ha dicho?

Se dirige al terminal del ordenador en la mesa auxiliar sin vacilar. Los dedos le vuelan sobre las teclas, transcribiendo el documento con precisión mecánica. Sin errores. Sin titubeos. Incluso cuando me muevo para ponerme detrás de ella, lo bastante cerca como para que tenga que notar mi presencia, no se le escapa una sola letra.

—Tiempo. —Se gira en la silla y alza la vista hacia mí. Tan cerca, puedo ver los destellos dorados en sus ojos verdes. Oler algo limpio, a jabón y viento—. Noventa y dos palabras por minuto.

Estoy demasiado cerca. Lo bastante como para ver el pulso en su garganta, rápido pero controlado. Lo bastante como para fijarme en la marca tenue de la clavícula, casi oculta por el cuello alto. Como si alguien la hubiera agarrado ahí.

Empezar de cero. Viejos errores. Una mujer que oculta moratones y no se inmuta ante la sangre.

Mi voz sale rasposa. —¿Está huyendo de algo, señorita Kelly? —La pregunta es una hoja, más afilada de lo que pretendía.

Los ojos le centellean con miedo y rabia antes de que la máscara vuelva a su sitio. —¿Y quién no?

Exactamente lo que no necesito. Otra complicación, otra persona a la que fallar. Pero es la primera candidata que no ha salido corriendo. Que ha negociado al alza, en vez de aceptar las migas que yo quisiera echarle.

—Cincuenta y cuatro mil. —Vuelvo a mi mesa, necesito distancia de la carga que se ha formado en el aire entre nosotros—. Empieza

mañana. A las ocho en punto. Liam se encargará de su papeleo y de explicarle los protocolos básicos.

Extiendo la mano sobre la mesa. Una barrera. Trato cerrado.

Ella se levanta, rodea la silla y la estrecha.

Su piel toca la mía. Una descarga, aguda, indeseada, rompe la insensibilidad de mis venas. Tiene la mano pequeña, pero el apretón es firme.

Las pupilas le invaden el verde. Se le corta un aliento en la garganta.

Suelto su mano. Me hormiguea la piel donde me ha tocado.

—Hasta mañana, entonces. —Se alisa la falda, recomponiéndose —. Ocho en punto.

—No llegue tarde.

Se dirige a la puerta y se detiene en el umbral. —¿Señor Sartori? Quizá quiera que alguien limpie el cristal. Es un problema de responsabilidad civil.

Y se va, dejándome de pie detrás de la mesa con la mano aún hormigueando por su contacto.

Me dejo caer en la silla, me sirvo otro whisky con unas manos que no están del todo firmes. ¿Qué coño acaba de pasar? He entrevistado a decenas de secretarias. Me he follado a la mitad. Ninguna me ha hecho sentir... lo que fuera eso.

Esto es un error. Es un problema. Lo noto

Pero los problemas nunca me han frenado. Si acaso, los busco. Los persigo. Quizá por eso voy a dejar que vuelva mañana, a pesar de cada instinto gritándome que Nora Kelly es más de lo que aparenta.

Se abre la puerta. Vuelve Liam, la cautela en cada línea de su cuerpo.

—¿Y bien? —Mira la silla vacía, el contrato firmado sobre mi mesa—. ¿No ha salido corriendo?

—Ha negociado un veinte por ciento más de sueldo.

Liam alza las cejas. —¿Y se lo has dado?

Apuro el whisky, siento cómo baja ardiendo para unirse al fuego que me ha encendido en el pecho. —Empieza mañana.

—¿Crees que aguantará?

Clavo la vista en la puerta por la que desapareció, aún viendo la inclinación desafiante de su barbilla, la manera en que manejó ese manifiesto ensangrentado como si nada. Siento el fantasma de su mano en la mía.

—No lo sé. —La admisión me cuesta más de lo que debería—. Pero parece distinta de las demás.

Distinta. Peligrosa. Bella de una forma que no tiene nada que ver con la belleza convencional y todo que ver con esa chispa en los ojos cuando me desafió.

Liam se dirige a la puerta y se detiene. —Por lo que vale, creo que puede funcionar. Al menos eso espero. Y no te miraba como la mayoría de las otras.

—¿Cómo me miran las otras?

—Como si fueras una nómina o un monstruo. —Me sostiene la mirada—. Ella te miró como si no te tuviera miedo.

No me tiene miedo. Las palabras se me asientan pesadas en el pecho, junto al fantasma de Pablo. No he querido a nadie que no me tuviera miedo desde aquel almacén de hace trece años. La gente que no te tiene miedo puede decepcionarte. Traicionarte. Morirse a tu lado.

Pero quizá es justo lo que necesito. Alguien que no se doble bajo el peso de lo que hacemos. Alguien capaz de plantarse en este despacho rodeada de sangre y cristales rotos y negociar más dinero en vez de salir corriendo hacia la puerta.



NORA

Entro en el ascensor, mi máscara profesional firmemente en su sitio hasta que las puertas se deslizan y se cierran. En cuanto me quedo sola, las rodillas me flaquean. Me agarro a la barandilla de latón, inspirando hondo mientras el corazón me martillea contra las costillas.

¿Qué demonios estoy haciendo?

Sabía a qué entraba cuando el tío Finn me dio esta dirección. —No es lo ideal, niña Nora —me dijo—, pero no te buscarán allí. Y necesitas un sitio donde desaparecer.

Lo que no mencionó fue que Pietro Sartori da miedo de una manera que no tiene nada que ver con la sangre en su papelería ni con sus nudillos amoratados.

Es hermoso. Eso es lo peor.

No guapo como lo era Declan, todo encanto irlandés y sonrisas fáciles. Pietro es hermoso como una hoja. Todo aristas y precisión fría. Alto, al menos uno noventa, con unos hombros que llenaban el traje pese a lo arrugado que estaba.

Pelo oscuro, casi negro, un poco demasiado largo arriba, donde se lo había pasado la mano con frustración. Una mandíbula capaz de cortar cristal, perpetuamente sombreada de barba.

Pero fueron sus ojos lo que de verdad me asustó. Marrones oscuros, casi negros: ventanas a la nada. Vacíos. Muertos. Hasta ese momento en que nuestras manos se tocaron, cuando algo se encendió en esas profundidades.

Algo hambriento.

El ascensor llega al vestíbulo. Me obligo a caminar con normalidad, pasando junto a los guardias de seguridad que me miran con renovado interés ahora que ya no soy solo otra candidata.

Fuera, el viento de Chicago azota entre los rascacielos y atraviesa mi blazer fino. Recorro media manzana antes de meterme en una cafetería y deslizarme en un reservado del fondo donde por fin puedo permitirme temblar.

Cincuenta y cuatro mil dólares. Es suficiente para desaparecer como es debido. Suficiente para empezar de nuevo en algún sitio donde Declan jamás me encuentre. Seis meses trabajando para

Pietro Sartori y tendré ahorros, referencias, una nueva identidad bien asentada.

Solo tengo que sobrevivir esos seis meses.

La barista canta un pedido y doy un brinco, los nervios aún en carne viva. Un hombre con traje de negocios recoge su café y, por un segundo, veo el rostro de Declan superpuesto al suyo. Me quedo helada

Cierro los ojos y me obligo a respirar. Declan no está aquí. Está en Boston, probablemente todavía buscándome, pero no sabe de mi tío Finn. No sabe que correría a Chicago.

Un olor repentino pero familiar me golpea, desencadenando recuerdos de hace mucho tiempo.

Tengo siete años otra vez, arrebujada bajo una colcha que hizo mi abuela, escuchando la voz de mi madre.

—Un capítulo más, *mo stór* —susurra mamá, sus dedos peinándome el pelo.

Me entierro más en su costado, respirando su olor. El Chanel Nº 5 que papá le compraba cada Navidad. Su voz sube y baja con las aventuras de Mary Lennox, pero ya no estoy escuchando las palabras. Es el ritmo lo que importa, la seguridad de este momento.

—Se te están cerrando los ojos —dice, y es verdad, pero lucho por mantenerlos abiertos. Estos son los únicos momentos en los que es verdaderamente mía. Cuando papá está abajo haciendo negocios, cuando la casa se llena de hombres con trajes oscuros que hablan en voz baja de territorios y envíos.

—Mamá, ¿te quedarás?

—Siempre, mi niña. —Sus labios se posan en mi frente—. Aunque ya sabes lo que dice tu padre sobre malcriar.

Lo sé. Connor O'Sullivan no cree en hijas blandas. Pero aquí, en mi dormitorio rosa con los peluches montando guardia, mamá crea un mundo distinto. Uno donde las niñas no tienen que ser duras. Donde los padres no llegan a casa con sangre en los cuellos de las camisas que las criadas fingen no ver.

—Cuéntame otra vez lo de Irlanda —susurro.

Deja el libro a un lado, tirando de mí para acercarme. —Ay, *mo stór*, es tan verde como tus ojos. Colinas onduladas que se alargan

para siempre, y el mar se estrella contra acantilados tan altos que creerías que tocan las nubes. La cabaña de tu abuela está justo en la costa y, en las noches de tormenta, se te queda el sabor a sal en el aire aunque tengas las ventanas cerradas.

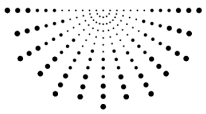
Cuando vuelvo a abrir los ojos, veo que tengo las manos firmes. Eso es algo, al menos. Se mantuvieron firmes cuando tecleé ese documento mientras Pietro Sartori se cernía detrás de mí. Firmes cuando le estreché la mano.

He cambiado un monstruo por otro. Pero al menos este monstruo me paga cincuenta y cuatro mil dólares.

Recojo mis cosas, enderezo los hombros. Ocho de la mañana mañana. Puedo con esto. Sobreviví a Declan. Puedo sobrevivir a Pietro Sartori.

Aunque esos ojos muertos me persigan todo el camino de vuelta a mi apartamento.

CAPÍTULO CUATRO



NORA

Las puertas del ascensor se abren a las 7:45 y yo piso la planta treinta y cinco con la armadura puesta. Americana azul planchada, falda lápiz que cae justo a la altura de la rodilla, el pelo recogido en un moño tirante.

Intocable.

Nada que ver con la mujer que ayer temblaba en el baño de una cafetería después de conocer a Pietro Sartori.

Mármol impecable y cromo se extienden ante mí en toda la planta. Chicago se despliega bajo las ventanas, un laberinto de acero y cristal bajo el sol otoñal. La recepción está vacía. Por lo visto, nadie más llega tan pronto. Bien. Necesito tiempo para asentarme antes de que aparezca Pietro.

La puerta de su despacho está abierta. Me detengo en el umbral. El caos de dentro es un idioma que entiendo. Habla de desesperación, de un hombre que se ahoga. Los cristales rotos de ayer aún centellean junto a la pared, los bordes afilados un reflejo apagado del propio hombre.

Carpetas salen desbordadas de cajas sobre la alfombra. El escritorio, ese monstruo de caoba, se ahoga bajo facturas, manifiestos y lo que parece sangre seca en un formulario de aduanas.

Dejo el bolso en lo que será mi mesa en la antesala y entro en su territorio.

Ignoro los manifiestos manchados de sangre —de momento— y me centro en el cristal hecho añicos. Con pañuelos del bolso, recojo los fragmentos brillantes. El suave tintineo al caer en la papelera es el único sonido.

Luego, el papel. Formularios de aduanas, urgentes. Facturas, apremiantes. ¿Un manifiesto de envío de hace años? Esto va a la basura.

—¿Qué coño crees que estás haciendo?

Pietro llena el vano de la puerta, la luz de la mañana a su espalda convirtiéndolo en una silueta oscura. Un metro noventa de rabia apenas contenida. Manchas de café reciente decoran su camisa blanca.

—Organizando. —Vuelvo al manifiesto que estaba examinando—. Su sistema de archivo es inaceptable.

—Mi sistema de archivo está bien.

—Tiene facturas de octubre mezcladas con formularios de aduanas de enero. Este es un manifiesto de hace tres años.

Avanza acechando dentro de la sala y noto cómo cambia la atmósfera. Un borrón de movimiento. Un golpe de aire contra mi mejilla.

La explosión a mi espalda es ensordecedora. Esquirlas de cerámica se incrustan en la pared. El café frío resbala por la pintura nueva como sangre marrón.

No me estremezco. No grito. No le doy el gusto. El pulso es un pájaro frenético contra mis costillas, pero las manos me siguen firmes. Me giro, despacio. El pecho le sube y baja. El vacío de sus ojos ha desaparecido, sustituido por un incendio. Quiere verme romperme.

—Eso se lo descontaré del sueldo. —Su voz es un gruñido bajo, hecho para aterrorizar.

No lo consigue.

Camino hasta la pared, mis tacones mudos sobre la alfombra. Cojo el trozo más grande de la taza hecha añicos.—De acuerdo —digo, con mi propia voz estable—. Mi eficiencia compensará con creces los daños.

—Vuelva al trabajo.

Se deja caer en su silla y yo vuelvo a clasificar papeles. El peso de su mirada es algo físico, presionando entre mis omóplatos. Lo noto diseccionando cada movimiento, buscando el delator, la grieta. No le doy nada.



Voy por la mitad de la clasificación de la documentación fiscal del último año cuando los pasos resuenan en el pasillo.

—Señorita Kelly. —Liam Blackwood se planta en el umbral, su acento británico haciendo que mi nombre falso suene casi elegante —. Necesito enseñarle cómo funcionan las cosas aquí.

La cabeza de Pietro se alza de golpe.—Está trabajando.

—Necesita conocer los protocolos, señor. —El tono de Liam se mantiene profesional—. Diez minutos.

Pietro hace un gesto desdeñoso con la mano, ya centrado de nuevo en el documento que tiene delante.

Liam me conduce a mi mesa en la antesala. Saca una carpeta de cuero y la deja entre nosotros.—Bien. Llamará gente para pedir reuniones. Algunas legítimas, otras no. Tiene que saber diferenciarlas.

Abre la carpeta y revela una lista mecanografiada. Nombres, empresas y lo que parecen códigos junto a cada uno.

—La agenda del señor Sartori se rige por niveles de prioridad. —Su dedo recorre la lista—. Estos cinco pasan siempre. Familia y

asociados críticos. Estos diez, los programa dentro de cuarenta y ocho horas. El resto, espera.

Repaso los nombres. Lorenzo Sartori—suministros para restaurantes. Nico Sartori—logística. Los códigos son simples pero reveladores. SR para suministros de restaurante. L para logística. Pero reconozco el patrón de fondo. Suministros para restaurantes significa blanqueo de dinero. Logística significa fuerza de choque.

—Algunos llamantes no darán nombres —prosigue Liam—. Dirán cosas como 'el envío del martes' o 'el asunto de Boston'. Anote todo tal y como lo digan. No interprete.

—¿El asunto de Boston? —Mantengo la voz nivelada pese a que el pulso me salta.

—Ejemplo hipotético. —Pero sus ojos grises me estudian un latido demasiado—. También tendrá que manejar su temperamento. Cuando empiece a lanzar cosas...

—¿Agacharme?

Una sombra de sonrisa cruza el rostro de Liam.—Exacto. Aunque veo que esta mañana se ha apañado bastante bien. La mayoría de secretarias lloran después de la primera taza.

—La mayoría de secretarias seguramente tenían mejores opciones.

Esta vez suelta una risita, un retumbo grave que le transforma la cara.—Tocada y hundida. Ahora, sobre las próximas reuniones...

—¿Qué coño os hace tanta gracia ahí fuera?

Pietro se recorta en la puerta de su despacho, su presencia succionando el aire de la sala. El músculo de la mandíbula le palpita mientras su mirada va de Liam a mí.

—Le estaba explicando los protocolos, señor —dice Liam, fluido.

—Sonaba a hora del monólogo. —Los ojos oscuros de Pietro se clavan en los míos—. No le pagamos para coquetear, Kelly.

El calor me sube a la cara. No es vergüenza, sino furia. Me muerdo el interior de la mejilla para no reírme de lo absurdo. Porque, cómo no, una mujer se ríe una vez con un hombre y de pronto ya está batiendo las pestañas.

Liam se disculpa con un asentimiento sutil en mi dirección, dejándome sola con mi nuevo jefe y sus suposiciones de cavernícola.

—¿Coquetear? —Dejo que un punto justo de diversión tiña mi voz, lo suficiente para ser peligrosa—. ¿Eso es lo que cree que ha pasado? ¿Un hombre me explica sistemas de archivo y yo me desmayo?

Pietro se acerca un paso.—Vigile el tono.

—¿O qué? ¿Lanzará otra taza? —Es mi primer día y ya estoy empujando límites que ni debería rozar. Pero su arrogancia, sus suposiciones, la manera en que irradia peligro esperando que todos nos encogamos, encienden una ira temeraria en mi pecho.

Entorna los ojos hasta dejarlos en rendijas. Por un instante, ninguno de los dos se mueve.

—Vuelva al trabajo —dice por fin, en voz baja y controlada. Más peligroso que cuando grita.

Vuelvo a mi mesa, las manos firmes pese a la adrenalina que me inunda. A mi espalda, la puerta de su despacho no se cierra. Le siento vigilando.



Suena el teléfono.

—Sartori Import and Export, despacho del señor Sartori.

—¿Dónde coño está Pietro? Teníamos una entrega programada para...

Los dedos me vuelan; la memoria muscular reconforta. Dos clics y aparece el calendario de envíos. Los ojos me recorren la cuadrícula y encuentro el nombre en ese mar de datos.—Señor Ricci —corto su perorata con una voz de hielo puro y profesional—, su entrega es el jueves. Muelle siete. A las tres. —No le ofrezco disculpas por su error. Le ofrezco una solución—. Le llega ahora mismo el correo de confirmación.

Silencio. Luego:—¿Quién demonios es usted?

—La nueva asistente administrativa del señor Sartori. ¿Algo más en lo que pueda ayudarle?

—Solo asegúrate de que ese envío llegue a su hora, preciosa. Las cosas se ponen feas cuando me decepcionan.

La amenaza le rezuma como aceite, recubriendo las palabras de violencia implícita.

—Tomado nota. Que tenga un buen día, señor Ricci.

Cuelgo. Pietro no se ha movido, pero algo en su postura ha cambiado. Menos en tensión, más curioso.

Vuelve a sonar el teléfono. Un funcionario de aduanas que quiere saber por qué no se ha presentado el formulario 7501 de las importaciones de la semana pasada. Navego la burocracia con soltura, prometo los formularios en menos de una hora, calmo plumas erizadas con competencia profesional. Los dedos de Pietro tamborilean en su mesa, un ritmo constante que encaja con mi pulso.

Tercera llamada. Esta voz es distinta: más joven, más chula, con un deje irlandés que me hace quedarme rígida.

—Dígale a Sartori que la familia Murphy le manda recuerdos. Y un recado.

Se me cierra la garganta. Familia Murphy. Mafia irlandesa. Aquella contra la que trabajaba Declan, contra mi padre.

—¿Qué recado sería? —Mantengo la voz estable, aunque la mano libre me aprieta el borde de la mesa hasta hacerme daño.

—Lo sabrá cuando vea el envío de mañana. O lo que quede de él.

La línea muere. Dejo el auricular en su base, la mano firme, consciente de los ojos de Pietro sobre mí.

—La familia Murphy manda recuerdos. Han mencionado el envío de mañana.

La silla de Pietro cruje cuando se echa hacia atrás.—¿Y?

—Solo eso.

—No ha sonado asustada. —No es una pregunta. Es una observación.

—¿Debería estarlo?

Se pone en pie, rodea el escritorio con esa gracia de depredador que hace que mis instintos de supervivencia griten. Pero mantengo el sitio, le sostengo la mirada. Se detiene a centímetros, lo bastante cerca para ver los destellos dorados de sus iris, el cansancio tallado en las líneas de sus ojos.

—La mayoría se aterraría al recibir una amenaza de la mafia irlandesa.

—Yo no soy la mayoría. Y no tengo ni idea de mafias. —Debo convencerle.

—No. —La palabra le sale suave, casi asombrada—. No lo es.

El aire entre nosotros chisporrotea con algo que no tiene nada que ver con el miedo y todo que ver con la manera en que su mirada cae a mi boca durante una fracción de segundo. Luego se aparta, y el momento se hace añicos.

—Los archivos de contabilidad están en el cajón de abajo. A la izquierda.

Los encuentro y empiezo a cotejarlos con las facturas. Los errores saltan a la vista enseguida. Números transpuestos, puntos decimales ausentes, pagos duplicados. O alguien es criminalmente incompetente o está robando. En una hora, he identificado diecisiete mil dólares en sobrepagos solo del último mes.

—Tiene que ver esto.

Pietro alza la vista de la violencia que estaba planeando en su portátil.

Llevo los archivos a su mesa, los despliego.—Aquí, aquí y aquí. Sobrepagos a proveedores. Esta factura se pagó dos veces. En esta el decimal está en el lugar equivocado. Pagó diez veces el importe real.

Se le tensa la mandíbula mientras recorre las cifras.—¿Cómo cojones se nos ha pasado esto?

—Sus secretarias anteriores probablemente no entendían la normativa de envíos internacionales. Ni las matemáticas básicas.

Se le escapa una risa.—Me está ahorrando diecisiete mil en una mañana y negoció por cincuenta y cuatro mil al año.

—Valgo más de lo que cobro. Considérelo una tarifa de introducción.

Me mira largo rato. Luego se pone en pie y desaparece por una puerta lateral que no había visto. Vuelve con dos cafés, deja uno en la esquina de mi improvisado espacio de trabajo.

—Dos de azúcar, sin leche.

Parpadeo.—¿Cómo lo...?

—Tengo ojos en todas partes, Nora.

Por supuesto que los tiene.

El café está perfecto. Bebemos en silencio, él en su fortaleza de escritorio, yo de pie entre el caos organizado que voy domando poco a poco.

El resto de la mañana se difumina en un ritmo. Llamadas que atiendo con seguridad creciente. Archivos que por fin empiezan a tener sentido. Pietro lo observa todo, probándome, midiéndome, esperando a que me quiebre. Pero no lo hago. No puedo.

Este trabajo es mi salvavidas, mi fondo de desaparición, mi salida de la sombra de mi padre.

A mediodía, he atendido seis llamadas más. Dos de proveedores cabreados, tres de aduanas, una de alguien que cuelga cuando respondo. La oficina parece casi profesional. Pietro está usando el ordenador en lugar de fulminarlo con la mirada. Por ahora.

—Coma. —Deja un bocadillo en mi mesa.

—He traído comida.

—Guárdela para mañana.

No es amabilidad. Es práctico. No puede permitirse que su secretaria se desmaye de hambre.

Pero al darle un mordisco al bocadillo casi lloro. Dios. Mozzarella fresca, prosciutto, albahaca. Tengo que ahogar un gemido. Llevo dos semanas a base de ramen y café de bodega.

La tarde también pasa. Más llamadas, más archivos, más pruebas de Pietro. Critica la tipografía que he elegido para una carta. La cambio sin discutir. Se queja de mi sistema de archivo. Lo ajusto. Cada concesión me cuesta un trozo de orgullo, pero el orgullo no paga el alquiler.

—Váyase a casa.

Levanto la vista del manifiesto que estoy revisando.—Solo son las cuatro.

—He dicho que se vaya a casa.

Esta vez no suena hostil. Casi... ¿protector? No. Es una proyección. Hombres como Pietro Sartori no protegen a mujeres como yo. Nos exprimen y nos tiran.

—¿A las ocho mañana?

—A las siete. Tenemos un envío temprano.

Recojo mis cosas, muy consciente de que me está observando.



PIETRO

Me vibra el móvil. Liam.

—Ha llegado a casa sana y salva —dice sin preámbulos—. Sin paradas, sin desvíos. Directa a ese piso en Lincoln Park.

Gruño en señal de reconocimiento. La oficina ya se siente distinta. Organizada. Funcional. Menos como el caos de mi cabeza.

—¿Quiere decirme por qué la estamos siguiendo? —La voz de Liam arrastra ese tono británico tan suyo.

—Está manejando información sensible. —Hago girar los restos de whisky en el vaso—. Hay que asegurarse de que no informa a nadie.

—¿Y el motivo real?

Aprieto la mandíbula. Liam me conoce demasiado bien. Diez años a mi lado le han dado la molesta habilidad de ver a través de mis gilipolleces.

—Parece la persona adecuada ahora mismo —admito, con las palabras rascándome la garganta—. Para ayudarme con todo. El negocio, lo de los Murphy, los movimientos de O'Sullivan.

—¿Y la vigilancia de los próximos días?

—Solo por precaución. Asegurarnos de que es quien dice ser.

El silencio al otro lado se alarga lo suficiente como para que sepa lo que viene.

—Está mintiendo, señor.

—Vete a la mierda, Liam.

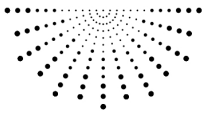
Corto, y lanzo el móvil al escritorio. Resbala por la superficie pulida y casi tira el vaso vacío.

Tiene razón. Estoy mintiendo. Pero no sé por qué coño quiero que la sigan.

Y me importa una mierda saber por qué.

Es lo que hay.

CAPÍTULO CINCO



PIETRO

Siete y media, y ella ya está aquí. Claro que sí. Desde hace dos semanas es un fantasma en mi máquina, exorcizando el caos. La oficina ya no huele a café rancio y desesperación. Huele a ella. Limpio, floral y jodidamente organizado.

Cruzo las puertas del ascensor, y ahí está. Hoy lleva una americana verde. Convierte sus ojos en un arma. No solo verdes, sino de un tono que te atraviesa. Lleva el mismo moño severo como si fuera una armadura, pero unos mechones de ese pelo rojo se han escapado y se le pegan al cuello. Un fallo en el sistema. Los dedos me hormiguean con la necesidad de arreglarlo o de soltarle más.

No levanta la vista cuando paso junto a su mesa. —El envío de los Ricci necesita tu firma. Los formularios de aduanas están en tu mesa. El café está recién hecho—.

Los formularios de los Ricci están en mi mesa, exactamente donde deben. El café, al lado. No he tenido que pedirlo. No he tenido que pedir absolutamente nada en diez días. Debería ser un alivio. Se siente como una pérdida de control.

—Deja de mirar y firma esto—.

Su voz corta mis pensamientos. Aún no ha levantado la vista de la pantalla, pero lo sabe. Por supuesto que lo sabe. La mujer lo ve todo. Cada cambio de humor, cada variación en el ritmo de la oficina, cada gota de sangre en la camisa de Liam cuando viene a informar.

Mi última secretaria se habría desmayado al ver sangre. El martes pasado, Liam entró con los nudillos abiertos y el cuello de la camisa manchado de carmín. Nora le deslizó una caja de pañuelos por la mesa sin romper el ritmo al teclear. Ni se inmutó ante las salpicaduras de sangre.

¿Quién coño es esta mujer?

Voy a mi mesa y cojo el bolígrafo. Los formularios están ordenados, con pestañas de colores marcando dónde tengo que firmar. Incluso me ha destacado las cláusulas relevantes en los contratos. Eficiente. Minuciosa. Desquiciante.

Firmo donde indica, pero la atención se me va continuamente hacia ella a través de la puerta abierta. Se está mordiendo el labio inferior. Siempre el lado izquierdo cuando está resolviendo un problema. Sus dedos se detienen sobre el teclado y luego reanudan el ritmo. La luz de la mañana atrapa el rojo de su pelo y lo vuelve llama de cobre.

—El asunto Murphy —su voz me devuelve al presente—. Llevan tres días callados—.

—¿Preocupada?—

—Observadora —por fin alza la vista, esos ojos verdes encontrándose con los míos a veinte pies entre nuestras mesas—. El silencio suele significar que están planeando—.

Tiene razón, pero no se lo digo. No le digo que Lorenzo ha llamado esta mañana por el aumento de actividad irlandesa en los muelles del North Side. No le digo que el silencio de la familia Murphy también me tiene en guardia.

—Céntrate en los envíos legales —le digo en su lugar—. Deja que yo me preocupe por lo demás—.

Mantiene mi mirada un latido más y vuelve a la pantalla. Pero capto una leve tensión alrededor de su boca. No le gusta que la

dejen al margen. Cuanto menos sepa del negocio real, más segura estará.

Más segura. Cristo, ¿cuándo he empezado a preocuparme por mantener a salvo a mi secretaria?

La mañana se desangra en tarde.

Liam aparece hacia las tres, y esta vez la sangre es fresca. Un patrón salpicado sobre su camisa blanca, lo bastante reciente como para brillar.

—Asunto resuelto —dice, dejando una carpeta en mi mesa—.

Nora no reacciona. Ni siquiera mira la sangre. Pero veo que sus dedos se detienen una fracción de segundo sobre el teclado. Sabe exactamente lo que significa «resuelto».

—¿El envío de Morrison? —pregunta, sin levantar la vista—.

Liam arquea ligeramente las cejas. Me echa un vistazo y le doy un asentimiento microscópico.

—Retrasado —los ojos de Liam vuelan hacia mí una fracción de segundo—. Complicaciones en el muelle—.

—Ajustaré el manifiesto —sus dedos ya se están moviendo—. Y avisaré a los compradores del cambio de plazos—.

Se le da demasiado bien. Demasiado cómoda en mi mundo. Debería preocuparme más de lo que me preocupa.

Liam se va y la oficina recupera su ritmo. El clic suave de su teclado, el susurro de papeles, el aullido lejano de una sirena de Chicago treinta y cinco pisos más abajo. Me sorprendo volviendo a mirarla. Cómo la luz de la tarde le dibuja los pómulos, la línea elegante de su garganta cuando inclina la cabeza.

—Tienes que aprender los códigos de envío—.

Alza la vista, sorprendida.

—Los de verdad —aclaro—.

Estoy de pie, rodeando mi mesa antes de decidirlo. Me detengo junto a su silla. Me ve acercarme, se le estira la espalda, pero no se aparta.

—Aquí —me inclino sobre su hombro y señalo la pantalla—. Su olor me embosca. No es perfume. Es simplemente… ella. Limpia, como ropa recién lavada y algo floral que no pinta nada en esta oficina llena de pólvora y secretos. Lo ocupa todo en el aire.

—Cuando marcamos algo como «frágil», significa que las fuerzas del orden están vigilando ese puerto—.

—«Control de temperatura» significa que el envío contiene… —hace una pausa, atando cabos—. ¿Artículos que deben evitar inspecciones?—

—Eres lista—.

—¿«Entrega urgente»? —su voz se ha vuelto ronca—.

—Pago requerido antes de la liberación —mi voz también baja—. Suele significar que alguien nos debe algo—.

Asiente, volviendo a la pantalla, pero capto cómo le cambia la respiración. Más superficial. Más rápida.

Debería apartarme. Volver a la distancia segura de mi mesa. En vez de eso, mi mano roza la suya al coger el expediente.

Se estremece. Un respingo brusco, violento, llevándose la mano al pecho como si le hubiera acercado una llama a la piel. La máscara vuelve a su sitio, pero lo he visto.

Miedo.

—Debería irme —se pone en pie, recoge sus cosas con eficiencia ensayada—. Es tarde—.

No son ni las cinco y media, pero no se lo señalo.

—Te llevo yo—.

Se queda helada, el bolso a medio camino del hombro. —No es necesario—.

—No era una pregunta—.

Alza la barbilla. Quiere discutir. Lo veo en cómo se le tensa la mandíbula, en cómo aprieta la correa del bolso. Pero se limita a asentir.

El viaje en ascensor transcurre en silencio. Ella se coloca en la esquina más alejada, un soldado en posición de firmes, manteniendo la máxima distancia en el espacio reducido. Pero aún puedo olerla, sentir el fantasma de su piel contra la mía.

Mi Maserati nos espera en el garaje subterráneo, el motor ya en marcha. Obra de Liam. Le abro la puerta del pasajero y ella duda antes de deslizarse sobre el cuero frío.

—Lincoln Park —su voz es tensa, dirigida a la ventanilla del acompañante—.

Ya lo sé. La comprobación de antecedentes de Liam fue exhaustiva. No encontró nada irregular en ella. Pero tecleo la dirección en el GPS, dejándole la ilusión de privacidad.

El trayecto son diez minutos de guerra silenciosa. El espacio es demasiado pequeño, lleno del olor de su champú y del sonido de su respiración, tranquila y controlada. Quiero decirle que se relaje. Quiero decirle que se baje de mi coche de una puta vez. No hago ninguna de las dos cosas.

—Es aquí —dice cuando me detengo frente a su edificio—.

Lleva la mano al tirador y luego se detiene. —Gracias. Por traerme—.

—Nora—.

Se vuelve y *jódeme*, esos ojos sujetan los míos como no lo han hecho nunca.

—No eres como las demás, Nora Kelly—.

Los labios se le entreabren, pero no sale sonido. Simplemente empuja la puerta y huye hacia su edificio sin mirar atrás.

Mi móvil vibra. Lorenzo.

—Cena familiar el domingo —dice sin preámbulos—. Sin excusas—.

—Vale—.

Corto. Me quedo mirando hasta que se enciende su luz en una ventana del segundo piso, tercera desde la izquierda. Luego me aparto del bordillo, con el fantasma de su olor aún en el coche. Jodidamente desquiciante.



NORA

Cierro la puerta detrás de mí y paso el cerrojo con los dedos temblorosos. Una vuelta, dos vueltas, la cadena de seguridad. El ritual trae poco consuelo esta noche.

¿En qué demonios estaba pensando al dejar que Pietro Sartori me llevara a casa? ¿Dejar que viera dónde vivo? Apoyo la frente en la madera fría de la puerta y respiro el olor persistente a cera de limón.

—No eres como las demás, Nora Kelly—.

Esa voz áspera envolviendo mi nombre falso como si supiera que es una mentira. Aprieto los ojos, obligando a mi corazón a desacelerar su ritmo frenético.

Me despego de la puerta y recorro mi apartamento. Es pequeño pero limpio, amueblado con piezas de segunda mano que he elegido con cuidado. Nada que grite Nora O'Sullivan. Nada que conecte con Boston, con mi padre o con la vida que dejé atrás.

La ducha ayuda. Agua caliente arrastrando el día. Me quedo bajo el chorro hasta que la piel se me pone rosa y mis pensamientos se reducen a un bramido sordo.

Desde que llegué a Chicago, mis días han caído en una pauta. Trabajo, casa, libros, dormir. Repetir. La sencillez es a la vez reconfortante y asfixiante.

Me despierto antes del alba, corro cinco kilómetros haga el tiempo que haga, me ducho, me visto y llego a la oficina antes que Pietro. Trabajo hasta que él me despide y regreso a este piso que se siente a la vez como un santuario y como una prisión.

Las noches son solo mías. Leo —thrillers, sobre todo, historias de gente con problemas más grandes que los míos—. Esta noche es un ejemplar ajado de Rebecca que compré en una librería de segunda mano. El miedo de la protagonista sin nombre me resulta familiar, reconfortante por cómo resuena en mí.

Los viernes se han vuelto sagrados. Después del trabajo, paro en la tienda de vinos a dos manzanas. El ritual de elegir una sola botella para el fin de semana me ancla. La semana pasada fue un Cabernet; esta, quizá un Merlot.

No soy entendida —mi padre se escandalizaría—, pero estoy aprendiendo lo que me gusta. Lo que *yo* quiero, no lo que alguien

me dice que disfrute.

Los fines de semana se estiran delante de mí, vacíos y gloriosos. Exploro Netflix, descubriendo series y películas que nunca me dejaron ver.

Mi padre consideraba la televisión algo inferior, salvo si eran las noticias o documentales sobre guerras históricas.

Ahora me doy atracones de comedias románticas y de dramas criminales con la misma devoción, acurrucada bajo una manta con mi vino y sin nadie que juzgue mis elecciones.

Tengo miedo. Dios, la mayoría de los días estoy aterrada, pero hay libertad en este miedo. Libertad en estar sola. Nadie mirando, nadie esperando, nadie usando cada palabra y cada gesto contra mí o mi familia.

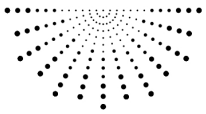
Pero esta noche, las palabras de Pietro han agitado mi paz cuidadosamente construida.

—No eres como las demás—.

¿Qué demonios se supone que significa eso?

Bueno, no sé qué significa. Pero sí sé con certeza que no tengo nada de especial.

CAPÍTULO SEIS



NORA

El domingo por la mañana me pilla sentada con las piernas cruzadas en mi sofá de segunda mano, metiendo la cuchara directamente en un envase familiar de helado de menta con chocolate. El piso está en silencio salvo por la tele y mis esporádicos pucheros.

Llevo llorando veinte minutos seguidos, viendo esta maldita serie sobre una mujer que reconstruye su vida tras escapar de una relación abusiva. Se suponía que no era de ese tipo.

La descripción de Netflix prometía comedia con «elementos de drama». Lo que no mencionaba era que el exnovio de la protagonista la acosaría por tres estados, ni cómo su familia la culparía por «traer problemas» a su puerta.

Otro sollozo se me escapa cuando la mujer en pantalla hace una maleta en mitad de la noche, dejando una nota que su hermana encontrará por la mañana. Me meto otra cucharada de helado en la boca, el frío entumeciéndome la lengua mientras las lágrimas me corren calientes por la cara.

—Estúpida serie —murmuro, pero no cojo el mando.

No puedo apartar la mirada porque es demasiado familiar. El mirar constantemente por encima del hombro. La forma en que se encoge cuando alguien alza la voz. El nombre falso que da en su trabajo nuevo. Es como si alguien hubiera cogido mi vida y la hubiera estampado en la pantalla para entretenimiento.

Cuando cambia de aspecto, cortándose su melena rubia en una melenita castaña, me toco mis propias ondas castaño rojizas.

Me planteé teñírmelo de negro cuando llegué a Chicago, pero no fui capaz. El pelo es lo único que he conservado de antes. Mi madre lo tenía del mismo color. Me parecía que si lo cambiaba, la borraba a ella también.

El helado empieza a derretirse por los bordes, pero me da igual. En pantalla, la mujer tiene un ataque de pánico en el supermercado porque cree ver a su ex.

He estado ahí: la semana pasada en la tienda de vinos, cuando entró un hombre con la complexión de Declan. Abandoné la botella que había elegido con tanto mimo y salí huyendo.

La mujer de la pantalla llora en su piso nuevo, sola en su cumpleaños con una magdalena. La veo soplar la vela, pidiendo un deseo que nadie oirá, y algo se me resquebraja por dentro.

Unos golpes secos en la puerta hacen añicos mi terapia de helado. La cuchara tintinea contra el envase cuando me quedo helada, el pánico recorriéndome como una corriente eléctrica.

¿Y si me ha encontrado?

La vista se me nubla mientras dejo el helado a un lado con las manos temblorosas. Me pongo en pie y avanzo en silencio por la moqueta gastada, esquivando la tabla que cruje junto a la mesa de centro. Respiro a bocanadas cortas mientras me pego a la pared junto a la puerta.

Con una mano trémula, alargo el brazo hacia el bate de béisbol que tengo apoyado en la esquina. Con la otra, me acerco a la mirilla, y contengo el aliento al mirar por ella.

Pietro Sartori está en el pasillo, sus hombros llenando el estrecho círculo de visión. No lleva su traje habitual, sino vaqueros oscuros y una henley negra que se le tensa en el pecho.

No es Declan. No son los hombres de mi padre.

La alivio me inunda y enseguida la sustituye la confusión. ¿Qué demonios hace Pietro en mi piso un domingo por la mañana?

—Sé que me estás mirando, Nora. Abre la puerta. —Su voz atraviesa la fina madera, imperiosa e impaciente.

Me paso la mano a toda prisa por las mejillas surcadas de lágrimas, de pronto consciente de cómo debo de estar. Dejo el bate y respiro hondo antes de abrir el cerrojo.

Pietro entrecierra los ojos en cuanto me ve. Su mirada me recorre la cara, registrando los regueros de lágrimas, el enrojecimiento alrededor de los ojos. Antes de que pueda hablar, se cuela a mi piso empujándome suavemente a un lado.

—¿Quién está aquí? —pregunta, con la voz mortalmente tranquila mientras escanea el minúsculo espacio—. ¿Quién le ha hecho llorar?

Se mueve con una gracia letal, revisa el baño, el armario, incluso mira debajo de mi cama. La absurdidad de ver a uno de los capos más peligrosos de Chicago registrando mi piso de cajón de zapatos en busca de una amenaza inexistente sería cómica si no estuviera tan cabreada.

—¿Pero qué coño cree que está haciendo? —le espeto, cruzándome de brazos sobre el pecho—. ¡No puede irrumpir aquí como si nada!

Pietro se vuelve hacia mí.

—Alguien la ha alterado. —No es una pregunta sino una acusación, como si le ofendiera personalmente que alguien se haya atrevido a hacerme llorar.

—Sí, Netflix —digo, señalando hacia la tele—. Es una serie, Pietro. Estaba viendo una serie y comiendo helado. Ya está.

Mira alternativamente la pantalla y a mí, la incredulidad evidente en el ceño fruncido.—¿Está llorando por un programa de televisión?

La condescendencia de su tono enciende algo feroz en mí. ¿Quién se cree que es para juzgar cómo paso el domingo?

—Sí, lo estoy. Y aunque no lo estuviera, ¿qué derecho le da llamar a mi puerta y exigir que le deje pasar? ¿Registrar mi piso como si fuera suyo? —La voz me sube con cada pregunta—. Trabajo

para usted, Pietro. No soy una de sus propiedades para que me inspeccione cuando le venga en gana.



PIETRO

Me quedo clavado en el umbral de su puerta, el discurso que traía preparado muriendo en mis labios.

Nora Kelly es una jodida visión.

Su pelo, Dios, su pelo. Lo lleva suelto por primera vez desde que la conozco, en ondas que le caen más allá de los hombros. En la oficina lo mantiene tan tirante que jamás me di cuenta de cuánto tenía. Le enmarca la cara como un cuadro, haciendo que sus ojos verdes destaquen aún más sobre su piel pálida.

Lleva una especie de pantalón corto suave que deja ver unas piernas largas que solo había imaginado bajo sus faldas profesionales. La camiseta enorme se le cae de un hombro, dejando a la vista una clavícula delicada.

Los surcos de lágrimas en sus mejillas la hacen parecer vulnerable de una forma en la que nunca la he visto, y hay pecas—jodidas pecas—salpicando su nariz que debe tapar con maquillaje en el trabajo.

Carraspeo, intentando recomponerme.—Vístase. Hoy viene conmigo.

Ella alza las cejas.—¿Perdone?

—Comida familiar. La necesito allí. —Las palabras me salen más duras de lo que pretendía.

Se ríe, un sonido a la vez musical e incrédulo.—¿Necesita a su secretaria en una comida familiar? ¿Un domingo?

No lo había planeado. La verdad es que me he despertado esta mañana con la repentina e inexplicable necesidad de verla. La excusa se ha formado de camino aquí.

—Tengo que repasar unos papeles en la oficina de la finca después —digo, y la mentira me sabe amarga—. Los informes trimestrales vencen mañana, y hay discrepancias en los manifiestos de carga que hay que resolver de inmediato.

Hasta a mis oídos suena de puta pena. La expresión de Nora lo confirma.

—¿No podía haber llamado antes? —pregunta, cruzándose de brazos. El movimiento estira la camiseta sobre su pecho y me obligo a mantener la vista en su cara.

—He llamado. Línea muerta. —Otra mentira. Ni siquiera lo intenté.

—Mire, le agradezco la invitación, pero hoy tengo planes que no incluyen hojas de cálculo ni manifiestos de carga. —Se mueve para cerrar la puerta.

Pongo la mano y la detengo.—No es una petición, Nora. Es parte de su trabajo.

Los ojos le centellean desafiantes, y por un momento creo que me va a mandar a la mierda. En vez de eso, pone los ojos en blanco con teatralidad.

—Vale. Déme quince minutos para vestirme. —Se vuelve hacia lo que supongo que es su dormitorio y añade por encima del hombro —: Y termínese el helado si quiere. Se está derritiendo.

Mientras se aleja, se me va la mirada al balanceo de sus caderas, a la curva de su culo en esos pantalones cortos. El calor me encharca bajo vientre, la polla se me pone dura al instante. Me recoloco incómodo y maldigo por lo bajo.

El móvil vibra en el bolsillo, rompiendo el momento. Lo saco y veo el nombre de Nico en la pantalla. Mi hermano pequeño solo llama cuando es serio.

—¿Qué?

—Tenemos un problema. —La voz de Nico suena tensa, controlada—. ¿Ese envío de Nápoles? Alguien ha estado sisando.

Fabio pilló a uno de los estibadores cargando cajas en su coche particular.

—Joder. ¿Cuánto?

—Lo suficiente como para que nos diéramos cuenta. Y no es la primera vez.

Paseo por el salón diminuto de Nora, apretando la mandíbula.—¿Dónde está ahora?

—Almacén tres. Lorenzo está con él, pero te necesitamos aquí. Dice que tiene protección de más arriba.

—¿Más arriba que yo? —La voz se me baja a un susurro peligroso.

—Por eso he llamado. Hay que enviar un mensaje.

—Estoy allí en veinte. —Cuelgo y vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo.

Llego a la puerta del dormitorio de Nora y alzo el puño para llamar, pero dudo. Dentro se oyen cajones abriéndose y cerrándose. Me la imagino cambiándose, deslizándose esa camiseta enorme por encima de la cabeza, y se me seca la boca.

—Nora —llamo a través de la puerta—. Cambio de planes. Tengo que...

La puerta se abre de golpe y se me estampa contra el pecho. Mis manos le agarran la cintura por instinto para estabilizarla. Su cuerpo está caliente contra el mío, blando en todos los sitios donde yo estoy duro.

Se nos cruzan las miradas. Se le dilatan las pupilas, y noto cómo se le corta la respiración. Los dedos se me ciñen en su cintura, notando la curva de su cadera bajo la tela fina del vestido. Se ha puesto algo verde oscuro que realza sus ojos, la hace parecer una especie de ninfa del bosque.

—Me tengo que ir —digo, con la voz más ronca de lo que pretendía—. La comida familiar se cancela. De momento.

Entorna un poco los ojos.—¿Así, sin más? ¿Después de insistir en que lo dejara todo?

Puedo sentirle el corazón desbocado donde nuestros cuerpos se tocan. O quizá sea el mío. Ya no lo sé.

—Emergencia de trabajo.

Se pone tensa, como si de repente cayera en lo cerca que estamos.—Ya puede quitarme las manos de encima.

Las palabras son agua helada. La suelto al instante y doy un paso atrás.

—Mañana le cuento lo de esos informes —digo, con la voz retomando su frialdad habitual.

Cruza los brazos.—Claro. Lo que usted diga, jefe.

No se me escapa el sarcasmo, pero no tengo tiempo para lidiar con ello. Alguien me está robando, desafiando mi autoridad. Eso requiere atención inmediata.

—Cierre con llave cuando me vaya —le digo, ya de camino a la salida.

Doy un portazo al coche con más fuerza de la necesaria.

Lorenzo se partiría de risa si me viera ahora. El gran Pietro Sartori, desarmado por una secretaria con problemas de actitud. Mi hermano tiene una forma de ver a través de la mierda de todos, sobre todo la mía. Siempre la ha tenido, incluso de críos.

Lorenzo es el diplomático de la familia, el que lo suaviza todo cuando yo dejo cuerpos a mi paso. Donde yo uso los puños, él usa las palabras. Donde yo intimido, él encanta. El cabrón sería capaz de salir del infierno hablando, probablemente logrando que el diablo se disculpara por las molestias.

Lleva los negocios legítimos. Los restaurantes, las importadoras que de verdad importan mercancía legal. Nos hace parecer respetables de puertas afuera. Los polis le adoran. A la mujer del alcalde le parece encantador. Incluso nuestros enemigos le respetan.

Pero bajo esa lengua de seda hay acero. He visto a Lorenzo clavarle un cuchillo en la mano a un tío por tocar a una de nuestras camareras sin permiso. Y lo hizo sonriendo. Le pidió disculpas a la chica por el estropicio mientras el tipo gritaba.

Esa es la cosa con Lorenzo. Vuelve elegante la violencia. Como si fuera otra táctica de negociación más.

Y luego está Nico.

Mi hermano pequeño no se parece en nada a Lorenzo. Donde Lorenzo fluye como el agua, Nico son todo aristas y cálculos. El chaval, aunque ya tiene treinta, ve el mundo en números y patrones.

Se graduó en el MIT con veintiún años; podría haber trabajado donde quisiera. Silicon Valley. Wall Street. En vez de eso, volvió a casa para dirigir nuestro imperio de la construcción.

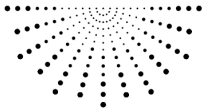
Nico lo cuestiona todo. Cada decisión, cada alianza, cada puta cosa que hago. Me saca de quicio, pero por lo general tiene razón.

También es el único que me desafía abiertamente por trabajar con la familia Feretti. Cree que nos equivocamos al confiar en ellos después de lo que pasó con Riccardo y Bruno.

La construcción es su criatura. Cada licencia de obra, cada contrato, cada ladrillo colocado en nuestro territorio pasa por él. Es la tapadera perfecta para nuestras otras operaciones. ¿Necesitas mover armas? Vehículos de construcción. ¿Necesitas blanquear dinero? Proyectos de edificación que solo existen sobre el papel.

Pero últimamente, Nico está distinto. Más retraído. Más suspicaz. Apenas habla en las comidas familiares, solo observa a todo el mundo. Lorenzo cree que está solo. Yo creo que está planeando algo

CAPÍTULO SIETE



NORA

Los números se me mezclan en la hoja de cálculo. Martes. La resaca de la semana. Mis dedos vuelan por el teclado, traduciendo la garabateada de araña borracha de la letra de Pietro en columnas limpias.

Contenedor MXCU-7789432. Doce palés de vino toscano. Bastante sencillo. Mi tercer café está frío y amargo, pero ir hasta la máquina de espresso significa pasar por delante de su puerta abierta. Después del domingo, mantengo las distancias.

No es que parezca notarlo. Ayer y hoy por la mañana ha estado encerrado en reuniones, su voz atravesando las paredes en afiladas frases en italiano.

Suena el ascensor.

Mis manos se detienen sobre el teclado. Son las 9:15. Demasiado pronto para el reparto de correo de las 10:30. Las comidas de trabajo no empiezan hasta el mediodía. No hay citas en el calendario hasta las 2 p. m.

Las puertas se abren con su susurro habitual.

Salen tres hombres.

Mal. Todo en ellos grita mal. El más alto, rubio oscuro con nariz de boxeador, barre la recepción con unos ojos azul pálido.

—Buenos días, cariño.—Su acento de Boston me cae como agua helada en las venas.—Buscamos a Sartori.

Compongo mi expresión, recurriendo a años de práctica en las cenas de mi padre. Una máscara educada y vacía.

El segundo hombre se mueve a mi izquierda, bloqueando el paso al ascensor principal. Más bajo, más fornido, con unos dedos gruesos que se flexionan y sueltan en un patrón que reconozco. Se está calentando para la violencia.

El tercero se queda junto al ascensor, asegurándose de que no haya escapatoria por ahí. A ese sí lo conozco. Tommy, uno de los contactos de Boston de mi padre. No creo que me haya visto. Le conozco porque una vez tuvo una reunión con mi padre y le vi desde la ventana de mi dormitorio. Tiene una cicatriz en el lado izquierdo de la cabeza. Difícil de olvidar.

Si me reconoce, sin embargo...

—El señor Sartori no está disponible.—Mi voz sale firme, profesional.—¿Les gustaría a los caballeros concertar una cita?

—Qué monada.—La sonrisa del líder me recuerda a la de Declan: todo dientes, cero calor.—Pero no somos de pedir cita. Sartori nos está esperando.

—Me temo que no.—Me pongo en pie despacio, alisándome la falda con unas manos que quieren temblar. La tela azul oscuro me parece demasiado fina, demasiado reveladora.—Como he dicho, el señor Sartori está...

—En realidad —el rechoncho cambia el peso, crujiéndose los nudillos—, ¿por qué no entramos ahí y cogemos...?

—Cierra la puta boca.—La voz del líder corta como una hoja. Sus ojos pálidos no se apartan de los míos, pero veo cómo se le tensa la mandíbula.—Usa el cerebro por una vez.

Tommy sigue en silencio junto al ascensor, pero la mano se le va a la cadera. El bulto bajo la chaqueta no es sutil.

—La señorita nos ha pedido que pidamos cita.—El líder da un paso más.—Pero verás, tenemos un asunto que no puede esperar.

Encuentro el borde de mi mesa con los dedos, anclándome.—Con mucho gusto revisaré la agenda del señor Sartori para ver su primera disponibilidad.

Detrás de la puerta de Pietro, una silla rasga el suelo. Los hombres se tensan.

—Esto es lo que va a pasar —dice el líder, bajando la voz—. Va a llamar a esa puerta y a decirle a Sartori que tiene visita. Una visita importante que necesita cinco minutos de su tiempo.

Todo sucede a la vez.

Nariz de Boxeador se me echa encima, su mano me cierra con fuerza el brazo por arriba. Yo giro, usando su inercia, pero él lo tiene previsto. La otra mano va a por mi garganta.

—Zorra estúpida...

La puerta del despacho de Pietro estalla hacia fuera.

He visto a Pietro enfadado. Le he visto frío. Nunca le he visto así. Violencia pura hecha carne. No corre; fluye por el espacio como sangre derramada, silencioso e inevitable.

El primer puñetazo tumba a Nariz de Boxeador antes de que el hombre termine la amenaza. El chasquido de su mandíbula rompiéndose resuena en la oficina, seguido del golpe de su cuerpo contra el mármol.

El rechoncho saca una pistola, pero Pietro ya está en movimiento. Colisionan con la fuerza de un choque de coche, estrellándose contra mi mesa. Papeles por los aires. Mi taza se hace añicos, el líquido oscuro extendiéndose sobre los manifiestos que he estado dos horas organizando.

Tommy me agarra por detrás, la pistola presionada contra mi sien. El metal está frío.

—¡Atrás de una puta vez, Sartori!—El brazo de Tommy me aplasta la tráquea. Puntos negros bailan en los bordes de mi visión. —O redecoraré tu despacho con sus sesos.

Pietro se queda helado a media acción, la cabeza del atacante rechoncho girada en un ángulo que significa que no va a levantarse. Nunca.

—Suéltela.—La voz de Pietro baja a algo infrahumano, peligroso. La sangre gotea de sus nudillos abiertos sobre el mármol.—Su

problema es conmigo.

—Nuestro problema es con toda tu puta familia.—El aliento de Tommy apesta a cigarrillos y menta.—Pero tu secretaria va a ser un buen mensaje, ya que he oído que es bastante lista.

El cañón me presiona más la sien. Se me estrecha la vista, pero el músculo se impone a la mente. Tres años de defensa personal después de que muriera mamá, mi padre insistiendo en que aprendiera a protegerme.

—Las mujeres asustadas mueren. Las mujeres inteligentes sobreviven.

Le clavo el codo en el plexo solar a Tommy. Su agarre afloja un latido: lo suficiente. Dejo caer mi peso, giro y me arrastro todo lo rápido que puedo. El movimiento es feo, desesperado, pero funciona.

La pistola de Tommy gira hacia mí, pero Pietro ya está allí. Le cierra la mano en la muñeca, y el sonido de los huesos rompiéndose llena el aire como palomitas. El arma repiquetea por el mármol.

El puño de Pietro impacta en la cara de Tommy una, dos, tres veces. La sangre me salpica la blusa blanca. Tommy se desploma, la cara hecha un estropicio de piel abierta y hueso astillado.

La puerta de la oficina se abre de golpe. Entra Liam el primero, arma en mano, seguido de cuatro guardias de seguridad más que reconozco del edificio. Fluyen por el espacio, comprueban esquinas, aseguran armas.

Intento ponerme en pie, pero las piernas me fallan.

Pietro me atrapa antes de que vuelva al suelo, cerrando los brazos a mi alrededor.

—Está herida.—Sus dedos planean sobre mi garganta, donde ya florecen moratones rojo violáceo.

—Estoy bien.—Las palabras salen ásperas, dolorosas.

—No está bien.—Su pulgar me recorre la mandíbula, y me doy cuenta de que estoy temblando. Temblores de cuerpo entero, como si me helara, aunque en la oficina hace calor.—Cristo, mírese.

—Señor.—Liam aparece al hombro de Pietro, profesional y sereno pese a los cuerpos decorando la oficina.—El equipo de limpieza viene de camino. ¿Llamo a la clínica?

—Nada de hospitales.—Las palabras se me escapan antes de poder frenarlas. Hospitales significan preguntas, registros, rastros que Declan podría seguir.

Los ojos de Pietro se entrecierran, estudiándome la cara.—Liam, encárguese de esto. Me la llevo a casa.

—No necesito...—Ponerme en pie parece una buena forma de demostrar que estoy bien. En cambio, la habitación se me va de lado y los brazos de Pietro se me cierran más.

—Está entrando en shock.—Se le suaviza la voz.—Liam, que traigan el coche. Entrada trasera.

—Pietro.—Le agarro de la camisa, la tela cara se me arruga en los puños.—Los papeles, los manifiestos... habrá que rehacerlos.

Me mira como si me hubiera vuelto loca.—Acabamos de repeler a tres hombres armados y ¿está preocupada por el papeleo?

—Es mi trabajo.

Tommy gime desde el suelo, aún vivo, por poco, y la atención de Pietro se desplaza.

—Manténganlo respirando —le dice a Liam—. Quiero respuestas sobre quién los ha enviado.

—Puedo ayudar con eso.—Las palabras se me escapan y me maldigo. Estúpida. Qué estúpida.—Quiero decir, les he oído mencionar Boston. El acento...

—¿También es usted de Boston, eh?—Su voz lleva ahora un filo, recelosa.

—Estudié en Boston. Brevemente. Antes de trasladarme.—Mentiras sobre mentiras, cada una levantando un castillo de naipes que amenaza con venirse abajo.

Pietro me estudia largo rato. A nuestra espalda, el equipo de Liam trabaja, atando las muñecas de Tommy con bridas, comprobando si los otros dos muestran signos de vida. Los ojos del rechoncho están muy abiertos, vacíos. Una mancha oscura se extiende bajo él sobre el mármol. Nariz de Boxeador gorgotea, un sonido húmedo y roto. Se me revuelve el estómago.

—Marco —llama Pietro a uno de los guardias—. Llévenselos al almacén tres. Asegúrense de que sigan respirando hasta que yo llegue.

Los guardias arrastran a Tommy hacia el montacargas, dejando regueros de sangre por el mármol. Alguien más llega con material de limpieza, moviéndose a nuestro alrededor como si fuéramos muebles mientras empieza a borrar las huellas de la violencia.

—¿Puede caminar?—pregunta Pietro, aún con el brazo en mi cintura.

Pongo a prueba las piernas. Me sostienen, pero un temblor las recorre.—Sí.

No me suelta y me guía hacia su ascensor privado. Me deja allí y coge mi bolso y el móvil.

Cuando entramos, me mira con atención.

—Se ha movido como quien ya lo ha hecho antes.—Sus palabras llenan el silencio mientras bajamos.—La forma en que rompió su agarre. Eso no se aprende en un cursillo de defensa personal de fin de semana.

Me quema la garganta al tragar.—Se sorprendería de lo que enseñan hoy en día.

—No me gustan las sorpresas, Nora.—El ascensor se detiene en el aparcamiento.—Y menos cuando implican que mis empleadas sepan técnicas de combate y reconozcan acentos de Boston.

Me presiona la mano en la parte baja de la espalda, guiándome hacia un SUV negro donde espera un chófer. El contacto me quema a través de la blusa, un recordatorio de que, a pesar de sus sospechas, su instinto sigue siendo protegerme.

—Se lo dije...

—Me dijo lo que quería que oyera.—Me abre la puerta, esos ojos oscuros viendo demasiado.—Pero todo el mundo tiene secretos, ¿verdad, señorita Kelly?

La manera en que acentúa mi apellido me hiela la sangre. Sabe que hay algo raro. Tal vez no el qué, exactamente, pero sabe que miento.

Me deslizo en el asiento de cuero y por fin mi cuerpo deja de temblar. Pietro rodea el coche y se sienta a mi lado con una gracia controlada. Saca el móvil y escribe algo rápido.

—¿Adónde vamos?—Mi voz suena extraña, áspera por el estrangulamiento de Tommy.

—Al complejo. Es seguro.—No levanta la vista del teléfono.—Esos moratones necesitan hielo, y usted necesita un sitio seguro hasta que sepamos por qué han venido a por mí.

—Han dicho que les esperaba.

Sus dedos dejan de moverse por la pantalla.—No les esperaba.

—Entonces, ¿cómo han pasado la seguridad? El edificio tiene...

—Alguien les ha dejado entrar.—Se le marca la mandíbula.—Alguien que quería que llegaran hasta mí.

—Pietro.—La mano se me va hacia la suya antes de poder evitarlo, los dedos rozándole los nudillos donde la piel está abierta.—Sus manos.

Mira hacia abajo como si acabara de notar el daño.—No es nada.

—No es nada, no.—Sin pensar, saco pañuelos del bolso y se los presiono en los peores cortes. Su mano es enorme bajo la mía, capaz de tanta violencia, y aun así se queda perfectamente quieto mientras le curo.

—No tuvo miedo.—Su voz baja, íntima en el asiento de atrás del SUV.—Cuando la agarraron, cuando él le puso la pistola en la cabeza. Estaba tranquila.

—Estaba aterrada.

—Pero aun así peleó.

Nuestras miradas se encuentran. Su mano gira bajo la mía, entrelazando sus dedos con los míos, pegajosos de sangre.

Le vibra el teléfono a Pietro. Retira la mano para contestar, dejando la mía fría y vacía.

—Dime.—Escucha, con el gesto oscureciéndose.—¿Cuántos? ¿Cuándo?—Pausa.—Duplique la seguridad en todas las ubicaciones. Nadie entra sin mi aprobación directa.

Cuelga, la mandíbula hecha una línea dura.—Esto ha sido coordinado.—No lo detalla. No hace falta.

Se le baja la mirada a mi garganta, al mapa que oscurece de los dedos de Tommy.—Han enviado a su mejor equipo. ¿Para qué?—pregunta, más para sí que para mí.—Sin envíos. Sin reuniones.—Levanta los ojos oscuros, clavándome en el sitio.—Nada que merezca un golpe.

La pregunta no formulada queda flotando entre nosotros: *Entonces, ¿a qué venían?*

—Debería descansar —dice Pietro, rompiendo el silencio—. Estaremos en el complejo en veinte minutos.

Asiento y apoyo la cabeza en la ventanilla.

Mi mente se va a Declan. Odio lo fácil que se me cuela en la cabeza. Le odio.

Dios, qué ingenua era entonces. Veinte años y protegida a pesar de haber crecido en la mafia irlandesa de Boston. Declan entró con una botella de whisky y una sonrisa que iluminaba la habitación.

Alto, con pelo color arena y ojos del color del cielo invernal. Besó la mano de mi madre, elogió el gusto de mi padre por el whisky y me miró como si fuera la única mujer del mundo.

Eso es lo peor. Declan al principio fue dulce. Me traía el café exactamente como me gustaba. Recordaba pequeños detalles de libros que había mencionado. Llamaba solo para oír mi voz.

En nuestra primera cita me llevó a patinar sobre hielo al Frog Pond y luego a cenar a un restaurante diminuto donde el dueño le conocía por su nombre.

El coche frena en un semáforo en rojo. Fuera, una pareja camina de la mano, riéndose de algún chiste privado. Gente normal con vidas normales.

—Nora.—La voz de Pietro me corta los pensamientos.—Tenemos que hablar.

Mantengo la mirada en la ventanilla.—¿De qué?

—De lo que ya ha deducido. De a qué se dedica de verdad mi familia.

Se me acelera el pulso. Es esto. El momento en que o confía en mí o decide que soy un lastre. Me vuelvo hacia él y dejo que se vea la inquietud auténtica. No cuesta. Pese a haber crecido en esta vida, estar al otro lado de una confesión mafiosa se siente distinto.

—No sé a qué se refiere.—La mentira sale débil, justo como quería.

La risa de Pietro carece de humor. Sus ojos me taladran.—Es demasiado lista para no haber unido los puntos.

Me abrazo a mí misma, un gesto tan calculado como real.

—Lo sospechaba...—La voz se me apaga. Me muerdo el labio y aparto la vista.—El dinero no cuadra solo con importación/exportación. La forma en que todos le tienen miedo.

—Y aun así se quedó.

—Necesitaba el trabajo.—Verdad envuelta en engaño.—Necesito el dinero.

—Mi familia controla la mayor parte del South Side de Chicago.—Su voz es aséptica, como si hablara de informes trimestrales.—Movemos envíos por los muelles: droga, armas, lo que pague. Los restaurantes, la constructora, son tapaderas para blanquear dinero.

Abro los ojos más, hundiéndome en el cuero del asiento.—Me está diciendo que es...

—Una familia criminal. Sí.—Observa mi reacción con esos ojos oscuros que no se pierden nada.—Mi padre construyó este imperio. Mi hermano lo expandió. Ahora es mío.

—Dios mío.—Me cubro la boca con una mano temblorosa. El temblor es real. Mi cuerpo aún procesa la adrenalina del ataque.—Los hombres de hoy. Eran...

—Competencia. Los irlandeses intentan meterse en nuestro territorio.—Se le tensa la mandíbula.—Por eso lo de hoy no puede volver a pasar.

—No se lo contaré a nadie.—Las palabras me salen atropelladas.—Lo juro, no...

—Sé que no lo hará.—La certeza en su voz me hiela la sangre.—Porque es lo bastante lista para entender lo que eso significaría.

La amenaza queda entre nosotros, sin decir, pero clara. Mi padre diría lo mismo, insinuaría lo mismo. La similitud me oprime el pecho.

—¿Por qué me está contando esto?—susurro.

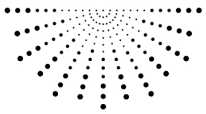
—Porque ya está dentro. Trabaja para mí, lo que la convierte en objetivo. Hoy lo ha demostrado.

—Debería dimitir.—Las palabras me salen pequeñas, asustadas.—Debería irme de Chicago.

—No.—La palabra chasca como un latigazo. Pietro me cierra la mano sobre la mía, que reposa en el asiento.—No huya. No ahora.

No respondo. ¿Qué puedo decir? ¿Que no tengo adónde huir?

CAPÍTULO OCHO



NORA

Las verjas son un muro de hierro y piedra. Cinco metros de altura, el escudo de la familia Sartori trabajado en el metal. La cara de un guardia aparece en la ventanilla, la mano sobre la pistola. No sonríe. El conductor marca un código y el muro se abre en dos, en silencio.

—Hogar, dulce fortaleza —la voz de Pietro trae un humor sombrío cuando las puertas se cierran detrás de nosotros con silencio mecánico.

La entrada privada serpentea entre robles y arces maduros, sus ramas formando un dosel sobre nuestras cabezas. A través de huecos en los árboles, capto destellos de jardines cuidados que se extienden hacia el lago Michigan.

La magnitud me golpea poco a poco: esto no es solo una casa. Es una finca. Un reino.

Mi casa de la infancia en Boston se extendía por ocho acres en Brookline, ladrillo, hiedra y contención protestante. Esto es otra cosa por completo.

La casa aparece entre los árboles, una declaración tallada en piedra color crema y ambición.

Hace que la mansión de mi padre parezca la casita del jardinero. Una fuente domina la rotonda, un monumento, leones rugientes escupiendo agua con una fuerza que se siente como una advertencia. Es preciosa, y está pensada para intimidar. Funciona.

—Es… —Las palabras me fallan.

—¿Excesiva? —Pietro se mueve a mi lado, su muslo rozando el mío—. Giuseppe nunca hizo nada a medias.

Giuseppe Sartori fue el padre de Pietro. Mi tío me ha puesto al día en lo básico sobre la familia.

El todoterreno se detiene ante la escalinata. Doce anchos peldaños de piedra flanqueados por más leones, estos congelados a media acometida. Pietro sale primero, escaneando la entrada antes de ofrecerme la mano.

Sus dedos se cierran sobre los míos, cálidos a pesar del frío de noviembre que se cuela por mi ropa.

Las puertas principales se alzan a cinco metros, nogal macizo con herrajes de latón que relucen como oro. Se abren antes de que lleguemos, revelando a una mujer de cincuenta y tantos con mechones plateados recogidos en un moño pulcro.

—Pietro. —Su voz arrastra un suave acento italiano, una preocupación maternal trenzada en la sola palabra. Sus ojos se posan en mí, reparando en la sangre de mi blusa, en los moratones que ennegrecen mi garganta—. Dio mio, ¿qué ha pasado?

—Giulia, ella es Nora Kelly. Se quedará con nosotros —la mano de Pietro encuentra la parte baja de mi espalda, presionando con suavidad—. Nora, Giulia lleva la casa. Es de la familia.

La expresión de Giulia se suaviza, aunque la preocupación aún le arruga el ceño. Alarga la mano, los dedos suspendidos cerca de mi garganta sin tocarla.

—Esos moratones… —Se vuelve hacia Pietro, cambiando a un italiano rápido que suena a regañina.

Él responde en el mismo idioma, con un tono paciente pero firme. Capto lo suficiente para entender. Ataque, irlandeses, ahora a salvo.

—Ven. —Giulia me toma del brazo con una dulzura insistente—. Necesitas hielo para la garganta y ropa limpia. Pietro, llévala al cuarto de invitados. Yo le traeré lo que haga falta.

El vestíbulo me roba el poco aliento que me queda. Un atrio de dos pisos con una gran escalera doble, una lámpara de cristal que debe de pesar media tonelada, suelos de mármol que reflejan la luz como agua. Este espacio podría tragarse mi apartamento entero tres veces.

Pietro me guía escaleras arriba por la derecha. El pasillo se extiende en ambas direcciones, con puertas espaciadas a intervalos que sugieren habitaciones enormes tras cada una.

—Mi suite está al fondo —indica el ala este—. Tú estarás aquí. —Abre una puerta a tres habitaciones de la suya.

El cuarto de invitados es más grande que la mayoría de dormitorios principales. Paredes azul suave, una cama con dosel y sábanas blancas impecables, ventanas con vistas a unos jardines que en primavera deben de ser un escándalo. Un baño en suite visible por una puerta abierta.

—Es precioso. —Las palabras me salen ásperas; la garganta protesta.

La mandíbula de Pietro se tensa al oírme—. Hay un cerrojo en la puerta. Seguridad patrulla los terrenos. Nadie entra sin pasar por varios controles.

—¿Crees que vendrán aquí?

—Creo que alguien envió a esos hombres para hacerme daño. Creo que no les basta con golpear mis operaciones. Y también creo que te llamó lista por algo. Alguien te ha mencionado. Pero voy a atar cabos. Hasta entonces, no te vas de aquí.

La declaración debería indignarme. En cambio, me recorre un alivio cálido.

Giulia aparece en el umbral con un montón de ropa en brazos y una bolsa de hielo envuelta en un paño de cocina.

—Son de Vittoria, pero tenéis tallas parecidas. —Deja la ropa sobre la cama. Vaqueros, un jersey gris suave, ropa interior aún en su embalaje—. Pietro, déjanos a solas.

Él parece dispuesto a discutir, pero se lo piensa mejor—. Estaré en el despacho. La cena es a las siete.

Cuando se va, Giulia presiona el hielo contra mi garganta con una delicadeza experta—. Siéntate. Déjame verte como es debido.

Me hundo en el borde de la cama; el colchón me acoge como una nube. Todo aquí se siente caro, consistente, permanente. Tan distinto de mi estudio minúsculo con el colchón en el suelo y la cocina de hornillo.

—No eres su tipo habitual —observa Giulia sin juicio, solo curiosidad.

—Soy su secretaria. No es… no somos…

—Un hombre como Pietro no trae a su secretaria a casa para protegerla si no significa algo. —Me toma la barbilla con los dedos, examinando la zona amoratada—. Esos hombres que te atacaron, ¿Pietro les hizo daño?

Asiento con cuidado.

—Ajá. —No insiste, pero la inteligencia le brilla en los ojos—. Una pistola en la cabeza… y no estás rota. Bien.

—No tenía mucha elección.

—Siempre hay elección. Tú elegiste luchar. —Ajusta la bolsa de hielo—. Pietro… carga con demasiado. Necesita un cimiento, no otra piedra que llevar a cuestas.

Las palabras se quedan entre nosotras, cargadas de un significado que no estoy lista para examinar. Me da una palmadita en el hombro y se incorpora.

—Descansa. Cámbiate. Haré que te suban algo de comer si tienes hambre. La cena es informal esta noche, solo familia.

Solo familia. Como si eso no diera miedo a su manera.

Cuando se va, me quito la blusa destrozada, la hago una bola y la meto en la papelera del baño, luego abro la ducha, dejando que el vapor inunde el mármol.

La presión del agua es perfecta, la temperatura constante. Pequeños lujos que daba por sentados de niña y que ahora son recordatorios punzantes de todo lo que he perdido. Me trabajo el champú por el pelo, viendo el agua teñida de rosa arremolinarse por el desagüe.

Me visto con la ropa de Vittoria, la única hermana de esta familia, el jersey suave como mantequilla contra mi piel. Los vaqueros sientan bastante bien, aunque yo tengo más curvas que la hermana de Pietro. En el espejo parezco más joven, vulnerable. Los moratones del cuello se han oscurecido a un morado negruzco, un collar de violencia que no puedo ocultar.

Un golpe interrumpe mi evaluación.

—Adelante.

Entra Pietro, cambiado a vaqueros oscuros y un jersey negro que hace que sus ojos parezcan aún más oscuros—. Liam ha recuperado tus cosas. —Deja una bolsa de deporte junto al armario—. Todo lo que en tu piso parecía importante.

Me pican las manos por comprobar si están la bolsa de huida, las fotos, pero me obligo a esperar.

—Gracias.

Cruza hasta donde estoy, junto al espejo; su reflejo se une al mío. Parecemos una pareja. El pensamiento me enciende el pecho seguido de una fría realidad.

No somos una pareja.

Somos un Don de la mafia y su secretaria que miente sobre todo.

—¿Duele? —Sus dedos flotan cerca de mi garganta, sin llegar a tocarla.

—Solo al tragar.

—Debería haber sido más rápido.

—Me salvaste la vida. —Y lo hizo.

—Nunca deberían haber llegado tan cerca. —Deja caer la mano —. He duplicado la seguridad en todas nuestras propiedades. No tendrán otra oportunidad.

Pero la tendrán. De eso estoy segura. Esta gente nunca se detiene hasta conseguir lo que quiere.

Aunque ni siquiera sé muy bien qué es.

—Vamos. —Pietro se vuelve hacia la puerta—. Te enseño la casa antes de cenar.

La casa se despliega como un museo. Me enseña el despacho, un invernadero lleno de plantas y luz. Pasamos por un salón donde los sofás de seda parecen no haber sido usados jamás.

Ni un libro fuera de su sitio, ni un cojín sin mullir. El aire está quieto, cargado con olor a cera de limón y algo más… ausencia.

—Este era el cuarto favorito de Riccardo. —Pietro se detiene en la puerta de un cine en casa—. Nos arrastraba a todos aquí para noches de peli cuando éramos niños.

Pretérito. Todo aquí parece existir en pretérito. Riccardo Sartori fue el primogénito de la familia.

Un ruso lo mató hace dos meses. Bruno Sartori, el segundo, también recibió un tiro y sigue en coma. Eso nos deja con Pietro, tercer hijo y Don actual.

La cocina rompe el patrón. Cálida y viva, zumba de actividad. Giulia está ante una cocina enorme, removiendo algo que hace rugir mi estómago. Dos mujeres más jóvenes preparan verduras en la isla, charlando en italiano hasta que ven a Pietro.

—No os cortéis por mí. —Atrapa una aceituna de un cuenco y se la mete en la boca.

Giulia le atiza con una cuchara de madera—. Fuera. La cena estará lista cuando esté lista.

Se le relajan los hombros.

—El comedor está por aquí. —Me guía por una alacena de mayordomo hasta un espacio que podría acoger una cena de Estado. La mesa sienta a veinte sin apuros, aunque solo hay siete cubiertos puestos esta noche.

—Ahí se sentaba Giuseppe, mi padre —indica la cabecera—. Nadie la ha ocupado desde que murió. Riccardo se sentaba allí —señala el extremo opuesto— y ahora esa silla también permanece vacía.

Dos fantasmas en la mesa familiar. El peso de su ausencia aprieta la estancia.

Pasos sobre el suelo anuncian llegadas. Entra Lorenzo primero, con pinta de haber salido de una revista de moda italiana pese a ser una cena informal. A todos los conozco por fotos que encontré un sábado por la tarde que me aburría y los busqué en internet.

—Debes de ser Nora. Soy Lorenzo. —Su sonrisa trae un calor genuino—. Bienvenida al caos.

Antes de que pueda responder, irrumpe una joven: Vittoria, la única hermana, puro pelo oscuro y ojos curiosos.

—Dios mío, ¿qué te ha pasado en el cuello? —Alarga la mano hacia mis moratones y se frena—. Perdona, ha sido una grosería. Soy Vittoria. Eres la secretaria que por fin ha durado más de una semana.

—Por los pelos. —La palabra me raspa al salir.

—Tori. —La voz de Pietro lleva una advertencia.

Ella le hace un gesto de desdén—. Estoy siendo amable. Alguien tendrá que serlo, porque tú te vas a pasar la noche frunciéndole el ceño.

—No frunzo el ceño.

—Ahora mismo lo estás frunciendo.

Aparece Nico en el umbral, facciones afiladas y suspicacia. Su mirada lo cataloga todo.

—Señorita Kelly. —El saludo suena a acusación—. ¿Día interesante en la oficina?

—Se podría decir.

—Nico. Nuestra invitada casi muere hoy —dice Lorenzo.

La sonrisa de Nico carece de calidez—. Solo hacía conversación.

Ava entra la última, una sombra en elegante negro. La viuda de Riccardo se mueve como si caminara por un mundo de cristal, procurando no alterar nada. Me ofrece una sonrisa suave.

—¿Nos sentamos? —Lorenzo me retira una silla, colocándome entre él y Pietro.

Giulia y sus ayudantes empiezan a sacar la comida. Antipasti, pan recién hecho, vino. Los aromas me envuelven, ajo, albahaca y consuelo.

—Entonces, Nora —Vittoria se inclina hacia delante, realmente interesada—. ¿De dónde eres? Tu acento es difícil de ubicar.

—De aquí y de allá. —Agarro el vino, ganando tiempo—. Familia militar. Nos mudábamos mucho.

La mentira sale fácil, construida sobre fragmentos de verdad. Sí nos mudábamos a menudo, solo que no por motivos militares. El negocio de Connor exigía flexibilidad.

—¿Pero pasaste tiempo en Boston? —insiste Nico.

—En la universidad. Brevemente.

—¿En cuál?

—Nico, basta. —La voz de Pietro corta el interrogatorio—. Está aquí como mi invitada, no como sospechosa.

—Dadas las brechas recientes de seguridad, todo el mundo es sospechoso.

La mesa se queda en silencio. Incluso Giulia se detiene al servir el plato de pasta.

—He dicho que basta. —El tono de Pietro cae a algo peligroso.

Pero Nico no se echa atrás—. Ya hemos perdido demasiado como para confiar a ciegas.

—He dicho que basta.

Los hermanos se sostienen la mirada a lo largo de la mesa. Testosterona y duelo crean una química combustible en el espacio confinado.

—Pablo habría estado de mi parte. —Las palabras de Nico caen como una bomba.

Pietro se queda rígido. Cada línea de su cuerpo transmite violencia apenas contenida.

—Ni se te ocurra. —La palabra sale letal—. Ni se te ocurra.

—¿Quién es Pablo? —La pregunta se me escapa antes de poder frenarla. No me corresponde preguntar, pero esta noche he perdido el norte.

El silencio se estira, tenso como una cuerda de piano. Las manos de Giulia se quedan quietas sobre el cucharón. Lorenzo cierra los ojos. Vittoria se toca la pulsera mirando a algún punto del techo.

—Mi hijo. —La voz de Giulia rompe la parálisis—. Murió hace trece años.

Pietro empuja la silla hacia atrás; las patas raspan el mármol. Se ha ido antes de que nadie pueda hablar, sus pasos resuenan por la casa.

—Lo siento. —Me arde la garganta al decirlo—. No lo sabía…

—¿Cómo ibas a saberlo? —La mano de Giulia se posa en mi hombro—. Nico, eso ha sido cruel.

—¿Cruel? No sabemos nada de ella…

—Sabemos que Pietro confía lo suficiente en ella como para traerla aquí. —El tono diplomático de Lorenzo tiene aristas—. Eso debería bastar.

No le culpo. Ni siquiera quiero estar aquí, pero, joder, le vendrían bien modales.

—Como confió en… —Nico se muerde la lengua, pero el daño ya está hecho.

Vittoria se pone en pie—. Iré a ver cómo está.

—No. —Giulia niega con la cabeza—. Déjalo. Volverá cuando esté listo.

Pero la cena continúa con el fantasma de Pablo uniéndose a los otros. La conversación se mantiene cuidadosa, neutral. Lorenzo habla de los negocios del restaurante, Vittoria se queja de un problema de código, Ava calla en su duelo. Nico me observa como un halcón estudiando a su presa.

Me obligo a tragar lo suficiente para ser educada, aunque todo me sabe a serrín. En cuanto Giulia empieza a retirar los platos, me pongo en pie.

—Gracias por la cena. Si me disculpáis…

Lorenzo se levanta conmigo—. La biblioteca está al fondo del pasillo, tercera puerta a la izquierda. Es un sitio tranquilo si te apetece relajarte.

Un despido disfrazado de amabilidad. Lo acepto.

La biblioteca es justo lo prometido. Silenciosa, en penumbra, estanterías hasta el techo que huelen a cuero y papel.

Paso los dedos por los lomos, encontrando consuelo en títulos conocidos. Clásicos italianos mezclados con libros modernos de negocios, filosofía junto a novela pulp.

Saco un ejemplar gastado del Infierno de Dante, el texto tan familiar como respirar. Mi madre me lo leía en voz alta cuando yo era demasiado pequeña para entenderlo.

El sillón de cuero me abraza cuando me enrosco en él, metiendo los pies debajo. Fuera, el viento sacude las ventanas, pero aquí me siento a salvo. Suspendida. El infierno de Dante parece más ordenado que el mío. Al menos sus demonios tienen nombre.

Pasan horas. La casa entra en ruidos de sueño: pasos lejanos, puertas cerrándose, tuberías que tintinean. Se me cierran los ojos, el libro me pesa en las manos.

—¿Tú tampoco podías dormir?

Pietro está de pie en el umbral, recortado contra la luz del pasillo. Se ha quitado el jersey, lleva solo una camiseta blanca que deja ver el músculo largo debajo.

—Demasiadas cosas que procesar.

Entra en la sala, reparando en el libro sobre mi regazo—. ¿Lees a Dante?

—Un poco.

Toma el sillón frente al mío, con la mesa de centro entre los dos —. Dante es una elección densa para lectura ligera.

—A veces lo denso es lo que se necesita. Orden en el caos.

Sus ojos se afinan, estudiándome—. Es un análisis muy concreto para alguien que lee «un poco» a Dante.

¿Está intentando hacerme reír?

Lo juro por Dios, me confunde cada día más que paso a su lado.

—Siento lo de la cena. —Desvío el foco de mis invenciones—. Por preguntar…

—Pablo era mi mejor amigo. Mi hermano en todo menos en sangre. —Pietro mira la chimenea apagada—. Murió por mi culpa.

No digo nada. ¿Qué se supone que diga, de todas formas?

—Se suponía que tenía que estar allí aquella noche. En el almacén. Pero Giuseppe exigió que fuera a una cena familiar. Así que Pablo fue solo.

Las palabras salen como sangre de una herida demasiado antigua para cerrar bien.

—Los rivales asaltaron el cargamento. Para cuando llegué… — Abre las manos, un gesto de impotencia que se ve extraño en alguien tan controlado—. Giulia nunca me culpó. Casi lo hace peor.

—La culpa no necesita permiso.

Entonces me mira de verdad—. ¿Hablas por experiencia?

—Algo así.

Nos sentamos en un silencio cómodo. El viento empuja contra las ventanas. La casa respira a nuestro alrededor, la madera vieja

asentándose. Es la mayor paz que he sentido desde que huí de Boston. Una paz peligrosa, de la que te hace bajar la guardia.

—Cuéntame algo de ti, Nora. —La voz de Pietro sigue suave, pero debajo hay mando—. Solo una cosa.

Valoro la petición. Una verdad entre tantas mentiras.

—Alguien en quien confiaba intentó matarme. —Las palabras se me escapan antes de que pueda repensarlas—. Alguien de quien creía que me quería. Intentó acabar con mi vida, y no había nadie para salvarme.

Pietro se queda inmóvil.

—¿Qué pasó?

—Me salvé yo. —Mis dedos encuentran mi garganta, siguiendo los moratones—. Por los pelos. Y ahora no puedo dejar de mirar por encima del hombro, esperando a que termine lo que empezó.

—¿Por eso estás en Chicago? ¿Huyendo?

Asiento una vez. Es todo lo que puedo gestionar.

Pietro se levanta, cruza hasta mi sillón en dos zancadas.

Se arrodilla.

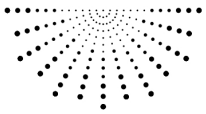
Pietro Sartori nos pone al mismo nivel.

—Mírame.

Le sostengo la mirada. Esos ojos oscuros encierran violencia y promesa a partes iguales.

—Nadie te toca mientras estés bajo mi protección. ¿Entiendes?

CAPÍTULO NUEVE



NORA

La cama de invitados se siente mal. Demasiado blanda. Mi cuerpo se niega a confiar en las sábanas caras, en un silencio sin sirenas ni vecinos gritando. Cuatro y media de la madrugada y estoy con los ojos como platos.

Me deslizo fuera de la cama, los pies descalzos silenciosos sobre el suelo radiante.

A través de las ventanas, el lago Michigan se extiende negro bajo el cielo anterior al amanecer. La escarcha dibuja patrones sobre los jardines cuidados, convirtiendo el imperio Sartori en un cuento de hadas de hielo y sombra.

Si los cuentos de hadas incluyeran guardias armados y cristales antibalas.

Un movimiento me llama la atención. Pietro cruza el césped hacia el gimnasio de la finca, un edificio aparte que vi ayer pero no exploré. Se mueve por la oscuridad como si le perteneciera, que supongo que es así.

Debería volver a la cama. Debería respetar límites, mantener la distancia. En cambio, lo veo desaparecer dentro y luego veo cómo se encienden las luces a través de las ventanas del gimnasio.

El pasillo está más frío que mi habitación. Fotos familiares forran las paredes. Pietro aparece en pocas, siempre un poco aparte, ya cargando un peso que acabaría aplastándolo.

La cocina me sorprende con su calidez y vida. Giulia está junto a la enorme cocina, ya metida de lleno en los preparativos del desayuno a una hora indecente.

—Te has levantado pronto —su voz no lleva juicio, solo una observación suave—.

—No podía dormir.

Asiente hacia la cafetera. —Sírvete. Coge también el de Pietro—.

—No le voy a llevar el café—.

Su sonrisa de que-ya-lo-sé me hace subir el calor al cuello. —Por supuesto que no. Pero si casualmente pasases por el gimnasio con una taza de sobra...—

Por la ventana de la cocina, observo a Pietro a través de las paredes de cristal del gimnasio. Se ha quedado en camiseta de tirantes y pantalón deportivo, y trabaja el saco pesado con una intensidad centrada.

—Va allí cuando los fantasmas hacen demasiado ruido —no levanta la vista de la tabla de cortar—. Lo hace desde que Pablo murió. Algunos hombres beben. Algunos pelean. Pietro hace las dos cosas—.

Sirvo dos tazas de café mientras Giulia finge no darse cuenta. La cerámica me calienta las palmas cuando salgo por la puerta lateral a la mañana de invierno.

Dios, qué frío hace.

Mi aliento se vuelve blanco mientras cruzo la hierba helada, la escarcha crujiendo bajo las botas. La puerta del gimnasio está entreabierta, con música retumbando desde dentro.

Me detengo en el umbral.

Pietro se mueve como un bailarín, si los bailarines traficaran en destrucción. Su cuerpo fluye de golpe en golpe, los músculos

ondulando bajo una piel que brilla de sudor. La camiseta se le pega, marcando cada línea de su torso.

Gira, ejecutando una combinación que termina con una rodilla devastadora al saco. La cadena que lo sujeta se queja. De él irradia poder, apenas contenido, esperando estallar.

Este es el hombre que ayer mató por mí. Que se puso entre la muerte y yo sin dudar.

Este es el hombre al que le miento con cada aliento que tomo.

La taza de café me tiembla en la mano.

Los ojos de Pietro se clavan en la puerta, encontrándome al instante. Durante un latido, ninguno de los dos se mueve. El sudor le recorre la garganta, desapareciendo bajo la camiseta. El pecho le sube y baja con respiraciones controladas.

Entro, extendiendo el café como una ofrenda de paz. —Giulia ha dicho que te apetecía—.

Sus dedos rozan los míos al coger la taza. Una descarga me sube por el brazo. Bebe hondo y luego la deja a un lado, sin apartar los ojos de mi cara.

—¿Quieres aprender?—

—¿A boxear?—

—Ajá —se acerca a un armario y saca unas vendas para las manos—.

—Sé dar puñetazos—.

—Enséñamelo —dice—.

Dejo mi café, me acerco al saco que ha masacrado. La guardia es memoria muscular, grabada por un padre que creía que su hija debía ser hermosa y letal a partes iguales.

Lanzo una combinación rápida: directo, cruzado, gancho. El saco apenas se mueve, pero los movimientos son de manual.

—Otra vez —Pietro me rodea, depredador estudiando a su presa —. Más fuerte esta vez. Como si fuera en serio—.

Visualizo la cara de Declan y golpeo. El saco se balancea con satisfacción.

—Mejor —se coloca detrás de mí, las manos asentándose en mis caderas—. Pero estás telegrafiando. ¿Ves cómo se te cae el hombro antes del cruzado?—

El calor de su cuerpo atraviesa mi ropa. Me obligo a centrarme en la técnica, no en cómo su aliento me calienta el cuello.

—Prueba otra vez—.

Lanzo la combinación, hiperatenta a cada lugar donde estamos conectados. Sus manos guían mis caderas, corrigiendo mi postura. Cuando suelto el gancho, emite un sonido de aprobación que me enciende por dentro, bajo, en el vientre.

—Bien. Has recibido entrenamiento—.

—Algo —otra media verdad para la colección—.



El comedor se va llenando poco a poco. Lorenzo aparece primero, impecable a pesar de la hora temprana. Me saluda con calidez, preguntando por mi sueño con auténtica preocupación.

Nico llega después, con una mirada suspicaz que registra el rubor de mis mejillas. Vittoria entra la última, casi rebotando.

Pietro entra recién duchado, el pelo oscuro aún húmedo. Se ha puesto un traje gris carbón que le sienta como un guante, cada línea diseñada para intimidar y fascinar. Pero yo veo el cansancio debajo...

—Necesito ir a la oficina hoy —no se sienta, se queda de pie detrás de su silla—. Comprobar operaciones después del incidente de ayer—.

—¿Te refieres a después de que los irlandeses intentaran matar a tu secretaria? —la voz de Nico destila ácido—. Quizá deberíamos hablar de por qué de repente están tan interesados en tus empleados—.

—Quizá deberíamos hablar de por qué tú estás tan interesado de repente en cuestionar mis decisiones —el tono de Pietro baja, una capa de hielo cubriendo cada palabra—.

Lorenzo interviene con suavidad. —A todos nos preocupa la seguridad. Es natural tras los acontecimientos recientes—.

—«Acontecimientos recientes» —Vittoria suelta una risa sin pizca de humor—. ¿Te refieres a que asesinaran a Riccardo? ¿A que Bruno esté en coma? ¿Esos acontecimientos recientes?—

El silencio cae como una losa sobre la mesa.

—Tengo trabajo —Pietro se vuelve para irse y luego se detiene—. Nora, vienes conmigo. Si los irlandeses te están apuntando, estás más segura donde pueda verte—.

No es una petición. Me pongo en pie, consciente de todas las miradas siguiéndome el movimiento.

—Pietro —aparece Giulia con un plato cubierto—. Al menos llévate esto. No has comido—.

Acepta la ofrenda con una dulzura sorprendente, los dedos rozando la mano de la mujer mayor. —Grazie, Giulia—.

El momento pasa rápido, pero lo capto. La suavidad que solo se permite con la madre de Pablo.



El trayecto a la oficina es silencioso, con Pietro sorteando el tráfico matinal de Chicago con soltura. La ciudad se ve distinta desde su Maserati: más pequeña, más manejable. El dinero tiene esa forma de encoger los problemas hasta hacerlos abarcables.

—Nico no confía en mí —observo los edificios volverse borrosos al pasar—.

—Nico no confía en nadie. Es lo que lo hace valioso—.

—Y peligroso—.

Pietro me lanza una mirada, con algo indescifrable en la expresión. —Todos en mi familia son peligrosos, Nora. Incluso Vittoria, cuando la empujan lo suficiente—.

Decido quedarme callada. Ya estoy cansada esta mañana.

Atravesamos Lincoln Park y luego entramos en el Loop. El edificio de los Sartori se alza delante, todo cristal negro y aristas afiladas.

Pietro se mete en el garaje subterráneo, pasando por controles de seguridad que se abren a su paso.

—Gracias —digo, dándome cuenta de que no le he dado las gracias como es debido—.

—No me las des todavía —se vuelve hacia mí del todo—. Después de lo de ayer, las cosas cambian. Ya no eres solo mi secretaria. Estás bajo la protección de los Sartori, lo que significa que sigues las normas de los Sartori—.

—¿Cuáles son?—

—No vas a ninguna parte sola. Nunca. Informas de cualquier cosa sospechosa de inmediato. Y aprendes a defenderte como es debido —sus ojos se clavan en los míos—. A partir de hoy—.

Perfecto. Justo lo que me faltaba ahora. Pero no voy a discutir. Tengo que seguirles el juego hasta que esté lista para irme.

El viaje en ascensor hasta la planta ejecutiva se me hace más largo de lo normal. Pietro está lo bastante cerca como para poder tocarle con solo estirar los dedos.

La oficina no ha cambiado, pero todo se siente distinto. Mi mesa, que ayer me parecía un santuario, ahora me resulta expuesta. La puerta de Pietro está abierta; ese espacio enorme más allá es a la vez invitación y amenaza.

—Tus cosas —señala un bolso de deporte junto a mi mesa—. Liam no las ha revisado, si es eso lo que te preocupa—.

Pero alguien lo hará, tarde o temprano. En este mundo, la privacidad es un lujo que nadie puede permitirse.

Paso la mañana poniéndome al día con la correspondencia, atendiendo llamadas de gente cuyos nombres reconozco de expedientes que no debería haber leído. Pietro trabaja con la puerta abierta y lo veo a ratos: sirviéndose whisky antes del mediodía, mirando la ciudad como si planeara su destrucción.

Justo antes de comer, aparece en mi mesa. —Vamos—.

—¿Adónde?—

—Si vas a estar por aquí, tienes que saber disparar. Bien—.

La galería de tiro está en el sótano del edificio, lo cual no debería sorprenderme, pero lo hace. Por supuesto que los Sartori tienen una galería privada en la sede de su negocio legal.

Pietro abre un armario, revelando un arsenal que haría llorar a cualquier cuerpo de seguridad. Elige una Glock 19 y la revisa con eficiencia practicada.

—Has disparado antes —no es una pregunta—.

—Tiro al blanco. Hace años —cierto—. Papá empezó a enseñarme con diez, decía que una mujer nunca debe depender de un hombre para protegerse—.

Pietro introduce el cargador, movimientos eficaces y precisos. —Esto no es tiro al blanco. Esto es supervivencia—.

Me entrega el arma. El metal pesa más que en el recuerdo, cargado de implicaciones.

—Seguro —indica el seguro—. Alineación de miras —se coloca detrás de mí, sus brazos rodeando los míos para guiar mis manos—. Disciplina del gatillo—.

Su pecho se apoya contra mi espalda. Se me olvida cómo respirar.

—La clave no es tirar —su voz baja, íntima en el espacio cerrado —. Es apretar. Como si presionaras algo delicado—.

Sus manos cubren las mías, cálidas y firmes.

Mierda, estoy temblando.

—Inspira —me susurra la instrucción al oído—. Mantén —una pausa que dura una eternidad—. Ahora—.

Aprieto.

El papel se desgarra, un centro perfecto.

—Otra vez—.

Vacío el cargador, cada disparo dando en su sitio. La aprobación de Pietro me envuelve desde atrás, sus manos sin separarse de las mías en ningún momento.

—Buena chica—.

El halago me atraviesa directa, encendiendo calor entre los muslos. Agradezco que no pueda verme la cara, el rubor que me baja por el pecho.

Da un paso atrás, llevándose su calor, dejándome fría y dolorida de anhelo.

—Talento natural —recarga el cargador con rapidez—. O más práctica de la que admites—.

Me vuelvo hacia él y me lo encuentro más cerca de lo que esperaba. —¿Importa?—

—Todo importa —sus ojos buscan los míos—. Cada secreto, cada mentira, cada verdad que no me estás contando. Todo importa—.

El tiempo se ralentiza. Sabe que oculto algo. Quizá varias cosas. Pero aun así me mantiene cerca.

—Otra vez —indica la diana con la cabeza—. Esta vez tú sola—.

Disparo hasta que me duelen los brazos, hasta que los oídos me zumban pese a la protección, hasta que la diana no es más que papel hecho trizas. Pietro observa en silencio, corrigiendo de vez en cuando mi postura, con los dedos rozándome la cadera o el hombro.

Cada toque quema a través de la ropa, dejando marcas invisibles.

Cuando terminamos, cuando he demostrado que puedo protegerme si hace falta, guarda las armas bajo llave y me guía de vuelta arriba. Pero en vez de regresar a la oficina, se detiene en la puerta de la suya.

—Los irlandeses no van a parar. Lo de ayer solo fue el principio—.

Lo sé.

No hablo.

Rodea el escritorio, deteniéndose justo fuera de mi espacio personal. —No creo que entiendas lo que significa estar bajo mi protección. Lo que haré para mantenerte a salvo—.

—No te he pedido protección—.

—No —su mano se alza, los dedos rozando como fantasmas los moratones que se desvanecen en mi garganta—. Pero la tienes igualmente—.

El roce apenas existe, pero mi piel prende. Me quedo helada.

—Pietro...—

—Vete a casa. Al complejo —la mano le cae, pero el calor queda —. Liam te llevará—.

—Tengo trabajo...—

—Hoy no —vuelve a su mesa, la despedida clara—. Lo intentaremos de nuevo mañana—.



PIETRO

Mi móvil vibra. Liam.

—Está en el complejo —dice sin preámbulos—.

—Bien. ¿Encontraste algo en su piso?—

Una pausa. —Nada sospechoso. La bolsa llevaba lo de siempre: ropa, aseo, un libro—.

—¿Qué libro?—

—Un thriller. Nada interesante—.

Tomo un sorbo, dejando que el ardor me ancle. —¿Y el apartamento?—

—Limpio —la voz de Liam baja—. Pero hablé con su vecino. Dijo que anoche un hombre estuvo buscándola. Llamó a puertas haciendo preguntas—.

Aprieto el vaso. —¿Descripción?—

—Altura media, pelo oscuro. Nada distintivo. El vecino pensó que podría ser un ex—.

—Podría ser —el whisky ya no sabe igual—. ¿Qué encontró Vittoria?—

—Todo cuadra. Historial laboral en un bufete de Boston, registros universitarios, redes sociales. Escaso pero coherente. Parece exactamente lo que dice: una mujer que empieza de cero tras dejar una relación abusiva—.

Las piezas encajan, pero algo sigue chirriando.

—No te fías de ella —dice Liam, leyendo mi silencio—.

—No me fío de nadie—.

—No me refería a eso—.

Sé perfectamente a qué se refiere. No puedo dejar de mirarla; mi cuerpo gravita hacia el suyo sin pensarlo.

—¿Cuánto la deseas, Pietro?—

La pregunta cae como un puñetazo. —No la deseo—.

—Tonterías—.

—Cuida cómo hablas, Liam—.

—Te estoy viendo tirar por la borda años de cautela por una mujer a la que conoces desde hace días —su voz se mantiene firme, profesional—. Una mujer que apareció justo cuando los irlandeses empezaron a moverse—.

—¿Crees que está conectada?—

—Creo que las casualidades me ponen nervioso—.

Apuro el vaso y lo dejo con más fuerza de la necesaria. —Sigue cavando. Y averigua quién preguntó por ella—.

—Ya estoy en ello—.

Cuelgo y me giro hacia la ventana.

Liam tiene razón. La deseo. Y eso la convierte en la persona más peligrosa del mundo.



NORA

Cierro con llave la puerta del cuarto de baño en la finca de los Sartori, con las manos temblándome mientras saco el móvil desechable. El mármol y los dorados se burlan de mí con su opulencia mientras marco el único número que me sé de memoria.

Tres tonos. Cuatro.

—¿Hola? —la voz del tío Finn, ronca de sueño, de whisky o de ambas cosas—.

—Soy yo —mantengo la voz baja, abro el grifo del enorme lavabo para cubrir la conversación—.

—Jesucristo, Nora. ¿Estás bien? ¿Por qué no llamaste?—

—¿Que si estoy bien? —le silbo al teléfono—. Me enviaste a trabajar para Pietro, el puto Sartori. Los Sartori, que están en guerra con Connor O'Sullivan. Tu hermano y mi padre. Lo sabías y aun así me dijiste que lo hiciera. Y no podía llamar porque me aterra la idea de que hayan puesto micrófonos en mi piso—.

El silencio se estira entre nosotros, cargado de verdades no dichas.

—Medio hermano —dice por fin—. Y no hablamos desde hace quince años—.

—Ese no es el punto —apoyo la frente en el espejo frío—. ¿Por qué, Finn? ¿Por qué no darme dinero para desaparecer sin más? ¿Por qué mandarme directa a la boca del lobo?—

El agua gira en el desagüe, como mis opciones, como mi cordura.

—Porque el dinero se acaba, Nora. Y Declan nunca dejaría de buscar —su voz se suaviza—. Los Sartori son la única familia en Chicago con poder suficiente para mantenerte a salvo si Declan te encuentra—

—¿A salvo? —me río, el sonido quebradizo hasta para mí—. Ayer un hombre me puso una pistola en la cabeza. Si Pietro no hubiera estado allí...—

—Pero estuvo, ¿no? —me interrumpe Finn—. Y ahora estás bajo su protección—.

Mis dedos tocan los moratones que se van en el cuello. —¿Cómo sabías eso?—

—Tengo mis fuentes —hace una pausa—. Escúchame, Nora. Tengo un plan, pero necesita tiempo. Por ahora, estás más segura con los Sartori que en cualquier otro sitio—

—¿Qué plan? Dímelo—.

—Aún no. No por teléfono —su voz baja un tono—. Confía en mí, zorrita. ¿Alguna vez te he fallado?—

El apodo de la infancia me impacta como un golpe. Mamá solía llamarme así: su zorrita lista. Después de que muriera, Finn fue el único que lo mantuvo vivo.

—No —admito—. Pero tampoco me habías echado a los lobos antes—.

—Pietro Sartori no es un lobo —el tono de Finn cambia, se convierte en algo que no termino de entender—. Es otra cosa distinta—.

—¿Qué significa eso?—

—Que te mantengas cerca de él. Deja que te proteja —se oye una puerta cerrarse de su lado—. Tengo que irme. Me pondré en contacto cuando pueda—

—Finn, espera...—

Pero la línea muere.

Miro el teléfono, luchando contra las ganas de estrellarlo contra la pared de mármol. En vez de eso, saco la batería y la SIM, aplasto esta última con el tacón antes de tirarla de la cadena.

La batería la tiraré en otro sitio. El teléfono lo romperé y lo repartiré entre distintas papeleras.

Me echo agua fría a la cara, intentando despejarme. ¿Por qué no pudo Finn simplemente ayudarme a desaparecer? ¿Por qué el plan enrevesado que me involucra con los Sartori?

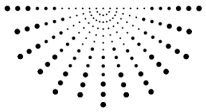
Mi tío no es un hombre que actúe sin propósito. Abandonó el negocio familiar hace años, cortó lazos con mi padre y la mafia irlandesa.

Pero nunca me abandonó del todo: aparecía en graduaciones, enviaba felicitaciones, ofrecía un apoyo silencioso desde la periferia de mi vida.

Tras la muerte de mamá, estuvo más presente. Aún distante, pero vigilante. Y cuando le llamé hace tres semanas, desesperada y sangrando, no dudó en ayudarme.

Pero ¿esto? ¿Mandarme con los Sartori? Tiene que haber algo más en su plan que solo mantenerme a salvo.

CAPÍTULO DIEZ



PIETRO

Los baches y el asfalto agrietado castigaban la suspensión del Maserati. A mi lado, Nora guardaba silencio. Sus dedos marcaban un ritmo frenético, inconsciente, contra el muslo.

—Los manifiestos de la semana pasada. —Rompo el silencio, necesitando distracción de cómo su perfume inunda el coche—. ¿Qué has encontrado?

Sus dedos detienen la danza. —Discrepancias en los envíos europeos. Alguien está robando o redirigiendo producto.

—¿Cuánto?

—Entre un tres y un cinco por ciento. Lo bastante poco para pasar desapercibido de inmediato, lo bastante como para importar con el tiempo.

Inteligente. Exactamente el tipo de sangría lenta que podría paralizar las operaciones si no se corta.

Vamos hacia allí para echar un vistazo más de cerca y quiero que Nora venga conmigo. Ella ve cosas que yo no, y eso la hace jodidamente importante ahora mismo.

La oficina de envíos se alza delante. Un bloque de hormigón funcional agazapado al borde del agua. Nada de pretensiones arquitectónicas, solo acero y hormigón construidos para soportar los inviernos de Chicago y los asuntos de la mafia por igual. Aparco junto al muelle de carga donde debería estar trabajando la cuadrilla de Fabio. Debería, pero el espacio está vacío.

El aire está quieto. Demasiado quieto. Han desaparecido los golpes habituales de los contenedores y los gritos de la cuadrilla. Se me anuda el estómago. Esto está mal.

—Quédate cerca. —Mi mano encuentra la Glock bajo la chaqueta, el peso tan familiar como respirar.

Nora ya se mueve, su paso acompasado al mío. Sin preguntas, sin vacilaciones. Tiene los ojos en mis hombros, leyendo la tensión enroscada ahí, y se adapta sin decir palabra. La mujer es una superviviente.

La puerta de la oficina está entornada. Eso nunca pasa. Fabio lleva la seguridad más férrea que Fort Knox.

La empujo con el pie, pistola fuera pero baja. El espacio más allá está exactamente como debería. Mesas metálicas, archivadores, olor a café quemado y cigarrillos. La chaqueta de Fabio cuelga de su silla. Su taza de café humea en el escritorio.

—¿Dónde está todo el mundo? —La voz de Nora se mantiene firme, pero capto el ligero alza de tono.

—Buena pregunta.

Los manifiestos que necesita están desplegados sobre la mesa principal. Exactamente donde le pedí a Fabio que los dejara. Demasiado conveniente. Demasiado perfecto.

El vidrio estalla.

Mi cuerpo se mueve antes que el pensamiento, embistiendo a Nora para cubrirla tras el escritorio metálico pesado mientras las ventanas se hacen añicos en secuencia. Las balas atraviesan donde estábamos un latido antes, arrancando trozos de la pared.

Ella está bajo mí, mi peso presionándola contra el suelo. Su corazón va rápido, un latido frenético que siento a través de mi propio pecho. No hay pánico en sus ojos. Están muy abiertos, las

pupilas dilatadas, pero recorren la sala, evaluando las ventanas rotas, los ángulos. Calculando.

—¿Cuántos? —su aliento me calienta la mandíbula.

Cuento los fogonazos a través de la ventana destrozada. —Cuatro. Puede que cinco.

—¿Los tuyos?

—Muertos o se han ido. —Las palabras me saben a ceniza. Fabio no abandonaría su puesto. Lo que significa que…

Más cristal se hace añicos. Se están moviendo, intentando flanquearnos.

Me incorporo lo justo para devolver el fuego, tres disparos controlados que hacen que nuestros atacantes se tiren a cubierto. El muelle ofrece demasiados escondites: contenedores, maquinaria, vehículos.

Un movimiento en mi periférico me arranca la atención a la izquierda. Nora está alcanzando algo.

—No…

Ya ha cogido el arma del guardia de seguridad junto a la silla volcada. La Beretta parece enorme en sus manos, pero comprueba el cargador.

—No voy a esconderme mientras a ti te pegan un tiro. —Mete una bala en la recámara.

Otra ráfaga de disparos nos hace pegarnos más al suelo. Se están envalentonando, aprovechando la ventaja numérica.

—A la de tres, vamos hacia la puerta. —Expulso el cargador vacío y encajo uno nuevo—. Agáchate y vete detrás de mí.

—Ni de coña.

Antes de que pueda discutir, ya está en pie. La Beretta ladra en sus manos, sus disparos obligan a los atacantes a tirarse a cubierto. Su puntería es cruda, pero suficiente. Nos da el segundo que necesitamos.

Nos movemos.

Fuera, hacia el laberinto de contenedores. Le agarro la muñeca y la tiro tras una carretilla elevadora mientras las balas chisporrotean contra el metal. Su respiración se mantiene controlada, medida. Nada de hiperventilar, nada de quedarse bloqueada.

¿Quién coño es esta mujer?

—El coche está a treinta metros. —Señalo hacia el SUV—. Terreno abierto.

—Nos van a coser a balazos.

Tiene razón. Los atacantes se han colocado a la perfección, cubriendo nuestra ruta de escape. Suficientemente profesionales para planear esto, lo bastante novatos como para darnos avisos primero.

—Confía en mí. —Las palabras se me escapan antes de poder frenarlas.

Sus ojos verdes se enganchan con los míos. Un latido. Dos. Luego asiente.

Saco una granada de humo de la chaqueta—vieja costumbre, llevar una a mano—. La lata describe un arco en el aire, derramando nubes grises por el muelle. Resuenan acentos irlandeses. Perfecto.

—Ahora.

Corremos.

Las balas silban al pasar, fuego ciego a través del humo. Nora iguala mi zancada, la Beretta firme en su agarre. Veinte metros. Diez. Cinco.

La puerta del copiloto recibe tres impactos cuando la empujo dentro; el cristal se agrieta pero aguanta: antibalas, vale cada céntimo. Me deslizo por el capó, en plan peli de acción que sería ridículo si no nos estuvieran disparando, y me zambullo tras el volante.

El motor ruge al arrancar. Los neumáticos chillan mientras nos largamos del muelle, más balas rebotando contra la carrocería reforzada. En el retrovisor, cuento cuatro siluetas emergiendo del humo. Todos mirándonos irnos. Sin persecución.

Querían asustar, no matar. Mensaje recibido.

El velocímetro sube de sesenta, setenta, sorteando tráfico industrial. A mi lado, Nora deja la Beretta en el suelo con precisión cuidadosa y luego presiona ambas palmas contra los muslos.

Le tiemblan.

—Lo has hecho bien. —Las palabras me salen más ásperas de lo que pretendía.

—He tenido un buen profesor. —Hay algo quebradizo en su voz, la bajada de adrenalina pegando fuerte.

Estamos a cinco millas del muelle cuando por fin aflojo el acelerador, incorporándome al tráfico normal. El silencio entre nosotros vibra con electricidad, partículas cargadas buscando tierra.

—Pietro.

Miro de reojo. Me observa con esos ojos verdes imposibles, el pelo alborotado por la huida, las mejillas encendidas por el peligro que se desvanece. Bella. Viva. Aquí.

Empieza un temblor en mis manos, un shock retardado por la adrenalina. La respiración se me engancha, un borde áspero que no controlo. No son las balas. Es la imagen de ella, sin vida en ese suelo polvoriento. El pensamiento es un fragmento de hielo en las entrañas. *Podría haberla perdido.* La constatación es más devastadora que cualquier bala.

¿Cuándo se convirtió en algo que podría perder? ¿Cuándo mi secretaria se volvió tan esencial como respirar?

—Para a la derecha. —Su voz corta en seco mi espiral.

—¿Qué?

—Estás temblando. Para el coche.

Lo estoy. Joder. Me tiemblan las manos en el volante, la reacción tardía me golpea como un mazo. Guío el SUV hasta un solar vacío tras un almacén y apago el motor.

El silencio se estira entre nosotros, elástico y peligroso.

—Me has salvado la vida. —Se gira en su asiento, encarando por completo—. Otra vez.

—Es mi trabajo desde que te metí en esto.

—No. —Su mano toca mi brazo, eléctrica incluso a través de la tela—. Lo habría elegido igualmente.

Su toque es una chispa en una mecha. Años de control, de mantener la distancia con cualquier mujer, de solo follar sin más… todo detona. Los muros que levanté se vuelven polvo. Cuando aún puedo sentir su corazón latiendo contra el mío. Cuando el fantasma de su cuerpo bajo el mío me quema a través de la ropa.

—Nora. —Su nombre es advertencia y súplica a la vez.

No se aparta. Sus dedos se enganchan en mi manga, anclándonos a los dos.

—Pensé… —Se le quiebra un poco la voz—. Cuando empezaron los disparos, pensé que íbamos a morir.

—No iba a permitirlo.

—Lo sé. —Se desliza más cerca, la consola entre nosotros es una barrera inoportuna—. Eso es lo que me aterra.

El último hilo de control se rompe.

La atraigo contra mí, una mano enredándose en su pelo, la otra marcando a fuego su espalda. No hay ternura. Mi boca choca con la suya en una colisión de desesperación y hambre. Esto no es un beso; es una reivindicación.

Ella jadea y luego me besa de vuelta con el mismo fuego. Sus manos se aferran a mi camisa, tirando de mí, borrando cualquier espacio entre los dos. Sabe a café, a todas las malas decisiones que siempre he querido tomar.

Mi lengua recorre la unión de sus labios y ella se abre para mí, el beso profundiza hasta algo que reescribe mi comprensión del deseo. Esto no es la seducción ensayada que conozco, los movimientos calculados que llevan a una mujer a mi cama. Esto es necesidad cruda, despojada de toda máscara.

Sus dientes atrapan mi labio inferior y gruño en su boca, un sonido más animal que humano. Mi mano se tensa en su pelo, le inclino la cabeza para profundizar el beso. Ella se arquea contra mí, curvas suaves presionando contra planos duros, y el cerebro se me funde por completo.

Así se siente la adicción. Una sola probada y estoy perdido, ansiando más antes incluso de parar. Cada beso que he dado antes de este parece un ensayo, la preparación para lo de verdad.

Para ella.

La realidad irrumpe cuando me empuja el pecho, rompiendo el beso con un jadeo.

Nos quedamos mirándonos, los dos respirando con fuerza. Sus labios están hinchados, el pelo salvaje donde se me enredaron los dedos. Está hecha polvo. Yo probablemente peor.

La voz le tiembla, pero sus ojos son como vidrio verde. —No —susurra contra mis labios hinchados.

Las palabras caen como agua helada. —Nora…

—No. —Se desliza de vuelta a su asiento, reconstruyendo la distancia.

La negativa escuece más de lo que debería.

Arranco sin responder, incorporándome al tráfico con precisión cuidadosa. El trayecto hasta el complejo transcurre en un silencio cargado, los dos procesando lo que acaba de estallarnos entre las manos.

Cuando llegamos a las puertas, vuelve a hablar. —Debería ir a mi piso.

—No.

—Pietro…

—Puede que sepan dónde vives. Te quedas en el complejo hasta que decidamos nuestro próximo movimiento.

No discute más. Aparco en el garaje, las luces automáticas resultan implacables tras el avance de la oscuridad. Sale antes de que pueda abrirle la puerta, ya caminando hacia la casa.

—Nora.

Se detiene pero no se vuelve.

—Esto no ha terminado.

Se le tensan los hombros. Luego se va, desapareciendo en la casa sin mirar atrás.



El whisky quema, pero no ayuda. Tampoco el segundo vaso. Ni el tercero.

Me siento en mi despacho, rebobinando cada segundo de ese beso. La forma en que respondió, dando tanto como recibió. El

fuego en ella que igualó el mío. La manera perfecta en que encajaba contra mí, como si mis manos la hubieran hecho a medida.

Pensamiento peligroso. Pensamiento catastrófico.

Pablo murió porque yo estaba distraído. Porque elegí la cena familiar en lugar de vigilarle la espalda. No puedo permitirme otra distracción, otra debilidad que los enemigos puedan explotar.

Pero Cristo, cómo me miró. No con miedo ni con cálculo como todas las demás mujeres de mi órbita. Con calor, desafío y algo más, algo que pudo ser reconocimiento. Como si viera a través de toda mi mierda lo que queda debajo.

Unos golpes interrumpen mi espiral. —Adelante.

Vittoria entra, ya en pijama, con un aspecto más joven que sus veintitrés años. —Te has vuelto a saltar la cena.

—No tenía hambre.

Se sienta enfrente, metiendo las piernas bajo sí. —Giulia dice que Nora está otra vez aquí. En la habitación de invitados.

—Se queda. Necesita protección.

—¿Eso es todo lo que necesita?

Me sirvo otro trago en lugar de contestar.

—Pietro. —La voz de mi hermana se suaviza—. Está bien querer algo para ti por una vez.

—¿Ah, sí? La última vez que quise algo para mí, Pablo murió.

—No fue culpa tuya.

—¿No lo fue?

Se levanta, rodea el escritorio y me abraza por detrás. —No puedes pasarte la vida castigándote por una sola noche.

Pero puedo. Lo he hecho. Y lo haré.

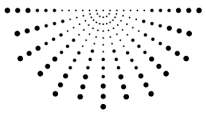
Cuando se va, me quedo sentado a oscuras, apurando whisky y malas decisiones. El complejo está en silencio, todos instalados para la noche. A salvo tras muros, guardias y cristales antibalas.

Todos menos yo.

Porque el peligro real no está fuera de los muros. Está al final del pasillo, probablemente despierta como yo, probablemente rebobinando ese beso como yo.

Probablemente preguntándose qué pasa ahora.

CAPÍTULO ONCE



NORA

Entro en la zona de recepción de la planta de dirección. Nadie más llega tan temprano. Que es justo la idea. Necesito silencio. Tiempo para enmortar las grietas que él abrió en mis muros anoche.

Me tiemblan las manos mientras abro el cajón de mi mesa con la llave. La noche se repite en mi cabeza. Su boca en la mía. El hambre desesperada de ese beso.

Me aferro al ritual familiar de organizar. Expedientes ordenados por prioridad. Calendario actualizado. El café haciéndose en la pequeña cocina del pasillo. Si consigo mantener la distancia profesional, fingir que no ha pasado nada, quizá podamos capear esto sin hacerlo saltar todo por los aires.

El ascensor suena a las seis y cuarto.

Pietro sale, y una fisura recorre mi compostura. Se me corta la respiración. Se me quedan las manos inmóviles sobre el teclado. Lleva traje, la americana ya olvidada en alguna parte, la camisa blanca con las mangas remangadas hasta los antebrazos. El pelo le

cae sobre la frente. Sus ojos encuentran los míos al instante, se sostienen un segundo cargado antes de apartarse.

Mi tono es plano, las palabras, cortantes. —Buenos días, señor Sartori.

Se detiene junto a mi mesa, la mandíbula tensa. —Nora.

Solo mi nombre, pero la forma en que lo dice me calienta el vientre. Fuerzo la vista de nuevo a la pantalla, tecleando tonterías solo para tener algo que hacer con las manos.

—Su reunión de las nueve con los supervisores del muelle se ha movido a las nueve y media. Los contratos de Torrino están en su mesa para revisar. Y ha llamado Lorenzo—algo sobre los permisos del restaurante.

Los dedos de Pietro tamborilean una vez en mi mesa. —Gracias.

Pasa de largo. Mis dedos tropiezan en el teclado. La puerta de su despacho se cierra con un clic suave.

Respiro. Por la nariz, suelto por la boca. Profesional. Controlada. Indiferente.

El beso me arde en los labios como una marca. Cada vez que me los humedezco, le saboreo.

Solo fue adrenalina.

Tenía que serlo. Cuerpos inundados de químicos del miedo, buscando liberación después de casi morir. Nada más.

No puedo besar a mi jefe. Él no puede besar a su secretaria. Límites simples del trabajo que existen precisamente por esto. Para impedir complicaciones que lo arrasan todo.

Se me detienen los dedos sobre el teclado. Pietro Sartori es el enemigo de mi padre. Connor O'Sullivan le pegaría un tiro a Pietro en la cabeza sin pestañear si tuviera la oportunidad. No debería alterarme tanto pensarlo, pero me altera.

Papá tiene tantos enemigos que he perdido la cuenta. Los Murphy, los Ferretti, media bratva rusa. Pietro es solo otro nombre en una lista larga de hombres que quieren a mi padre muerto.

De todos modos, nada de eso importa. Tengo un plan. Trabajar aquí, ahorrar hasta el último céntimo de mi sueldo y, esta vez, desaparecer como es debido. A algún lugar donde Declan y papá no me encuentren nunca. Quizá Canadá. Quizá más lejos.

El beso fue un error. Un momento de debilidad tras rozar la muerte. No volverá a pasar.

Me lo repito aunque mi traicionero corazón se dispare cada vez que se abre su puerta.

Suena el teléfono y me salva del torbellino. Me lanzo al trabajo. Lo que sea para no pensar en cómo se sentían sus manos en mi pelo, el gruñido que soltó cuando le mordí el labio, el—

—Pon a Liam en la línea —la voz de Pietro chisporrotea por el interfono y doy un brinco—. Y tráeme los manifiestos de envío de agosto cuando los tengas.

Los manifiestos. Están en su despacho. Recompongo la postura y llamo dos veces antes de entrar.

Está de pie junto a los ventanales, las manos en los bolsillos, los hombros rectos.

—Los manifiestos. —Me muevo detrás de su mesa, hiperconsciente de que me sigue con la mirada en el reflejo del cristal. Saco la carpeta correcta, pero al girarme, el tacón se me engancha en el borde de la alfombra. La carpeta vuela de mis manos y los papeles se esparcen bajo su mesa—. Mierda.

Me agacho, metiendo la mano bajo la caoba maciza, los dedos persiguiendo hojas sueltas. La falda ceñida lo complica, me obliga a inclinarme más, más cerca de él.

Cuando me incorporo, con los papeles en la mano, le descubro mirándome. Ya no en el reflejo. Se ha girado del todo, y su mirada pesa como una losa. El aire de mis pulmones se convierte en plomo. La siguiente bocanada no llega.

—Sus capitanes estarán aquí en veinte minutos. —Se me quiebra la voz.

—Lo sé.

Ninguno se mueve. El espacio entre los dos zumba de electricidad, de memoria, de deseo. Su mirada baja a mi boca una fracción de segundo antes de apartarse a tirón seco.

—Deja los archivos. —Las palabras salen ásperas—. Vete.

Los dejo sobre su mesa y huyo. Veinte minutos hasta su reunión. Veinte minutos para reconstruir el control hecho añicos.



Los capitanes llegan en grupo. Tony, Sal y otros dos cuyos nombres aún no me sé. Vienen a lo que vienen, caras serias y trajes más oscuros, desfilando hacia el despacho de Pietro casi sin mirarme.

La puerta queda abierta. Nueva política de Pietro desde que empecé—todo transparente. O quizá solo quiere que oiga, que entienda su mundo.

—Los irlandeses se están envalentonando —la voz de Tony llega nítida—. Después de la emboscada de anoche, tenemos que—

—Yo me ocupo —le corta Pietro—. Doblad la seguridad en todos los envíos. Nadie se mueve solo.

Fijo la vista en la pantalla, pero siento sus ojos en mí desde el marco de la puerta. Cuando levanto la mirada, me está mirando fijo. Los hombres alrededor de su mesa de reuniones se vuelven ruido de fondo. Solo estamos él y yo.

Alzo la botella para dar un sorbo y me detengo. Despacio, paso la lengua por el labio inferior, atrapando una gota de agua.

A Pietro se le marca la mandíbula con tal fuerza que le veo el músculo saltar desde el otro lado de la sala. Aplana las manos sobre la mesa y Sal se queda a medias frase para seguir la mirada de su jefe.

—¿Hay algún problema? —la voz de Sal es cauta. Me mira, le mira, vuelve a mí y a él.

—No. —La voz de Pietro podría cortar cristal—. Continúa.

Pero sus ojos se quedan en mí tres segundos más antes de obligarse a atender a los suyos. Yo vuelvo a la pantalla. Poder afectarle así es embriagador. Peligroso y completamente estúpido.

La reunión se alarga otra hora. Cada vez que alzo la vista, me está mirando. Cada vez que él mira a otro lado, le miro yo a él.

Cuando por fin salen en fila, Pietro se queda sentado, con los ojos fijos en mí desde la puerta abierta.

—Tenemos que revisar los contratos de Torrino.

No es una petición. Cojo la tablet y entro en su despacho; la puerta se cierra a mi espalda con una sensación de final. El espacio de pronto parece más pequeño, el aire más denso.

—Siéntate. —Señala la silla frente a su mesa.

Me hundo en el cuero, cruzo las piernas, intentando proyectar calma profesional. Desliza los contratos por la superficie. Nuestros dedos se rozan cuando voy a cogerlos. Retira la mano como si se hubiera quemado.

—La página doce necesita revisión —su voz está controlada—. Las fechas de entrega no cuadran con la capacidad del almacén.

Me inclino hacia delante para estudiar el apartado que señala. —Si movemos el segundo envío al martes siguiente…

—Enséñamelo.

Me levanto y rodeo la mesa para señalar las líneas concretas. Él no se aparta, no me deja espacio. Estoy a su lado, lo bastante cerca como para sentir el calor que irradia su cuerpo. Mi dedo recorre el pasaje relevante.

—Aquí. Si ajustamos esto—

Su mano cubre la mía. Una marca sobre el papel. Su pulgar me roza el nudillo, una caricia lenta que me lanza una descarga directa al centro. Se me apaga el cerebro. Solo existe su mano, su calor. Una atracción magnética me tira del eje, exigiendo que me incline. Exigiendo que cierre la distancia. Exigiendo que me rinda.

—Pietro. —Su nombre me sale apenas en un suspiro.

Aprieta la mano un instante. Luego se aparta. —Ajusta las fechas. —La silla rueda hacia atrás, el sonido es seco al abrir un abismo entre nosotros—. Tenlo listo para mañana —dice, sonando frustrado.

Me enderezo, recogiendo los contratos con unas manos que no dejan de temblar.

—Por supuesto.



El trayecto hasta el complejo pasa en una bruma. Pietro ha asignado a Josh para que sea mi chófer y seguridad personal. Para cuando el coche cruza las verjas, casi me he convencido de que mantener las distancias es la decisión correcta. La inteligente. La segura.

Giulia está en la cocina cuando entro, con harina hasta los codos, y se le ilumina la cara al verme.

—¡Nora! Perfecto. Ven, ven. Esta noche hacemos ravioli.

Me pone un delantal y unos guantes antes de que pueda protestar, y enseguida estoy a su lado en la encimera, aprendiendo a estirar la pasta hasta que quede como papel. El movimiento repetitivo me serena algo por dentro.

—Sabes —dice Giulia, con voz casual mientras corta cuadrados perfectos de pasta—, Pietro me ayudaba a cocinar cuando era pequeño. Era más ligero entonces. Cantaba en mi cocina—voz de gato moribundo, pero lleno de alegría. Antes de...

—Antes de Pablo.

Intento imaginármelo. Pietro joven y despreocupado, cantando desafinado en esta cocina. La imagen no cuaja. Solo he conocido al hombre cargado de culpa y responsabilidades.

—¿Cómo estaba después de lo de Pablo? —pregunto antes de pensarlo dos veces.

La voz de Giulia se suaviza. —Pietro desaparecía días, volvía magullado. Buscando peleas que no podía ganar. Esperando que alguien le pusiera fin.

Se me paran las manos. —Pero sobrevivió.

—Por Riccardo. Su hermano no le dejó rendirse. Le arrastraba de vuelta cada vez, a veces literalmente. —Me muestra cómo sellar los bordes del ravioli—. Luego murió Riccardo y pensé... pensé que perderíamos a Pietro también.

—Pero no le perdisteis.

—No.

Me concentro en la pasta, apretando los bordes con más fuerza de la necesaria.

—A Pablo le habrías caído bien —prosigue—. No dejas que Pietro te intimide. Ves más allá del monstruo que él cree ser.

—Yo no—

—Bella, tengo ojos. —Me toca el brazo con suavidad.

La puerta de la cocina se abre antes de que pueda responder. Pietro se queda en el umbral, aún con la ropa de trabajo pero la corbata floja, las mangas todavía más remangadas. Se detiene al verme en la encimera, con harina en las manos, llevando uno de los delantales de Giulia.

Por un momento, baja la guardia del todo. Parpadea y el muro vuelve a alzarse de golpe.

—Nunca pides ayuda.

—Nora está aprendiendo a hacer ravioli —la voz de Giulia lleva una nota de desafío—. Se le da de maravilla. Y me encanta enseñar nuestra cultura a los demás, Pietro.

Entra en la cocina y va al botellero. Le observo escoger una botella, movimientos precisos, controlados. Cuando se vuelve, nuestras miradas se encuentran. Se sostienen.

—Quédate a cenar —dice. No es una pregunta. Tampoco una orden del todo. Algo intermedio.

—Me quedo. —Vuelvo a la pasta—. Alguien tiene que asegurarse de que Giulia no se mate a trabajar alimentándoos a todos.

Giulia ríe, un sonido cálido y lleno. —Esta entiende de familia.

Pietro sigue mirándome. Lo siento como un toque físico. Cuando le echo un vistazo, está apoyado en la encimera, copa en mano, esa mirada intensa siguiendo cada gesto mío.

—¿Qué?

—Nada. —Pero no aparta la vista—. Solo... la harina. En tu pelo.

Me llevo la mano a la cabeza, intentando encontrarla. Deja la copa y se acerca, demasiado, los dedos rozándome la sien. El contacto es suave, apenas nada, pero me descoloca.

—Ya. —Baja la mano, pero no se aparta. Estamos a centímetros, el borde de la encimera clavándose en mi cadera, su calor

envolviéndome.

Giulia carraspea. —Pietro, pon la mesa. Déjanos terminar aquí.

Se retira despacio, saca platos del armario. Pero los ojos vuelven a mí mientras va y viene entre cocina y comedor. Cada mirada roza como una caricia.

—Ese chico —murmura Giulia cuando se ha ido—. Treinta y seis años y se comporta como un adolescente con su primer flechazo.

—No es—

—Ajá. —Me alarga una olla con agua hirviendo—. Ayúdame con la pasta.



Estoy sentada en el tocador de la habitación de invitados, cepillándome el pelo con pasadas lentas, metódicas. La finca está en silencio ya, la cena quedó atrás hace rato. Los dedos me huelen aún levemente a albahaca y harina a pesar de los guantes y de frotármelos bien. A menos que lo tenga ya metido en la nariz.

El cepillo se engancha en un nudo y hago una mueca; el dolor agudo dispara un recuerdo que he intentado enterrar.

La noche en que huí.

Dejo el cepillo, con las manos temblorosas. No solo el cepillo puede engancharse en recuerdos dolorosos.

Aquella noche, después de golpear a Declan con la lámpara y salir corriendo de nuestro piso, el taxi había avanzado seis manzanas antes de que me diera cuenta de que el móvil seguía en el bolsillo trasero. El mismo móvil que Declan podía rastrear. El mismo que podía llevarle directo hasta mí.

Pero antes de deshacerme de él, tenía que hacer una llamada.

El número de mi padre. El único que podía ayudarme.

—¿Nora? Es tarde. ¿Qué pasa? —su voz había sonado ronca de sueño.

—Papá, es Declan. —Se me quebró la voz al decir su nombre—. Está trabajando con los Murphy. Lleva meses pasándoles información. He encontrado pruebas—grabaciones, fotos de reuniones. Ha intentado matarme cuando le he enfrentado.

El silencio se alargó al otro lado. Luego: —¿Dónde estás?

—No lo sé exactamente. He corrido. Estoy en algún sitio del centro.

—¿Estás segura de esto? ¿De Declan?

—¡Sí! Papá, le oí en las grabaciones. Lo lleva planeando años. Solo se me acercó para llegar a ti, para sacar información desde dentro.

Otra pausa larga. Cuando volvió a hablar, la voz se le había endurecido. —Esto es culpa tuya, Nora.

Oír eso fue como un cuchillo al corazón.

—¿Qué? No—

—Tú le metiste en nuestras vidas. En nuestra familia. En nuestro negocio.

—¡Eso no es verdad! Tú le querías en tu equipo. Dijiste que tenía potencial. ¡Tú fuiste quien le hizo tu segundo!

—¡Porque tú respondiste por él! ¡Porque te lo estabas tirando!

Me pegué al asiento del coche. —Papá, por favor. Necesito ayuda. Quiere matarme.

—Y ahora los Murphy lo saben todo. Nuestros envíos, nuestros contactos, nuestros pisos francos. Todo está comprometido porque no supiste mantener las piernas cerradas.

La crueldad me robó el aliento. Era mi padre—el hombre que me enseñó a montar en bici, que me besó las rodillas peladas, que una vez amenazó a un chico que me hizo llorar en el baile de fin de curso.

—Papá—

—Arréglalo tú sola, Nora. No vas a arrastrarme contigo.

La línea se cortó.

Me quedé mirando el móvil, la incredulidad entumeciéndome más que la lluvia fría. Luego se activó el instinto de supervivencia. Saqué la tarjeta SIM, la tiré por la ventanilla y repartí los trozos por diferentes alcantarillas antes de arrojar el teléfono también.

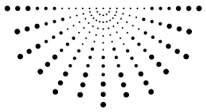
Mi padre me había abandonado. Me había culpado. Por amar a alguien que solo fingió amarme a mí.

Parpadeo y vuelvo al presente. Mi reflejo me mira desde el espejo del tocador.

Dejo el cepillo con un clic decidido.

Aquella noche lo cambió todo. La hija que siempre buscó la aprobación de su padre murió en aquel coche

CAPÍTULO DOCE



PIETRO

Tres días programando reuniones al amanecer, a medianoche, a cualquier hora que me impida cruzarme con ella. Envío a Liam con recados. Uso el correo para los documentos que necesitan aprobación. Atiendo llamadas desde el almacén en lugar de desde la oficina.

Tres días fingiendo que Nora Kelly no existe.

Excepto que está en todas partes.

Su risa flota desde la cocina, donde Giulia le enseña alguna receta de la familia. Liam menciona que arregló un error de envío que nos habría costado cincuenta mil. Incluso los estibadores —hombres que no se fían de nadie— se quedan callados cuando ella pasa. Inclinan la cabeza. —Señorita Nora—, la llaman, un respeto que ni siquiera me tienen a mí.

Paseo por mi despacho, el teléfono pegado a la oreja mientras la voz de Lorenzo llena el silencio.

—He ido a ver a Bruno hoy.— El nombre queda suspendido en el aire, pesado como una lápida.

Aprieto el teléfono, el plástico gimiendo. La clínica. El lugar al que pagamos cantidades obscenas para mantener a nuestro hermano con vida mientras las máquinas respiran por él.

—¿Cómo está?

—Igual.— Lorenzo hace una pausa.— Pietro, tenemos que hablar de esto. De Bruno. De Riccardo. Llevamos enterrándolo todo, fingiendo…

—No hay nada de lo que hablar.— Las palabras me salen más cortantes de lo que pretendía.— A Bruno le están dando la mejor atención. Riccardo se fue. ¿Qué más hay?

—Sabes que no me refiero a eso.— Su voz se suaviza como siempre que intenta llegar hasta mí.— Hemos perdido a nuestro hermano. Es posible que Bruno no despierte nunca. Y estás cargando con todo tú solo.

—Me las apaño.

—¿Matándote a trabajar? ¿Apartando a todo el mundo?

A través de la puerta de mi despacho, capto un movimiento. Nora en su mesa, organizando archivos con esa concentración feroz que pone en todo.

—Damiano Feretti querrá una reunión pronto—, continúa Lorenzo.— Sobre el casino, sobre cómo seguir con el negocio. Eso tampoco puedes evitarlo eternamente.

—No estoy evitando nada.

La línea queda en silencio absoluto. Puedo oír su jodido disgusto al otro lado de la ciudad.

—Tengo que irme. Entra un envío esta noche.

—Pietro…

Corto la llamada.

El envío de Torrino. Dos millones en mercancía escondida en cajas de muebles. La documentación tiene que estar perfecta: formularios de aduanas, conocimientos de embarque, todo lo que nos hace parecer legítimos mientras movemos suficiente cocaína como para abastecer a medio Chicago.

Podría encargarme yo solo. Debería encargarme yo solo.

En cambio, abro la puerta de mi despacho.— Tenemos que revisar la documentación de Torrino.

Nora levanta la vista del ordenador, y por un segundo ninguno de los dos se mueve. Tres días de distancia se evaporan en esa única mirada.

—Por supuesto.— Recoge su tableta y me sigue dentro.

La puerta se cierra con un clic suave que se siente como el cierre de una trampa.

—Está todo aquí.— Despliega los documentos sobre mi mesa: manifiestos, declaraciones de aduanas, recibos.— Pero hay una discrepancia en los cálculos de peso. Los registros del muelle indican ocho mil libras, pero el manifiesto recoge siete mil quinientas.

Su dedo sigue los números. Me obligo a centrarme en los papeles, no en la curva de su muñeca, no en la forma en que se inclina, trayendo su aroma a mi espacio.

—Alguien está rascando.— —O el peso del muelle está mal.— Abre otra pantalla en su tableta.— Pero si cruzamos con los registros de consumo de combustible del barco…— Sus dedos vuelan sobre la pantalla.— No. Tienes razón. Alguien está llevándose quinientas libras entre el muelle y el almacén.

Es brillante. Jodidamente brillante. Y está lo bastante cerca como para contarle las pecas de la nariz.

—Yo me encargo.— Doy un paso atrás, necesito distancia.— Saca los horarios de todos los que tuvieron acceso a ese envío.

—Ya está hecho.— Me tiende una lista impresa. Nuestros dedos se rozan. No es electricidad. Es fuego. Una marca en mi piel que abre una senda directa a la entrepierna.

Ninguno de los dos se aparta.

Un segundo. Dos.

Ella retira la mano primero, pero despacio, con los dedos deslizándose por los míos de una forma que desde luego no es accidental.

—Conseguiré las grabaciones de seguridad de esas fechas.— La voz le sale áspera.

—Bien.

Pero ninguno de los dos se mueve.

El aire entre nosotros chisporrotea con tres días de distancia forzada, tres días de desear lo que no puedo tener. Su lengua asoma

para humedecerse los labios, y el último hilo de mi control se tensa, listo para romperse.

—Debería irme.— No se mueve.

—Debería.—

Sus ojos bajan a mi boca. Solo un segundo.

Me doy la vuelta, sujetando el borde de la mesa con fuerza suficiente para hacerme daño.— Consigue las grabaciones. Las revisaremos esta noche.

Se va sin decir nada más, pero siento su vacilación en la puerta, siento que quiere decir algo más.

Cuando se ha ido, me dejo caer en la silla y me sirvo tres dedos de whisky. Me tiemblan las manos al llevarme el vaso a los labios.

Esto es una locura.

No debería importarme.

Me mandó a la mierda.



NORA

Me dejo caer en la silla, con los dedos presionando las sienes. El fantasma de su toque me quema la piel como si me hubieran marcado.

¿Qué demonios me pasa?

Tres días. Tres días de él evitándome como si llevara encima alguna peste contagiosa, y en cuanto nos rozan los dedos, prácticamente estallo. Mi cuerpo traiciona cada gramo de sentido común que he intentado mantener desde que entré en esta oficina.

No puedo desear la boca de Pietro Sartori en la mía. No puedo ansiar el peso de sus manos en mi cintura, no puedo imaginar cómo

se sentiría esa violencia controlada canalizada en pasión. No puedo. No puedo. No puedo. Pero lo hago.

Dios me ampare, lo hago.

Abro los archivos de las grabaciones, obligando a mi cerebro a funcionar. Quinientas libras de cocaína no desaparecen sin más. Alguien está robando a los Sartori, lo cual significa que alguien tiene instinto suicida.

Pietro lo solucionará como lo soluciona todo. La misma intensidad concentrada que ha volcado sobre mí en ese despacho, con los ojos oscuros como la medianoche, mirándome como…

Como Declan te miraba antes de intentar matarte.

El pensamiento me golpea, agua fría sobre las llamas. Me llevo la mano a la garganta. Esto es lo que pasa cuando confío en mi juicio. Cuando me dejo sentir. Creí que Declan me quería, creí que esas miradas encendidas significaban algo real.

Pero Pietro es diferente.

¿Verdad?

La idea susurra por mi mente antes de que pueda impedirlo. Pietro no finge. No sonríe mientras trama una traición. Su oscuridad está justo en la superficie. Honesta, brutal, real.

Cuando me mira con ese hambre, no es cálculo. Es una necesidad cruda luchando contra un autocontrol de hierro.

Lo cual lo hace peor. Muchísimo peor.

Porque a los mentirosos sé cómo manejarlos. Esa lección la he aprendido a base de sangre y moratones. ¿Pero un monstruo honesto? ¿Uno que no pide perdón por lo que es?

Ese es el tipo de peligro que no sé cómo sortear.

Lo sensato sería huir. Hacer las maletas esta noche, desaparecer en otra ciudad, otro nombre, otra vida. Ya lo he hecho antes.

Sí, se te da de lujo huir de tus problemas en vez de afrontarlos.

Cobarde.



PIETRO

Medianoche. El edificio de oficinas está vacío salvo por seguridad y nosotros.

Llevamos horas con esto: revisando grabaciones, cruzando horarios, siguiendo cada momento de ese envío desde el muelle hasta el almacén. Profesional. Enfocado. Excepto por la forma en que sigue recogiéndose el pelo, dejando al descubierto la curva del cuello. Excepto por cómo no puedo dejar de mirarla trabajar.

—Ahí.— Señala la pantalla.— Mira la marca de tiempo. Tres y quince de la madrugada. El camión se detiene doce minutos en la Ruta 47. No hay motivo para una parada ahí.

Me inclino sobre su hombro para verlo mejor. Mi pecho roza su espalda. Se tensa, luego se relaja contra mí, apenas.

—Tienes razón.— La voz me sale áspera.— Esa es nuestra ventana. Alguien descargó mercancía durante esa parada.

Gira la cabeza, y de repente estamos a centímetros. Su aliento se entrecorta. El mío se detiene del todo.

—Necesito aire.— Lo dice y sé que quiere decir «No le quiero cerca. Déjeme en paz».

Asiento y la dejo ahí plantada. El trayecto en ascensor hasta el aparcamiento se hace interminable. Mi coche está donde lo dejé, pero lo paso de largo y me dirijo a la escalera.

El gimnasio del complejo Sartori está vacío a las tres de la mañana. Perfecto.

Me quito la camiseta y me vendo las manos, sin molestarme en ponerme guantes. El saco cuelga como una acusación, y me ensaño con él con todo lo que tengo.

Jab. Directo. Crochet.

Otra vez.

Uppercut. Directo. Jab.

Otra vez.

Crochet. Jab. Directo.

Se me abren los nudillos. La lona se mancha de sangre. No paro.

—¡Jooooder!— La palabra me desgarra la garganta cuando encadeno un combo particularmente brutal.

Las mujeres siempre han sido sencillas para mí. Distraídas hermosas. Placeres temporales. Me las follo, se van, todo el mundo entiende las reglas. Sin sentimientos. Sin complicaciones. Sin riesgos.

Pero Nora…

Estampo el puño en el saco con tal fuerza que lo echo a oscilar.

Nora no me mira como si fuera el hijo peligroso de los Sartori. Me mira como si fuera solo un hombre. Como si pudiera ser algo más que el monstruo en que me he convertido.

Me palpitan las manos. La sangre gotea sobre la colchoneta. Sigo golpeando.

La verdad que he estado evitando me arrolla con cada impacto: nunca he querido a nadie. Ni a las mujeres a las que me he follado. Ni siquiera a las que se quedaron más de una noche. Amar exige algo de lo que carezco: la capacidad de dejar entrar a alguien, de ser vulnerable, de arriesgar la pérdida. Un corazón, quizá.

Pablo fue la última persona a la que quise sin reservas, y mira cómo acabó eso.

El saco se abre. La arena se derrama por el suelo.

Me quedo allí, con el pecho en llamas, los nudillos en carne viva, mirando la destrucción. Esto es lo que hago. Esto es lo que soy.

Pero cuando pienso en Nora, me florece en el pecho otro tipo de dolor. No de violencia. No de control. Es una añoranza hueca que una bala no arreglaría, y que me aterra más que la muerte porque ella no me quiere. Puede que no me vea como a un monstruo, pero no puede verme como otra cosa que su jefe, y nada más.



El edificio de oficinas se siente como una tumba cuando regreso. Llevo las manos vendadas ahora, la gasa blanca ya moteada de rojo. Las cuatro de la mañana, y debería haberse ido. Debería haberse marchado hace horas.

La encuentro desplomada sobre el teclado, una mano aún en el ratón y la otra haciendo de almohada. En la pantalla, las grabaciones de seguridad se reproducen en bucle: ha encontrado algo, probablemente estaba esperando para enseñármelo.

Su cara, dormida, pierde la guardia calculada. La línea feroz de la mandíbula se suaviza. Parece más joven, la pelea se ha ido de ella, dejando solo una paz que me hace doler el pecho.

Un mechón le cae sobre la mejilla, y mi mano se mueve sin permiso, apartándolo detrás de la oreja.

Se remueve, pero no despierta.

Debería dejarla. Debería mantener esta distancia que tanto me he esforzado por crear desde que se apartó de aquel beso.

En lugar de eso, me quito la chaqueta y se la echo por los hombros. El cuero se le asienta encima como una armadura, como protección, como una marca de posesión que no tengo derecho a hacer.

Se acurruca en el calor, y mi nombre se le escapa de los labios.—Pietro…

Mi control se agrieta. Se astilla. Amenaza con hacerse añicos del todo.

Me permito un momento más: mis dedos rozando por encima de su pelo, sin llegar a tocar. Huele a vainilla y a algo que es únicamente suyo. Dormida, se vuelve hacia mi mano como una flor buscando el sol.

Esta mujer va a destruirme.

Ese pensamiento debería hacerme huir. En cambio, arrastro una silla y me siento a su lado, viendo cómo duerme, mi chaqueta sobre sus hombros como una promesa que no puedo hacer.

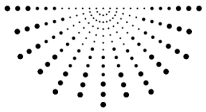
Pienso en lo que dijo Giulia. Que a Pablo le habría caído bien. Que ella ve más allá del monstruo.

Pero ¿y si el monstruo es lo único que hay? ¿Y si no soy capaz de ser lo que ella se merece?

Puede que no sepa amar. Puede que esté demasiado roto, demasiado dañado, demasiado perdido.

O quizá —y este pensamiento me aterra más que la muerte— quizá solo he estado esperando a *ella.*

CAPÍTULO TRECE



NORA

Cojo mi bolsa de la comida y me dirijo al comedor de la empresa, intentando sacudirme la frustración de esta mañana. Durante la última semana, he estado escapándome a este espacio luminoso y abierto en la segunda planta: lo bastante lejos del despacho de Pietro como para poder respirar, pero aún dentro del perímetro de seguridad del edificio.

El comedor zumba con conversaciones normales de empleados que no tienen ni idea de lo que de verdad pasa en este edificio. Sus problemas corrientes y el cotilleo de oficina son un cambio refrescante frente al hosco silencio de Pietro y la tensión habitual de arriba.

Me siento en mi mesa de siempre, en la esquina, y saco mi bocadillo cuando siento que alguien me mira. Mark, de Contabilidad. Alto, rubio ceniza, con ojos amables y una sonrisa que no esconde secretos. Lleva toda la semana buscando excusas para charlar conmigo.

Finjo no darme cuenta de que se acerca, concentrándome en mi comida como si un sándwich de pavo en pan de centeno exigiera toda mi atención.

—¿Te importa si me siento contigo?—pregunta Mark, ya tirando de la silla frente a mí.

—Es un país libre—murmuro, arrepintiéndome al instante del tono. No se merece que descargue en él mi frustración dirigida a Pietro.

Mark se ríe, imperturbable.—¿Mañana dura?

—Algo así—ofrezco una pequeña sonrisa, lo máximo que puedo gestionar.

—Sabes, llevo intentando descifrarte, Nora Kelly.—Desenvuelve su propia comida, algo casero y con pinta de saludable.—Asistente ejecutiva del pez gordo y, aun así, comes aquí abajo con nosotros, los mortales.

Me encojo de hombros.—Quizá me gusta la conversación normal.

—Normal. Ese soy yo.—Los ojos se le arrugan cuando sonríe.—Aburridamente, cómodamente normal.

Por un momento, me permito imaginarlo. Salir con alguien como Mark. Alguien cuyo mayor secreto quizá sea que hace trampa con los impuestos o tiene una afición vergonzosa. No alguien que hace desaparecer a la gente o que tiene sangre en las manos. No alguien cuyo beso arrasa mis defensas como si fueran de papel.

—Así que...—Mark se inclina hacia delante, bajando la voz.—Llevo armándome de valor para preguntarte: ¿tienes una tarde libre esta semana? ¿Quizá el viernes? Hay un italiano en Michigan Avenue que, dicen, es una maravilla.

Italiano. Por supuesto. El universo tiene un sentido del humor retorcido.

—Yo...—empiezo, sin saber qué decir.

Un movimiento en la entrada me llama la atención. Liam Blackwood está allí, con los ojos gris acero fijos en nuestra mesa. Su expresión permanece perfectamente neutra, pero siento el peso de su evaluación. Ni siquiera intenta disimular que me está vigilando.

Mark sigue mi mirada.—¿Uno de seguridad, verdad? Aquí siempre están tan intensos.

—Sí—murmuro, preguntándome si Pietro ha mandado a Liam a comprobar cómo estoy.

Liam sostiene mi mirada un segundo más antes de darse la vuelta y marcharse, con el mensaje entregado sin una palabra: *Te veo, y Pietro se enterará.*

Vuelvo a Mark, que espera mi respuesta con expectación. Su vida normal y su sonrisa amable de pronto me parecen un salvavidas: un recordatorio de que no todos los hombres son peligrosos, que no todas las relaciones son una lucha de poder.

—Lo pensaré—le digo, sorprendiéndome a mí misma.—Las cosas están... complicadas ahora mismo.

El rostro de Mark se ilumina.—Puedo trabajar con un «lo pensaré». Mucho mejor que un «piérdete».

Mientras se lanza a contar una anécdota sobre su excursión de senderismo del fin de semana, asiento y sonrío donde toca, pero mi mente sigue derivando hacia los ojos vigilantes de Liam y lo que le contará a Pietro.

Termino mi bocadillo y recojo mis cosas, sintiendo la mirada esperanzada de Mark sobre mí.

—Debería volver—digo, poniéndome en pie.—Gracias por la compañía.

La sonrisa de Mark le llega a los ojos.—¿Misma hora mañana?

—Tal vez—respondo sin comprometerme, aunque una parte de mí agradece la idea de algo predecible y seguro en mi vida caótica.

Regreso a la planta de dirección. Las puertas del ascensor se abren y entro en el pasillo silencioso, la moqueta mullida amortiguando mis pasos.

Apenas me he acomodado en mi mesa cuando la voz de Pietro truena desde su despacho.

—¡Nora! Entra. Ahora.

La espalda se me tensa por el tono. Inspiro hondo, aliso mi falda y entro en su despacho con la cabeza alta.

Pietro está de pie tras su mesa, con las manos apoyadas en la superficie, inclinado hacia delante como un depredador. Sus ojos oscuros relucen con algo que parece, sospechosamente, celos.

—Cierra la puerta—ordena.

Lo hago, y me cruzo de brazos al encararlo.—¿Me llamabas a gritos?

—A partir de ahora, comerás en la cocina de esta planta.

Parpadeo, desconcertada.—¿Perdona?

—Me has oído. La cocina de dirección está bien surtida. Giulia envía comidas. No tienes necesidad de bajar.

—¿Ahora también me dictas dónde puedo comer?

—Es un tema de seguridad—dice sin inflexión.

—Gilipolleces.—La palabra se me escapa antes de poder frenarla.

Los ojos de Pietro se entornan. Rodea la mesa en tres zancadas largas y se mete en mi espacio hasta que mi espalda choca con la pared de cristal detrás de mí. Planta una mano en la ventana junto a mi cabeza, cercándome con su cuerpo de forma efectiva.

—¿Cómo has dicho?—Su voz desciende peligrosamente.

Alzo la barbilla, negándome a dejarme intimidar.—He dicho gilipolleces. El comedor está dentro de tu edificio, rodeado por tu seguridad. Esto no va de seguridad.

Su rostro queda a centímetros del mío, su aliento cálido contra mi piel.—¿Por qué necesitas comer con ellos? ¿Con él?

Así que Liam sí ha informado. Por supuesto que lo ha hecho.

—Quizá quiero relacionarme con gente normal—digo, manteniendo la voz firme pese a nuestra cercanía.—Quizá me gustaría tener un amigo en esta ciudad.

—¿Amigo?—Pietro prácticamente escupe la palabra.—¿Así lo llamas?

—¿Tú cómo lo llamarías?—le desafío, con el corazón desbocado.—Como llevas días evitándome, he pensado que buscaría compañía en otra parte.

—Trabajas para mí—dice, con la voz tensa de contención.—Tu lealtad...

—Es a mi trabajo—le corto.—No a ti, personalmente. Hago mi trabajo de forma impecable. Lo que hago en mi hora de comida no es asunto tuyo.

—Todo lo que te concierne es asunto mío.—Sus ojos bajan a mis labios por una fracción de segundo.—No tienes permitido verlo.

Una risa me sube del pecho, aguda e incrédula. Coloco ambas manos en su pecho y lo empujo hacia atrás, abriendo espacio entre nosotros.

—Mírame—digo, con la voz firme y clara.

Los ojos de Pietro se abren un poco, una chispa de sorpresa cruza sus facciones. No está acostumbrado a que lo desafíen.

—¿Qué acabas de decir?—pregunta, con la voz peligrosamente suave.

—He dicho: mírame.—Lo rodeo, dirigiéndome a la puerta.—No me posees, Pietro. Ni lo harás nunca.



PIETRO

Me quedo congelado cuando la puerta se cierra de un portazo tras ella.

¿Acaba de...?

Mírame.

Las palabras se repiten en mi cabeza, cada sílaba avivando el fuego que me crece en el pecho. Nadie me habla así. Nadie me desafía. Ni mis capitanes, ni mis hermanos, ni siquiera Riccardo cuando estaba vivo.

Y, sin embargo, esta mujer acaba de salir después de decirme a la cara que no la poseo.

Mi puño golpea la pared antes de que siquiera me dé cuenta de que me he movido. Un dolor me atraviesa los nudillos, pero no es nada comparado con la rabia que me corre por las venas.

¿Quiere jugar? Bien. Yo juego mejor que nadie.

Saco el móvil del bolsillo, los dedos moviéndose con precisión controlada pese a la furia que me hace temblar las manos.

Necesito nombre y datos del contable con el que Nora ha comido hoy. Todo.

La respuesta de Liam llega rápido: *Mark Daniels. 32. Cinco años en la empresa. Expediente limpio, sin conexiones con otras familias. Vive en Wicker Park. Soltero.*

Soltero. La palabra me hace apretar la mandíbula.

Más.

Aparecen tres puntos mientras Liam escribe. Recorro mi despacho de lado a lado, el mismo camino que han trazado los tacones de Nora minutos antes.

¿Qué busca exactamente, señor?

Todo. Dónde vive. Qué conduce. Su jodida talla de zapato si hace falta.

Esta vez, una pausa más larga. Luego: *¿Se trata de cuestiones de seguridad o de algo más personal?*

Puedo prácticamente ver la expresión sabihonda de Liam a través del texto. El cabrón engreído.

Limítate a hacer tu jodido trabajo.

Otra pausa antes de que aparezca su respuesta: *La dirección es 1422 North Damen Avenue. Conduce un Audi A4. Sin antecedentes. Puntuación de crédito 780. Graduado en Northwestern. Sin contactos ni actividades sospechosas. Parece dolorosamente aburrido, señor.*

Leo el mensaje dos veces, imaginándome a ese Mark. Aburrido. Seguro. Normal. Todo lo que yo no soy.

Y, señor, si se me permite... quizá le convendría más emplear su energía en abordar por qué la señorita Kelly busca compañía en otra parte en vez de investigar a su compañero de almuerzo.

—Que te jodan, Liam—murmuro en el despacho vacío, tirando el móvil sobre la mesa.

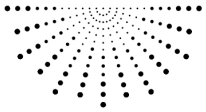
Tiene razón, y los dos lo sabemos. Llevo días evitando a Nora, intentando aclararme después de ese beso.

Mírame.

Dos palabras que suenan sospechosamente a declaración de guerra.

Si Nora Kelly quiere guerra, no tiene ni idea de en lo que se está metiendo.

CAPÍTULO CATORCE



PIETRO

Estoy revisando manifiestos de envío cuando suena mi teléfono. El nombre de Josh parpadea en la pantalla.

—¿Qué? —respondo, sin molestarme en ser amable.

—Señor, la señorita Kelly ha pedido que la lleven al centro, a Osteria Langhe, a las siete de esta noche.

Mi bolígrafo se queda congelado a mitad de firma—. ¿Que ha hecho?

—Ha solicitado transporte a un restaurante en Armitage Avenue. ¿Quiere que lo organice?

Me reclino en la silla, con una sensación fría asentándose en las tripas—. ¿Ha dicho por qué?

—No, señor. Solo la ubicación y la hora.

—Bien. Ocúpate. —Cuelgo antes de que pueda responder.

Dos putos días. Dos días de esta guerra silenciosa entre nosotros desde que salió hecha una furia de mi despacho. Giulia me dijo que Nora cena sola en su habitación. Dos días viéndola solo en la

empresa, donde es perfectamente profesional y completamente distante.

¿Y ahora quiere ir a un restaurante? ¿Sola?

Todo hombre que la vigila tiene instrucciones estrictas de informar de sus movimientos. No es que haya hecho mucho. Trabajo, el complejo, y vuelta a empezar. Ha estado comiendo con los demás empleados a pesar de mi orden directa de que no lo hiciera, pero me he negado a enfrentarla por ello. No le daré la satisfacción de saber que me molesta.

Pero un restaurante de noche es distinto.

Cojo el móvil y tecleo: *¿Por qué necesitas que te lleven a un restaurante?*

Su respuesta llega rápido: *Como no me está permitido ir a ninguna parte sola, necesito transporte.*

No es eso lo que pregunto y ella lo sabe. Los dedos se me aprietan alrededor del móvil.

¿Con quién?

Aparecen tres puntos, desaparecen y vuelven a aparecer. Está pensando su respuesta. Haciéndome esperar.

Por fin: *Mark.*

Solo su puto nombre. Como si nada.

Una rabia incandescente me inunda el sistema. Mark. El contable. El contable aburrido y seguro que tuvo los cojones de invitar a salir a lo que es mío.

Voy a matarlo. Despacio. Con dolor. Haré que desaparezca tan por completo que ni su propia madre recordará que existió.

Mi teléfono vuelve a vibrar con otro mensaje suyo: *¿Es un problema?*

Casi puedo ver el desafío en sus ojos mientras lo escribía. La misma rebeldía de hace dos días, cuando me dijo que la observara.

Bien, estoy mirando. Y no me gusta lo que veo.

Marco el número de Liam.

—¿Señor? —contesta al primer tono.

—Cancela todas mis reuniones de esta noche.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Voy a cenar a Osteria Langhe.

Una pausa—. ¿El italiano de Armitage?
—Ese mismo.
Tiro el teléfono sobre la mesa.



NORA

Me tomo mi tiempo para arreglarme y elijo un vestido burdeos intenso que se ciñe a mis curvas sin ser demasiado obvio. El escote es discreto pero favorecedor, y el bajo cae justo por encima de las rodillas. Lo bastante profesional para un compañero de trabajo, pero lo bastante bonito para una cena.

Sé que Josh le informará a Pietro de cada detalle. La idea me hace sonreír mientras me aplico un poco de pintalabios del mismo tono que el vestido. Que Pietro se cueza en lo que sea esto entre nosotros. No soy su posesión.

La verdad, me apetece hablar con Mark. En Boston, nunca tuve la oportunidad de ser simplemente una mujer cenando con un hombre agradable o con un amigo. Siempre fui la hija de Connor O'Sullivan, siempre exhibida ante posibles aliados, siempre la prometida de Declan.

Mark no sabe nada de mi pasado. Solo me ve como Nora Kelly, la secretaria competente que se rió con sus chistes de contabilidad.

Me calzo los tacones y cojo una pequeña cartera de mano, comprobando mi reflejo una última vez. Lo he pedido todo por internet para esta noche y, por suerte, me ha llegado esta mañana. Llevo el pelo suelto en ondas suaves sobre los hombros.

Al salir al pasillo, casi choco con Vittoria que viene en dirección contraria.

—¡Oh! —Da un paso atrás, con los ojos muy abiertos al verme—. Guau, Nora. Estás impresionante.

—Gracias. —El cumplido se siente genuino y me calienta algo por dentro. No he tenido muchas oportunidades de pasar tiempo con Vittoria ni con nadie más en la casa. Pietro me mantiene ocupada, y cuando no trabajamos, he estado yendo a lo mío.

Noto que tiene los ojos enrojecidos y la cara ligeramente hinchada.

—Vittoria, ¿está todo bien? —pregunto, acercándome un poco más.

Intenta una sonrisa que no le llega a los ojos—. Estoy bien.

—No tienes buena cara —mantengo la voz suave—. Parece que has estado llorando.

Los hombros de Vittoria se hunden un poco—. ¿Tanto se nota? —Echa un vistazo por el pasillo—. No es nada. Solo... cosas de familia.

Dudo, sin querer entrometerme pero con una preocupación genuina por esta chica que no ha hecho más que ser amable conmigo—. Sé que no nos conocemos mucho, pero si alguna vez quieres hablar, estoy aquí.

Algo vulnerable le cruza el rostro—. Gracias. Es... es muy amable por tu parte.

—Lo digo en serio. —Le toco el brazo suavemente—. A veces es más fácil hablar con alguien que no está directamente involucrado.

Vittoria asiente y, por fin, aparece una sonrisa de verdad—. Puede que te tome la palabra. Gracias, Nora. —Señala mi vestido—. ¿Sales?

—Solo a cenar con un compañero.

—Pues pásatelo bien. Te mereces una noche fuera. —Se gira hacia su habitación y luego se detiene—. Y, Nora... gracias otra vez.

La veo desaparecer en su cuarto antes de seguir escaleras abajo. Josh espera junto a la puerta principal, con la expresión cuidadosamente neutra mientras me la abre.

—El coche está listo, señorita Kelly.

Afuera, un sedán negro y elegante espera al ralentí en la entrada circular, con otro de los hombres de seguridad de Pietro de pie a su lado.



Llego a Osteria Langhe justo a tiempo. La iluminación cálida del restaurante se derrama sobre la acera, creando un resplandor acogedor contra la tarde que oscurece en Chicago. Mark está junto a la entrada, cambiando el peso de un pie al otro. Cuando me ve salir del coche, se le abren los ojos y hasta se atraganta un poco con lo que fuera a decir.

—Nora, estás preciosa —balbucea, y enseguida se sonroja—. Quiero decir, siempre lo estás, pero hoy especialmente.

Me río, genuinamente divertida con su torpeza.

—Gracias, Mark. Qué detalle por tu parte decirlo.

Saca una sola rosa de detrás de la espalda y me la ofrece con una sonrisa tímida—. Espero que no sea demasiado.

—Es perfecta —digo, aceptándola y llevándola a la nariz—. El gesto es anticuado, pero considerado. ¿Cuándo fue la última vez que alguien me regaló flores sin un plan detrás?

Mark me guía hacia dentro con un leve toque en el codo. El restaurante es íntimo y elegante: paredes de ladrillo visto, vigas de madera en el techo y luz suave de candelabros de hierro.

—He oído que tienen la mejor cocina piamontesa de Chicago —dice Mark mientras el maître nos conduce a la mesa—. Hice la reserva la semana pasada, en realidad. Tenía ganas de probarlo.

—¿Así que no era solo por mí? —bromeo cuando nos sentamos.

Mark vuelve a ruborizarse—. Bueno, con compañía es mejor. Y más con buena compañía.

Después de pedir las bebidas—una copa de Barolo para mí y lo mismo para Mark—, me inclino hacia delante—. Cuéntame de ti, Mark. Lo único que sé es que se te dan bien los números y que tienes un gusto excelente para restaurantes.

—La verdad, no hay mucho que contar. Crecí en Michigan, estudié contabilidad en Northwestern y...

La puerta del restaurante se abre.

Pietro Sartori entra como si el lugar fuera suyo, su figura imponente acaparando la atención. Pero no es su aparición inesperada lo que me encoge el estómago: es la mujer del brazo.

Es deslumbrante: alta y rubia, con unas piernas que parecen no acabar nunca. Su vestido es negro y resalta cada curva perfecta. Se ríe de algo que dice Pietro, tocándole el brazo.

La anfitriona los saluda con calidez, y los ojos de Pietro recorren el restaurante con un desenfado ensayado hasta que se posan en mí. Su expresión no cambia, pero algo le brilla en la mirada—satisfacción, quizá. Sabía que estaría aquí. Por supuesto que lo sabía.

Me obligo a apartar la vista y me centro en Mark, que sigue hablando de sus años universitarios. Bebo un sorbo de vino, deseando que no me tiemblen las manos.

—Perdona —digo, forzando una sonrisa—. Decías, sobre Northwestern...

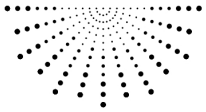
—¿Estás bien? —pregunta Mark, frunciendo el ceño con preocupación—. Tienes cara de haber visto un fantasma.

—Estoy bien —miento, negándome a mirar en dirección a Pietro aunque siento su mirada quemándome—. Acabo de acordarme de algo que olvidé archivar hoy. Puede esperar al lunes.

Mark sigue con su historia y yo asiento en los momentos adecuados, riendo cuando toca. Pero mi atención sigue partida: mitad en las palabras de Mark y mitad en la mesa al otro lado del salón donde Pietro y su cita ya se están sentando.

No le daré el gusto de ver cuánto me molesta.

CAPÍTULO QUINCE



PIETRO

Increíble.

Está jodidamente impresionante con ese vestido. La tela la abraza como si hubiera sido hecha solo para la jodida Nora Kelly, el pelo suelto sobre los hombros en lugar del moño apretado que lleva en el trabajo.

¿Y se lo pone para cenar con un puto Mark?

Guío a Amanda hasta nuestra mesa, elegida estratégicamente para tener una vista clara de Nora y estar lo bastante cerca para oír su conversación. Mark se pone en pie cuando nos acercamos, y se le abren los ojos al reconocerme.

—Señor Sartori —dice, extendiendo la mano—. Buenas noches, señor.

Le estrecho la mano con más fuerza de la necesaria, disfrutando del leve gesto de dolor que cruza su cara.

—Mark —digo con voz deliberadamente casual—. No esperaba verte aquí.

Sus ojos van nerviosos de mí a Nora. —Solo estoy cenando con Nora...

—Que aproveche —lo corto, despidiéndolo mientras me vuelvo hacia nuestra mesa.

Amanda se desliza en su asiento con una sonrisa de quien ya lo sabe todo. Es una de las amigas íntimas de Vittoria, y cuando la he llamado esta tarde con mi petición, ha aceptado de inmediato. Le he dicho que necesitaba una cita por las apariencias. No ha hecho preguntas, pero el brillo de sus ojos me ha dicho que entendía más de lo que le había explicado.

—Así que es ella —susurra Amanda, inclinándose—. ¿La que te tiene comportándote como un adolescente celoso?

Le lanzo una mirada de advertencia. —No estoy celoso.

—Por favor. —Se ríe, el sonido deliberadamente musical—. No le quitas los ojos de encima desde que hemos entrado.

Me obligo a mirar a Amanda, pero aguzo el oído para captar la conversación de Nora. Mark habla de algún teatro, y oigo la sonrisa en la voz de Nora cuando responde. Ese sonido me hace apretar la mandíbula.

Amanda apoya la mano sobre la mía al inclinarse hacia delante. —Sabes, podríamos darle algo de lo que estar celosa de verdad.

Retiro la mano para coger la carta de vinos. —No va de eso.

—Claro que no —dice, sin molestarse en ocultar su diversión. Se echa el pelo rubio hacia atrás, procurando reírse de todo lo que digo, tocándome el brazo una y otra vez.

Consigo mantener la compostura, pero me cuesta toda la autocontención que tengo. Mark no deja de inclinarse hacia Nora, con los ojos bajando constantemente a sus labios, a su cuello, más abajo. Si soltara el freno un segundo, lo agarraría por el cuello impecablemente planchado y le estamparía la cara contra la mesa.

—Vas a romper ese vaso si lo aprietas un poco más —murmura Amanda.

Relajo la mano, sin haberme dado cuenta de lo blancos que se me han puesto los nudillos.

Nora no me ha mirado ni una vez desde que me he sentado, manteniéndome parcialmente de espaldas. Pero veo cómo se

sostiene, demasiado rígida para estar realmente cómoda.

Bien.

Que sienta lo que yo siento.

—Cuéntame más de tu trabajo —dice Amanda en voz alta, dejándose los dedos por mi brazo—. Vittoria dice que eres absolutamente brillante en lo que haces.

Sigo el juego, describiendo una versión higienizada de mi negocio mientras veo cómo la espalda de Nora se tensa aún más con el tono coqueteo de Amanda.

Mark dice algo que hace reír a Nora, y ese sonido me atraviesa como una cuchillada.

Veo a Nora excusarse de la mesa. Mi cuerpo se pone en marcha antes de que mi cerebro reaccione, ignorando la mirada interrogante de Amanda.

—Vuelvo ahora —murmuro.

El pasillo de los aseos está tenuemente iluminado, apartado del comedor principal. Me detengo un segundo antes de empujar la puerta del baño de mujeres. A la mierda las formas.

Nora está de pie en el lavabo, inclinada para retocarse el pintalabios. Sus ojos se encuentran con los míos en el espejo, pero no se sobresalta. Ni siquiera se gira.

—El baño de hombres es la otra puerta —dice con frialdad, con los dedos firmes mientras cierra el pintalabios.

Cruzo el espacio y mi mano encuentra su garganta. No aprieto, solo la sujeto, sintiendo su pulso saltar bajo mi palma mientras la giro para enfrentarme. Su espalda se pega al mostrador cuando la vuelvo y me inclino, la cara a centímetros de la suya.

—Te vas. Ahora —mi voz sale baja, peligrosa—. Dile a Mark que tienes que irte.

Sus ojos verdes chispean de desafío, ni rastro de miedo a pesar de mi mano en su garganta. —No.

Esa sola palabra enciende algo primitivo en mí. Me acerco más, mi aliento mezclándose con el suyo. —Si no lo haces, Mark no llega a casa esta noche.

—No te atreverías. —Pero un destello de incertidumbre le cruza los ojos ahora.

—Pruébame. —Aprieto un poco más, lo justo para que entienda —. ¿Crees que he llegado a donde estoy lanzando amenazas vacías? Mark respira porque yo se lo permito.

Aprieta la mandíbula, con esa tozuda rebeldía que ya espero de ella. —No me posees, Pietro.

—¿No? —Pego mi cuerpo al suyo, inmovilizándola contra el mostrador—. Entonces, ¿por qué verte con él me hace querer pintar este baño con su sangre?

Se queda helada, pero no aparta la mirada. —Ese es tu problema, no el mío.

—Se convirtió en tu problema en el momento en que entraste en mi despacho. —Suelto su garganta y paso la mano a su mandíbula, cogiéndola—. No comparto lo que es mío.

—No soy tuya —susurra.

—¿Ah, no? —Le rozo el pulgar por el pintalabios recién aplicado, emborronándolo un poco—. Dile a Mark que te vas. O se lo digo yo mismo, justo antes de enseñarle exactamente lo que les pasa a los hombres que tocan lo que me pertenece —digo, soltándole la garganta.



NORA

—¿Pero qué coño te pasa? —le silbo, empujándole el pecho. Apenas se mueve.

El asesinato le cruza la cara. —No quiero que estés con él.

—Eso no es suficiente. —Vuelvo a empujarle, más fuerte esta vez —. No decides con quién paso yo el tiempo.

—Nora...

—No. —Lo corto—. Tengo necesidades, Pietro. Si quiero follar con alguien, no voy a pedirte permiso.

Sus manos se aferran al mostrador a ambos lados de mí, encerrándome.

—¿Eso es lo que es esto? —Su voz baja a un susurro letal—. ¿Vas a follarte a Mark esta noche?

La verdad es que no tenía intención de acostarme con Mark. Es majo, normal, todo lo que debería querer, pero no hay chispa. No hay fuego.

No como con el hombre que ahora mismo me tiene clavada contra el lavabo del baño.

Pero la rabia posesiva en los ojos de Pietro me empuja a mentir.

—Sí —digo, alzando la barbilla con desafío—. Voy a hacerlo.

Pietro se queda completamente inmóvil. Sus ojos se clavan en los míos, buscando la mentira. Luego me mete la mano en el pelo, agarrando lo bastante fuerte como para escocer, sin hacer daño.

—No, no vas a hacerlo. —Su voz es pura oscuridad, enviándome escalofríos por la espalda—. El único hombre que va a estar dentro de ti soy yo. El único nombre que vas a gritar es el mío.

—Eso no lo decides tú.

—Ya lo he decidido. —Sus labios me rozan la oreja, su cuerpo apretándose más contra el mío—. ¿Crees que no sé cómo responde tu cuerpo cuando estoy cerca? —Su mano libre baja por mi costado, agarrándome la cadera—. No vas a follarte a Mark porque él no puede darte lo que necesitas. No puede hacerte sentir lo que yo puedo.

—Estás delirando —consigo decir, pero la voz me traiciona, saliéndome sin aliento.

—¿Ah, sí? —Sus labios fantasma sobre mi cuello—. Dime que no piensas en ese beso. Dime que no te quedas despierta imaginando mis manos en ti, mi boca en ti. —Aprieta más el agarre en mi pelo—. Dímelo y te dejo volver a tu cita.

Abro la boca, pero la mentira no sale.

—Eso pensaba. —Me perfila el labio inferior con el pulgar—. Eres mía, Nora Kelly. Lo admitas o no.

Me presiona el pulgar contra el labio inferior sin apartar los ojos de los míos. —Vas a salir de este restaurante ahora mismo. Sola.

La orden en su voz me hace querer llevarle la contraria solo por demostrar que puedo.

—¿Y tú qué? —pregunto, odiando sonar tan sin aliento—. ¿Vas a terminar tu cita con Barbie?

Una sonrisa cruel le curva los labios. —¿Celosa, bambina?

—Ojalá.

Se inclina más, su aliento caliente en mi oído. —Cuando por fin te folle —y lo haré—, voy a hacerte correrte tan fuerte que se te olvide tu propio nombre. Te tendré suplicando, gritando, arañándome la espalda pidiendo más. —Sus dientes me rozan el lóbulo—. Y cuando termine, no volverás a mirar a otro hombre.

Todo mi cuerpo tiembla mientras sus palabras dibujan imágenes nítidas en mi mente. Odio mi reacción, odio cuánto deseo lo que promete.

—Qué seguro estás de ti mismo —susurro.

—Estoy seguro de nosotros. —Se aparta, con la expresión volviendo a ser inescrutable.

Me suelta de golpe, se aparta y se arregla la chaqueta. Sin decir nada más, sale, dejándome temblando contra el lavabo.

¿Pero qué coño ha sido eso?

Me quedo mirando mi reflejo. Mejillas encendidas, pintalabios corrido, ojos demasiado brillantes. Parezco una mujer a la que han besado a conciencia, aunque sus labios no hayan tocado los míos. Me echo agua fría en la cara, me reaplico el pintalabios con manos temblorosas e intento recomponerme.

Cuando vuelvo al comedor, la mesa de Pietro está vacía. Él y su cita han desaparecido, dejando solo una copa de vino a medio acabar como prueba de que han estado allí. El alivio que siento es vergonzoso.

Mark se pone en pie cuando me acerco, y su sonrisa vacila al ver mi expresión. —¿Todo bien? Has tardado un rato.

—Lo siento, pero creo que no me encuentro bien. —La mentira sale fácil, con la culpa pisándole los talones. Mark no se merece esto —. Creo que necesito irme a casa.

La preocupación sustituye a su decepción. —Por supuesto. ¿Es algo que has comido? ¿Quieres que te lleve a un médico?

—No, solo... un dolor de cabeza. Ha aparecido de repente. —Me presiono las sienes para dar efecto—. Siento mucho esto.

—No pidas perdón. —Hace señas para pedir la cuenta—. La salud es lo primero.

Mientras Mark paga, le escribo a Josh para que acerque el coche. El aire fresco de la noche me aclara un poco la cabeza cuando salimos, pero las palabras de Pietro siguen resonando en mis oídos.

—Me lo he pasado bien, pese a terminar antes —dice Mark, con la mano flotando cerca de mi codo sin llegar a tocarme—. ¿Quizá podamos repetir otro día cuando te encuentres mejor?

—Quizá —digo, sabiendo que no. No por las amenazas de Pietro, sino porque no sería justo para Mark. No cuando no puedo dejar de pensar en otra persona.

Josh se detiene en la acera y me vuelvo hacia Mark con una sonrisa de disculpa. —Buenas noches, Mark. Gracias por entenderlo.

—Que te mejores, Nora.

Me deslizo en el asiento trasero y exhalo despacio cuando la puerta se cierra a mi espalda.



PIETRO

Paseo por mi dormitorio, consultando el reloj por quinta vez en otros tantos minutos. Josh ha escrito hace una hora que Nora ha llegado a salvo a la finca. Sola. Bien.

El recuerdo de ella apretada contra el lavabo, su cuerpo respondiendo al mío a pesar de su desafío, me abrasa por dentro.

No debería haberla seguido. No debería haberla tocado. Pero verla con ese contable ha hecho que algo primario se me rompa por dentro.

Cojo el móvil y tecleo un mensaje:

Espérame en la biblioteca en 10 minutos.

Simple. Directo. No es una petición.

Su respuesta llega más rápido de lo que esperaba:

No. Pronto me iré de la finca. Encontraré mi propio sitio nuevo donde quedarme. De ahora en adelante, solo hablamos en la oficina. Sobre trabajo.

—¡Joder! —Estampo el móvil contra la pared y lo veo hacerse pedazos. La destrucción no sacia la rabia que me bulle dentro.

No puede irse.

No puede, joder.

Descargo el puño en la pared, dando la bienvenida al dolor que me sube por el brazo. Mejor que esta otra sensación. Este vacío en el pecho al pensar en que se marche.

No sé cómo reaccionar a esto.

Sé que tengo esta necesidad de quedármela, pero no puedo.

Es solo mi secretaria. La mantengo a salvo porque está en peligro por trabajar conmigo.

Paso las manos por el pelo, intentando dar sentido al caos en mi cabeza. No sé hacer esto. No sé querer a alguien sin espantarla.

Me voy a la barra del rincón y me sirvo whisky en un vaso, apurándolo de un trago ardiente.

No sé ser delicado. No sé cortejar a una mujer como es debido. Cojo lo que quiero. Siempre lo he hecho. Pero Nora no es algo que coger: es alguien a quien ganarse.

Y la estoy cagando a cada paso.

Primero, la beso. Ella me aparta y ¿qué hago después? Me presento en su cita con otra mujer solo para darle celos. ¿Qué soy, un crío de dieciséis años?

No me extraña que quiera irse.

Me sirvo otra copa, mirando por la ventana los terrenos bañados por la luna. La finca siempre ha sido mi santuario, mi fortaleza. Ahora se siente como una prisión, para los dos.

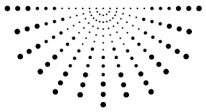
—Cazzo —murmuro, dejando el vaso.

Necesito arreglar esto, pero no sé cómo. Cada instinto que tengo es erróneo cuando se trata de ella. Quiero irrumpir en su habitación, decirle que no va a ninguna parte, que me pertenece. Pero eso es exactamente lo que la ha hecho alejarse.

Desde el primer día en mi despacho, con su lengua afilada y su mirada sin pestañear, ha sido *la única*. Me ve a través de mi mierda. No teme plantarme cara. Y en lugar de manejarlo como un hombre, me he estado comportando como un adolescente celoso.

Cierro los ojos y apoyo la frente contra el cristal de la ventana.

CAPÍTULO DIECISÉIS



PIETRO

Tres días de silencio. De comidas en su habitación. De notas estériles en mi escritorio en lugar de su voz. Patético.

Debería dejarla ir. Debería aceptar la distancia que está creando.

En vez de eso, aquí estoy como un adolescente ridículo, a punto de sugerir que vayamos a hacer la compra.

Sale del edificio de la empresa.

—Entra.

Se detiene en seco. —¿Qué haces?

—Necesitas cosas para tus habitaciones. La de invitados apenas tiene nada y te encierras allí durante horas.

—Puedo apañarme...

—Entra en el coche, Nora.

Cruza los brazos, la barbilla alzándose en ese ángulo desafiante que me sé de memoria. —¿Ahora vas a secuestrarme?

—Si hace falta. —Me inclino y empujo la puerta del copiloto para abrirla—. Vamos al mercado. Necesitas provisiones si te quedas en el complejo.

—Te he dicho que voy a encontrarme un sitio nuevo donde ninguno de tus enemigos me alcance.

—No, no vas a hacerlo.

El pulso de fuerzas se estira entre nosotros. Pasa una pareja, la mujer echando una mirada de aprecio a mi coche. Nora se da cuenta, la mandíbula tensándosele.

—Vale. —Se desliza al asiento del copiloto y da un portazo más fuerte de lo necesario—. Pero esto no cambia nada.

Me meto en el tráfico, rumbo a Little Italy. El silencio en el coche pesa. Me pican los dedos por alargar la mano por encima de la consola y tocarle la mano donde descansa en su muslo.



Cojo un carrito en Gennaro's, la tienda principal. Nora camina a mi lado, manteniendo una distancia calculada.

—¿Qué necesitas? —pregunto.

—Cosas básicas. Café, leche, algo de fruta...

—Comida de verdad. Giulia me mata si se entera de que vives a base de café y fruta.

—No necesito...

Ya me estoy moviendo hacia el pasillo de importación. —Empezamos con aceite de oliva.

—Sé comprar aceite de oliva.

—No del bueno. —Alargo la mano a una botella en la estantería de arriba, virgen extra toscano que cuesta más que la compra semanal de mucha gente—. Este. De la región de mi familia.

Nora coge la botella y examina la etiqueta. —¿Sesenta dólares por aceite? Es una locura.

—Lo vale.

—¿Para aliñar ensaladas?

—Para todo. Para cocinar, para el pan, incluso para catarlo solo. —Recojo la botella, añado dos más al carrito—. Lo entenderás en cuanto lo pruebes.

Niega con la cabeza, pero le pillo un atisbo de sonrisa. —Eres un snob de cuidado.

—Tengo estándares.

Avanzamos por los pasillos, y algo en mi pecho se deshace. Nora empieza a elegir cosas de verdad en vez de solo seguirme. Se estira por delante de mí para coger pasta, eligiendo una marca que no he probado nunca.

En la frutería, toma el mando por completo. La observo escoger tomates con práctica soltura, presionando suave para medir la madurez, acercándolos para olerlos.

—Estos son malísimos. —Deja a un lado los que yo había cogido —. Demasiado duros. No huelen a nada. Sabrán a cartón.

—Tienen buena pinta.

—Que tengan buena pinta y que sepan bien no es lo mismo. —Sus dedos rozan los míos cuando me quita el último tomate de la mano, y una descarga me sube por el brazo—. ¿Ves? Este cede. Huélelo.

Lo acerca y me inclino, atrapando su olor junto al de la fruta. —Tomate.

—A duras penas. Debería oler intenso, casi dulce. A verano. —Selecciona otros, formando un montón en una bolsa—. Me lo enseñó mi madre. Decía que se compra con todos los sentidos, no solo con los ojos.

Pasado. Una grieta en su armadura que deja ver algo real.

—Mujer lista.

—Lo era. —Nora ata la bolsa y pasa a las hierbas. El momento se esfuma, pero algo cálido se asienta en mi pecho.

Dejo de fingir que miro quesos. La miro a ella. Cómo se muerde el labio inferior mientras examina productos. Quiero ser yo el motivo de ese mordisco. Cómo se pone de puntillas para alcanzar las baldas altas, demasiado orgullosa para pedir ayuda. La risa que se le escapa cuando me pilla colando prosciutto caro en el carrito.

—¿En serio?

—Es del bueno.

—Por ese precio, más le vale cocinarse solo.

—Nos hace falta pan —dice, repasando su lista mental—. ¿Hay panadería?

—La mejor de Chicago. —La guío hacia Nonna's.

La panadería nos recibe con calor y el aroma de todo recién hecho. Vitrinas de cristal muestran filas de pasteles, galletas, panes. la señora Romano, antigua y eterna, está detrás del mostrador con su delantal cubierto de harina.

La cara de Mrs. Romano se ilumina. Una ráfaga de italiano sale de ella, demasiado rápida para que Nora la siga. —¡Pietro! ¡Por fin traes a una buena chica a conocerme!

—No es... solo estamos comprando —respondo en italiano, pero Mrs. Romano me hace un gesto para que me calle.

Cambia al inglés, dirigiéndose a Nora. —Quieres la focaccia de romero. Él finge que no le gusta, pero le encanta.

Nora me mira de reojo, la diversión bailándole en los ojos. —Focaccia de romero, entonces.

Suena la campanilla de la puerta. Entran tres hombres, y todos mis músculos se tensan.

Connor O'Sullivan. El lugarteniente irlandés que lleva meses golpeando nuestros envíos.

A mi lado, Nora se vuelve de piedra.

La cara se le vacía de color tan rápido que creo que va a desmayarse. La respiración se le corta, vuelve, se corta otra vez.

Lo conoce.

Joder.

Claro que sí.

Los ojos de Connor escanean la panadería y se posan en nosotros. En ella. Un destello de reconocimiento, ahí y desaparece, antes de recomponer la expresión en un interés casual.

—Vaya, vaya. —Su acento irlandés tiñe las palabras mientras se acerca—. Pietro Sartori. No esperaba verle por aquí.

Me muevo, colocándome entre él y Nora. La mano me va a la cadera, los dedos rozando la Glock bajo la chaqueta.

—Connor. —Mantengo la voz plana, aburrida—. Raro verle tan lejos de su territorio, ¿no?

—Uno tiene que comer. Dicen que aquí está el mejor pan de la ciudad. —Sus ojos se deslizan por mí hacia Nora—. ¿Y quién podría ser esta?

Nora está clavada, apenas respira. Siento el temblor que le recorre el cuerpo donde su brazo roza el mío.

—Nadie que le incumba.

Los ojos de Connor le recorren la cara. Me arde el dedo del gatillo. —Color irlandés. Los ojos, la piel. ¿Es usted irlandesa, preciosa?

Traga, la garganta trabajando. —La mitad. Por parte de mi madre. —Las palabras salen firmes, pero cortadas. Medidas.

—¿Ah, sí? —Connor inclina la cabeza—. Me recuerda a alguien. No caigo en quién.

Los dos hombres que van con Connor se abren un poco. No tanto como para parecer una amenaza evidente, pero lo suficiente para que ubique sus posiciones, calcule ángulos y tiempos si esto se tuerce.

—Nos vamos. —Recojo los tomates caídos, y con la otra mano encuentro el codo de Nora.

—No hace falta salir corriendo. —La sonrisa de Connor podría helar la sangre—. Solo charlábamos.

—No me gusta hablar con usted, Connor.

Nos quedamos trabados en un combate silencioso, ninguno cediendo. Los hombres de Connor se mueven, inquietos. Nora no se ha movido, no ha respirado. Sus dedos se me clavan en el brazo donde la sujeto.

Por fin, Connor da un paso atrás. —De acuerdo. Aunque hablaremos muy pronto. Disfruten del pan.

Se van, la campanilla tintineando alegre a su paso.

Nora se me descuelga encima, el aliento saliéndole en jadeos cortos. Le paso el brazo por la cintura, manteniéndola en pie.

—Nos vamos. Ahora.

Mrs. Romano aparece con una bolsa de pan, me la encasqueta en la mano libre. —Nada. Idos.

Guío a Nora por la salida trasera, el cuerpo listo para el ataque. El callejón está despejado. La llevo hasta el coche y prácticamente la alzo para meterla en el asiento del copiloto.

Está temblando. Sacudidas de todo el cuerpo que le castañetean los dientes.

Salgo del callejón derrapando, tomando esquinas al azar, mirando los retrovisores por si nos pegan. Solo cuando estoy seguro de que no nos siguen, me orillo.

—Le conoces.

—He visto su foto. En los archivos. —Su voz es plana, cada palabra colocada con el cuidado de quien recita una mentira aprendida de memoria.

—No me mientas.

—No estoy...

—Nora. —Me giro en el asiento y le estudio la cara—. Se te ha cambiado el cuerpo entero cuando ha entrado. Has dejado de respirar. Has tirado los malditos tomates.

Las manos se le retuercen en el regazo, los nudillos blancos. —Le he reconocido de las fotos. Es peligroso. Me he asustado.

La mentira se queda entre nosotros como un cable pelado. Quiero apretar, exigir la verdad. Pero el terror en sus ojos me frena. Sea lo que sea Connor O'Sullivan para ella, no es nada bueno.

Saco el móvil y le escribo a Liam.

Necesito que caves más hondo en Nora Kelly. En concreto, cualquier conexión con la familia O'Sullivan.

¿Boston o Chicago? contesta Liam por texto.

Ambos. Remóntate todo lo que puedas. Partidas de nacimiento, escuela, todo.

A ello.

El trayecto de vuelta al complejo transcurre en silencio. Ayudo a llevar la compra a sus habitaciones, observando cómo evita mirarme a los ojos. Cómo no habla más que en monosílabos.

No sé qué secreto esconde, ni qué poder tiene O'Sullivan sobre ella. Pero lo averiguaré. Daré con su secreto.



NORA

Cierro con llave la puerta del baño, las manos temblándome tanto que casi se me cae el móvil desechable. Las paredes parecen cerrarse sobre mí. Mi padre. Aquí. En Chicago.

El teléfono suena tres veces antes de que el tío Finn conteste.

—¿Zorrita? —Su voz suena cauta.

—Me ha encontrado. —Las palabras me salen en un susurro estrangulado—. Papá estaba hoy en una panadería. Me miró directamente, Finn.

—Ve despacio, Nora. Respira un poco.

Me deslizo por la pared hasta sentarme en el suelo frío de baldosa, con las rodillas contra el pecho. —¡No me digas que respire! Está aquí. En Chicago. En el territorio de Pietro.

—¿Qué dijo exactamente?

—Algo sobre gente que olvida de dónde viene. Me preguntó si era irlandesa. —Se me cierra la garganta—. Dijo que le recordaba a alguien. Pietro estaba allí y de algún modo supo que no podía decir que soy su hija.

—Vale. Escúchame con atención. Ahí estás a salvo.

—¿A salvo? —Suelto una risa, quebradiza incluso para mis oídos —. ¿Con el hombre al que mi padre está intentando destruir activamente?

—Sí. Connor no te hará daño, Nora. Eres su hija.

—La hija a la que abandonó cuando Declan intentó matarme —le recuerdo con amargura.

—Estaba enfadado. Dolido. Pero no...

—Me dijo que arreglara yo sola mi lío y me colgó mientras me estaba desangrando. —El recuerdo aún corta como cristal.

La voz de Finn se suaviza. —Lo sé. Pero ahora que sabe dónde estás, probablemente te contacte. Lo verá como una oportunidad para conseguir información desde dentro sobre los Sartori.

Se me revuelve el estómago. —No voy a ser parte de esto. No voy a espiar a Pietro para él.

—No digo que debas. Solo te digo lo que querrá.

Un golpe en la puerta del baño me hace dar un brinco. —¿Nora? ¿Estás ahí? —La voz de Vittoria llega a través de la puerta.

—Tengo que colgar —susurro con urgencia.

—Ten cuidado, zorrita. Llámame si...

Cuelgo, saco la tarjeta SIM y escondo el teléfono en el fondo del cajón del mueble del lavabo. Me echo agua en la cara, intentando borrar cualquier rastro de pánico antes de abrir la puerta.

Vittoria está allí, los ojos oscuros curiosos. Va con ropa cómoda, el pelo recogido en un moño despeinado. Parece más joven, más vulnerable que la genio de la tecnología que he visto por el complejo.

—Hola —dice—. Siento molestarte. Es que... —Duda—. ¿Tienes un rato? ¿Para hablar un poco, nada más?

Parpadeo, sorprendida por la petición. —¿Hablar?

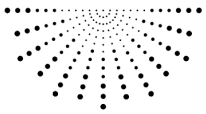
Asiente, casi tímida. —Pietro ha dicho que os habéis topado hoy con Connor O'Sullivan. He pensado que quizá te apetecía compañía. O distracción. O... —Se encoge de hombros—. No sé. Alguien que entienda lo que es estar atrapada en medio de todo esto.

La ironía de sus palabras me golpea como un puñetazo. Si supiera quién soy de verdad—de quién soy hija—, no estaría ofreciéndome consuelo. Estaría pidiendo mi cabeza.

Pero la preocupación genuina en sus ojos me hace doler algo en el pecho. He estado tan sola desde que huí de Boston.

—Me gustaría —digo, apartándome para dejarla pasar—. Ahora mismo me vendría bien una amiga.

CAPÍTULO DIECISIETE



NORA

La caja descansa sobre mi cama como una amenaza envuelta en papel plateado.

—Ábrelo.—Pietro está en el umbral de mi puerta, sus anchos hombros bloqueando la luz del pasillo. Sus ojos siguen mis movimientos mientras me acerco al paquete.

—¿Qué es esto?

—El gala del que hablamos es esta noche. No puedes ir con tu ropa de trabajo allí.

Levanto la tapa. Seda esmeralda se derrama sobre el papel de seda. La tela se desliza entre mis dedos, fría y cara. Miro la etiqueta: Valentino. Se me cae el estómago.

—Pietro, este vestido cuesta más que...

—¿Más que qué?—En dos zancadas está dentro de mi habitación, su presencia encogiendo el espacio.—¿Más de lo que crees que vales?

Se me eriza la piel, un calor traicionero trepándome por el cuello. —Que lo que gana la mayoría en meses.

—Tú no eres la mayoría.—Sus dedos rozan los míos donde sujeto la tela.—Estás conmigo. Eso significa que te vistes para el papel.

—¿Como tu secretaria?

Se le tensa la mandíbula.—Como mi asociada. Esta noche estará allí todo el que importa. Tienen que ver que perteneces.

La palabra «perteneces» me hace doler el pecho. Si supiera la verdad, ese vestido ardería antes de tocar mi piel.

—No puedo aceptar esto.

—Puedes y lo harás.—Saca el vestido de la caja y me lo sostiene contra el cuerpo.—Verde. Como tus ojos cuando estás enfadada.

—No estoy enfadada.

—Mentirosa.—Su pulgar me roza la mandíbula.—A las siete. Vittoria te ayudará a arreglarte.

Se va antes de que pueda protestar, el vestido pesado en mis brazos. Me hundo en la cama, la seda fría contra mis piernas. El terror es un bloque de hielo en mi estómago. Este vestido no es un regalo; es un collar. Un collar precioso y caro. Y un pulso traidor late en mi garganta. La emoción de ser aquella a la que él quiere ponérselo.



Vittoria llega a las cinco y media con un arsenal de maquillaje y determinación.

—Por fin puedo jugar a vestir a alguien que no es de mi familia.—Vuelca cosméticos por todo mi tocador.—Desnúdate. Empezamos por el pelo.

—Vittoria, puedo arreglarme yo sola...

—Para una gala de los Sartori, no.—Me gira hacia el espejo.—Estos eventos son un deporte sangriento disfrazado de caridad. Cada mujer allí te evaluará. Decidirán si eres digna de estar allí.

Miro al espejo y veo un fantasma. Tengo los ojos demasiado abiertos, la piel tensa sobre los pómulos. La mujer que me devuelve la mirada es una impostora, y tengo un mal presentimiento de que todas allí lo sabrán.—¿Y si deciden que no?

—Entonces Pietro les hará reconsiderarlo.—Empieza a seccionarme el pelo con eficacia entrenada.—Nunca ha llevado a una mujer a una de estas antes.

La tenacilla se queda a medio giro.—¿Nunca?

—No desde Nina. Y aquello fue... distinto.

Nunca había oído ese nombre. Entonces sí tenía novia en aquel entonces.

—¿Distinto cómo?

Los ojos de Vittoria se encuentran con los míos en el espejo.—La eligieron para él. Alianza familiar, movimiento político.—Vuelve a rizar.

Quiero preguntar qué pasó, pero no quiero mostrar cuánto me importa.

Cada mechón que peina es otra pieza de armadura que forja para mí. El recogido va tomando forma. Elegante pero sin excesos, dejando la línea vulnerable de mi cuello y el aleteo del pulso al descubierto ante la sala. Me perfila los ojos con precisión, haciendo que el verde resalte contra las pestañas oscuras.

—Ya.—Da un paso atrás.—Ahora el vestido.

La seda susurra contra mi piel cuando me lo pongo. El cuerpo me abraza las curvas antes de caer hasta el suelo. La espalda baja en picado, dejando mi columna al aire. A merced de las caricias.

—Madonna.—La voz de Vittoria es un susurro asombrado.—Pietro no va a saber qué le ha pasado.

Estudio mi reflejo. Esta noche me gusto mucho.

—¿Lista?—Vittoria me aprieta el hombro.

—No.

—Bien. Significa que entiendes a dónde te metes.



El tac de mi tacón en el suelo es un chasquido seco en el silencio. Cada paso por la escalera principal resuena en el vestíbulo. Pietro espera abajo, ajustándose los gemelos. Esmoquin negro, hecho a medida con perfección, enfatizando la anchura de sus hombros, el estrecho afinado de su cintura. Poder envuelto en lana italiana.

Alza la vista.

Se le quedan las manos congeladas en los gemelos. Su control se hace añicos por un latido.

—Cazzo.—La palabra se le escapa en un suspiro.

Desciendo los últimos escalones, hiperatenta a sus ojos siguiéndome en cada movimiento.—¿Eso es bueno o malo?

—Sabes perfectamente lo que es.—Me tiende la mano, ayudándome con el último escalón. Su pulgar acaricia mis nudillos.—Todos los hombres allí te van a desear.

—No me importan todos los hombres.

—¿No?—Me acerca más.—¿Quién te importa?

La pregunta queda entre nosotros, cargada de todo lo que no hemos dicho. De lo que no podemos decir.

—Deberíamos irnos.—Me aparto, pero su agarre se endurece.

—Aún no.—Saca una caja de terciopelo de su chaqueta.—Necesitas esto.

Pendientes de diamantes. Lágrimas que combinan a la perfección con el vestido.—Pietro, no. El vestido ya es demasiado.

—El vestido es el principio.—Saca uno, y sus dedos rozan mi oreja al abrocharlo.—Estate quieta.

Asegura el segundo pendiente, su aliento cálido contra mi cuello.—Perfecta.

Liam aparece en la puerta.—El coche está listo, señor.

La mano de Pietro encuentra el hueco de mi espalda, piel con piel donde el vestido baja. Ese toque me marca tan ciertamente

como cualquier señal.

—No te apartes de mi lado esta noche—murmura mientras caminamos hacia el coche—. Ni un segundo.



El Palmer House Hotel se alza contra el perfil de Chicago, luz dorada derramándose por sus ventanas. Los fotógrafos se apelotonan en la entrada, sus flashes creando una constelación de luz. La mano de Pietro se tensa en mi cintura.

—Sonríe—dice contra mi oído—. Pon cara de que el mundo es tuyo.

—A duras penas puedo permitirme la compra del súper.

—Esta noche vas conmigo. Eso te convierte en realeza.

Salimos del coche y nos tragamos el caos. Las cámaras destellan. Voces gritan el nombre de Pietro. Me guía con una facilidad practicada, su cuerpo protegiendo el mío de lo peor del tumulto. El vestíbulo se abre a un salón de baile que me roba el aliento.

Arañas de cristal derraman luz dorada sobre el mármol. Arreglos imponentes de rosas blancas y orquídeas perfuman el aire. Mujeres con vestidos de diseñador flotan del brazo de hombres cuyos trajes cuestan más que coches. Una orquesta toca desde un escenario elevado, la música entretejiéndose con conversaciones en varios idiomas.

—Respira—murmura Pietro.

—Lo intento.

—Señor Sartori.—Se acerca un hombre de pelo plateado, su esposa cubierta de zafiros.—Qué maravilla verlo.

—Juez Morrison.—Pietro le estrecha la mano, el apretón firme pero breve.—Ella es Nora Kelly.

Los ojos del juez me evalúan con una inteligencia afilada.—Encantado de conocerla, querida. ¿Y a qué se dedica usted?

—Evita que destruya todo lo que toco—responde Pietro antes de que pueda hablar yo.

El juez se ríe, pero la mirada de su esposa se afila. Atraviesa la evasiva, reconoce la reclamación que Pietro acaba de hacer. No soy solo una empleada. Soy suya.

Nos movemos por la sala en una danza cuidadosa. Pietro me presenta a socios, concejales, gente cuyos nombres reconozco de los titulares. Cada presentación pesa. Está estableciendo mi lugar en su mundo, dejando claro que estoy bajo su protección.

—Pietro Sartori.—Una voz aterciopelada corta la música clásica.—Y la misteriosa señorita Kelly.

Se acerca un hombre con la seguridad de quien nunca ha oído un no. Sonríe mostrando demasiados dientes, sus ojos se detienen en el escote de mi vestido.

—Thomas.—La voz de Pietro baja una octava.

—Esperaba pedirle a su encantadora acompañante un baile.—Thomas me tiende la mano.—Si no le importa compartir.

La temperatura a nuestro alrededor desciende en picado.—Me importa.

—Solo un baile. Prometo devolvérsela ilesa.

Pietro se interpone entre nosotros, de espaldas a mí, encarando a Thomas.—Busca a otra que te entretenga.

La sonrisa de Thomas, por fin, vacila. Asiente, retrocediendo con las manos en alto.—Mensaje recibido.

No quería bailar con él de todas formas.

En cuanto se va, Pietro se vuelve hacia mí.—Baila conmigo.

—Eso no era una pregunta.

—No, no lo era.

Me conduce a la pista justo cuando la orquesta inicia un vals. Su mano abarca mi espalda baja, cálida a través de la seda. Nuestras manos unidas crean un circuito de electricidad.

—No hacía falta que fueras tan territorial.

—Sí hacía.—Me hace girar, atrayéndome de nuevo contra su pecho.—Cada hombre de esta sala necesita entender que no se te toca.

—No soy propiedad, Pietro.

—No. Eres más peligrosa que la propiedad.—Sus ojos me taladran.—La propiedad se puede robar. ¿Tú?—Otro giro, otro tirón, más cerca.—Tú podrías destruirme por decisión propia.

—¿Qué estás diciendo?

—Estás en mi cabeza, Nora—dice, las palabras ásperas, arrancadas—. Cierro los ojos y estás ahí. Me despierto y la mano me busca tu lado de la cama. Cien mujeres, Nora. Sin rostro. Ni una sola...—Se le tensa la mandíbula.

—¿Ni una sola qué?—susurro.

Sus ojos arden en los míos.—Ni una sola me hizo querer ver el amanecer. Yo estaba muerto después de Pablo. Andando, respirando, pero muerto. Y entonces tú. Entraste en mi despacho, toda fuego y desafío, y por primera vez en años quise que llegara el mañana.

Se me abre el corazón.—Apenas me conoces.

—Sé lo suficiente.—Me inclina, su rostro a centímetros del mío.—Sé que eres valiente e inteligente. Sé que ves a través de las máscaras de todos, incluida la mía. Sé que me haces desear cosas imposibles.

—¿Como cuáles?

—Como quedarme contigo.—Me incorpora, nuestros cuerpos alineados.

La palabra queda suspendida entre nosotros, demasiado grande para lo que somos. Para lo que no podemos ser. No con mi verdad enterrada entre nosotros como un cuchillo esperando girarse.

Por encima del hombro de Pietro, entra un hombre.

Jimmy Brennan. El hombre de mi padre.

Pietro percibe el cambio de inmediato.—¿Qué pasa?—pregunta en voz baja.

—Nada—miento, forzando una sonrisa que se siente como vidrio resquebrajado—. Alguien me ha pisado.

La mente me va a mil. *Está observando. Catalogando salidas, seguridad, con quién habla Pietro. Mi padre lo ha enviado.*

La música es un rugido sordo en mis oídos.

Localizo otra cara conocida junto a la barra. Sean. Otro de los hombres de mi padre. El pánico me araña la garganta.—Necesito

aire.

Su agarre se endurece.—Te dije que no te apartaras de mi lado.

—Voy al baño de señoras, no a huir del país.—Le salto, el pánico volviéndome cortante.—Dos minutos.

Me suelta a regañadientes, con los ojos entornados. Me abro paso entre la gente, las piernas inestables.

En el lujoso y vacío tocador, apoyo las manos en la encimera. Lucho por respirar.

Están aquí. Están en su mundo. ¿Qué hago? ¿Se lo digo? ¿Se lo digo y veo cómo la amabilidad de sus ojos se convierte en odio?

Cuando vuelvo al salón, Pietro aparece al instante.

—Ha pasado algo.

—Todo está bien.

—No.—Me toma la cara entre las manos, obligándome a mirarle. —No me cierres la puerta. No esta noche.

La preocupación en sus ojos casi me rompe. Quiero contárselo todo. Quiero advertirle de los espías, del alcance de mi padre en su mundo. Quiero confesar cada mentira antes de que nos destruyan.

En su lugar, *le beso*.

Es suave, apenas el roce de unos labios, pero él aspira aire con fuerza. Sus manos se cierran más en mi cara.

—Nora...

—Llévame a casa.

—La gala...

—Por favor.—Me pego más, sintiendo cómo se le resquebraja el control.—Necesito estar a solas contigo.

Me estudia el rostro un largo momento. Luego me toma la mano, abriéndose paso conmigo entre la multitud. La gente le llama, intenta detenernos, pero los ignora a todos. No existe nada más que su mano en la mía y la promesa de intimidad por delante.

En el coche, me atrae contra su costado.—Dime qué ha pasado.

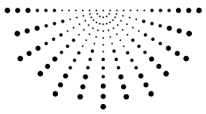
—Mañana.—Apoyo la cabeza en su hombro, respirándole.—Esta noche, ¿podemos... no ser quienes somos? ¿Podemos ser solo Pietro y Nora?

Sus labios se posan en mi pelo.—Podemos ser quienes tú quieras.

Mañana se lo contaré todo. Mañana arriesgaré su rabia por la posibilidad del perdón.

Esta noche fingiré que la mañana no llegará jamás.

CAPÍTULO DIECIOCHO



PIETRO

—¿Adónde vamos?—pregunta cuando me desvío de la ruta hacia el complejo.

—A la oficina.

Se gira hacia mí, con el ceño fruncido por la confusión.—¿A la oficina? ¿Por qué?

Entro en el garaje subterráneo de Sartori Import & Export. El guardia de seguridad asiente al pasar, sin preguntar nada.

—Porque necesito estar a solas contigo—digo, apagando el motor —. No con toda mi familia escuchando a través de las paredes.

En el complejo hay demasiadas orejas, demasiados ojos. Sea lo que sea que persigue a Nora, lo que la ha puesto pálida en la gala, quiero que me lo cuente sin miedo a ser oída.

Las puertas del ascensor se cierran tras nosotros, sellándonos en silencio. Nora se apoya contra la pared. El vestido está hecho para ella. No puedo imaginarlo en otra mujer.

—Sea lo que sea de lo que estás huyendo—digo, observando su reflejo en las puertas pulidas—, sea lo que sea que te dé miedo,

puedo ayudarte.

Sus ojos se encuentran con los míos en el reflejo.—Pietro...

—Solo dame un nombre—mi voz baja un tono, más oscura—. Un nombre, y haré que desaparezca. Quien te hiciera daño, de quien te escondes... no volverá a respirar otro día.

El ascensor se detiene en la planta ejecutiva. Ninguno de los dos se mueve.

—No es tan sencillo—susurra.

—Sí que lo es—me giro hacia ella, cogiéndole la cara entre las manos—. Ahora eres mía para protegerte. Nada toca lo que es mío.

Algo parpadea en sus ojos: miedo, culpa, anhelo... no llego a descifrarlo antes de que acorte la distancia entre nosotros. Sus labios se posan sobre los míos, suaves y desesperados.

Sé lo que está haciendo. Usar esto para esquivar la verdad que oculta. Debería pararla. Debería exigir respuestas.

Pero su boca es el cielo, y yo soy un condenado que se muere de hambre de salvación.

Mis manos se deslizan a su cintura, atrayéndola contra mí. Sabe a champán y secretos, dulce e embriagadora. Sus dedos se enredan en mi pelo, las uñas arañan mi cuero cabelludo y se me escapa un gemido.

Joder. He querido esto desde que entró en mi despacho. He querido reclamar esa boca desafiante, sentir su rendición. Ahora está pegada a mí, curvas suaves contra ángulos duros, y es mejor que cualquier fantasía.

La arrincono contra la pared del ascensor, con mis manos por todas partes. Su cintura, sus caderas, la piel desnuda de su espalda donde el vestido se hunde. Se arquea contra mí, emitiendo un sonido que me dispara directo a la polla.

Sus labios se entreabren, invitándome a más, y acepto la invitación. Mi lengua se desliza contra la suya, reclamando, poseyendo. Es fuego en mis brazos, quemando el vacío que ha vivido dentro de mí durante años.

Rompo el beso, y dejo un rastro de labios por su garganta.—Dime de qué huyes—murmuro contra su pulso.

—Esta noche no—su voz sale sin aliento, con las manos aferradas a mi chaqueta—. Por favor, Pietro. Esta noche, solo...

—¿Solo qué?—alzo la cabeza y me encuentro con sus ojos.

—Solo haz que me olvide de todo menos de ti.

Sus palabras me golpean como una bala en el pecho. Ninguna mujer me ha mirado como lo hace ella. Como si pudiera romperla o salvarla, y estuviera dispuesta a arriesgar cualquiera de las dos cosas.

Debería decir que no. Debería exigir la verdad antes.

En lugar de eso, paso la mano por encima de ella para pulsar el botón de mi planta ejecutiva.

—Esta noche—acepto, rozando con el pulgar su labio inferior—. Pero mañana, se acabaron los secretos.

Asiente, el alivio cruza su rostro antes de tirarme de nuevo hacia otro beso.

Las puertas del ascensor se abren a la planta ejecutiva. Guío a Nora por la oficina a oscuras.

—¿Adónde vamos?—pregunta, con la voz ronca en la penumbra.

La conduzco más allá de su mesa, del salón de reuniones, hasta la pared del fondo de mi despacho donde hay una estantería. Mis dedos encuentran el interruptor oculto y la estantería se desliza en silencio hacia un lado, revelando una puerta.

—¿Tienes una habitación secreta?—Nora alza las cejas mientras la abro con la llave.

Empujo la puerta, enciendo las luces y dejo a la vista lo que hay más allá. Un dormitorio completamente amueblado. Cama king size con sábanas negras. Baño a un lado. Minibar en la esquina.

—A veces los negocios se alargan—explico, observando con cuidado su reacción—. O empiezan temprano. A veces no llego a casa.

Nora entra, con los dedos deslizándose sobre la cómoda. Se vuelve hacia mí con una sonrisa de entendida que me retuerce algo en el pecho.

—¿Y a cuántas mujeres has traído aquí, señor Sartori?—su tono es ligero, juguetón, pero hay un filo por debajo.

Podría mentir. Pero odio las mentiras.

—A algunas—admito.

Asiente, sin sorprenderse.—Me lo imaginaba—camina hacia la cama, pasa la mano por las sábanas—. Está bien, ¿sabes? No tiene por qué ser complicado—se vuelve para mirarme—. Podemos follar un par de veces y quitárnoslo de encima.

Algo frío me recorre la espalda con sus palabras. *Quitárnoslo de encima*. Como si yo fuera una fiebre que necesita romper.

No dejo que mi expresión cambie. No dejo que vea cómo me cortan esas palabras lanzadas con tanta calma.

—¿Eso es lo que crees que es esto?—pregunto, con la voz controlada.

Se encoge de hombros.—¿Qué otra cosa iba a ser?

Me acerco, acechándola como a una presa.—¿Crees que podrás irte después de una probada? ¿Después de dos?—me detengo a unos centímetros, lo bastante cerca para sentir cómo se le acelera la respiración—. Nena, si me pruebas una vez, vas a querer para siempre.

Alza una ceja, esa mirada desafiante a la que nunca me resisto.—Bastante confiado para un hombre que aún no ha cumplido lo prometido.

El reto en sus ojos enciende en mí algo primitivo. Se gira hacia el dormitorio, pero le cojo la muñeca y la traigo de vuelta.

—La primera parada no es el dormitorio—le gruño al oído.

Su pulso salta bajo mis dedos.—¿No?

—No—la hago retroceder hasta mi mesa—. He pensado en esto desde el primer día que entraste.

En un movimiento fluido, la alzo, sus piernas se enredan en mi cintura. Con el brazo libre, barro todo lo de la mesa y lo mando estrellarse contra el suelo.

La asiento en el borde, el vestido subiéndole por los muslos. Sus ojos están abiertos de par en par, las pupilas dilatadas de deseo.

—¿Has pensado en follarme sobre tu mesa?—pregunta, sin aliento.

—Cada. Puto. Día—me coloco entre sus piernas, mis manos deslizándose por sus muslos—. Cada vez que entras con esos expedientes. Cada vez que te inclinas para enseñarme algo—mis

dedos encuentran el borde de sus bragas—. Cada vez que me llamas «señor Sartori» con esa vocecita correcta mientras me miras como si quisieras devorarme.

Sus manos me aferran los hombros, las uñas hundiéndose a través de la chaqueta.

—Y ahora—continúo, con la voz todavía más grave—, voy a enseñarte exactamente por qué nunca te vas a quitar esto de encima.



NORA

Sus manos encuentran la cremallera de mi vestido, pero la impaciencia gana. De un tirón, Pietro rasga la tela por la mitad. El sonido de la seda al romperse resuena por la oficina mientras el vestido cae sobre la mesa bajo mí, dejándome solo con mi ropa interior de encaje negro.

Pietro da un pequeño paso atrás, sus ojos se oscurecen al recorrer mi piel expuesta. El hambre de su mirada me hace sentir a la vez vulnerable y poderosa.

—Perfecta—exhala, la palabra queda entre nosotros como una oración—. *Perfetta*.

Nadie me ha mirado nunca como si fuera algo precioso. Algo para saborear con calma.

Antes de que pueda responder, vuelve a acercarse, una mano enredándose en mi pelo. Me tira de la cabeza hacia atrás, suave pero firme, exponiéndome la garganta. Jadeo por la sensación, mi cuerpo se arquea hacia él de forma instintiva.

—Sabía que responderías—murmura contra mi piel—. Tan sensible a cada caricia.

Sus labios encuentran mi garganta, dejando besos calientes y entreabiertos por la columna de mi cuello. Cada presión de su boca me dispara electricidad por todo el cuerpo. Cuando sus dientes rozan mi clavícula, no puedo contener un gemido.

—Así—me anima, con la voz ronca de deseo—. Déjame oírte.

Su boca sigue su camino hacia abajo, por mi pecho hasta la curva de mis pechos. Despacio, arrastra la lengua por el borde del sujetador, provocando la piel sensible de allí.

Mis dedos se clavan en sus hombros cuando baja la copa de encaje, dejando mi pecho expuesto al aire fresco. Cuando su boca ardiente se cierra alrededor de mi pezón, mi espalda se arquea fuera de la mesa.

—Pietro—jadeo, enredando los dedos en su pelo.

Él tararea contra mi piel, la vibración me manda ondas de choque por todo el cuerpo. Su lengua rodea mi pezón antes de succionar con más fuerza, arrancándome otro sonido desesperado de la garganta.

Mientras prodiga atención a mis pechos, alternando entre lamidos suaves y succiones posesivas, mi mente corre con la amarga verdad que no puedo compartir.

Después de mañana, cuando sepa quién soy de verdad, será él quien quiera quitárseme de encima. Esta noche se convertirá en algo de lo que se arrepentirá, una traición que no vio venir.

El pensamiento me atraviesa el pecho como un pinchazo, pero lo aparto. No puedo pensar en mañana. No cuando su boca le está haciendo a mi cuerpo cosas tan pecaminosas.

La verdad es que no tengo mucha experiencia en el sexo. Mi relación con Declan fue más estratégica que apasionada, nuestros encuentros más bien rutinarios que placenteros. Pero preferiría morirme antes que admitirle eso a Pietro. Su ego ya es bastante grande.

Si es tan bueno como dice, va a tener que ganárselo. No le daré el gusto de saber lo fácil que me afecta.

Compongo mis facciones en algo más controlado, menos desesperado. Cuando alza la vista hacia mí, levanto una ceja en desafío.

—¿Eso es todo lo que tienes?—pregunto, con la voz más firme de lo que me siento—. Creí que ibas a enseñarme por qué nunca iba a poder quitármete de encima.

Sus ojos se entrecierran, una sonrisa peligrosa se le dibuja en la cara.

—Oh, *nena*—dice, su voz cae a un gruñido que me hace apretar los muslos—. No he hecho más que empezar.

Pietro cae de rodillas ante mí, sus manos deslizándose por mis piernas. Me apoyo contra la madera fría de la mesa cuando siento el primer toque cálido de sus labios en mi tobillo.

Su boca asciende por mi pantorrilla con una lentitud torturante, cada beso entreabierto me manda escalofríos por la espalda. Su lengua traza la piel sensible detrás de mi rodilla, y se me corta la respiración cuando lame el camino por mi muslo arriba.

Se acerca a la unión de mis muslos y no puedo evitar soltar un grito. Se detiene justo debajo de mi ropa interior de encaje negro, su aliento caliente contra mi piel húmeda. Sin aviso, hinca los dientes en la carne blanda de mi muslo interno.

—¡Ah!—me arqueo sobre la mesa, las manos se me van a sus hombros. El dolor agudo se derrite al instante en un placer que se me concentra bajo vientre abajo.

Lo hace otra vez, más arriba esta vez, justo por encima del borde de mis bragas. La doble sensación de sus dientes y su lengua crea una fricción deliciosa que hace que mis caderas se empujen hacia él sin querer.

—Por favor—jadeo, enredando los dedos en su pelo oscuro mientras intento apartar el trocito de encaje a un lado.

Sus manos aprietan en mis caderas, clavándome a la mesa.—No —ordena, su voz áspera y baja—. Te mueves solo cuando yo diga que te muevas.

La autoridad de su tono me enciende entre las piernas. Gimo cuando presiona un último mordisco, agudo, bajo mi cadera antes de calmarlo con la lengua.

Miro, hipnotizada, cómo engancha los pulgares en los laterales de mis bragas sin quitármelas. Empuja la tela a un lado, dejando mi piel al descubierto. Se me corta la respiración cuando se inclina hacia delante, sus ojos oscuros clavados en los míos.

La primera lamida lenta casi me deshace.—Dios...—gimo, la cabeza me cae hacia atrás mientras me saborea con pasadas profundas y lánguidas que hacen crecer una presión insoportable dentro de mí.

Rodea mi clítoris con la punta de la lengua, aplicando justo la presión necesaria para que el cuerpo me tiemble.

Sus labios se cierran alrededor del botoncito sensible, succionando al principio con suavidad, luego con más fuerza a medida que mis muslos se aprietan alrededor de su cabeza. Cuando desliza un dedo dentro de mí, grito, las caderas se me levantan de la mesa.

—Mírame—ordena, apartando la boca solo para sustituirla por la yema del pulgar.

Me obligo a alzar la cabeza y sostener su mirada intensa. Verlo arrodillado entre mis piernas, con los labios húmedos de probarme, me dispara otra oleada de excitación. Su pulgar mantiene una presión constante en mi clítoris mientras su dedo sigue bombeando dentro de mí.

—Así, *Nora*—gruñe—. Mírame mientras te hago correrte.

Vuelve a bajar la cabeza, su lengua sustituye al pulgar mientras añade un segundo dedo. La sensación al abrirme me hace ver chispas mientras curva los dedos contra ese punto perfecto dentro de mí.

Su lengua trabaja en círculos implacables mientras sus dedos me acarician desde dentro. Las sensaciones duales crecen hasta que todo mi cuerpo tiembla con el alivio inminente.

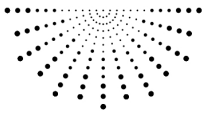
No puedo apartar la mirada del hambre posesiva de sus ojos mientras me acerca al borde. Cuando sus dientes rozan mi clítoris con suavidad y su lengua alivia el escozor, me hago pedazos.

Mi espalda se arquea fuera de la mesa mientras oleada tras oleada de placer me arrasa. Grito su nombre, mis muslos aprietan su

cabeza mientras cabalgo las convulsiones que parecen no terminar nunca.

No se detiene hasta que me quedo floja y temblando contra la mesa, con sus dedos todavía moviéndose dentro de mí para alargar las réplicas. Cuando por fin se retira, me siento vacía y sin huesos, el pecho me sube y baja mientras intento recuperar el aliento.

CAPÍTULO DIECINUEVE



PIETRO

Verla abierta sobre mi escritorio, el cuerpo aún estremeciéndose tras correrse, me pone más duro que nunca.

Su piel reluce con una fina capa de sudor, la respiración desbocada. Joder, es preciosa.

—Arriba —ordeno, con la voz áspera de necesidad—. Ahora.

Nora se incorpora apoyándose en unos brazos temblorosos, los ojos verdes vidriosos de placer. Le sujeto las caderas y la giro para que me dé la espalda.

Su espalda se arquea de forma impecable cuando me pego a ella, su culo encajando a la perfección contra mi polla palpitante.

Su aroma llena el aire: vainilla mezclada con su excitación y mi propio hambre. Hundó la cara en su pelo, respirándola mientras la mantengo apretada contra mí.

Mi mano baja por su vientre, los dedos deslizándose en el calor húmedo entre sus piernas. Jadea cuando mis dedos encuentran de nuevo su clítoris, todavía hinchado y sensible.

—Tan mojada para mí —gruño contra su oído—. Toda mía.

Gime cuando la torturo, mis dedos dibujando círculos sobre ese racimo perfecto de nervios. Noto su cuerpo tensándose, listo para romperse otra vez. Pero me detengo en seco, arrancándole un gemido frustrado de los labios.

Me aparto lo justo para alargar la mano hasta el cajón superior del escritorio. Mis dedos se cierran alrededor de uno de los paquetes de aluminio que tengo por todas partes: la oficina, los coches, en cada maldita habitación del complejo. Costumbre adquirida de años de encuentros sin sentido. Pero esto no es sin sentido.

No con ella.

Arrodillándome detrás de ella, abro el preservativo con los dientes. Un pensamiento me cruza la mente: algún día no los necesitaré con ella. La llenaré por completo, reclamaré cada centímetro de ella sin barreras.

La idea hace que mi polla duela aún más.

Mis manos recorren sus curvas mientras me incorporo, trazando la línea delicada de su columna hasta la redondez perfecta de su culo. Su piel es seda caliente bajo mis palmas, impecable y pálida.

Le doy una palmada en el culo con la fuerza suficiente para dejar la marca de mi mano floreciendo en su piel. Ella chilla, el cuerpo sacudiéndose hacia delante antes de arquearse de vuelta hacia mí.

—Mírate —murmuro, bajando la cremallera y liberando mi polla —. Hecha para mí.

Me pongo el preservativo con rapidez y eficacia, sin apartar los ojos de su cuerpo. Cada hondonada y cada curva son míos para explorarlos.

La forma en que su espalda se arquea en invitación. El rubor extendiéndose por sus omóplatos. El moratón formándose donde mordí su muslo. Mis marcas en su piel.

Le sujeto las caderas, colocándome a la altura de su entrada. Está tan mojada, tan lista. Empujo despacio, centímetro a centímetro, saboreando el calor apretado que me envuelve. Su respiración se entrecorta, su cuerpo se estira para recibirme.

Cuando estoy completamente dentro de ella, me detengo, apoyando la frente en su hombro.

—Cristo, Nora —gimo—. Se siente como el puto paraíso.

Mis manos suben por su espalda, empujándola hacia abajo hasta que su vientre descansa contra la madera fría del escritorio.

La mejilla pegada a la superficie, el pelo extendido a su alrededor. Me retiro casi por completo antes de embestir de nuevo con fuerza. Ella grita, los dedos buscando agarre en la madera pulida.

Marco un ritmo brutal, mis caderas chocando contra su culo con cada embestida. El sonido de piel contra piel llena la estancia, puntuado por sus gemidos entrecortados y mis propios gruñidos de satisfacción.

—¿Esto es lo que querías? —gruño, apretando más fuerte sus caderas—. ¿Cuando me provocaste? ¿Cuando me desafiabas?

Solo puede jadear mientras entro en ella más duro, más hondo. Me inclino sobre su cuerpo, la boca junto a su oído.

—Dime a quién perteneces.

—Pietro —gime, la voz espesa de excitación.

—Dilo otra vez —exijo, mis embestidas volviéndose más castigadoras.

—¡Tú! —grita—. Soy tuya.

Se me aprieta alrededor, su cuerpo contrayéndose cuando su orgasmo la azota.

Sentirla correrse sobre mi polla me empuja al borde. Mi liberación me atraviesa de golpe, mi rugido ahogado contra su piel.

Permanezco enterrado dentro de ella durante largos instantes; nuestra respiración desbocada es el único sonido en la habitación.

Depósito besos suaves por su hombro, el fuego posesivo aún ardiendo en mis venas. Es mía. Solo mía.

NORA

Sus manos me sujetan de la cintura y me levantan del escritorio sin esfuerzo. Enrosco las piernas a sus caderas mientras me lleva hacia la puerta oculta.

Apoyo la mejilla en el plano duro de su pecho, la piel resbaladiza de sudor. Observo los músculos ondular bajo su piel a cada paso —hombros lo bastante anchos como para tapar el mundo, bíceps tensos con el esfuerzo de sostenerme.

El dormitorio se revela tras un panel de estanterías. La luz de la luna se cuela por los ventanales altos, pintando franjas plateadas sobre las sábanas oscuras. Me deposita en el colchón, y la seda fría contra mi piel abrasada me hace jadear. Pietro se queda de pie junto a la cama, dejándome mirar a placer.

Mis ojos recorren las líneas duras de su cuerpo, las hendiduras del abdomen, los músculos gruesos de sus muslos, el sendero oscuro que conduce a su polla, todavía gruesa y lista.

—¿Te gusta lo que ves, Kelly? —su voz retumba en la oscuridad.

Le sigo con la yema del dedo la cicatriz que le cruza la ceja—. Cada maldito centímetro.

Cubre mi cuerpo con el suyo. Su boca reclama la mía mientras sus manos exploran cada curva. Con el pulgar roza mi pezón hasta ponerlo duro como una piedra. Mi espalda se arquea de la cama cuando el placer me atraviesa directo al centro.

—Date la vuelta —ordena contra mis labios.

Obedezco, rodando hasta quedar boca abajo. Se acomoda entre mis muslos, sus manos abriéndome. Su polla se desliza en mí desde detrás, honda y segura. Me muerdo la almohada para ahogar el grito cuando me llena por completo—. Mira. —Enreda una mano en mi pelo, tirando de mi cabeza hacia atrás para que vea nuestro reflejo en las puertas espejadas del armario—. Mira lo bien que me tomas.

La visión me roba el aliento: su cuerpo moviéndose sobre el mío, mi cara enrojecida de placer, su agarre posesivo en mi cadera.

Nunca he visto nada tan crudo, tan íntimo. Mi cuerpo se le aprieta, arrancándole un gemido del pecho.

Sale de mí cuando estoy al borde y me da la vuelta de espaldas antes de que pueda protestar. Me arrastra al borde de la cama, mis piernas sobre sus hombros—. Mírame mientras te hago correrte.

Su boca desciende, la lengua rodea mi clítoris con precisión despiadada. Dos dedos se hunden en mí, curvándose en el punto justo. Aprieto las sábanas con las manos mientras el placer crece, afilado y dulce.

—¡Pietro!

—Córrete para mí, Nora.

Me deshago gritando su nombre, mi cuerpo convulsionando alrededor de sus dedos. Antes de que cesen los temblores, vuelve a deslizarse dentro de mí. Nos movemos juntos, con la mirada anclada. Esta postura se siente más profunda, más vulnerable. Veo la intensidad en sus ojos, siento su control resquebrajarse con cada embestida.

Apoya la frente en la mía—. Me destrozas, mujer.

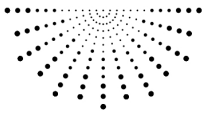
He follado antes, pero nunca así. Nunca con este fuego devorador que arrasa cada terminación nerviosa. Nunca con alguien que podría hacerme pedazos y recomponerme en el mismo aliento. No sabía que los cuerpos podían hacer esto, sentir esto, convertirse en esto.

—Más fuerte —jadeo, clavándole las uñas en los hombros—. No te contengas.

Parte sus caderas con fuerza brutal, sus gruñidos ardiendo contra mi cuello. Le noto hincharse dentro de mí, el ritmo fallándole. Su mano vuelve a enredarse en mi pelo.

Su rugido retumba por la habitación cuando se corre, el cuerpo estremeciéndose sobre mí. Se desploma contra mi pecho, su aliento caliente sobre mi piel.

CAPÍTULO VEINTE



PIETRO

Me despierto y siento el cuerpo cálido de Nora acurrucado contra el mío en la cama. Su pelo cobrizo se derrama por la almohada, esas pecas que me resultan tan jodidamente irresistibles salpicando sus hombros desnudos.

Durante minutos, me limito a observar cómo respira. El subir y bajar de su pecho. La expresión de paz en su cara. Tan distinta de cómo se ve cuando está despierta. Recorro su clavícula con un dedo, maravillado de que algo tan simple como tocar su piel me haga sentir más vivo de lo que me he sentido en trece años.

Sus pestañas tiemblan y sus ojos encuentran los míos. Una sonrisa lenta se le extiende por la cara.

—Buenos días, señor Sartori —murmura con la voz ronca de sueño.

Joder. El trato formal con ella desnuda en mi cama me manda calor directo a la polla. Quiero empujarla contra el colchón, abrirle esos muslos perfectos y enterrarme dentro de ella otra vez. Enseñarle exactamente lo que me hace ese saludito tan propio.

En lugar de eso, rozo mis labios con los suyos.

Se estira como un gato, su cuerpo arqueándose de una manera que pone a prueba hasta el último gramo de mi control. —¿Qué hora es?

—Casi las nueve.

—¿Las nueve? —se incorpora de un salto, sujetándose la sábana contra el pecho—. ¡Mierda! ¡Tengo que preparar los contratos de Morrison antes de la reunión de las diez y media!

No puedo evitar reírme de su pánico. Incluso después de haber sido bien follada toda la noche, su mente salta directa al trabajo.

—Relájate. Ya le he mandado un mensaje a Liam para reprogramarla.

No parece relajarse en absoluto. —No tengo ropa aquí. Mi vestido está...

—Hecho trizas en el suelo de mi despacho —termino, recordando cómo se lo arranqué del cuerpo. Ni una pizca de arrepentimiento—. Haré que Vittoria mande a alguien con ropa para ti.

Se muerde el labio inferior. —¿Y hasta entonces?

—Puedes coger algo mío prestado —asiento hacia el armario—. Sírvete.

La observo mientras se enrolla la sábana alrededor del cuerpo y camina descalza hasta mi armario, hurgando entre mis camisas. Elige una camisa blanca impecable de botones y deja caer la sábana para ponérsela.

Verla con mi camisa, el bajo apenas cubriéndole la curva del culo, las piernas desnudas... Cristo. Se me pone dura al instante. Se remanga hasta los antebrazos, y cuando se gira hacia mí, casi gimo en voz alta.

—¿Así sirve? —pregunta, sin ser consciente del efecto que está teniendo.

Me incorporo, sin molestarme en ocultar mi excitación. —Ven aquí.

Se acerca a la cama y la atraigo entre mis piernas. Mis manos le suben por los muslos, bajo la camisa, para acunarle el culo.

—No tienes ni idea de lo que me haces —murmuro contra su vientre, empujando la camisa hacia arriba para besarle la piel—.

Verte con mi ropa...

Sus dedos se enredan en mi pelo. —Pietro, no podemos. Es tarde y...

La callo con un beso en la cara interna del muslo, sintiendo su escalofrío. —Quiero hundirme en ti hasta el fondo otra vez.

—Puede que llegue alguien en nada.

Suelto un suspiro, soltando a regañadientes el agarre de los muslos de Nora. —Vale. Pero esto no ha terminado.

Se le colorean las mejillas mientras se aparta, alisándose mi camisa. —Eso espero.

Cojo el móvil y reviso los mensajes mientras ella me observa. Joder. Damiano Feretti ha aceptado reunirse hoy. No podía venir peor.

—Tengo que reunirme hoy con Damiano Feretti —le digo, pasándome una mano por el pelo.

Nora asiente y su expresión se vuelve más cauta. Me recuerda que aún tenemos asuntos pendientes más allá del dormitorio.

—Hablando de cosas que hay que resolver —digo, con la voz endureciéndose un poco—. Hoy ibas a contarme algunas cosas.

Se queda helada, los dedos inmóviles en los botones de mi camisa. Por un momento, creo que va a salir corriendo de la habitación.

—Lo sé —dice al fin—. Y lo haré. Pero primero, déjame hacernos café.

Entorno los ojos. Es la típica evasiva, pero estoy demasiado cansado para discutir. —Vale.

Vuelve al armario y saca un pantalón mío. Le queda ridículo en ese cuerpecito, pero se da varias vueltas a la cintura hasta que, más o menos, se le sostiene.

—Vuelvo en un momento —dice.

La veo irse, apreciando la imagen de ella con mi ropa. Sea lo que sea que está ocultando, es lo bastante grande como para aterrorizarla.

La puerta se cierra a su espalda y yo me levanto, cogiendo un pantalón del armario.

Unos minutos después, mientras espero a que Nora vuelva, oigo la voz de mi hermano resonando por el pasillo.

—¡Pietro! ¿Dónde coño estás?

Cristo. Ni diez minutos de paz. Cojo una camisa, sin molestarme en abotonarla, y abro la puerta de un tirón.

Nico está en el pasillo, la cara contorsionada de rabia. Su apariencia, normalmente impecable, está deshecha: la corbata torcida, el pelo revuelto como si se hubiera pasado las manos por él una y otra vez.

—¿Qué? —espetó.

Avanza hacia mí y me clava un dedo en el pecho. —¿Dónde demonios está Nora?

La furia posesiva que me sube es inmediata y arrolladora. —Cuida ese tono.

Nico sisea, baja la voz pero no la intensidad. —¿Dónde demonios está?



NORA

Camino por el pasillo con la ropa enorme de Pietro, sintiéndome a la vez ridícula y extrañamente reconfortada por estar envuelta en su olor. La planta ejecutiva está vacía. Una pequeña suerte, teniendo en cuenta que mi aspecto grita «acabo de ser follada a conciencia por el jefe».

En la cocina pequeña encuentro los granos de café italianos que Pietro tiene siempre. Me tiemblan un poco las manos mientras los echo en el molinillo. El ritual familiar me calma mientras intento ordenar mis ideas.

Tengo que contárselo todo. Hoy. Se acabaron las excusas.

La cafetera cobra vida y me apoyo en la encimera, inhalando el aroma intenso. Anoche lo cambió todo. La manera en que Pietro me tocó, me miró, me folló… no puedo seguir mintiéndole.

Pero Dios, la verdad destruirá lo que sea que haya entre nosotros.

Sirvo dos tazas de café, añado un chorrito de crema a la mía y dejo la suya solo. ¿Debería llevarle algo de comer? Abro el frigorífico pequeño y lo encuentro sorprendentemente bien surtido. Pietro no ha comido desde ayer. Yo tampoco, pero ahora no puedo comer.

El café se enfriará si preparo algo ahora. Mejor preguntarle qué quiere primero.

Equilibro las dos tazas con cuidado mientras vuelvo hacia el despacho de Pietro. El pasillo parece más largo que antes, cada paso acercándome a una conversación que me aterra.

Estoy casi en su puerta cuando oigo voces elevadas. El gruñido profundo de Pietro y otra voz: la de Nico. Mis pasos se ralentizan a medida que sus palabras se hacen más claras.

—¿Qué coño está pasando? —exige Pietro.

—Tu secretaria no es quien dice ser —escupe Nico en respuesta.

El hielo me inunda las venas. Casi se me resbalan las tazas de las manos.

—¿De qué estás hablando? —la voz de Pietro baja hasta un tono peligroso.

—Nora Kelly no existe —dice Nico—. Al menos, no la que trabaja para ti.

Me pego contra la pared.

No, no, no.

—Vittoria le hizo una verificación de antecedentes cuando empezó —argumenta Pietro—. Todo cuadraba.

—Indagamos más después de lo de Connor O'Sullivan —continúa Nico—. La verdadera Nora Kelly murió hace tres años en un accidente de coche en Rhode Island.

Me tiemblan las tazas en las manos. Las dejo sobre una mesa cercana antes de dejarlas caer.

—Entonces ¿quién coño es? —la voz de Pietro se ha vuelto mortalmente silenciosa.

—Nora O'Sullivan —dice Nico—. La hija de Connor O'Sullivan.

El silencio que sigue es ensordecedor. No puedo respirar, no puedo moverme.

—Eso es imposible —dice por fin Pietro, pero a su voz le falta convicción.

—Es verdad —insiste Nico—. Te ha estado tomando el pelo desde el principio. Probablemente informando a su padre sobre nuestros envíos, nuestra seguridad. Los irlandeses nos han golpeado demasiadas veces, con demasiada precisión. Ahora sabemos por qué.

Quiero irrumpir, explicar que nunca he traicionado a Pietro, que estoy huyendo de mi padre, no trabajando para él. Pero las piernas no me responden.

—¿De dónde has sacado esa información? —pregunta Pietro, tan frío que me hiela.

—Liam encontró fotos. Viejas páginas de sociedad de Boston. La princesita de los O'Sullivan en actos benéficos con su padre. Es ella, Pietro. La misma cara, distinto nombre.

El ascensor suena al fondo del pasillo. Mi vía de escape. Obligo a mis piernas a moverse, deslizándome hacia él en silencio.

—Qué idiota soy —gruñe Pietro.

El odio crudo en su voz me rompe algo por dentro. Esto es exactamente lo que temía, lo que sabía que pasaría cuando supiera la verdad.

Llego al ascensor y aprieto el botón con el codo una y otra vez, rezando para que no se haya ido lejos. Las puertas se abren y me cuelo dentro justo cuando oigo la puerta del despacho de Pietro abrirse de golpe.

—¡Nora! —su rugido retumba por el pasillo mientras las puertas del ascensor se cierran.

Me pego a la pared del ascensor, jadeando.

El ascensor baja demasiado lento. Pietro podría llamar abajo y hacer que seguridad me espere. Tengo que moverme rápido.

Cuando las puertas se abren en la planta baja, me obligo a caminar con calma. Correr solo llamaría la atención. El guardia de seguridad de la recepción alza la vista y sus ojos recorren mi cuerpo metido en ropa de hombre enorme. El reconocimiento le cruza la cara. Estaba de servicio anoche cuando Pietro y yo llegamos.

Le hago un gesto con la cabeza, como si no pasara nada, como si no estuviera huyendo por mi vida.

Su teléfono suena.

Se me cae el estómago. Esa es mi sentencia de muerte.

Acelero el paso hacia la puerta giratoria, intentando aparentar tranquilidad mientras cubro la mayor distancia posible. Detrás de mí, oigo la voz del guardia.

—Sí, señor. La tengo justo delante.

Abandono toda apariencia y echo a correr, empujando la puerta giratoria con suficiente fuerza como para que gire desbocada. Detrás de mí, el guardia maldice.

El aire de la mañana me golpea la cara cuando irrumpo en la acera. Chicago bulle de gente que va a trabajar, una corriente de personas en la que puedo perderme. Me cuelo en la multitud, serpenteando entre trajes y vasos de café.

—¡Señorita Kelly! —grita el guardia—. ¡Deténgase!

No miro atrás. Corro más deprisa, los pies descalzos golpeando el pavimento frío. Ni siquiera he cogido zapatos: los pantalones de Pietro me arrastran por los talones mientras esprinto.

Llego a un cruce y miro frenética a ambos lados. A la izquierda está el centro, más gente entre la que desaparecer. A la derecha, hacia el lago: menos gente, pero más espacio abierto para correr.

—¡Señorita Kelly! —el guardia está ya más cerca—. ¡No voy a hacerle daño! ¡Solo tengo que traerla de vuelta!

Puede que sus palabras sean sinceras, pero las de Pietro no lo eran. Pietro me quiere muerta.

Dudo en la intersección, segundos preciosos que se escurren mientras intento decidir qué camino me ofrece más posibilidades de sobrevivir.

Tienes que correr de una puta vez, Nora.



PIETRO

Estampo la palma contra la pared del ascensor, el dolor apenas se filtra a través de la rabia que me corre por las venas.

Nora O'Sullivan.

La hija de Connor O'Sullivan.

El nombre se repite en mi cabeza como una sentencia de muerte: la suya, no la mía. Me han manejado como a un puto aficionado. La dejé entrar en mi negocio, en mi casa, en mi cama.

Y todo este tiempo, era el enemigo.

—Puto idiota —le gruño a mi reflejo en las puertas del ascensor.

¿Qué clase de Don soy? ¿Qué clase de líder se pierde algo tan obvio? Es de Boston. Reconoció a Connor. Se quedó helada cuando lo vio. Todas las señales estaban ahí, gritándome, y las ignoré porque estaba demasiado ocupado pensando con la polla en vez de con el cerebro.

Lo sospeché, sí, pero lo dejé pasar como si no fuera nada.

O porque querías que fuese real. Que te quisiera. Patético.

Riccardo jamás habría cometido este error. Pablo la habría calado en segundos. ¿Y yo? Invité al enemigo a entrar de lleno en nuestra operación.

Le enseñé nuestros envíos, nuestros horarios, nuestra seguridad. La dejé cartografiar nuestras debilidades mientras yo fantaseaba con follármela en mi mesa.

Y me la follé. Toda la noche.

Mientras ella se reía de lo fácil que me había manejado.

Un dolor punzante me atraviesa el pecho. Lo ignoro. No tengo tiempo para el dolor. No tengo tiempo para el vacío que se me

extiende por dentro.

Necesito pensar con claridad. Con estrategia. No como un animal herido soltando zarpazos. Conoce nuestras operaciones. Conoce nuestros protocolos de seguridad. Lleva semanas pasándole información a Connor O'Sullivan.

Los irlandeses han golpeado cinco de nuestros envíos en los dos últimos meses. Cinco golpes perfectamente sincronizados, perfectamente ejecutados. Ahora sé por qué.

Confié en ella. Peor aún, la deseé. Me permití creer que podía ser algo más que un entretenimiento temporal.

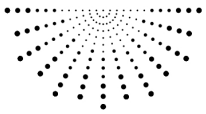
Qué jodida broma.

Soy Pietro Sartori. No necesito a una mujer. No necesito nada salvo mi familia y mi imperio. He sobrevivido a cosas peores que esta.

La encontraré, haré que me cuente todo lo que le ha reportado a su padre y luego la usaré para destruir a los O'Sullivan de una vez por todas.

Y haré que lo vea mientras desmonto todo lo que ama, *pieza por jodida pieza.*

CAPÍTULO VEINTIUNO



NORA

Mis pies descalzos golpean el frío hormigón mientras corro. Cada paso dispara un dolor que me sube por las piernas, pero no reduzco el ritmo. No puedo. Los gritos del guardia se desvanecen a mi espalda mientras me abro paso entre los viajeros de la mañana, ignorando sus miradas de sorpresa ante mi aspecto desaliñado.

La fría furia en su voz no deja duda de que hablaba en serio.

Me meto en un callejón y pego la espalda contra la pared de ladrillo, intentando recuperar el aliento. El pecho me sube y baja mientras el pánico me araña la garganta.

Necesito llamar al tío Finn. Es el único que puede ayudarme ahora.

Tras caminar varias manzanas, con los pies entumecidos por el frío y el dolor, veo una gasolinera con una tienda. Empujo la puerta; la campanilla tintinea alegre, totalmente a destiempo con el desastre en que se ha convertido mi vida.

Una joven con las puntas del pelo moradas levanta la vista desde detrás del mostrador. Se le agrandan los ojos al reparar en mi

aspecto.

—¿Está bien? —pregunta, la preocupación marcada en sus facciones.

—Yo... —se me quiebra la voz—. Necesito hacer una llamada. Es una emergencia. No llevo dinero encima.

Duda, y no la culpo. Tengo pinta de desastre total.

—Mi novio... —trago saliva—. Salí corriendo cuando se puso violento. Solo necesito llamar a alguien que pueda ayudarme.

No es del todo mentira. Pietro me mataría si me encontrase ahora mismo.

Su expresión se ablanda al instante. —Por supuesto. Tome, use mi móvil.

Saca un teléfono del bolsillo y me lo tiende. Su amabilidad casi me rompe por dentro.

Marco el número de Finn con los dedos temblorosos, rezando para que lo coja. A la tercera señal, contesta.

—¿Hola?

Al oír su voz, algo dentro de mí se hace añicos. Las lágrimas me resbalan por las mejillas mientras el cuerpo empieza a temblarme.

—Tío Finn —logro decir, apenas en un susurro entrecortado.

—¿Nora? ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

—Lo sabe. —Las palabras se me atropellan entre sollozos—. Pietro sabe quién soy. Nico le contó todo. Ha... ha dicho que va a matarme a mí y a todos en Boston.

—Jesucristo. —La voz de Finn se vuelve cortante—. ¿Dónde estás ahora mismo?

Miro alrededor y veo la dirección en un folleto junto a la caja. Le digo la ubicación de la gasolinera.

—Quédate ahí. No te muevas. Voy a mandar a alguien a por ti en veinte minutos. ¿Me entiendes?

—Sí.

—Quédate dentro, donde la gente pueda verte. No vayas a ninguna parte sola.

—Vale.

—Arreglaré esto, pequeña zorrita. Te lo prometo.

Cuelgo y le devuelvo el teléfono a la mujer, secándome las lágrimas de la cara.

—Gracias —susurro.

—¿Necesita algo más? —pregunta—. ¿Agua? ¿Comida? Tengo un par de chanclas de sobra en el coche, si las quiere.

Su amabilidad podría quebrarme ahora mismo. Esta desconocida me ofrece más ayuda de la que me dio mi propio padre cuando lo llamé aterrada por mi vida. Connor O'Sullivan, que me crió haciéndome creer que la familia lo era todo, me abandonó en el momento en que más lo necesitaba.

—No, gracias. Ya ha hecho más que suficiente. —Consigo esbozar una sonrisa débil—. Viene alguien a por mí.

Asiente, pero le veo la preocupación en los ojos. —Estaré aquí mismo si necesita algo. Lo que sea.

Me hundo en una silla de plástico junto a la ventana, mirando la calle a la espera de quienquiera que Finn haya enviado, preguntándome cómo ha podido desmoronarse mi vida tan por completo... otra vez.



PIETRO

Paseo por el vestíbulo como un animal enjaulado. Ordené a recepción que cerrara el edificio, pero ella ya se había escabullido.

—¿Hacia dónde se ha ido? —exijo, abalanzándome sobre la recepcionista.

La mujer se encoge. —Hacia el norte por State Street, señor. Moretti fue tras ella.

Miro el reloj. Han pasado diez minutos. No puede haber llegado lejos, no descalza y con mi ropa. Cada segundo se siente como una eternidad mientras espero a que Moretti la arrastre de vuelta.

Suena mi teléfono. Lo agarro al instante.

—Dígame que la tiene —gruño.

—Señor Sartori, lo siento. —La voz de Moretti llega sin aliento—. La perdí entre la multitud de la mañana. Se metió por un callejón junto a Michigan y...

—¿La ha perdido, joder? —Mi voz baja hasta un susurro mortal. La recepcionista se estremece—. Una mujer descalza, ¿y la ha perdido?

—Señor, yo...

—¿Dónde está ahora?

—Esquina de Michigan con Randolph.

Termino la llamada e inmediatamente llamo a Liam.

—Necesito coches. Ahora. Todos los hombres disponibles. Nora está huyendo. —Los nudillos se me ponen blancos alrededor del teléfono—. Va descalza, con mi ropa. Vista por última vez cerca de Michigan y Randolph.

—Voy a ello —responde Liam sin dudar.

Me dirijo hacia la salida con la furia empujándome hacia delante.

Fuera, escudriño las calles, buscando cualquier rastro de ella. La multitud de la mañana lo engulle todo: oficinistas con prisas camino del trabajo, turistas ya deambulando por la Magnificent Mile.

Mi chófer se detiene y me deslizo en el asiento trasero.

—Michigan y Randolph —ordeno—. Conduzca despacio. Estoy buscando a alguien.

Mientras avanzamos a paso de tortuga entre el tráfico, llamo a Nico.

—Necesito todo sobre la operación de Connor O'Sullivan. Ubicaciones, propiedades, refugios. Cualquier cosa en Chicago.

—Ya estoy en ello —responde Nico—. ¿Crees que va a volver con su padre?

—No lo sé. —Aprieto la mandíbula—. Pero si llega a él antes de que la encuentre... Prenderé fuego a todo su complejo si hace falta

—murmuro, más para mí que para Nico—. Si vuelve a Boston, entraré en su territorio yo mismo.

—Pietro...

—Encuéntrame algo que pueda usar, Nico. Ahora.

Cuelgo y miro por la ventanilla, escaneando cada rostro que pasa. La idea de que huya de mí, aterrada, me provoca en el pecho una confusa mezcla de satisfacción y dolor.

Debería tener miedo. Cuando la encuentre, deseará no haber oído jamás el apellido Sartori.

Pero primero, *debo encontrarla.*



NORA

No aguanto más junto a la ventana. No se me dejan de estremecer las manos mientras deambulo detrás del pasillo de los aperitivos, intentando volverme invisible sin dejar de vigilar la puerta.

—Le está buscando, ¿verdad? —pregunta en voz baja la dependienta de las puntas moradas.

Asiento, con la garganta demasiado cerrada para hablar. A estas alturas los hombres de Pietro probablemente estén peinando toda la ciudad. Puedo imaginármelo movilizando a todo el mundo.

—Tenga. —Me lanza una gorra de béisbol desde detrás del mostrador—. Recoja el pelo y métalo aquí.

Enrosco mis ondas cobrizas en un moño deshecho y las meto bajo la gorra, bajando la visera sobre los ojos. No es gran disfraz, pero algo es algo.

—Gracias —susurro, alejándome de las ventanas para agacharme detrás de los refrigeradores—. Siento traerle problemas a su tienda.

Se encoge de hombros. —No sería la primera vez. Mi ex también era mala noticia.

No corrijo su suposición. Que piense que se trata de un novio, no del jefe de una familia criminal que acaba de descubrir que soy la hija de su enemigo. No de un hombre que prometió matarme a mí y a todos los que conozco.

Los minutos se arrastran como horas. Miro la hora en el reloj de la pared: solo han pasado diecisiete minutos desde que llamé a Finn.

La campanilla sobre la puerta tintinea y contengo la respiración. Unos pasos pesados se acercan al mostrador.

—Disculpe —dice una voz grave—. Estoy buscando a una joven que hizo una llamada desde aquí hace un rato.

El hombre del mostrador es de hombros anchos y lleva el pelo oscuro muy corto. Viste una camiseta negra lisa y vaqueros.

—¿Es amigo de Finn? —pregunto, apenas audible.

Se gira, revelando un rostro que no reconozco pero unos ojos que parecen aliviados al verme. —Sí. Tenemos que irnos. Ahora.

Le hago un gesto de agradecimiento a la dependienta. —Gracias por todo.

—Suerte, cielo —dice, y me pregunto si sabe cuánto la voy a necesitar.

El hombre me hace salir con la mano suspendida cerca de mi codo, sin llegar a tocarme. —El coche está aquí mismo. Agáchese.

Me deslizo en el asiento trasero del sedán y él se mueve rápido hacia el lado del conductor. Al separarnos del bordillo, por fin se me escapa un sonido pequeño: mitad sollozo, mitad suspiro de alivio.

—Soy Sean —dice, con la vista en los espejos constantemente—. Finn me ha enviado. Vamos a un lugar seguro, pero tenemos que asegurarnos de que no nos siguen.

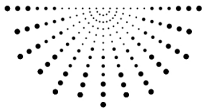
Asiento, incapaz de articular palabra cuando me golpea la resaca de adrenalina. Siento el cuerpo de plomo, hundiéndose en el asiento mientras me cala la realidad de lo que acaba de pasar.

Me abrazo a mí misma, aún con su ropa puesta, aún oliendo a él.

—¿Está herida? —pregunta Sean, mirándome por el retrovisor.

—No —susurro—. No físicamente, al menos.

CAPÍTULO VEINTIDÓS



NORA

Sean conduce en silencio, tomando giros al azar por las calles de Chicago. Miro por la ventanilla, viendo la ciudad desdibujarse, preguntándome cómo se ha derrumbado mi vida por completo en apenas unas horas.

Tras veinte minutos de conducción evasiva, entramos en un motel destartalado a las afueras de la ciudad. El letrero de neón parpadea de forma patética, con varias letras fundidas.

—Espera aquí —ordena Sean, desapareciendo en la oficina.

Cuando regresa, me acompaña hasta la habitación 112, en el extremo del edificio. Antes de que pueda llamar, la puerta se abre de golpe.

Tío Finn.

Me lanzo a sus brazos, hundiendo la cara contra su pecho como hacía cuando era pequeña. Su olor familiar a tabaco y menta me envuelve mientras sus brazos fuertes rodean mi cuerpo tembloroso.

—Ahora estás a salvo, zorrita —murmura contra mi pelo—. Estás a salvo.

Me aparto, secándome unas lágrimas que no sabía que estaban cayendo. —¿Ah, sí? ¿Durante cuánto, Finn? ¿Es esta mi vida ahora? ¿Escondiéndome en moteles de mala muerte, huyendo de los Sartori?

La realidad se me viene encima al mirar la habitación mugrienta, con el papel pintado despegado y la moqueta manchada.

—Y no es solo Pietro —continúo, recorriendo a zancadas el espacio estrecho—. Papá me vio con él. Sabe que he estado trabajando para los Sartori. Estoy muerta para ambas familias ya.

Finn me guía para que me siente al borde de la cama. —Tu padre te quiere, Nora.

Suelto una risa amarga. —Claro. Por eso me dijo que arreglara mi propio desastre cuando Declan intentó matarme.

—Connor es complicado —suspira Finn, sentándose a mi lado—. No siempre fue así.

Afloran recuerdos sin invitación: papá enseñándome a montar en bici, sus manos fuertes firmes en el sillín mientras yo avanzaba tambaleándome. Papá leyéndome cuentos antes de dormir, poniendo voces diferentes para cada personaje mientras mamá se reía desde el quicio de la puerta.

—Era distinto cuando mamá estaba viva —admito en voz baja—. Solía sonreír.

—Tu madre lo era todo para él —dice Finn—. Cuando murió, algo en él también murió.

Recuerdo el funeral. Papá, plantado como una estatua, sin derramar una lágrima mientras yo sollozaba a su lado. Después de aquel día, se refugió en el trabajo, dejándome con un carrusel de niñeras que nunca duraban mucho bajo su frialdad escrutadora y sus exigencias feroces.

—La quería más que a mí —digo, con la herida de la infancia aún viva—. Pero eso no lo hace justo. Aquel día perdí a los dos padres.

Finn se pasa la mano curtida por la cara. —Connor quería a tu madre con una clase de amor envenenado, Nora. Lo consumió por completo.

—¿Y eso qué se supone que significa? —pregunto, frustrada por sus palabras crípticas.

Finn niega con la cabeza. —Ya habrá tiempo para hablar de todo eso, zorrita. Ahora tenemos que planear nuestro próximo movimiento.

Se pone en pie y saca un mapa de la ciudad. —Sean te llevará a una casa segura esta noche. Tenemos que sacarte de Chicago cuanto antes.

Inspiro hondo, intentando calmar la marea de pensamientos. —¿Y Declan? ¿Qué está haciendo ahora? ¿Sabes algo?

El rostro de Finn se ensombrece al mencionar a Declan. Vuelve a sentarse a mi lado, y su peso hace que el colchón barato se hunda.

—Después de aquel día, Declan también se largó de la ciudad. Desapareció como el humo —Finn se frota la mandíbula—. Conseguí localizarlo por casualidad porque tengo contactos en Nueva York. Lo vieron allí hace como un mes.

Se me retuerce el estómago al pensar en Declan campando a sus anchas, viviendo su vida mientras yo estoy atrapada en esta pesadilla interminable de huir y esconderme.

—¿Sigue trabajando con los Murphy? —pregunto, con la voz más firme de lo que me siento por dentro.

—Eso parece —asiente Finn—. Aunque ahora va con un perfil más bajo.

Me pongo en pie, incapaz de quedarme quieta con esta información removiéndome por dentro. —¿Cómo es que tanto Murphy como papá están golpeando a los Sartori?

Finn se recuesta, siguiéndome con la mirada mientras paseo por la habitación. —Es algo que lleva pasando años, zorrita. Cuando cambia el Don, los rivales siempre intentan apretar porque es el mejor momento para hacerse con más territorio.

—¿Así que es solo… negocios? —pregunto, con el asco filtrándose en mi voz—. ¿Mi padre y el hombre que intentó matarme atacando las operaciones de Pietro porque les conviene?

—El subsuelo tiene sus propias reglas, Nora. Lo sabes de sobra.

Dejo de pasear, clavando la vista en la mancha de humedad del techo que recuerda vagamente a la costa de Irlanda. —Lo entiendo, pero nunca me ha gustado de verdad lo que hacen las familias para reclamar dinero manchado de sangre.

—Hablas como tu madre —dice Finn en voz baja.

Me vuelvo hacia él. —¿A ella también le repugnaba?

—Siobhan era una mujer práctica. Entendía la vida en la que se casó, pero nunca la glorificó —los ojos de Finn se pierden en los recuerdos—. Solía decir lo mismo: "dinero manchado de sangre". Esa expresión es suya.

Me abrazo a mí misma, de pronto helada a pesar del ambiente cargado. —No lo sabía.

—Hay mucho de tu madre que no sabes —dice Finn—. Connor se aseguró de ello después de que muriera.

Me hundo de nuevo en la cama, abrumada por todo.

—¿Y ahora qué? —pregunto, sintiéndome más pequeña que en años.

Finn alarga la mano y me la coge. —Ahora te llevamos a un lugar seguro. Y luego decidiremos el siguiente paso.

Asiento, demasiado agotada para discutir o preguntar más. Por ahora, seguiré el plan de Finn. Pero hay algo que tengo clarísimo: he terminado de ser un peón en los juegos de los demás.



La puerta se cierra tras Finn con un clic, dejándome sola en la habitación del motel con mis pensamientos. Me ha traído un cambio de ropa hace una hora —unos vaqueros, una camiseta lisa, zapatillas y una sudadera con capucha— junto con una bolsa de papel con bocadillos y agua embotellada. No es mi estilo, pero está limpia y me queda lo bastante bien.

Me siento al borde de la cama, con la camisa enorme de Pietro todavía colgando de mi cuerpo, su olor pegado a la tela. Mis dedos recorren el cuello distraídamente mientras los recuerdos me inundan: sus manos en mi piel, sus labios en los míos, la forma en que me miró esta mañana antes de que todo se viniera abajo.

Basta.

Lo que Finn me ha contado sobre mis padres sigue dando vueltas en mi cabeza. Un «amor envenenado», lo llamó. Intento recomponer los recuerdos fragmentados que tengo de ellos juntos. Nunca discutían delante de mí —al menos que yo recuerde—. Papá siempre era respetuoso con mamá, casi reverente. Ella era la única capaz de hacerlo reír, la que le tocaba el brazo y le desactivaba el genio al instante cuando las llamadas del trabajo lo ponían tenso.

Después de que muriera, esa dulzura desapareció. El padre que conocía se esfumó, sustituido por un hombre frío y exigente.

Me levanto de la cama, con los pies descalzos hundiéndose en la moqueta raída. Necesito lavarme de encima las últimas veinticuatro horas.

El baño es pequeño y deprimente, con azulejos agrietados y una cortina de ducha que ha visto días mejores. Abro el grifo y dejo correr el agua hasta que el vapor llena el espacio. Entro.

El agua caliente me pica en la piel, pero doy la bienvenida al dolor. Me ancla, me recuerda que sigo aquí, que sigo luchando. Me restriego cada centímetro del cuerpo con el jabón barato del motel, como si pudiera borrar no solo el toque de Pietro, sino los dos últimos meses de mi vida.

Abro la puerta del baño, dejando escapar una nube de vapor.

Me quedo helada, aferrándome la toalla fina del motel contra el cuerpo.

JODER.

Pietro está en medio de la habitación, con la pistola apuntando directamente a mi pecho. Sus ojos son hielo negro. Ya no es el hombre que me sostuvo anoche. En su lugar hay un depredador.

—Hola, Nora —su voz es mortalmente tranquila.

Se me seca la boca. Aprieto la toalla con más fuerza, de pronto consciente de lo expuesta que estoy: desnuda salvo por esta barrera endeble entre los dos.

—Pietro, por favor… —empiezo, pero él me corta en seco.

—No —da un paso más, sin que el arma tiemble—. No hables a menos que te lo diga yo.

El vapor sigue saliendo del baño a mi espalda, pero yo estoy tiritando. La piel se me eriza mientras Pietro me rodea despacio, como un lobo acechando a una presa herida.

—Me jugaste a la perfección, ¿verdad? —repta el cañón frío de la pistola por mi clavícula, haciéndome estremecer—. La secretaria inocente. La mujer que huye de su pasado.

El metal se desliza por mi brazo, dejando una estela de hielo a su paso.

—Por favor —susurro—, puedo explicarlo…

El arma se hunde con más fuerza contra mi piel. —He dicho que no hables.

Me arden los ojos de lágrimas. Parpadeo, negándome a dejarlas caer.

—Cada envío atacado. Cada horario filtrado —traza la pistola por mis omóplatos, arrancándome un escalofrío—. ¿Ha merecido la pena? ¿Abrirte de piernas por información?

Las mejillas me arden de humillación y rabia. Abro la boca para defenderme, pero la mirada en sus ojos me hiela de golpe.

—Tu padre debe de estar orgullosísimo —continúa, volviendo a ponerse frente a mí—. Su hijita, la espía perfecta.

El arma se mueve hacia mi garganta, presionando justo bajo la mandíbula y obligándome a alzar la barbilla.

—¿Cuántos hombres han muerto por lo que les contaste? —su voz baja un punto, más peligrosa—. ¿Cuántos de los míos se desangraron mientras tú te sentabas en mi despacho, sonriendo?

Niego con la cabeza frenéticamente, intentando desmentirlo sin palabras. Nunca le di información a mi padre. Nunca traicioné los negocios de Pietro. Pero las palabras se me atascan en la garganta cuando el cañón aprieta más fuerte.

—Todas esas noches trabajando hasta tarde. Todas esas preguntas sobre envíos —la rabia deforma su cara—. Te puse en bandeja todo lo que necesitabas para destruirme.

Se me escapa una lágrima, resbalando por la mejilla. Yo no hice esto. Nunca lo traicioné. Pero aunque pudiera hablar, ¿me creería? Las pruebas me condenan: la hija de Connor O’Sullivan trabajando

en el corazón de las operaciones de los Sartori mientras equipos irlandeses atacan sus cargamentos.

—¿Sabes qué les pasa a los traidores en mi mundo, Nora? —el arma baja para descansar entre mis pechos.

No puedo respirar. Ni pensar. Solo puedo mirar esos ojos implacables que una vez me miraron con hambre y algo parecido a la ternura.

—Por favor —consigo susurrar, apenas audible.

—¡Cállate! —ruge, y yo me estremezco con violencia—. No tienes derecho a suplicar. No tienes derecho a hablar. Perdiste ese derecho cuando me vendiste a tu padre.

La toalla resbala un poco y la sujeto a la desesperada, sintiéndome más desnuda que nunca en mi vida.

—¿Te reías de ello? —pregunta, con un susurro que me aterra más que sus gritos—. ¿Cuando estabas en mi cama? ¿Pensabas en cómo ibas a destruir todo lo que he construido?



PIETRO

—¿Quieres saber cómo te he encontrado? —mi voz sale fría, controlada. Nada que ver con el caos que me arrasa el pecho—. Te vi, Nora.

Necesito decirlo. Necesito que entienda exactamente lo estúpido que cree que soy.

—Te estaba buscando. Tenía a todos mis hombres peinando las calles —la rodeo por detrás, manteniendo la pistola apuntada a su columna—. Y entonces te veo caminando con un irlandés de mierda hacia un Honda hecho polvo. Muy acaramelados, ¿eh?

Se le tensan los hombros. Bien. Tiene motivos para tener miedo.

Aprieto más la pistola contra su pecho, notando su corazón desbocado bajo el cañón. Me tiembla el dedo en el gatillo. Un tiro. Solo haría falta eso para acabar con esta traición, para castigar a la familia O'Sullivan por sus pecados contra la mía.

Hazlo. Joder, hazlo.

Pero no puedo.

Sus ojos me devuelven la mirada, abiertos por el miedo pero aún desafiantes.

—Se suponía que tú eras distinta —gruño, con una voz que ni yo reconozco—. Te dejé entrar.

La toalla se le escurre un poco, dejando al descubierto la curva de su pecho donde hace apenas unas horas estaba mi boca.

—Confié en ti —las palabras me saben a veneno en la lengua.

Se le entreabren los labios, le tiemblan apenas. Una lágrima le cae por la mejilla y me odio por querer limpiársela. Por querer creer que hay alguna explicación que pueda arreglar esto.

Muevo la pistola a su sien, presionando el metal frío contra su pelo húmedo. Desde tan cerca, huelo el jabón en su piel, veo la vena latiéndole en la garganta a toda velocidad.

Aprieta el gatillo. Acábalo.

Pero el dedo no me obedece. La mano, de hecho, me tiembla.

Cazzo.

He matado por menos. He ordenado muertes sin pestañear. ¿Por qué no puedo hacer esto?

—Me has vuelto débil —silbo, rodeándola y pegando mi cuerpo a su espalda mientras mantengo la pistola en su sien—. Me has hecho querer cosas que no puedo tener.

Su cuerpo tiembla contra el mío, y odio cómo responde el mío, incluso ahora. Incluso sabiendo quién es. Lo que ha hecho.

Me inclino, rozándole la oreja con los labios. —Debería matarte aquí mismo —susurro—, pero eso sería demasiado misericordioso. En vez de eso, voy a usarte para destruir a tu padre. Voy a hacer que lo vea mientras desmonto todo lo que ama, pieza a pieza, empezando por ti.

La puerta salta hecha añicos.

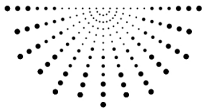
Me giro, empujando a Nora detrás de mí por instinto, con el arma levantada hacia el intruso.

Connor O'Sullivan está en el umbral, flanqueado por dos hombres armados. En su cara hay una máscara de furia fría al hacerse con la escena: su hija, con solo una toalla, y mi pistola ahora apuntando a su pecho.

—Sartori —dice, con su acento de Boston empapado de desprecio—. Apártese de mi hija.

No me muevo.

CAPÍTULO VEINTITRÉS



NORA

Me quedo clavada detrás de Pietro, el cuerpo temblándome cuando los ojos fríos de mi padre se encuentran con los míos. La absurdidad de esta situación roza lo cómico.

Y, de repente, me echo a reír.

Empieza como un sonido pequeño en la garganta, y va creciendo hasta que me sacude entera. Los dos hombres se vuelven a mirarme como si hubiera perdido la cabeza.

Puede que sí.

Salgo de detrás de Pietro, aferrando la toalla con fuerza alrededor de mí. —¿Qué coño haces aquí? —le suelto a mi padre, con la voz afilada de amargura—. ¿Dónde estaba esta preocupación cuando te llamé sangrando y aterrada después de que Declan intentara matarme?

La cara de papá se endurece. —Nora, no es el momento…—

—¿Cuándo lo es? —le corto, dando otro paso al frente—. ¿Cuando Declan tenía las manos alrededor de mi garganta? ¿Cuando te rogué ayuda y me dijiste que arreglara yo sola mi mierda?

Los ojos de Pietro saltan de uno a otro, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Me dejaste sola —prosigo, con la voz quebrada—. A tu propia hija. Y ahora apareces con pistolas porque, ¿qué? ¿Estoy con un Sartori? ¿Eso es lo que por fin te llama la atención?

—No vamos a hablar de esto aquí —gruñe, gesticulando con el arma hacia Pietro.

—¿Y por qué no? ¿Porque no quieres que Pietro sepa qué clase de padre eres en realidad? —me río otra vez, un sonido hueco—. El gran Connor O'Sullivan, que preferiría dejar morir a su hija antes que admitir que se equivocó confiando en Declan Wilson.

La cara de mi padre se enciende de ira. —Eres mi hija. Estar con un Sartori es la mayor traición que he sufrido desde lo de tu madre.

Me quedo helada. —¿De qué coño estás hablando? ¿Qué pinta mamá en todo esto?

La pregunta queda suspendida en el aire apenas un instante antes de que el seco chasquido de un disparo retumbe por la habitación.

Mi padre se desploma, agarrándose el pie mientras la sangre se acumula bajo él. Aúlla de dolor, y sus hombres levantan las armas en respuesta.

Otro estampido corta el aire, y luego otro. Los dos hombres caen al suelo detrás de Connor, con charcos de sangre extendiéndose bajo ellos.

No puedo respirar. No consigo procesar lo que estoy viendo.

—¡Al suelo! —Pietro me tira al piso, su cuerpo cubriendo el mío mientras apunta su arma hacia la puerta.

El tío Finn entra en la habitación, bajando una pistola humeante. Tiene la cara cincelada en piedra mientras mira a mi padre retorciéndose en el suelo, sujetándose el pie ensangrentado.

—Llévesela de aquí de una puta vez, Sartori —dice Finn, con una calma inquietante. Sus ojos no se apartan de Connor—. Y no le toque ni un solo pelo hasta que pueda hablar con usted.

El brazo de Pietro se tensa a mi alrededor. —¿Qué coño está pasando?

—Ella no tiene culpa de nada —continúa Finn como si Pietro no hubiera hablado—. Tiene mi palabra.

—¿Su palabra? —Pietro se ríe, un sonido áspero y frío junto a mi oído—. ¿La palabra de un O'Sullivan?

—Se lo explicaré todo —por fin Finn mira a Pietro—. Usted tiene preguntas. Yo tengo respuestas.

—Dos horas —dice Pietro tras unos instantes en silencio, poniéndome en pie mientras mantiene el arma apuntando a Finn—. Tiene dos horas antes de que la haga desaparecer.

La cabeza me da vueltas, incapaz de entender lo que está pasando. El tío Finn acaba de dispararle a mi padre. Ha matado a sus hombres. ¿Y ahora está… ayudando a Pietro?

—¿Qué está pasando? —susurro, con la voz quebrada—. ¿Finn?

Pero la atención de mi tío está fija en mi padre, que parece completamente deshecho. Connor no está dando órdenes ni lanzando amenazas. Solo mira a su hermano, con la cara pálida de shock y de algo que se parece inquietantemente al miedo.

La mano de Pietro me cierra la muñeca, arrastrándome hacia la puerta. Tropiezo, aún aferrando la toalla a mi cuerpo.

—La ropa —acierto a decir, señalando la bolsa que Finn trajo antes.

Pietro la coge sin soltarme. Cuando alcanzamos el umbral, oigo la voz de Finn a nuestra espalda, baja y venenosa.

—Esto es culpa tuya, Connor. Todo. Todo lo que le ha pasado a ella es por tu culpa.

Pietro me arrastra por la puerta, pero yo me esfuerzo por oír más, desesperada por entender.

Pietro me empuja al pasillo, bloqueándome la vista con su cuerpo mientras sale de la habitación de espaldas, el arma aún en alto.

—Muévete —ordena, empujándome hacia la salida.

Las piernas me parecen ajenas al cuerpo mientras avanzo a trompicones. ¿Qué coño pasa con mi familia?

—Pietro —jadeo cuando llegamos a su coche—. No entiendo…

—Cállate. —Abre la puerta del acompañante y prácticamente me lanza dentro.

Abrazo la bolsa de ropa contra el pecho mientras él se desliza al asiento del conductor. Sus movimientos son precisos, controlados, pero puedo ver la furia vibrando bajo su piel.

—No te he traicionado —susurro, incapaz de callarme—. Te juro que no.

—Dos horas —dice, con la voz mortalmente queda—. Luego veremos qué tiene que decir tu tío.

Sale disparado del motel, los neumáticos chillando en el asfalto, dejando atrás a mi padre, a mi tío y los retorcidos secretos familiares que me han estado ocultando toda la vida.



PIETRO

Agarro el volante hasta que los nudillos se me vuelven blancos, intentando dar sentido a lo que acaba de pasar. Nora se sienta a mi lado, aferrando esa maldita toalla como si fuera un escudo, el pelo aún goteándole agua.

La mente me corre a mil por hora, barajando mil posibilidades a la vez. Si Connor la hubiera colocado para espiarnos, ¿por qué le habría echado en cara que la abandonó? El dolor en su voz cuando lo enfrentó sonaba real. Demasiado real para fingirlo.

Pero si no trabajaba para su padre, ¿por qué coño acabó en mi despacho? De todos los lugares de Chicago, ¿justo vino a solicitar trabajo con el enemigo de su familia?

Golpeo el volante con la palma. —Nada de esto tiene puto sentido.—

Nora se estremece a mi lado, pero no dice nada. Si abre la boca ahora mismo, puedo perder el poco control que me queda.

Doy un giro brusco, cortándole el paso a otro conductor que me toca el claxon. Me da igual. Tengo la cabeza como un campo de batalla de pensamientos contradictorios.

Su manejo de los manifiestos de carga. Su capacidad para detectar las discrepancias. Su sangre fría cuando ese bastardo irlandés le apuntó a la cabeza. Todo apunta a alguien entrenado, alguien colocado.

Pero entonces recuerdo cómo me miró anoche, cómo se deshizo en mis brazos, la vulnerabilidad en sus ojos cuando susurró mi nombre.

¿También fue todo mentira?

—Pietro —dice quedo—, puedo explicar…—

—No. —La palabra me sale como un disparo—. No me alimentes con más mentiras. No voy a ser capaz de ver con claridad si empiezas a hablar.

Vuelve a quedarse callada, y siento su mirada clavada en mí. Menuda puta broma.

Saco el móvil y llamo a Nico.

—¿La has encontrado? —contesta de inmediato.

—La tengo —digo, con la voz fría—. Voy hacia el almacén uno.

—¿Por qué coño sigue respirando? —exige Nico, y algo en su tono me hace hervir la sangre.

—Cállate la puta boca —le gruño, colgando antes de que suelte otra palabra.

Tiro el teléfono al salpicadero, con la cabeza aún hecha un caos. Si Nora me ha estado tomando el pelo todo este tiempo, se merece lo que le venga.

El recuerdo de Finn disparándole en el pie a su propio hermano me cruza la mente. La familia contra la familia. Aquí está pasando algo más grande, algo que se me escapa.

Miro de reojo a Nora, que mira al frente con la mandíbula apretada. El agua le resbala del pelo hasta los hombros desnudos, haciéndola tiritar. A pesar de todo, tengo el impulso absurdo de arroparla con mi chaqueta.

—Ponte la ropa —ordeno en su lugar, sin apartar la vista de la carretera—. No te voy a meter en el almacén medio desnuda.

Por el rabillo del ojo la veo agacharse a por la ropa a sus pies. Vacila y luego me mira.

—No me voy a cambiar en el coche con tú mirándome —dice, con la voz más firme de lo que esperaba.

Suelto una carcajada seca. —¿Y ahora te me pones pudorosa después de anoche?

Se le encienden las mejillas, pero endurece la mirada. —Para en algún sitio donde pueda cambiarme.

—No estás para exigir nada —le corto—. Dos minutos.

Oigo el roce al hurgar en la bolsa, el sonido suave de la tela deslizándose por la piel. Mantengo los ojos clavados en el parabrisas, luchando contra las ganas de mirarla.

—No te traicioné —dice en voz baja mientras se viste—. Nunca le di a mi padre ninguna información sobre tus envíos ni tu negocio.

No respondo. No puedo. Porque ahora mismo no sé qué creer.



Entro en el aparcamiento del almacén. La estructura enorme se alza delante, con las ventanas ennegrecidas y las cámaras de seguridad siguiendo nuestra llegada. Este lugar ha visto más sangre que muchos campos de batalla, y esta noche puede que sume más a su cuenta.

Nora está a mi lado, ya vestida con vaqueros y una camiseta sencilla, el pelo húmedo cayéndole sobre los hombros.

—Baja —ordeno, apagando el motor.

Obedece sin discutir, lo que solo me cabrea más. Quiero que pelee, que me dé una razón para soltar la rabia que me arde en las venas.

Le agarro del brazo, hundiendo los dedos en su piel mientras la llevo a la entrada. La puerta metálica se desliza para abrirse.

Dentro, el almacén se extiende en una vasta penumbra. Los contenedores forran las paredes, apilados hasta de tres en algunos puntos. Las luces de arriba arrojan charcos de claridad dura, dejando sombras entre medias.

Nico y Lorenzo están en el centro, y se vuelven cuando entramos. La cara de Lorenzo es sombría, pero los ojos de Nico arden con la misma furia que siento corriendo por mí.

—¿De verdad te la has traído aquí? —escupe Nico, acercándose a zancadas. Saca la pistola y se la apunta directamente a la cabeza a Nora—. ¿Después de lo que ha hecho?

—Tócala y te mato —digo, con la voz mortalmente tranquila mientras saco mi arma y se la apunto a él.

Nico se queda helado, con los ojos abiertos por la incredulidad. Despacio, aparta la pistola de Nora y me la apunta a mí en su lugar.

—Has perdido la puta cabeza —escupe, con la voz temblándole de rabia—. ¿Por qué? ¿Por una mujer? ¿La hija de Connor O'Sullivan?

Lorenzo se interpone, con las manos en alto. —¡Basta! Los dos, bajad las armas.—

Ninguno se mueve. Tengo el dedo sobre el gatillo, y veo la misma intención asesina en los ojos de Nico.

—Pietro —dice Lorenzo—. ¿Qué significa todo esto? Es la puta hija de Connor. El hombre que lleva meses atacando nuestros envíos.—

Nora abre la boca para hablar, pero Nico se gira hacia ella de un latigazo.

—Cállese la puta boca —le suelta—. Ni una palabra más de su boca.—

Me tiembla la mano con las ganas de estamparle el puño en la jeta a mi hermano pequeño. Lo único que me frena es Lorenzo entre nosotros, su calma como única barrera para que este almacén no se convierta en una carnicería.

—Baja el arma, Nico —ordeno, con la voz dura como el acero.

—¿Para qué? ¿Para que sigas protegiéndola? —La cara de Nico se retuerce de asco—. Te ha estado tomando el pelo desde el principio. ¿Cómo coño no lo ves?

—He dicho que la bajes. —Cada palabra cae como una losa.—

Lorenzo le pone una mano en el brazo a Nico. —Tenemos que hablarlo. Todos.—

Por un segundo creo que Nico va a apretar el gatillo igualmente. Luego, soltando una maldición, baja el arma.

—Esto es un error —murmura, dando un paso atrás.

No le quito ojo mientras enfundo la mía, sin fiarme de que mantenga la calma. La tensión se mastica en el aire.

—Finn O'Sullivan llamará en una hora —digo, con la voz controlada pese a la tormenta que llevo dentro—. Hasta entonces, nadie la toca.

—¿Quién coño es Finn? —exige Nico, con la cara torcida entre confusión y rabia.

Lorenzo, el hermano siempre diplomático, ocupa su papel natural. —Finn O'Sullivan. El hermano pequeño de Connor. Dejó la mafia hace años; se largó de todo. Hubo rumores de que lo habían matado por desertor, pero por lo visto no.—

—¿Y qué pinta Finn en esto? —Lorenzo se vuelve hacia mí, buscándome respuestas en la mirada.

Niego con la cabeza, sin conseguir encajar las piezas. —Ni puta idea. Estaba en el motel con Connor. Le pegó un tiro en el pie y mató a sus hombres, y luego me dijo que me la llevara. —Señalo a Nora con la barbilla—. Dijo que lo explicaría todo.—

—¿Y le creíste? —se burla Nico, paseando como un animal enjaulado—. ¿A un O'Sullivan?

—No sé qué coño creer —le escupo de vuelta.

—Yo también sé hablar, ¿sabéis? —sisea Nora—. Pero estáis demasiado ocupados peleándoos entre vosotros para escuchar.

Sus ojos arden de desafío, recordándome a la mujer que entró en mi despacho aquel primer día. Sin miedo pese al caos.

—Entonces hable —dice Lorenzo antes de que pueda pararlo. Su voz es calmada. Razonable. Todo lo contrario de lo que siento ahora mismo.

—No —gruño—. No quiero oír sus mentiras.—

—Pietro —Lorenzo me pone una mano en el hombro, el gesto firme—. Necesitamos información. Deja que hable.—

Me aparto de su toque, con la mandíbula tan apretada que me duele. Cada instinto me grita que no la escuche, que no deje que su voz vuelva a colarse bajo mi piel. Pero Lorenzo tiene razón. Tenemos que entender a qué nos enfrentamos.

—Vale —escupo, dándole la espalda. No puedo mirarle la cara mientras habla. No puedo arriesgarme a ver algo en esos ojos verdes que me vuelva a volver blando—. Hable.—

—Muchísimas gracias por permitirme hablar —dice Nora, con la voz chorreando sarcasmo—. Qué generosos sois todos.—

Sigo de espaldas a ella, con las manos cerradas en puños. Cada palabra que sale de su boca me retuerce como un cuchillo en las tripas.

—Empezaré por el principio —continúa—. Un día descubrí que mi prometido, Declan, me estaba usando para conseguir información sobre el negocio de mi padre. Llevábamos tres años juntos, y todo ese tiempo él trabajaba con los Murphy.—

El nombre me sacude.

Los putos Murphy.

—Cuando lo enfrenté con las pruebas que reuní, intentó matarme. Me estranguló en el suelo de nuestro piso. —La voz le tiembla apenas—. Conseguí darle con una lámpara y salí corriendo. Lo primero que hice fue llamar a mi padre.—

Oigo su risa amarga a mi espalda.

—¿Sabéis qué le dijo Connor O'Sullivan a su única hija cuando le contó que acababan de intentar asesinarla? «Arréglate tu propio desastre». Y me colgó.—

A pesar mío, me vuelvo a mirarla. Tiene los ojos duros, brillando con lágrimas contenidas y furia.

—Mi propio padre me dejó morir —dice plana—. Así que fui con la única familia que me quedaba: el tío Finn. Me sacó de Boston, me montó una nueva identidad. Nora Kelly.—

Lorenzo la observa con mirada calculadora. —¿Y casualmente la mandó a trabajar con nosotros? ¿Con los enemigos de su familia?—

—Esa es la parte que nunca entendí —admite Nora—. Le pregunté por qué no me dio dinero para desaparecer. Empezar de cero en otro sitio. Dijo que necesitaba protección, y que los Sartori

eran la única familia con poder suficiente para mantenerme a salvo si Declan me encontraba.—

—Mierda —escupe Nico.

—Estoy de acuerdo —le corta—. Sabía que había algo más, pero estaba desesperada. Declan conocía todos mis contactos, todos mis escondites. Necesitaba desaparecer del todo.—

La cabeza me va a mil, intentando descifrar el plan de Finn. ¿Por qué mandarnos a la hija de Connor?

—No compartí ni una sola información con nadie —prosigue Nora, con la voz cada vez más firme—. Ni con Finn, ni con mi padre, ni con nadie. No les conté envíos, ni horarios, ni seguridad. Nada.—

—Entonces ¿cómo cojones acertaron los irlandeses cinco de nuestros envíos al milímetro? —exige Nico.

—No lo sé —responde, sosteniendo su mirada—. Pero no fue por mí.—

—¿Pretende que nos creamos eso? —por fin hablo, con la voz áspera de rabia—. ¿Que fue casualidad? ¿Aparece usted y de repente los O'Sullivan saben exactamente dónde golpearnos?

—No pretendo que os creáis nada —me devuelve—. Pero es la verdad. Intentaba empezar de cero, no espiar para el padre que me abandonó.—

Sus palabras quedan flotando entre nosotros. Le rastreo la cara buscando mentiras, el más mínimo atisbo de engaño. Pero solo veo la misma franqueza feroz que me atrajo desde el principio. A menos que esta sea la cara de la Nora mentirosa.

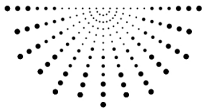
—Si quisiera ayudar a mi padre, ¿por qué habría me acostado contigo? —pregunta, bajando la voz—. ¿Por qué me habría permitido…? —Se detiene, negando con la cabeza—. Huía de mi pasado, no trabajaba para él.—

Lorenzo da un paso adelante. —¿Y esta noche? ¿Cómo dio Connor contigo en ese motel?—

—No tengo ni idea —dice Nora—. Llamé a Finn cuando escapé de la oficina. Envió a alguien a recogerme y me llevó al motel. No llamé a Connor. No he hablado con él desde la noche en que Declan intentó matarme.—

El almacén se queda en silencio mientras todos procesamos sus palabras.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



NORA

Me siento en la silla plegable de metal, con las manos aferradas a los bordes. El almacén parece cerrarse sobre mí. Paredes de hormigón, vigas de acero y tres hermanos Sartori decidiendo mi destino.

Nico no ha dejado de fulminarme con la mirada desde que terminé de hablar. Sus ojos arden con un odio tan intenso que casi puedo sentirlo abrasándome la piel. Sospechó desde el principio, vigilándome como un halcón mientras los demás aceptaban mi presencia. Ahora se le ve vindicado, como si solo estuviera esperando permiso para pegarme un tiro en la cabeza.

—Esto es de lo más conveniente —dice, con la voz goteando veneno—. Un cuentecito perfecto para justificarlo todo.

No respondo. ¿Para qué? Ya ha decidido que soy culpable.

Lorenzo está de pie con los brazos cruzados, la expresión más pensativa que asesina. Gracias a Dios está aquí. Sin su presencia calmada, no estoy segura de que aún estaría respirando.

—Deberíamos esperar a la llamada de Finn antes de sacar conclusiones —dice Lorenzo, posando una mano en el hombro de Nico—. Hay demasiadas piezas que faltan.

Nico se zafa. —Es la hija de Connor O'Sullivan. Es la única pieza que importa.

Mis ojos se van a Pietro, pero se niega a mirarme. Está con la espalda medio vuelta, mirando la pared como si allí estuvieran todas las respuestas que busca.

El silencio se estira entre nosotros, pesado y asfixiante. Cuento los segundos en mi cabeza, intentando mantener la respiración controlada. Un minuto. Dos. Cinco.

Cuando por fin suena el teléfono de Pietro, casi doy un salto. Lo saca del bolsillo, mira la pantalla y pone el altavoz.

—Estás en altavoz, Finn —dice Pietro, con la voz fría—. Mis hermanos están aquí. Y tu sobrina.

—Bien —la voz de Finn crepita por el altavoz—. Me alegro de que estéis juntos. Hay mucho que explicar.

—Pues empieza a explicar —exige Pietro.

—Lo haré —dice Finn—. Pero antes, Nora, necesito que sepas algo. Tu madre te quería muchísimo.

Parpadeo, la confusión cubriéndome como una ola. —¿Qué tiene que ver mi madre con nada de esto? Lleva muerta quince años.

—Siobhan estaba intentando sacaros a las dos —continúa Finn—. No quería esa vida para ti. Estaba trabajando con…

—Basta —le corto, con la paciencia partiéndose como una rama seca—. No necesito un cuentito emotivo sobre las intenciones de mi madre. Necesito hechos, tío Finn. Estoy sentada en un almacén con tres hombres que podrían matarme en cualquier momento, así que déjate de sentimentalismos y cuéntanos qué está pasando de una vez.

Mi voz resuena en el espacio cavernoso. Lorenzo alza una ceja, casi impresionado por mi arrebato. La mirada de Nico se vuelve aún más feroz. Pietro por fin se gira para mirarme, con una expresión indescifrable.

—Tienes razón —suspira Finn—. Los hechos primero.

Me agarro al borde de la silla mientras la voz de Finn llena el almacén.

—Nora, hay algo que necesitas saber sobre tus padres —dice Finn, con una voz cargada con lo que suena a años de culpa—. Hace veintiséis años, Connor se suponía que iba a casarse con Siobhan. Fue un arreglo. Una unión entre familias.

Siempre supe que el matrimonio de mis padres fue estratégico.

—Connor la quería, la quería de verdad —prosigue Finn—. Pero cuando conocí a Siobhan…

La pausa se alarga entre nosotros, y de pronto sé lo que viene antes de que lo diga.

—No pude evitarlo. Me enamoré de ella.

Se me escapa el aire de los pulmones de golpe. Miro el teléfono en la mano de Pietro como si se hubiera convertido en algo ajeno, extraño.

—Y Siobhan… —la voz de Finn se quiebra un poco—. Siobhan también se enamoró de mí.

Mi mente corre, intentando procesar lo que está diciendo. Mi madre y mi tío. El hermano de mi padre.

—Tuvimos una aventura durante dos años —confiesa Finn—. Luego se quedó embarazada.

Abro la boca, pero no sale sonido alguno.

—Me dijo que era mejor no continuar —dice Finn—. Que teníamos que terminar por el bien de todos.

Lorenzo susurra: —Joder—, su compostura por fin resquebrajándose.

Las piernas me fallan y me hundo de nuevo en la silla, temblando sin control.

—Permanecimos separados tres años —continúa Finn—. Pero no pudimos. No pudimos mantenernos alejados el uno del otro. Al final, Siobhan le pidió el divorcio a Connor.

Niego con la cabeza, intentando darle sentido a esta revelación. Todos esos años, todos esos recuerdos de mis padres…

—Connor la quería muchísimo —dice Finn, y su voz se endurece —. No podía dejarla marchar. Amenazó con quitarte de su lado si se

iba. Dijo que se aseguraría de que no te volviera a ver. Por eso se quedó, Nora. Se quedó para protegerte a ti.

—No lo entiendo —susurro, apenas audible—. ¿Qué estás diciendo?

—Nora, por favor —la voz de Finn cruje por el altavoz—. Déjame terminar.

Aprieto los labios, intentando controlar los temblores que se han adueñado de mi cuerpo. Los tres hermanos Sartori permanecen inmóviles, presenciando la destrucción de todo lo que creía saber de mí misma.

—Tras la muerte de tu madre —continúa Finn, con la voz pesada de dolor—, su abogada contactó tanto con Connor como conmigo. Siobhan nos había dejado cartas.

El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que todos en el almacén pueden oírlo.

—Se hizo una prueba de ADN, Nora.

La sala me da vueltas. Cierro los ojos, deseando desesperadamente poder bloquear sus palabras, pero aun así me atraviesan.

Hay una larga pausa.

La voz de Finn regresa, suave pero firme. —Soy tu padre, Nora. No Connor.

Me doblo sobre mí misma, con un sonido estrangulado escapándose de mi garganta. ¿Todos esos años? ¿Toda mi identidad?

Todo era mentira.

—Sabía que venía algo horrible —consigo decir entre lágrimas—. Pero esto…

—Ahí fue cuando tomé la gran decisión —continúa Finn—. Estabas tan unida a Connor. Le adorabas, le seguías a todas partes. Sabía que no podía quitarte también de su lado, no después de Siobhan. Por eso dejé la mafia, dejé Boston.

Alzo la vista, con la visión borrosa por las lágrimas, para ver a Pietro mirándome.

—Connor estuvo a punto de matarme cuando se enteró de la verdad —admite Finn—. Tenía todo el derecho. No es tan cruel como

parece, zorrita. No podía matar a su propio hermano, ni siquiera por esto. Pero tampoco podía perdonarme.

Zorrita. El apodo de la infancia que siempre me hizo sentir especial, protegida. Ahora me parece otra mentira más.

No puedo hablar. Las lágrimas me corren por la cara. Los hermanos Sartori no hacen el menor ruido. Permanecen como estatuas, presenciando el deshilacharse completo de mi vida.

Todo lo que creía saber de mí ha cambiado. Mi padre no es mi padre. Mi tío es mi padre. Mi madre traicionó a su marido con su hermano. ¿Y yo? ¿Quién soy ahora?



PIETRO

Miro a Nora mientras se desmorona ante mis ojos. Su mundo entero acaba de hacerse añicos con unas cuantas frases. La mujer feroz y desafiante que me plantaba cara a cada paso ahora está rota, con lágrimas corriéndole por la cara.

Siento el impulso de cruzar la sala, estrecharla entre mis brazos, protegerla de este dolor. Pero me contengo. No puedo fiarme de que no sea toda una representación elaborada. La hija de Connor O'Sullivan —o no, por lo visto— sentada en mi almacén, llorando por una revelación que no cambia nada del hecho de que mis envíos han sido golpeados cinco veces con una precisión perfecta.

El silencio se estira, pesado y asfixiante, hasta que Nico por fin lo rompe.

—¿Y qué coño tiene vuestro drama familiar que ver con nosotros? —pregunta—. Vale, eres su padre biológico. Connor no lo es. ¿Qué cambia eso en nuestra situación?

Finn suspira por el altavoz. —Eso es lo último que me faltaba por decir.

Me tenso, preparándome para la bomba que va a soltar ahora.

—Siobhan tenía una mejor amiga —continúa Finn—. Una mujer a la que conoció en… circunstancias de las que no me corresponde hablar.

Algo frío me recorre la espalda. Una premonición.

—Se llamaba Giulia.

—Mierda —susurro, encajando de pronto las piezas con una claridad nauseabunda.

La cabeza de Lorenzo gira hacia mí de golpe, con los ojos muy abiertos.

—Cuando Siobhan murió —prosigue Finn—, necesitaba hablar de ella con alguien. Como no podía hablar con Nora, mantuve el contacto con Giulia a lo largo de los años.

—Giulia —repito. La mujer que ha sido como una segunda madre para mí.

Nora me mira, con la confusión mezclándose con su dolor. Aún no entiende la trascendencia de esto.

—Giulia ha trabajado para nuestra familia más de treinta años —explico, con la voz hueca—. Prácticamente nos crió desde que nuestra madre enfermó.

—¿Estás diciendo que Giulia ha estado pasando información a los irlandeses? —exige Nico, con el rostro encendido de ira.

—No —dice Finn con firmeza—. Giulia jamás traicionaría a vuestra familia. Os quiere demasiado a todos.

—Por Dios, joder —gruño, pasándome una mano por el pelo—. ¿Qué estás diciendo, Finn? Deja de andarte por las ramas.

—Si dejarais de interrumpirme —salta Finn por el altavoz—, podría explicarlo todo.

—Habla —ordeno, con la voz cayendo a ese registro peligroso que hace que mis hombres se pongan firmes—. Ahora.

Finn suspira. —No podía dejar que Nora viniera directamente a mí cuando huyó de Boston. Declan habría sabido exactamente dónde buscarla.

Los hombros de Nora se sacuden con sollozos silenciosos. Lucho contra el maldito impulso de ir hacia ella.

—Tiene veintitrés años —prosigue Finn, con la voz quebrándose un poco—. Ha vivido toda su vida creyendo que Connor es su padre. No podía soltarle esto de golpe mientras huía por su vida.

Lorenzo se acerca a mí, con expresión pensativa. —¿Así que llamaste a Giulia?

—Sí —confirma Finn—. Cuando Nora me llamó aquella noche, aterrada y sangrando, recurrí a Giulia. Al principio no pudo ayudar mucho. Estuve mandando a Nora de bar en bar hasta que encontramos algo lo bastante bueno. Luego mencionó que Pietro necesitaba una secretaria. Solo eso.

—La envié allí porque sabía que, de un modo u otro, Giulia estaría cerca de ella —explica Finn—. El plan era simple: Nora trabajaría unos meses, reuniría suficiente dinero y desaparecería a algún lugar donde Declan nunca la encontrara.

Nadie es capaz de hablar.

—Tenéis una fuga de información —dice Finn de pronto, cambiando de tema—. Pero no tiene nada que ver con Giulia ni con Nora. He estado intentando averiguar quién os está golpeando los envíos. Connor ha estado demasiado ufano, y los Murphy han estado recibiendo demasiada información.

Nico da un paso al frente, con el rostro duro. —¿Y se supone que debemos creerte sin más?

—Me importa una mierda lo que creáis —replica Finn—. Pero Nora es inocente. Ella nunca te traicionó, Pietro. Ni una sola vez.

Miro a Nora, la miro de verdad. La mujer que puso orden en mi caos de oficina, que no pestañeó cuando le apuntaron con pistolas a la cabeza, que gimió mi nombre anoche mientras reclamaba cada centímetro de ella. ¿Fue todo una mentira?

Sus ojos se encuentran con los míos, anegados en lágrimas pero aún desafiantes. Aún Nora.

Nora por fin habla, con la voz en carne viva. —¿Por qué no me diste simplemente dinero? ¿Para qué este plan tan rebuscado?

El dolor en su voz me atraviesa.

La voz de Finn se quiebra cuando responde a Nora. —Estoy completamente en la ruina. Bueno, no es algo de lo que esté orgulloso. Después de perderos a ti y a tu madre, me volví alcohólico.

La confesión queda suspendida en el aire. Observo el rostro de Nora mientras procesa esta información, otro golpe más encima de todo lo demás.

—Ahora trabajo en dos empleos para devolver deudas a gente que me prestó a lo largo de los años —añade Finn, con la voz cargada de vergüenza—. Llevo un año en rehabilitación.

Los hombros de Nora se hunden aún más. Cualquier fantasía que pudiera tener de escaparse con su recién descubierto padre acaba de hacerse trizas. Siento una mezcla extraña de emociones: alivio porque no puede huir con él, rabia por cómo este hombre la ha fallado y un inesperado arrebato de protección hacia ella.

—¿Dónde está Connor ahora? —pregunto. Necesito saber dónde está mi enemigo, especialmente si está herido y furioso.

—Vuelve a Boston; le disparé sin saber que te estaba apuntando a ti. Pensé que estaba apuntando a Nora por algún motivo. En fin —dice Finn—. Se comunicará contigo en dos días, y decidís cómo resolvéis la guerra que tenéis entre vosotros.

Lorenzo se acerca, con sus instintos diplomáticos activándose. —Esto podría ser una oportunidad, Pietro.

Nico resopla. —¿Una oportunidad para qué? ¿Para que nos embosquen?

Alzo la mano y los hago callar a ambos. La mente me va a mil, calculando posibilidades, amenazas, ventajas. Connor cree que Nora es su hija. La verdad sobre su paternidad no cambia lo que siente: él la crió, ella lleva su apellido. La querrá de vuelta, aunque solo sea por orgullo.

Y luego está la propia Nora. Echo un vistazo hacia ella, sentada, rota pero de algún modo aún desafiante. En cuestión de horas, lo ha perdido todo.

—Finn —digo, con la voz dura—. Me encargaré de Connor cuando se ponga en contacto. Hasta entonces, Nora se queda conmigo.

—Pietro… —empieza a protestar Finn.

—Eso no es negociable —le corto—. Tú la enviaste conmigo. Ha estado trabajando para mí. Se queda conmigo hasta que esto se resuelva.

Prefiero no mirar demasiado de cerca por qué insisto tanto en esto. Me digo que es estratégico: mantener a Nora me da ventaja con Connor. Pero la verdad es más complicada, y aún no estoy listo para afrontarla.

—Es mi hija —dice Finn, con una nota de desesperación en la voz.

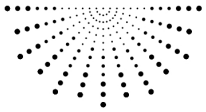
—Un hecho que le ocultaste durante veintitrés años —le recuerdo con frialdad—. No puedes venir ahora a exigir derechos de padre.

Miro a Nora, esperando que proteste, que exija su libertad. Pero solo se queda ahí, mirando a la nada, como si se le hubiera escapado por completo hasta el último aliento de lucha.

—Dos días —le digo a Finn—. Nos pondremos en contacto.

Corto la llamada antes de que pueda responder.

CAPÍTULO VEINTICINCO



NORA

La voz de Nico. Un zumbido agudo y furioso. Algo sobre muelles. La respuesta de Pietro es un rumor grave que siento en la silla metálica, pero las palabras se disuelven antes de llegarme.

Sonido sin sentido. Miro mis manos. No parecen mis manos. Veintitrés años.

Una risa histérica me burbujea en el pecho. Quiere abrirse paso a arañazos, convertirse en un grito. Todas esas películas. Las revelaciones dramáticas. Siempre pensé, *qué falso*.

Nadie se desmorona así.

Pero yo sí. Me estoy deshaciendo aquí mismo.

Mi padre no es mi padre.

Mi tío... es mi padre.

Una mentira. Cada recuerdo, cada abrazo, cada historia. El pensamiento da vueltas, un buitre en mi cabeza.

Mentira. Mentira. Mentira.

Al menos ahora entiendo por qué cambió después de que mamá murió. El hombre que había sido cálido y protector se volvió frío y

distante. No era duelo, era rabia. Le obligaron a seguir criando a la hija de su hermano, el recordatorio vivo de la traición de su esposa.

—¿Nora?—

La voz de Lorenzo atraviesa mi espiral. Está acuclillado frente a mí, sus cálidos ojos castaños llenos de preocupación. ¿Cuándo se ha movido?

—¿Estás bien?—

La pregunta queda suspendida entre nosotros. ¿Estoy bien?

Abro la boca para responder, pero no sale nada. ¿Qué palabras existen para esto?

La mano de Lorenzo flota cerca de mi hombro, sin llegar a tocar. —Estás en shock. Es comprensible.—

Pasos pesados raspan el hormigón. Pietro. Su presencia me llena la visión: traje oscuro, movimientos contenidos, esa violencia apenas contenida que le rodea como si fuera colonia.

—Necesita descansar —afirma—. Es tarde.—

Tarde. ¿Sí? El tiempo se ha vuelto elástico, se estira y se comprime. Por lo que sé, el almacén podría estar suspendido en una medianoche permanente.

—¿Dónde?— Mi voz se quiebra en la única palabra. ¿Adónde voy? Mi piso no es seguro. Mi familia... ¿qué familia? El padre que no es mi padre me dejó sola cuando le necesité. El padre que sí es mi padre no es una opción por ahora. No tengo adónde ir.

—A la finca.—

Las palabras suenan planas. Una sentencia. La finca.

El recinto de los Sartori con sus muros y guardias y habitaciones que empequeñecen todo mi piso. El lugar donde cené hace apenas unos días, fingiendo ser Nora Kelly, secretaria.

Antes de ser Nora O'Sullivan, hija perseguida. Antes de convertirme en Nora Nadie, un accidente biológico.

Nico cambia el peso de un pie a otro, su desaprobación irradia como calor. —Pietro…—

—Está decidido.—

Los hermanos se intercambian una de esas miradas cargadas que contienen conversaciones enteras. Lorenzo asiente despacio. La

mandíbula de Nico trabaja como si masticara palabras que no va a decir.

Pietro me tiende la mano. —Vamos.—

Me quedo mirando la misma mano que me apuntó con un arma hace horas, que me agarró del cuello en el baño del restaurante, que anoche dibujó formas en mi piel. ¿Cuántas versiones de él existen? ¿Cuántas versiones de mí?

Me tiemblan las piernas al ponerme en pie sin coger su mano extendida. La nave se inclina levemente, y la mano de Pietro vuela para estabilizarme, sus dedos rodean mi brazo. El contacto atraviesa la tela de la camisa como fuego.

—Puedo caminar.—

No me suelta. —Lo sé.—

Una puerta metálica chirría al abrirse. El aire frío me abofetea la cara. Asfalto roto bajo mis zapatos. Luego la mano de Pietro está en mi espalda baja, una presión firme que me guía. Un todoterreno negro espera al ralentí en la oscuridad.

Abre la puerta del pasajero. Subo, con movimientos mecánicos. La puerta se cierra con un golpe amortiguado que suena a definitivo.

Pietro se desliza tras el volante. El motor ronronea al cobrar vida y nos alejamos del almacén.

Conducimos en silencio durante diez minutos antes de que Pietro hable.

—Giulia debería habérmelo dicho.—

Las farolas atrapan su perfil a fogonazos.

—Ella montó esto. Tú. El trabajo —las palabras salen tensas, forzadas—. Lleva tantos años con nosotros y no me lo dijo.—

No respondo. ¿Qué puedo decir? ¿Que Giulia me protegía? ¿Que honraba la memoria de mi madre? ¿Que en este mundo que habitamos todos le mienten a todos?

—Entiendo por qué lo hizo —admite Pietro con voz áspera—. Necesitabas ayuda. Ella conocía a Finn. Tiene sentido.—

Está intentando convencerse. Reconozco el tono; yo misma lo he usado al intentar racionalizar traiciones.

—Pero debería habérmelo dicho. Después de que empezaras a trabajar para mí, después de…— Se corta a sí mismo.

¿Después de qué? ¿Después de que me besara? ¿Después de que acabara en su cama?

Las verjas de la finca se alzan delante, hierro ornamentado envuelto en sombras. El guardia nos hace pasar sin detenernos. La mandíbula de Pietro se tensa mientras subimos por el largo y serpenteante camino. La fuente de la rotonda está iluminada desde abajo, el agua cae en una perfección milimetrada.

Aparca cerca de la entrada principal. Ninguno de los dos se mueve.

—Lo hizo por bondad —mi voz suena hueca—. Todos en esta historia actuaron por amor o por bondad o por protección, y mira adónde nos ha llevado.—

Pietro se gira a mirarme de lleno por primera vez desde que salimos del almacén. Sus ojos escudriñan mi cara.

—No lo sabías. Nada de esto.—

No es exactamente una pregunta, pero contesto igualmente. —No.—

Asiente una vez y sale del coche. Le sigo, con las piernas más firmes ahora pero aún traicioneras. La puerta principal se abre antes de que lleguemos.

Giulia está en el umbral, recortada por la luz cálida del vestíbulo. Entrelaza las manos y su rostro lleva el peso de quien sabe que por fin ha llegado la tormenta. Lleva su sencillo vestido y su rebeca de siempre, pero de algún modo parece mayor que esta mañana. ¿O fue ayer? El tiempo ha dejado de tener sentido.

—Pietro, Nora…—

—Me voy a mi cuarto.—

La voz de Pietro corta lo que fuera que Giulia planeaba decir. Pasa a su lado sin cruzar la mirada con ella.

El rostro de Giulia se descompone un instante antes de recomponerse. —Pietro, por favor…—

Se detiene pero no se vuelve. —Esta noche no, Giulia. No puedo… esta noche no.—

Sus zapatos repican con brusquedad en el suelo mientras desaparece escaleras arriba. Una puerta se cierra en algún lugar sobre nosotros, y el sonido reverbera por el espacio inmenso.

Giulia y yo nos quedamos en el vestíbulo, la lámpara de araña proyecta luz prismática por las paredes. Me mira con unos ojos que contienen demasiada comprensión.

—Lo sabes.— No es una pregunta.

—Finn me ha llamado después de hablar con todos vosotros —su voz es suave, maternal—. Ven, cara. Necesitas comer y descansar.—

—No tengo hambre.—

—Lo sé. Pero tu cuerpo necesita combustible incluso cuando tienes el corazón roto.—

Me guía por la casa, más allá del salón formal con sus muebles forrados de seda, más allá del despacho donde Pietro toma sus decisiones oscuras. La cocina está cálida y huele a ajo, a albahaca y a hogar, incluso a estas horas.

—Siéntate —señala un taburete en la isla enorme—.—

Obedezco porque es más fácil que discutir. Se mueve por la cocina con eficiencia aprendida, calienta algo en el fuego, corta pan. El olor a ajo y albahaca es tan normal que me hace dar vueltas la cabeza.

—Tu madre… —la voz de Giulia es espesa. Me da la espalda, las manos ocupadas en los fogones—. Siobhan era… era mi única amiga de verdad. La echo de menos cada día.—

Me coloca delante un cuenco de sopa. Minestrone, espesa de verduras y alubias. El vapor asciende, trayendo aromas que me recuerdan a ser joven y estar a salvo.

—Ella habría odiado esto. Quería protegerte de todo esto. De familias como las nuestras —Giulia se sienta frente a mí, las manos curtidas planas sobre el mármol—.—

—Familias como las nuestras —remuevo la sopa sin comer—. Ya no sé ni a qué familia pertenezco.—

—Primero te perteneces a ti misma —Giulia alarga la mano por encima de la encimera, pero se queda a medio camino de tocarme —. Eso diría Siobhan. Eso lo aprendió demasiado tarde.—

El nombre de mi madre en la boca de Giulia me hace doler el pecho. Esta mujer la conocía, de verdad la conocía, de formas que yo nunca. Las preguntas se me amontonan en la garganta, pero no puedo formularlas. Aún no.

—Pietro es un buen hombre —Giulia lo dice como una oración—. Lo ha roto la pérdida, lo ha endurecido la necesidad, pero debajo sigue estando el chico que me ayudaba en esta cocina, el que lloró cuando se le murió su pez dorado.—

—Ahora no confía en mí.—

—No confía en sí mismo. Hay diferencia —se levanta y va a un armario—. Le importas. Le conozco desde que era recién nacido.—

—Eso fue antes de saber que llegué aquí a base de mentiras.—

—Tú no mentiste. Te colocaron aquí personas que intentaban protegerte —vuelve con un vaso de líquido ámbar—. Whisky. Te ayudará a dormir.—

Doy un sorbo. Quema. No tanto como quema mi corazón al romperse en pedazos.

—Finn amó a tu madre desesperadamente —la voz de Giulia baja casi a un susurro—. Y ella le amó a él. Pero te amó a ti más. Todo lo que hizo, cada decisión que tomó, fue para mantenerte a salvo y entera.—

—Se quedó con un hombre al que no amaba. Por mí.—

—Se quedó con un hombre que amenazó con quitarte de su lado. No te culpes, Nora. Eres la única en esta historia a la que no se puede culpar.—

El whisky extiende un calor por mi vientre, pero no alcanza el frío que se me ha instalado en los huesos.

—¿Dónde voy a dormir?—

—En el dormitorio de invitados azul. Como antes.—

No respondo. Sé que no voy a dormir.

—Ven. Necesitas descansar.—

Me conduce escaleras arriba, por el pasillo. El dormitorio de invitados azul está exactamente como lo dejé. Elegante e impersonal. Mi maleta reposa en el banco al pie de la cama, mi bolso del portátil a su lado.

—Hay toallas limpias en el baño. El teléfono de la casa conecta directamente con mi habitación si necesitas algo.—

Se detiene en la puerta, la mano en el marco.

—¿Giulia?—

Se vuelve de nuevo.

—¿Alguna vez se arrepintió mi madre? ¿De quedarse?—

Se le suaviza el rostro con el recuerdo y la pena. —Cada día. Y nunca. Eso es lo que nos hace el amor: nos vuelve capaces de sostener contradicciones sin quebrarnos.—

Cierra la puerta con suavidad a su espalda, y el clic del pestillo suena tan alto como un disparo en el silencio.

Permanezco en medio de la habitación enorme. La habitación de una desconocida. La vida de una desconocida.

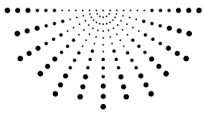
Camino hasta el espejo dorado sobre la cómoda. La mujer que me mira es un fantasma. Piel pálida, ojos acosados. Enrojecidos y vacíos.

¿Quién eres?

La pregunta queda suspendida en el silencio, sin respuesta. No la conozco. No sé cómo se llama.

No soy nadie. Y estoy absoluta, aterradoramente sola.

CAPÍTULO VEINTISÉIS



PIETRO

La puerta del dormitorio se cierra de un portazo. El crujido de la madera contra el marco reverbera en el silencio. Mi chaqueta cae hecha un ovillo al suelo.

Voy y vengo hasta las ventanas que dan al lago. Agua negra que se extiende hasta el horizonte, sin reflejar nada.

Giulia.

Giulia lo sabía. Todo este tiempo, sabía exactamente quién era Nora, de dónde venía, por qué necesitaba el trabajo. Orquestó absolutamente todo con Finn O'Sullivan mientras yo hacía el papel de idiota, creyendo que tenía el control.

Mi palma golpea el marco de la ventana. La madera se queja pero no se astilla. Hecha para durar. Como yo.

La hija de Connor O'Sullivan. Las palabras se repiten en mi cabeza con la voz de Nico, afilada, acusatoria. Excepto que no lo es. Es hija de Finn, lo que hace que toda esta situación sea aún más retorcida. Una mujer huyendo de un padre que no es su padre,

protegida por un padre que no sabía que era su padre, puesta en mi camino por una mujer a la que trato como a una madre.

Confianza. Una palabra que esta noche ha perdido todo significado.

Me acerco al carrito del bar y me sirvo un vaso de whisky. El ardor bajando por mi garganta no aclara nada. Lo único que hace es recordarme la cara de Nora cuando se enteró de la verdad. Ese desmoronarse completo, como ver romperse un espejo a cámara lenta.

Pero no vino a hacerme daño. A mi familia.

El pensamiento atraviesa la rabia. Con mi pistola en su sien, la verdad estaba ahí mismo, en sus ojos. Puto terror, no engaño.

He vuelto a dejar que la ira me controle. Me doy asco a mí mismo.

Joder, ¿qué más da lo que pensara? Sigue siendo una O'Sullivan. Sigue conectada a la familia que ha estado atacando nuestros envíos. Sigue—

¿Sigue qué? ¿Sigue siendo la mujer que puso orden en mi desastre de despacho? ¿La que me planta cara cuando todos los demás se encogen? ¿La que me hizo sentir algo más que culpa y rabia por primera vez desde que Pablo murió?

Apuro el whisky y dejo el vaso con tanta fuerza que casi se agrieta. Otra cosa rota. A la lista.

La casa está demasiado silenciosa. Aunque la familia esté desperdigada por las habitaciones, se siente vacía. O quizá soy yo. Quizá llevo vacío tanto tiempo que he olvidado cómo se sentía ser otra cosa.

Excepto en esos momentos con ella. En mi despacho, su cuerpo bajo el mío. En el coche, su mano a centímetros de la mía. Esos momentos en los que el vacío se retiraba, solo un rato.

Empiezo a pasear otra vez, mis pasos amortiguados por la alfombra gruesa. La habitación se siente más pequeña en cada vuelta, las paredes cerrándose. La camisa se me pega a la espalda por el sudor a pesar del aire frío que se cuela por las ventanas.

¿Qué pasa ahora? Connor nos contactará en cuarenta y ocho horas, tal y como le he dicho a Finn. La querrá de vuelta, aunque

solo sea por orgullo.

Ventaja estratégica. En eso debería estar pensando. Cómo usar su conexión para ganar ventaja. Cómo acabar con esta guerra con los irlandeses. Cómo proteger los intereses de la familia.

En cambio, lo único que veo es su cara en ese almacén.

¿Cuándo me he convertido en este hombre? ¿Cuándo ha pasado a ser más importante protegerme a mí que proteger a los demás?

La respuesta llega al instante: el día que Pablo murió. El día que aprendí que querer a alguien es darle al universo un arma para usarla contra ti.

Pero Nora me hace creer que podría ser mejor.

Nora me hace *sentir*.

Esa es la verdad que he estado esquivando toda la noche. Me hace sentir cosas que creía haber matado de una vez por todas. No solo deseo, aunque Dios sabe que de eso hay de sobra.

Sino cosas más suaves. Instintos protectores que van más allá del territorio y la posesión. El impulso de verla sonreír. La necesidad de saber que está a salvo.

El deseo de sostenerla mientras se rompe y prometerle que, de algún modo, por imposible que parezca, todo irá bien.

Me muevo antes de decidir hacerlo. Mis pies cruzan la alfombra, el pelo denso tragándose cualquier sonido. Por el pasillo oscuro, pasando por la puerta de Lorenzo, con una fina línea de luz por debajo.

Probablemente leyendo, buscando paz en los libros como yo la busco en la violencia. La habitación de Nico está a oscuras: estará en su ordenador, analizando patrones, buscando amenazas.

La puerta de Vittoria está entornada, con el resplandor suave de varios monitores. Ya no duerme de verdad, no desde que Riccardo murió.

Cada uno de mis hermanos, encerrado en su propio mundo.

La habitación de invitados azul está al final del pasillo, separada de las estancias de la familia. Aislada.

Sola.

Como ella.

Me detengo ante la puerta, la mano alzada dispuesta a llamar. ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué consuelo puedo ofrecer cuando soy parte del motivo por el que está rota? Hace unas horas le apunté con una pistola. La acusé de traición. La amenacé con mi voz, con mis manos y con mi presencia.

Pero también está sola ahí dentro con un duelo que no tiene nombre. Pérdida de identidad, pérdida de familia, pérdida de sí misma. Conozco ese vacío. He vivido en él años.

Mis nudillos dan tres golpecitos en la madera, lo bastante suaves para no despertar la casa. No hay respuesta. Llamo otra vez, un poco más fuerte.

—¿Nora?

Sigue sin respuesta. Pero hay luz filtrándose por debajo de la puerta.

El pomo gira bajo mi mano.

Está sentada en el sillón enorme junto a la ventana, las rodillas encogidas contra el pecho, aún con la misma ropa del almacén.

El pelo le cae alrededor de la cara como un telón, pero puedo ver su reflejo en el cristal.

—Nora.

No se mueve. No reconoce mi presencia. Solo sigue mirando hacia la oscuridad, como si pudiera tragarla entera si observa el tiempo suficiente.

Cruzo la habitación. Cada paso, suave, para no asustarla. El suelo no cruje bajo mi peso. Me detengo junto a su sillón.

—Deberías dormir.

—No puedo. —Su voz suena hueca, desgarrada—. Todo lo que veo cuando cierro los ojos es a ella. A mi madre.

Me siento en el reposapiés frente a su sillón. Tan cerca, puedo ver los surcos de lágrimas en sus mejillas, cómo le tiemblan las manos sujetándose las rodillas.

—El amor fue real. —Las palabras me salen más ásperas de lo que pretendía—. Fuera lo que fuera mentira, el amor fue real. Tiene que serlo.

Por fin me mira—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque se quedó. Podría haber huido, llevarte a algún sitio donde Connor no pudiera encontrarte. Pero se quedó e interpretó el papel para mantenerte a salvo. Eso es sacrificio.

Nuevas lágrimas le resbalan por las mejillas. No se las seca; simplemente las deja caer.

—Ya no sé quién soy.

La confesión queda suspendida en el aire, una verdad tan cruda que parece que podría romperse. Alargo la mano despacio, dándole tiempo para apartarse, y le cojo una mano entre las mías. Tiene los dedos helados.

—Eres Nora. Lo bastante lista para detectar errores contables que mi propia gente pasó por alto. Lo bastante valiente para plantarme cara cuando todos los demás huyen. Lo bastante fuerte para sobrevivir a lo que rompería a la mayoría.

Mira nuestras manos unidas como si no acabara de asimilar el contacto—. ¿Por qué estás aquí?

—Porque ahora mismo no deberías estar sola.

—He estado sola toda mi vida. Solo que no lo sabía hasta esta noche.

Me pongo en pie, tirando de ella conmigo. Se resiste un segundo y luego se deja, desplegándose del sillón como si hubiera olvidado cómo funcionan las articulaciones.

—Ahora no estás sola.

La atraigo contra mi pecho, y se rompe.

La sostengo mientras dura, una mano enredada en su pelo, la otra pegada a su espalda. Es mucho más pequeña que yo, encajando contra mi cuerpo como si la hubieran diseñado para este lugar.

Sus lágrimas empapan mi camisa, calientes contra mi piel.

Aprieto los labios contra su pelo—. Te tengo —digo, las palabras como un retumbo grave en mi pecho—. Te tengo.

Las palabras se sienten como un voto. Más vinculante que cualquier acuerdo, más sagrado que cualquier juramento de sangre.

Pase lo que pase con Connor, con los irlandeses, con el negocio… nada importa tanto como este momento.

Pasan minutos u horas mientras ella llora veintitrés años de mentiras. Se me duermen las piernas de estar quieto, pero no me muevo. No cambio de postura. Solo la sostengo y la dejo romperse, sabiendo que a veces la única salida del duelo es rendirse por completo a él.

Al final, los sollozos se reducen a hipidos y luego a una respiración temblorosa. Se separa un poco, y la dejo, aunque mis brazos siguen flojos alrededor de su cintura.

—Lo siento. —Su voz es apenas un susurro.

—No.

—Tu camisa…

—A la mierda la camisa.

Eso le arranca una risita mínima, más aire que sonido, pero es algo.

Alza la vista hacia mí, y por un momento, simplemente existimos en este espacio. Tiene los ojos hinchados, la cara enrojecida de tanto llorar, y aun así es lo más bonito que he visto nunca.

No por cómo se ve, sino por lo que le veo por dentro: una fuerza que se niega a romperse del todo incluso ante las peores revelaciones.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta.

—Ahora descansas. Mañana afrontamos lo que venga.

Asiente y vuelve a apoyarse en mí. Esta vez la guío hasta la cama y retiro las sábanas.

—Quédate. —La palabra es un susurro, su mano cerrándose en mi muñeca—. Quédate, por favor. No quiero estar sola.

Me quito los zapatos con la punta del pie y me estiro sobre la colcha, la espalda contra el cabecero. Ella se acurruca enseguida a mi lado, la cabeza en mi pecho, el brazo cruzándome el estómago. Puedo sentir su respiración, el vaivén haciéndose más regular cuando por fin la vence el agotamiento.

—¿Pietro?

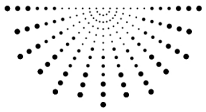
—¿Sí?

—Gracias.

Aprieto los labios contra la coronilla, aspirando el olor de su champú mezclado con lágrimas y el tenue rastro del almacén.

—Duerme, *tesoro*. Estoy aquí.

CAPÍTULO VEINTISIETE



NORA

Sus brazos alrededor de mí se sienten como salvación y condena. Debería apartarme. Debería recordar que hace horas me puso una pistola en la cabeza. Debería importarme que mi mundo entero acaba de hacerse añicos en pedazos demasiado pequeños como para volver a encajarlos.

En lugar de eso, me pego más, respirándolo.

—No puedo dejar de temblar —susurro contra su pecho, odiando lo débil que sueno, lo absolutamente destrozada que estoy.

La mano de Pietro sube a enmarcarme la cara, inclinándola hasta que no me queda otra que enfrentar esos ojos oscuros que lo ven todo.—Estás en shock, *tesoro*. Es normal.

Normal. No hay nada normal en esto. Ni descubrir que toda mi vida ha sido una mentira, ni ser hija de Connor O'Sullivan pero no de verdad, ni encontrar consuelo en los brazos de un hombre que debería ser mi enemigo.

—Haz que pare. —Las palabras se me escapan antes de poder atraparlas, crudas y desesperadas—. Por favor, Pietro. Haz que

sienta otra cosa. Lo que sea.

Se queda inmóvil.—Nora…

—No. —Le presiono los dedos contra los labios, notando el calor de su aliento en mi piel—. No me digas que está mal. No me digas que no estoy pensando con claridad. Todo eso ya lo sé.

Algo cambia en su expresión; el control cuidadoso se resquebraja y deja ver un hambre que me corta la respiración. Su mano baja de mi cara a mi garganta, sin apretar, solo posándose ahí como una promesa.

—No sabes lo que estás pidiendo.

—Sí que lo sé. —Giro el rostro hacia su palma y beso la piel áspera—. Te estoy pidiendo que me hagas sentir algo que no sea este vacío que aplasta. Que me demuestres que sigo viva, que sigo siendo real, que sigo…

Su boca choca con la mía, tragándose la súplica desesperada que estaba a punto de hacer.

Este no es el beso cuidadoso de un hombre que intenta consolar. Esto es posesión, reclamación, una marca que me señala como suya y al mismo tiempo me libera de todo lo demás.

Me derrito contra él, las manos aferradas a su camisa mientras profundiza el beso. Su lengua invade mi boca, y yo pruebo a whisky y peligro y promesas que probablemente romperá.

Cuando me muerde el labio inferior, jadeo, y él se traga también ese sonido, como si quisiera devorar cada parte de mí.

—¿Quieres olvidar? —gruñe contra mi boca, sus manos bajando a mi cintura, levantándome como si no pesara nada—. Haré que lo olvides todo excepto mi nombre.

Mi espalda cae sobre el colchón y él me sigue, su peso presionándome contra la superficie blanda. Por un momento, solo nos miramos, los dos jadeando, los dos reconociendo que estamos cruzando una línea que no se puede descruzar.

—Última oportunidad —dice con la voz áspera de la contención que le cuesta—. Dime que me vaya.

En lugar de eso, lo atraigo para otro beso, vertiendo toda mi confusión y mi dolor y mi necesidad desesperada en el contacto. Gime contra mi boca, su control por fin haciéndose añicos.

Sus manos están en todas partes. Enredándose en mi pelo, deslizándose por mis costados, empujando el dobladillo de mi camisa para encontrar piel ardiente debajo. Cada caricia enciende fuegos que no sabía que mi cuerpo podía producir; cada roce expulsa los pensamientos de traición y mentiras y veintitrés años de engaño.

—Pietro —jadeo cuando su boca se desplaza a mi garganta, cuando sus dientes raspan mi pulso de una forma que debería asustarme pero solo consigue que me arquee más hacia él.

—Dilo otra vez —ordena, sus manos trabajando en los botones de mi camisa con dedos que tiemblan ligeramente—. Di mi nombre.

—Pietro. —Sale en forma de gemido cuando encuentra piel sensible, cuando su boca sigue el camino que han abierto sus manos —. Por favor.

—¿Por favor qué, *bella*? —Se aparta para mirarme, y lo que veo en sus ojos me roba el aliento. No solo hambre, sino algo más profundo, más peligroso. Reconocimiento. Como si viera más allá de Kelly la secretaria, más allá de O'Sullivan, hasta algo esencial y verdadero—. Dime qué necesitas.

—A ti. —La confesión me sale rota y honesta—. Te necesito a ti y tu polla.

Me besa de nuevo, más suave esta vez pero igual de intenso. Sus manos me sujetan la cara como si fuera algo precioso, incluso cuando su cuerpo me presiona contra el colchón con un peso delicioso.

—Me tienes —murmura contra mis labios, y por un momento le creo—. Esta noche me tienes entero.

Cuando me quita la camisa por completo, me siento poderosa al oír cómo se le corta la respiración.

—*Bellissima* —exhala, sus manos deslizándose por mis costados con toques reverentes que me hacen tiritar—. Tan jodidamente perfecta.

Le busco la camisa, necesito sentir piel con piel, anclarme a algo real y presente. Me ayuda, tirándosela por la cabeza en un solo movimiento fluido, y oh, Dios, es hermoso. Todo aristas y planos duros. Con tatuajes que me enseñan un pedazo de él.

Poso los labios sobre la tinta, notándolo tensarse encima de mí.

—Nora. —Mi nombre sale estrangulado, herido.

—Yo también te veo —susurro contra su piel—. Al verdadero tú. Las partes rotas.

Me alza para un beso distinto a los demás: desesperado y crudo y lleno de algo que ninguno de los dos sabe nombrar. Cuando me vuelve a tender, cuando sus manos y su boca cartografían cada centímetro de piel disponible, se siente como adoración y destrucción a la vez.

—Necesito saborearte —gruñe, descendiendo—. Necesito deshacerte.

Cuando su boca me encuentra, grito, mis manos enredándose en su pelo. Es implacable, devoto, tocando mi cuerpo como si lo hubiera estudiado durante años en lugar de días.

Cada pasada de su lengua, cada caricia medida, me eleva más hasta que balbuceo su nombre, suplicando por algo que no sé articular.

—Así, *baby* —murmura contra la carne sensible.



PIETRO

Me aparto de su coño, con la boca hinchada por su sabor. Ella se arquea en la cama, un gemido escapando de esos labios perfectos.

Sus manos me agarran del pelo, intentando empujarme la cara de nuevo entre sus muslos.—No pares.

—Mírame —ordeno, con la voz más áspera que papel de lija.

Sus ojos, esas pozas verde oscuro llenas de confianza hecha trizas, se abren de golpe. Están salvajes, desesperados.

Lamo un camino por su vientre tembloroso, sobre la curva de su pecho. Su corazón martillea contra mi lengua. Encuentro su pezón, mamando con fuerza hasta que grita. Mi nombre. Siempre mi nombre.

Se agita debajo de mí.—Pietro… por favor.

—¿Qué necesitas, *bella*? —muerdo suave donde el cuello se junta con el hombro, sabiendo a sal y a Nora—. Dilo.

—A ti. A todo tú. Ahora. —Sus dedos resbalan por mi espalda, las uñas clavándose en el músculo.

Posesiva. Hambrienta. Se acabó la secretaria cuidadosa, la mujer que levantaba muros. Este es el fuego que sabía que vivía dentro de ella. La Nora real.

La beso entonces, hondo, forzándole la boca a abrirse. Me responde con la misma hambre, su lengua enredándose con la mía.

Gime en mi boca, sus caderas elevándose, restregándose contra la cresta dura de mi polla. La fricción es un suplicio exquisito. Rompo el beso, jadeando.—Lámeme —raspo, incorporándome sobre las rodillas, alzándome sobre ella.

No duda. Su lengua sale, recorriendo la vena gruesa que palpita por la parte inferior de mi polla.

Un escalofrío me sacude.—Joder.

Sus labios se cierran sobre el glande, mamando. Ajustados. Seda húmeda.

Gimo, echando la cabeza atrás, los dedos enredándose en su pelo. Me toma más hondo, su lengua arremolinándose.

Cada terminación nerviosa arde. La miro, la boca estirada alrededor de mí, esos ojos esmeralda mirándome de vuelta. Desafiando. Adorando. Destruyéndome. Mi control se deshilacha, rompiéndose hebra a hebra.

—Basta. —La arrastro fuera, mi polla reluciendo por su boca. Sus labios están hinchados, húmedos.

La volteo boca abajo, alzándole las caderas. Su culo es perfecto, redondo y pálido a la luz de la luna. Le abro las nalgas.—Ábrete.

Tirita pero obedece, hundiendo la cara en la almohada. Me inclino, mi lengua encuentra su entrada, probándola.

Da un respingo, un sollozo ahogado se le escapa.

Divina. Perfecta. Mía. Me doy un festín, lamiéndola, empujando la lengua dentro hasta que le tiemblan las piernas. Jadea, empujando hacia atrás contra mi boca. Suplicando sin palabras.

Le meto dos dedos en el coño empapado, curvándolos con fuerza contra ese punto dulce de dentro. Se arquea, un grito agudo rasgándole la garganta.—¡Pietro!

—Correte en mis dedos —gruño, mirando su cuerpo tensarse, sus músculos internos apretándome—. Suéltate.

Se hace añicos, su grito amortiguado por la almohada, todo el cuerpo temblándole como una hoja en plena tormenta. Noto los pulsos rítmicos alrededor de mis dedos, caliente y mojado.

Retiro los dedos, pringando mi polla con su excitación. Me pongo un condón y me coloco en su entrada, frotando el glande grueso contra sus pliegues hinchados.—Mírame, Nora. —Vuelve la cabeza, la mejilla pegada a la almohada.

Tiene la mirada vidriosa, hecha polvo. Hermosa.—¿De quién eres? —exijo, empujando solo la punta dentro. Prieta. Ardiente. El cielo.

—Tuya —jadea, arqueándose—. Solo tuya. Siempre.

Me hundo de una sola embestida brutal. Ella grita.

El sonido es puro éxtasis. Sus paredes internas se cierran, un puño de terciopelo estrujando mi polla.

Gimo, hondo y gutural, enterrándome hasta el fondo. Está tan apretada, tan perfecta, tomándome entero.

Le tiembla el cuerpo debajo del mío. Salgo casi por completo y vuelvo a entrar más fuerte, más hondo. Marcando un ritmo implacable.

—Más hondo —suplica, la voz hecha añicos—. Más fuerte. —Obedezco, estrellándome en ella, los dedos clavándose en sus caderas con fuerza suficiente para dejar moratones.

Quiero más marcas. Pruebas de que es mía.

Tiene el cuerpo perlado de sudor, sus gemidos suben de tono con cada embestida. Está otra vez al borde. Lo noto en el aleteo desesperado de sus paredes, en cómo sus gritos se convierten en súplicas sin palabras.

Le rodeo, encontrando su clítoris hinchado y palpitante. Froto círculos firmes. Ella chilla, su cuerpo convulsionando con violencia alrededor de mi polla. Su orgasmo la desgarra, arrancándome a mí un rugido gutural del pecho cuando la siento ordeñarme, sus músculos internos ondulando una y otra vez.

La mantengo hondo, restregándome contra ella mientras se estremece, mi propio orgasmo creciendo como un maremoto, imparable, devorador. Se me blanquea la vista.



NORA

Yacemos enredados en silencio, su latido constante bajo mi palma. La habitación parece suspendida en el tiempo, un universo de bolsillo donde no existe nada más allá de estas paredes. Mi cuerpo duele de forma placentera, marcado por su toque.

Tras varios minutos, Pietro se mueve, sus dedos recorriendo mi columna.—Deberías dormir —murmura contra mi pelo—. Necesitas descansar.

Niego con la cabeza, acurrucándome más en su calor.—No puedo. Cada vez que cierro los ojos, todo vuelve de golpe.

Las traiciones. Las mentiras. Mi identidad entera deshilachándose como un jersey mal tejido.

La mano de Pietro se detiene en mi espalda.—Háblame de Declan —dice en voz baja.

El nombre me hiela. Respiro hondo, preparándome.

—Pensé que me quería —empiezo, con la voz apenas por encima de un susurro—. Tres años juntos. Trabajaba para mi padre como su segundo al mando. Confiaba en él completamente.

El brazo de Pietro se tensa a mi alrededor, pero permanece en silencio, dejándome continuar.

—Encontré documentos en el cajón de su escritorio. Manifiestos de carga, horarios, nombres… toda información sobre nuestras operaciones que no tenía por qué tener en copias separadas. Y una grabadora.

Se me cierra la garganta al recordarlo.—La puse y lo oí hablando con Cian Murphy, planeando su siguiente movimiento contra nosotros.

Cian Murphy es el Don. Declan estaba hablando directamente con él.

—Hijo de puta —dice Pietro.

Me giro para mirar a Pietro a la cara, necesitando que lo entienda.—Me estuvo usando todo el tiempo. Cada beso, cada promesa, cada momento que compartimos… todo era para acercarse a la operación de Connor, para aprender nuestras debilidades.

—¿Qué pasó cuando te pilló? —pregunta Pietro, con una voz peligrosamente suave.

—Llegó antes a casa. Me vio con las pruebas esparcidas por el suelo. —Cierro los ojos, sintiendo la presión fantasma de unas manos en mi garganta—. Ni siquiera lo negó.

El cuerpo de Pietro se tensa bajo el mío, pero continúo, necesito sacarlo todo.

—Intentó estrangularme. Dijo que les diría a todos que yo estaba metida, que había traicionado a mi familia voluntariamente. —La mano se me sube sola al cuello—. Conseguí coger la base de una lámpara de cristal y le di con ella. Cuando fue a por la pistola, corrí.

Respiro entrecortada.—Llamé a Connor. Tuve la suerte de tener el móvil en el bolsillo. Me sentí afortunada hasta que lo llamé. Le conté todo: la traición de Declan, que había intentado matarme. ¿Y sabes qué me dijo?

Los ojos de Pietro están fijos en los míos, oscuros de rabia.

—Dijo que debería haberlo sabido. Que yo había metido a Declan en sus vidas, en su negocio. Que era mi marrón y que yo tenía que limpiarlo. —Las palabras siguen cortando como cristal—. Mi propio padre me abandonó cuando más lo necesitaba.

La mano de Pietro me toma la cara, su pulgar barriendo una lágrima que no sabía que había caído.

—Después llamé a Finn. Me dijo que destruyera el móvil y que me reuniera con él. Creó la identidad de Nora Kelly, envió a un hombre que me ayudó a llegar a Chicago. —Suelto una risa amarga —. No tenía ni idea de que iba a meterme en una guerra entre mi familia y la tuya. Solo necesitaba un sitio donde esconderme.

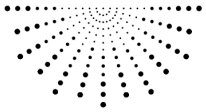
—¿Y no volviste a tener contacto con Connor después de eso? —pregunta Pietro.

Niego.—Ninguno. No quería saber nada de él. Ni de nada de eso. —Le sostengo la mirada—. Nunca te traicioné, Pietro. Nunca le di a nadie información sobre tus envíos ni sobre tu negocio. Lo juro.

Pietro me estudia la cara un largo momento, con expresión inescrutable. Luego me atrae más, presionando los labios en mi frente.

—Te creo —dice sin más, y esas tres palabras me levantan un peso que no sabía que llevaba encima.

CAPÍTULO VEINTIOCHO



NORA

Despierto a dos cosas a la vez: la pared sólida del pecho de un hombre bajo mi mejilla y un dolor profundo, palpitante, entre las piernas.

Pietro.

Su brazo es una barra pesada sobre mi cintura, enjaulándome. Anoche no fue un sueño. La molestia en mi cuerpo es un recordatorio crudo y físico de cómo me tomó, me reclamó, me recompuso solo para dejarme preguntándome si estoy más rota que antes.

Su respiración cambia, ya no es el ritmo constante del sueño. El brazo a mi alrededor se tensa una fracción antes de relajarse.

—Estás despierta.— Su voz retumba en su pecho, áspera por la mañana.

No me muevo. No sé si quiero acurrucarme más en su calor o apartarme del todo. —¿Qué hora es?—

—Temprano. Las siete, quizá.—

Pietro se mueve, se incorpora apoyándose en un codo para mirarme desde arriba.

—Nora.— Su voz es un ronroneo grave que me vibra en los huesos.— Necesito decir algo.—

Permanezco inmóvil, observando la guerra en su rostro. Un músculo salta en su mandíbula. Sus ojos, normalmente tan seguros, están nublados por algo que parece autodesprecio.

—La pistola —dice, con las palabras ásperas—. Poner mi pistola en tu cabeza. Acusarte... —traga con fuerza—. Lo siento.—

—Pensaste que yo era una serpiente en tu casa. No puedo culparte por querer cortarle la cabeza.—

—No digas eso.—

—Es verdad.— Me incorporo, la sábana se acumula a la altura de la cintura.— Tenías todo el derecho a estar furioso.—

—¿Ibas a decírmelo?— La pregunta queda suspendida entre nosotros, cargada de más que curiosidad.— Dijiste que ibas a confesar algo esa mañana. ¿Era sobre quién eres de verdad?—

La garganta se me cierra. —Sí.—

Él me observa, esperando.

—Estaba preparando café, planeando las palabras en mi cabeza. Cómo explicar que Nora Kelly no existe, que soy la hija de Connor O'Sullivan—o eso creía.— Se me escapa una risa amarga.— Entonces Nico apareció cuando estaba haciendo café y todo explotó antes de que pudiera decir nada.—

Pietro se incorpora del todo, el colchón se hunde bajo su peso.

—Deberíamos bajar.— Se pasa una mano por el pelo oscuro, haciéndolo erizarse en ángulos extraños.— La familia querrá ver que estás bien.—

—No sé si puedo enfrentarme a ellos.—

—No te van a juzgar.—

—Giulia...—

—Eso es entre Giulia y yo.— El frío que entra en su voz me hace encogerme.— Pero esconderte en esta habitación no ayudará. Necesitas comer. Café. Algo que parezca normalidad.—

Normal. Como si algo de esta situación pudiera llamarse normal. Pero tiene razón. El aislamiento solo hará que las voces en mi

cabeza se vuelvan más ruidosas, las preguntas sobre quién soy, más insistentes.

—No estoy segura de que me quieran en su casa —digo, rodeándome el cuerpo con los brazos—. Sobre todo Nico. Ayer parecía listo para volarme la cabeza de un tiro.—

La expresión de Pietro se endurece. —Nico se guardará sus opiniones para sí.—

—No es eso.— Niego con la cabeza.— Tu familia tiene motivos de sobra para desconfiar de mí.—

—No eres responsable de las acciones de Connor.—

—Pero estoy vinculada a ellas. Trabajé para ti con falsos pretextos. Tenía acceso a todo.— La voz me sube con cada palabra. — ¿Cómo puede tu familia quererme aquí, exactamente?—

—Esta familia será todo músculo y pistolas —dice, con voz baja y segura—, pero no tratamos de forma injusta ni cruel a gente que no tiene nada que ver con nuestros problemas.—

Le miro, buscando en su rostro. —No puedes saber que ellos lo verán así.—

—Conozco a mi familia.—

—Seguimos sin saber quién está filtrando información sobre vuestros envíos —señalo—. Los golpes fueron demasiado perfectos. Alguien le está pasando información a los irlandeses.—

Los ojos de Pietro se entrecierran. —¿Eres tú?—

La pregunta debería doler, pero no hay acusación en su tono.

—No.— Le sostengo la mirada con firmeza.— Nunca te traicioné, Pietro. Ni una sola vez.—

Se le curvan los labios en el más leve amago de sonrisa. —¿Ves? Entonces no es tu maldito problema.—

Parpadeo, sorprendida por la sencillez de su lógica. —No puede ser tan fácil.—

—Lo es.— Con los pulgares, traza pequeños círculos en mis hombros.



La cocina huele a pan recién hecho, a café, a algo sabroso que hierve a fuego lento en la placa. Giulia se mueve entre la encimera y los fogones.

Vittoria está sentada en la mesa del desayuno, aún con pantalones de pijama y una sudadera enorme de Columbia University. Al entrar, levanta la vista y su rostro se transforma en alivio.

—¡Nora!— Sale de la silla y cruza hacia mí antes de que pueda reaccionar, tirando de mí a un abrazo feroz.— Lorenzo me lo contó todo. ¿Estás bien? Qué pregunta más tonta, claro que no estás bien, pero...—

—Vittoria.— La voz de Lorenzo lleva una advertencia suave desde su sitio junto a la cafetera.— Déjala respirar.—

Se aparta, pero mantiene las manos en mis hombros, los ojos oscuros escudriñando mi cara. —Me alegro de que estés aquí. De que estés a salvo.—

La calidez genuina en su voz me hace arder los ojos.

—Gracias.— Las palabras me salen rasposas.

—Siéntate.— Me guía hasta la mesa y ocupa la silla a mi lado.— Giulia ha hecho cornetti recién hechos. Y hay fruta, yogur, lo que quieras.—

Pietro ocupa la silla a mi otro lado, su muslo roza el mío bajo la mesa. El contacto casual me ancla, me recuerda que no estoy afrontando esto sola.

Nico entra desde el pasillo y se detiene en seco al verme. Nos quedamos mirándonos desde extremos opuestos de la cocina, con el recuerdo de su pistola apuntándome al rostro suspendido entre nosotros.

Se aclara la garganta, cambia el peso. —No debería haberle apuntado con un arma.—

Viniendo de Nico, es prácticamente un discurso. Sus ojos oscuros buscan los míos un instante y luego se apartan, la incomodidad escrita en cada línea de su cuerpo.

—Estaba protegiendo a su familia.— Mantengo la voz firme a pesar del nudo en el pecho.— Lo entiendo.—

Asiente una vez, seco y definitivo, y luego va a servirse café.

El silencio en la cocina es un peso físico. Giulia deja un plato delante de mí, su sonrisa no llega a los ojos.

Cuando rodea la mesa, le da un amplio rodeo a la silla de Pietro, una distancia cuidadosa que hace chisporrotear el aire. Él no la mira, solo clava la vista en su taza de café como si ahí estuvieran las respuestas.

Cada tintineo de los cubiertos suena como un disparo. Es mi culpa. Soy la fractura de esta familia, la mentira que quebró su confianza. Porque Giulia ayudó a Finn a colocarme aquí, guardó el secreto ante Pietro.

—El café está bueno esta mañana.— Vittoria llena el silencio, con la voz brillante.— Lorenzo por una vez lo ha hecho como toca.—

—Hago un café excelente.— Lorenzo se acomoda en su silla con una elegancia natural.— Tú simplemente no aprecias un tiempo de extracción adecuado.—

—Lo haces tan fuerte que quita la pintura.—

—Así nos enseñó Papá a tomarlo.—

Picoteo el cornetto, el hojaldre se deshace en mi lengua, pero el apetito se me ha esfumado. La mano de Pietro encuentra mi rodilla bajo la mesa, un apretón breve de tranquilidad.

—No tienes por qué quedarte aquí hoy.— Su voz baja lo suficiente para que solo yo lo oiga.— Si necesitas espacio, tiempo para asimilarlo, podemos organizar algo...—

—Quiero ir a la oficina —le digo a Pietro, en voz baja.—

Gira la cabeza, sus ojos buscan los míos. —No tienes por qué hacerlo.—

—Sí.— Le sostengo la mirada.— Si me quedo aquí, me ahogaré en ello. Necesito... hojas de cálculo. Problemas con solución. Algo que pueda controlar.—

—Tu mesa probablemente esté enterrada bajo tres días de caos. —

—Bien —digo, y vuelve una astilla de mi yo de antes—. Se me da bien arreglar desastres.—

Algo cambia en su expresión, demasiado rápido para descifrarlo. Asiente. —Nos vamos en una hora.—

Giulia rellena las tazas, moviéndose alrededor de la mesa con eficiencia aprendida. Cuando llega a Pietro, él retira su taza.

—Ya he terminado.—

El dolor que le cruza fugaz por la cara me hace doler el pecho. Se repliega hacia el fregadero, los hombros curvados hacia dentro.

—Giulia.— La voz de Lorenzo es de una autoridad suave.— La salsa necesita atención.—

Ella asiente, agradecida por la excusa para darse la vuelta. El sonido de una cuchara de madera contra una olla llena el silencio.

—Bueno.— Vittoria desgarra un trozo de pan, decidida a mantener la conversación.— La reunión con los Ferretti es mañana. ¿Seguimos adelante con eso?—

La expresión de Pietro se endurece. —Eso no es tema de desayuno.—

—En esta familia todo es tema de desayuno.— La voz de Nico trae un humor raro.— ¿O has olvidado las sesiones de estrategia matinales de Papá?—

—Papá está muerto.— Las palabras caen como piedras al agua.

El silencio se expande, llenando cada esquina de la cocina. La mano de Vittoria se queda inmóvil sobre su taza. La de Lorenzo también. Incluso Giulia se detiene ante los fogones.

—Deberíamos irnos.— Pietro se pone en pie de golpe, su silla rasga el azulejo.— Nora tiene que prepararse.—

Dejo mi desayuno casi intacto; total, tengo la garganta demasiado cerrada como para tragar.— Gracias por la comida.—

Giulia se gira desde los fogones y, por un momento, nuestras miradas se cruzan. Sus ojos brillan con lágrimas contenidas, pero logra inclinar la cabeza en un pequeño gesto.

—Nora.— Vittoria me agarra la mano al pasar.— Si necesitas algo, aunque sea solo hablar...—

—Gracias.— Le aprieto los dedos, agradecida por esta alianza inesperada.

Pietro me espera en la entrada de la cocina, la postura rígida, cada músculo tenso como un cable. Mientras subimos las escaleras para recoger mis cosas, habla.

—No tienes que defenderme a Giulia.— Su voz lleva una advertencia.

—Intentaba ayudarme.—

—Mintió.—

—Para protegerme.—

—No le correspondía a ella tomar esa decisión.—

Llegamos a la habitación azul de invitados y me giro para enfrentarlo. —¿Vas a estar enfadado con ella para siempre?—

—Eso no es asunto tuyo.—

—Sí cuando soy yo la causa.—

Me acorrala contra la pared, planta las manos a ambos lados de mi cabeza, enjaulándome. —Escúchame —dice, con una orden en voz baja—. Tu madre tomó su decisión. Finn la suya. Giulia la suya. Sus decisiones no son un pecado que tú tengas que cargar. Tú no me mentiste. Giulia sí.—

—Pero...—

—No.— Su pulgar me recorre el pómulo.— Todos tomamos nuestras decisiones. Ahora vivimos con ellas.—

—¿Incluso yo?—

—Especialmente tú.— Algo oscuro y posesivo le atraviesa la mirada.— Elegiste quedarte. Enfrentarte a mi familia. Ir a trabajar hoy a pesar de todo. Esas son tus decisiones.—

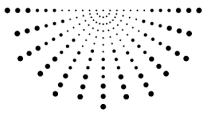
—¿Y si tomo la decisión equivocada?— La pregunta es un susurro en carne viva.

Su pulgar roza mi labio inferior, un contacto que es promesa y amenaza a la vez. —No hay decisiones equivocadas, *tessoro*. Solo decisiones con las que puedes vivir y decisiones con las que no. Elegiste quedarte. Eso es lo único que me importa.—

Me inclino hacia su caricia, dejando que su certeza me ancle. —Vale.—

—Vístete.— Da un paso atrás, las manos caen.— Salimos en treinta minutos.—

CAPÍTULO VEINTINUEVE



PIETRO

El ascensor asciende por la columna vertebral del edificio, y observo a Nora en las puertas espejadas. Está erguida, con los hombros cuadrados, la barbilla levantada, los ojos verdes fijos en algo más allá del reflejo. La blusa burdeos resalta el cobre de su pelo, recogido en un giro que deja al descubierto la línea elegante de su cuello.

—No tienes que hacer esto hoy—. Mi voz llena el espacio reducido.

Su mirada se desplaza para encontrarse con la mía en el espejo. —Sí, tengo que hacerlo.

Las puertas se abren en mi planta. Nora pasa a mi lado. Se detiene en su mesa y empieza a ordenar papeles en montones. Esto es lo que necesita. Orden en el caos, problemas con soluciones.

Me apoyo en su mesa, mirándola trabajar. La luz de la mañana atrapa el rojo de su pelo y vuelve luminosa su piel. Después de todo —el almacén, las revelaciones sobre Finn, descubrir que su identidad

entera se construyó sobre mentiras—está aquí. Eligiendo ponerse a mi lado.

—¿Café?— No levanta la vista de los manifiestos que está organizando.

—Solo.

—Sé cómo tomas el café, Pietro.— Vuelve el atisbo de su habitual filo. *Bien.*

Se mueve hacia la pequeña cocina, y la sigo con la mirada.

Mi móvil vibra. Lorenzo.

¿Todo bien?

Respondo por mensaje: *Trabajando. Necesitaba normalidad.*

Normalidad. Claro. Porque nuestras vidas son de lo más normal.

Guardo el teléfono cuando Nora regresa con dos tazas. Para ella se ha hecho té.

—Estos manifiestos de envío.— Despliega papeles sobre su mesa. —Necesito los de los últimos tres meses.

—¿Por qué?

—Porque hay algo que me lleva molestando un tiempo.— Saca su portátil, los dedos volando sobre las teclas.—Los golpes de los irlandeses a nuestros envíos. Fueron demasiado perfectos, demasiado precisos.

Me enderezo.—Sabíamos que tenían vigilancia…—

—No. Creo que hay algo que no he comprobado.— Niega con la cabeza, señalando fechas en el manifiesto.—Mira esto. Quince de octubre, atacaron el almacén exactamente cuando llegó el envío. No una hora antes, cuando se suponía que llegara, sino cuando llegó de verdad después del retraso.

Se me enfría la sangre. Me coloco tras su silla, inclinándome para ver la pantalla.

—Los irlandeses sabían del cambio.

—¿Quién tiene acceso a estos horarios?— Mi reflejo me devuelve la mirada desde el cristal, los rasgos duros.

—Solo el círculo interno. Al menos que yo sepa.— Su voz no tiene inflexión.—Tus hermanos. Lugartenientes principales. Yo.

Por supuesto, la filtración sería alguien cercano a mí. No quería afrontarlo, pero tengo que hacerlo.

Trabajamos toda la mañana, convirtiendo mi despacho en una sala de guerra. Papeles cubren cada superficie—horarios de envíos, expedientes de personal, registros de seguridad. Nora crea una línea temporal en la pared con posits, cada envío filtrado marcado en rojo.

—Lorenzo estaba en Nueva York durante el golpe de octubre.— Añade una nota verde.—No pudo comunicar el retraso.

—Nico estaba conmigo para el cambio del tres de noviembre.— Señalo otra eliminación.

—Marco sabía de todos.— Toca su nombre en la lista.

—Marco lleva con la familia quince años. Mi padre confiaba en él.

—No estoy diciendo que sea él. Solo que no podemos eliminar a nadie por sentimentalismo.

Tiene razón. Sé que tiene razón. Pero la idea de que alguien que ha comido en nuestra mesa, que ha protegido a nuestra familia, sea la serpiente…

—Espera.— Nora está mirando los registros de seguridad.—Tony Marcelli. Accedió a la base de datos de envíos la noche antes de cada golpe.

La taza se me escurre de la mano y se hace añicos en el suelo. El café se extiende por el mármol italiano como sangre.

—Eso no es posible.

Nora alza la vista hacia mí, y veo mi propia nauseabunda comprensión reflejada en sus ojos.—Pietro…—

—Tony me tuvo en brazos cuando era un bebé. Ha estado ahí más que nadie.— Las palabras me raspan la garganta en carne viva.

—El patrón es claro.— Me gira el portátil.—Siempre. Accedió a los archivos y, en doce horas, los irlandeses lo sabían. Ni siquiera hemos investigado tanto y lo tenemos delante de las narices.

Miro los datos, cada marca de tiempo otro clavo en el ataúd de un hombre al que he querido como a un tío. Tony Marcelli. Sesenta y tres años. Con la familia desde antes de que yo naciera. El soldado leal de Giuseppe que se convirtió en el lugarteniente de confianza del hijo.

—Quizá alguien esté usando sus códigos de acceso.— Incluso al decirlo, sé que me estoy agarrando a un clavo ardiendo.

Lo mataré.

—Pietro.— La mano de Nora cubre la mía.—Tenemos que saber por qué.

—El porqué no importa. Traición es traición.

—Siempre importa.— Me aprieta los dedos.—Tenía que saber que acabarían pillándole. Entonces, ¿por qué arriesgarlo todo?

Me aparto, necesitando distancia de su lógica cuando lo único que quiero es sangre.—¿Dónde está ahora?

Consulta el cuadrante de personal.—Su turno en el almacén acaba a las once.

Miro mi reloj. Las once y media.

Marco suele parar en Gino's a tomar café después. No quiero llamarle aún. Si no está allí, iré a su casa.

—Coge el abrigo.

—Pietro…—

—No te estoy pidiendo permiso, Nora.

Se incorpora, alzando la barbilla.—Lo sé que no. Te estoy diciendo que entrar ahí con ansias de matar no te va a dar respuestas.

—No necesito respuestas. Necesito sangre.

—Necesitas la verdad.— Entra en mi espacio, una mano plana contra mi pecho.—El Pietro que yo conozco es más listo que la rabia ciega. Sé listo.

El Pietro que ella conoce. Como si viera en mí algo que merece la pena conocer, en lo que merece la pena creer. Cubro su mano con la mía, apretándola con más fuerza contra mi pecho, donde el corazón me golpea como un tambor de guerra.

—Nos ha traicionado.

—Sí.— Sus ojos verdes sostienen los míos.—Pero tú eres mejor que eso.

—¿Podrías venir conmigo?— Esta vez lo pido yo.

—¿A encarar a Tony?

—Para evitar que le mate nada más verle.

Asiente una vez, y al final coge el abrigo.



El trayecto hasta Gino's lleva veinte minutos. Conduzco yo, necesito el control, la acción de meter marchas y sortear el tráfico. Nora va en silencio a mi lado.

Gino's es un café de los de agujero en la pared en el South Side, de esos sitios que llevan cincuenta años aquí y seguirán otros cincuenta. El Lincoln de Tony está en el aparcamiento lateral.

—Está aquí.— Apago el motor.

—¿Cómo quieres manejar esto?

—Con cuidado.— Compruebo la Glock en la cartuchera del hombro.—Puede intentar huir.

—Puede ir armado.

—Tony siempre va armado.— La miro a los ojos.—Quédate detrás de mí.

—No soy indefensa.

—Lo sé. Pero si vuelan balas, tú eres mi prioridad.

Asiente y presiona sus labios contra los míos.

Con un solo beso ya estoy dispuesto a echarme atrás en lo que sea.

Pero esta vez tengo que afrontar lo que venga. Nos movemos.

La campanilla sobre la puerta de Gino's tintinea a nuestra entrada. El lugar huele a décadas de café y fritanga. Tony está en un reservado del fondo, encorvado sobre un espresso, con aspecto más viejo que sus sesenta y tres años. Alza la vista, me ve, y su taza tiembla contra el platillo.

—Pietro.— La voz se le quiebra.—No esperaba verte por aquí.

Me deslizo en el banco frente a él. Nora ocupa el asiento a mi lado, y siento a Tony seguir el movimiento, calculando.

—Tenemos que hablar, Tony.

—¿De qué?— Pero los ojos le delatan: van a la puerta, a la ventana, a cualquier sitio menos a mi cara.

—De los horarios de envío que usted ha estado compartiendo.

Se le va toda la sangre de la cara. Su mano va hacia la cadera, pero yo soy más rápido; mi Glock aparece sobre la mesa entre los dos, mi mano relajada sobre la empuñadura.

—Ni se le ocurra.

—No sé de qué estás hablando.

Nora saca su tablet y le muestra los registros de acceso.—Cada golpe, Tony. Accediste a los archivos horas antes.

Se le derrumban los hombros. Se le va la pelea como el aire de una rueda pinchada.—¿Desde cuándo lo sabéis?

—Desde hace una hora.— Mantengo la voz nivelada, pero por dentro estoy gritando.—¿Por qué?

A Tony se le llenan los ojos de lágrimas. El hombre que me ayudó a criarme, que estuvo a la derecha de mi padre, empieza a llorar sobre su café.

—Tienen a Michael.

Michael es el nieto de Tony. Siete años. Le recuerdo en la última barbacoa familiar, jugando con cochecitos.

—¿Quién lo tiene?

—Los Murphy. Hablo con alguien, Declan Wilson.— A Tony se le rompe la voz con el nombre.—Se lo llevaron hace tres meses. Dijeron que si no les pasaba información, él… lo devolvería en pedazos.

—Oh, Dios mío.— dice Nora, cubriéndose la boca con la mano.

Tony la está mirando, pero no tengo tiempo para explicaciones. No a un hombre que traicionó a toda la familia.

Ahora tengo muchas más razones para odiar a Declan puto Wilson más que a cualquier ser humano sobre la faz de la Tierra.

—Tres meses.— La cronología encaja a la perfección. Cada envío filtrado, cada emboscada.—Debería haber venido a mí.

—Estabas de luto por Riccardo.— Tony se seca los ojos con una mano temblorosa.—Asumiendo como Don. Bruno. La familia estaba en caos. Pensé que podría manejarlo, darles lo justo para mantener a Michael a salvo hasta que se me ocurriera algo.

—Conseguiste que mataran a nuestros hombres.

—Lo sé.— Las palabras salen hechas trizas.—Sé lo que he hecho. Pero tiene siete años, Pietro. Aún duerme con una luz quitamiedos.

Miro al hombre que montó guardia fuera de mi habitación del hospital cuando me partí el brazo con ocho. La traición quema, pero por debajo lo entiendo. La familia nos vuelve débiles a todos.

—¿Dónde lo tiene Declan?

—No lo sé. Me llaman, me dan exigencias. Cumplo o le hacen daño. La semana pasada mandaron una foto con un ojo morado porque llegué tarde con la información.

La rabia vuelve, pero ahora distinta: dirigida al cabrón irlandés que usa a un niño como palanca.

—Pietro.— La voz de Nora es suave.—Podemos traerle de vuelta.

La cabeza de Tony se alza de golpe.—¿Qué?

La miro, veo la certeza en sus ojos. Ya está trabajando el problema, esa mente brillante abriendo camino entre la emoción hasta la estrategia.

—Podemos intercambiarle—, continúa.—Información por el crío.

—Declan no va a intercambiar. Tiene todo el poder.

—No si le hacemos creer que va a conseguir algo mejor.— Me mira.—A mí.

—Ni hablar.

—Escúchame. Declan cree que soy la hija de Connor. Cambiaría a un crío cualquiera por la hija de Connor O'Sullivan.

—He dicho que no.

Se vuelve hacia Tony.—¿Tiene un método de contacto?

—Nora.— Mi voz baja a un gruñido.

Ella me ignora.—¿Tony?

—Me llaman. Un móvil desechable.— Lo saca del bolsillo con dedos temblorosos.

—Montaremos un intercambio. Diles que tienes información sobre mí, pero que quieres que liberen a Michael primero.

—No van a aceptar.

—Sí si lo vendes bien.— Coge el teléfono y lo examina.—¿Cuándo suelen llamar?

—Esta noche. A las ocho.

Veo su mente trabajar, cómo encajan las piezas. Es brillante, valiente y está completamente loca si cree que voy a dejarla acercarse a Declan.

—Tony.— Vuelvo a atraer su atención.—Usted entiende lo que ha hecho.

—Sí.— Me sostiene la mirada por primera vez.—He traicionado a la familia. El castigo es la muerte.

—Lo es.

Nora se tensa a mi lado, pero permanece en silencio.

—Después de recuperar a Michael—, continúo—, usted y su familia desaparecen. Chicago, el negocio, esta vida… se acabó para usted. Se lleva a Angela y a Michael a algún lugar muy lejos y no vuelve jamás.

Tony parpadea.—¿Me… me vas a dejar vivir?

—Le estoy exiliando. No tendrá nada salvo lo que pueda cargar. Sin protección, sin apoyo de la familia, sin conexiones. Empiece de cero con lo puesto.

—Es más de lo que merezco.

—Sí, lo es.— Me inclino hacia delante.—Pero ese niño no merece pagar por sus decisiones. Y el Tony que me crió, que estuvo por mi familia, merece una oportunidad para arreglar esto.

Tony se rompe del todo, los hombros sacudidos por sollozos silenciosos. Un camarero aparece con más café, nos echa un vistazo y se retira a la cocina.

—Gracias.— Apenas se le oye.—Pietro, gracias.

—No me des las gracias todavía. Aún tenemos que traerle de vuelta.— Me vuelvo hacia Nora.—Y no vamos a usarte de cebo.

—Entonces, ¿cuál es tu plan?

No tengo ninguno, pero al ver su expresión resuelta sé que no va a soltarlo. Ve el eco de su propia situación.

Connor abandonándola, Declan dándola caza. No va a permitir que un niño sufra el mismo aislamiento.

—Lo resolveremos.— Me pongo en pie, guardando el arma.—Tony, váyase a casa. Actúe con normalidad. Haré que alguien vaya a recogerle más tarde. Cuando llamen esta noche, les dirá que tiene

información urgente pero que le están vigilando. Que necesita verse en persona.

—No van a aceptar…—

—Les hará aceptarlo. Buscaremos cómo apretarles.

Tony asiente, incorporándose a trompicones.—Pietro, yo…—

—Váyase.— No puedo mirarle, aún no. Puede que nunca más.— Antes de que cambie de opinión.

Se va, y la campanilla canta su salida. Me hundo de nuevo en el reservado, de pronto exhausto.

—Has hecho lo correcto.— La mano de Nora cubre la mía.

—Mi padre le habría matado lentamente.

—Tú no eres tu padre.

—¿No?— La miro a los ojos.—Porque ahora mismo quiero despedazar a Declan por usar a un crío así.

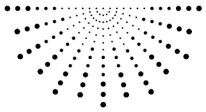
—Eso es distinto. Eso es proteger al inocente.— Entrecruza nuestros dedos.—Tony tomó una decisión, aunque fuera bajo coacción. Michael no eligió nada.

—¿De verdad querías usar de cebo a ti misma?

—Quiero a ese niño a salvo.— Su mandíbula se fija en su conocida tozudez.—Y quiero que Declan pague por todo lo que ha hecho.

Esta mujer no deja de hacer que la admire por su fuerza y su jodida cabezonería.

CAPÍTULO TREINTA



PIETRO

El coche se siente demasiado pequeño con todo lo que no hemos dicho entre nosotros. Arranco el motor mientras Nora se abrocha el cinturón.

Marco el número de Lorenzo antes de salir de la plaza de aparcamiento. Contesta al segundo tono.

—¿Pietro? ¿Todo bien?

—He encontrado la fuga.

Silencio. Luego, —¿Quién?

—Tony.

—¿Tony? Eso no... —Lorenzo se frena—. ¿Dónde estás?

—Saliendo del de Gino. Os necesito a ti y a Nico. Ahora.

—Ven a Arancini. Sala de atrás. Llamo a Nico.

—Veinte minutos.

—Pietro, ¿Tony está...?

—Vivo. Por ahora. Es complicado.

Cuelgo y me incorporo al tráfico.

—¿Qué pasó con Riccardo? —La pregunta de Nora llega suave pero directa.

Se me tensan las manos en el volante. El recuerdo intenta salir a flote. *Sangre sobre el mármol, gritos, Lucrezia con su vestido de novia*. Y lo obligo a hundirse de nuevo.

Respiro, y vuelvo a hacerlo. La rabia que siempre llega con el nombre de Riccardo hierve justo bajo la superficie.

—Bruno debía casarse con Lucrezia Feretti.

—La familia de Nueva York. —No es una pregunta—. Mi padre hablaba de ellos. Poder antiguo, más antiguo que la mayoría de familias en América.

—¿Les conoces?

—De oídas. Connor tuvo tratos con sus operaciones en Brooklyn, pero yo nunca los conocí en persona. Damiano Feretti lleva las riendas ahora, ¿no?

Asiento.—Damiano tomó el control tras la muerte de su padre hace unos años; su hermano Enzo se encarga de la fuerza.

—Y Lucrezia es la hermana de Damiano.

—Se suponía que uniría nuestras familias. Chicago y Nueva York, la alianza más fuerte de la Costa Este. —Las palabras me saben amargas.

—Lucrezia se fugó una hora antes de la boda. —Mantengo la vista en la carretera, sin querer ver la reacción de Nora—. Con Daniel Hayes, jefe de seguridad de Damiano.

—¿Escapó?

—Ya estaban juntos. No sé toda su historia, pero ella no quería el matrimonio.

—Odio a estas familias. —La voz de Nora lleva filo—. Cada mujer, simple moneda para alianzas. Cambiadas como si fueran propiedad.

—No era... —Me callo. Porque era exactamente eso—. Necesitábamos el vínculo. Los Feretti controlan los puertos de Nueva York. Con ellos como aliados permanentes, tendríamos bloqueado todo el litoral este. El matrimonio era la única garantía de que siempre estarían con nosotros.

—¿Y volvió?

—Volvió. Aunque sé que lo hizo para proteger a Daniel de que lo mataran. Damiano los estaba cazando. Parecía rota. Pero la ceremonia siguió adelante.

El recuerdo me arrasa. La catedral, flores por todas partes, Lucrezia de blanco con cara de querer morirse.

—Los Volkov tenían gente dentro. —Fuerzo las palabras, firmes —. Mafia rusa de Moscú. Revisamos a todos, barrimos el edificio dos veces. Pero habían escondido a dos tiradores días antes.

Nora se mantiene en silencio, dejándome contarlo a mi manera.

—El primer disparo llegó durante los votos. Le dio a Bruno. —Aún oigo el crujido del rifle, veo a Bruno cayendo—. Daniel Hayes apareció de la nada. Mató al tirador antes de que nadie pudiera reaccionar.

—Le salvó la vida a Bruno.

—No sabíamos que había dos rusos. Nadie lo sabía. —Se me aplana la voz—. Riccardo vio a Daniel con un arma cerca de Bruno y Lucrezia. Pensó que él era la amenaza.

Recuerdo la cara de Riccardo. Rabia pura al alzar el arma contra Daniel.

—Lucrezia se lanzó entre ellos. La bala de Riccardo le alcanzó la mano a ella en lugar de la cabeza de Daniel. —La escena se reproduce detrás de mis ojos—. Fue entonces cuando el segundo ruso se descubrió.

—Dios mío.

—Un solo disparo. Directo a la sien de Riccardo. —Trago con dificultad—. Estaba muerto antes de tocar el suelo. El hijo mayor, el que habían preparado desde la cuna para liderar. Se fue en segundos.

El coche se siente más frío de repente.

—Bruno lleva en coma desde entonces. Y Daniel... —Niego con la cabeza—. Mató al segundo ruso.

—Y te convertiste en Don.

—Por descarte. —La admisión quema—. Yo nunca debía liderar. Ese era el destino de Riccardo, y luego el de Bruno si algo le pasaba a Riccardo. Yo era el repuesto del repuesto. El hijo mediano que siempre la caga, que hizo que mataran a su mejor amigo.

—Pietro...

—Giuseppe entrenó a Riccardo desde niño. Cada lección, cada reunión, cada decisión. Yo era el soldado, el que se ocupaba de los problemas sucios. No el que tomaba decisiones estratégicas.

Entro en el aparcamiento de Arancini y apago el motor.

—La familia necesitaba liderazgo. —Por fin la miro—. Sí. Ese soy yo. El hermano equivocado con la corona puesta.

—¿Hermano equivocado? —Se desabrocha el cinturón y se gira para encararme de lleno—. ¿Me estás jodiendo ahora mismo?

—Nora...

—No. —Su voz corta el interior del coche como una cuchilla—. No eres el equivocado de nada. Eres un hombre que ha pasado por el infierno y no se permite que nadie vea lo mucho que estás desangrándote por dentro.

Sus palabras golpean más fuerte que cualquier puñetazo.

—No lo entiendes...

—Lo entiendo perfectamente. —Aprieta las manos en puños—. Ya he visto bastante todo este tiempo. Toda tu familia hace lo mismo. Lorenzo se entierra en restaurantes y diplomacia. Nico se esconde tras el odio y la estrategia. Incluso Vittoria: sonríe y hace de anfitriona mientras llora por Riccardo cada maldito día. De Ava no puedo ni hablar, porque es un fantasma andando.

—Eso no...

—Es exactamente lo que es. —Ahora vibra de rabia—. Estáis tan ocupados interpretando a "hombres" que no pueden tener sentimientos que os estáis ahogando en vuestro propio silencio. No vaya a ser que alguno de vosotros hable de verdad del dolor en lugar de... simplemente convivir con él.

Odio que tenga razón. Odio lo fácilmente que nos ve por dentro.

—Esa es nuestra vida, Nora. Así sobrevivimos.

—No, así es como morís poco a poco. —Sus ojos se clavan en los míos—. No eres el hermano equivocado, Pietro. Eres el que dio un paso al frente cuando todo se vino abajo. Eres el que mantiene a esta familia unida mientras carga con una culpa que ni siquiera es tuya.

Algo se me quiebra en el pecho. Antes de pensar, le cojo la cara y aplasto mi boca contra la suya. Emite un sonido de sorpresa pero no se aparta. Sus labios son suaves, cálidos, reales.

Cuando nos separamos, ambos jadeamos.

—Me haces sentir... —Busco las palabras— humano. Me haces sentir humano cuando se me olvida que lo soy.

Me toca la cara, el pulgar dibujando mi mandíbula.—Porque eres humano, Pietro. No solo un Don, no solo un soldado. Un hombre al que se le permite sufrir.

La ternura de su voz casi me desarma del todo.

—¿Qué fue de Lucrezia? —pregunta en voz baja—. ¿Después de la boda?

Se me escapa una risa, sorprendiéndonos a ambos.—Se casó con Daniel.

Los ojos de Nora se agrandan.—¿Qué?

—Al principio estábamos furiosos, pero... —me encojo de hombros— Daniel le salvó la vida a Bruno. Mató a los dos rusos. Demostró que su lealtad no era solo a Lucrezia.

—¿Y ahora?

—Está embarazada.

Una sonrisa se abre paso en la cara de Nora, brillante y sincera.—Bien por ellos.

Tiene razón. Fue lo correcto. Lucrezia y Daniel se amaban, amor de verdad, no una alianza estratégica. Se eligieron a pesar de todo.

Pero no lo diré en voz alta. No puedo admitir que su felicidad tenga sentido mientras nuestro mundo exige cálculo en frío.

—Damiano aún quiere nuestra alianza —digo en su lugar—. El matrimonio debía sellarla, pero ahora...

—Ahora tienes que encontrar otra forma.

—O otra novia para alguien. —Las palabras me salen amargas.

La mano de Nora cae de mi cara.—¿Eso es lo que quieres tú?

—Lo que queramos no importa.

—Debería importar.

La miro, a esta mujer que ve demasiado, entiende demasiado. Que me hace desear cosas que no puedo tener.

—Deberíamos entrar. Lorenzo y Nico nos esperan.

Me estudia un largo momento, luego asiente.—Esta conversación no ha terminado.

—Contigo nunca termina.

—Acostúmbrate. —Abre su puerta—. Alguien tiene que recordarte que se te permite ser humano.

La sigo fuera del coche, mirándola caminar hacia el restaurante con ese gesto desafiante en la barbilla.



NORA

En cuanto entramos en Arancini, el cielo me arropa. Ajo y albahaca bailan con un rico aroma a trufa. Pan recién hecho enfriándose en algún lugar cercano. Ese tipo de olores que te hacen olvidar que estás entrando en una reunión de la mafia.

El restaurante de Lorenzo respira calidez donde la finca de los Sartori se siente como una fortaleza. Luz suave, paredes de ladrillo visto, fotografías de Sicilia cubriéndolo todo. Este es su reino, separado de la violencia.

—Pietro. —Aparece Lorenzo. Sus ojos me encuentran y se suavizan—. Nora. Me alegro de ver que estás bien.

—Gracias a tu hermano. —Las palabras se me escapan antes de poder frenarlas.

Algo pasa entre Pietro y Lorenzo. Toda una conversación en una sola mirada. Los hombros de Lorenzo se relajan un poco y me doy cuenta de que estaba preocupado. No por negocios o territorio, sino por su hermano.

—Venid. Mi despacho es más tranquilo.

Le seguimos por el comedor, pasando mesas preparadas para el servicio de cena. El personal asiente con respeto pero continúa trabajando. Saben que es mejor no mirar fijamente.

El despacho de Lorenzo está sobre la cocina, al que se accede por una escalera estrecha. Es más pequeño que el de Pietro, más cálido. Libros de recetas abarrotan las estanterías entre fotos familiares. Un escritorio cubierto de facturas y contratos con proveedores. Este es un despacho de trabajo, no una declaración de poder.

Me hundo en un sillón de cuero que ha visto días mejores pero abraza como un abrazo. Pietro se queda de pie, colocándose entre la puerta y yo. Siempre protegiendo, incluso aquí.

—¿Café? —pregunta Lorenzo, ya camino de una máquina de espresso en la esquina.

—Por favor. —Necesito algo normal, algo que no sea pistolas, traiciones y crisis de identidad.

Lorenzo trabaja la máquina y nadie habla mientras saca los espressos y calienta la leche. El ritual doméstico se siente sagrado en su sencillez.

—Tienen a su nieto. —dice Pietro.

—Ajá. —Lorenzo deja un capuchino perfecto frente a mí. El arte del espuma es una hoja, delicada y precisa—. Eso lo explica.

Los observo, a estos hermanos que crecieron en la violencia pero la manejan de forma tan distinta. Pietro arde, listo para destruir. Lorenzo absorbe, procesa, busca el equilibrio.

—¿No vas a discutir? —Pietro acepta su espresso y se lo bebe de un trago.

—¿Cambiaría algo? —Lorenzo se apoya en su escritorio—. Tony nos traicionó. El motivo no borra el daño.

—Pero entiendes el porqué.

—Lo entiendo todo, fratello. —Hay tristeza en la voz de Lorenzo —. Esa es mi maldición.

La puerta se abre sin llamar. Nico entra como una nube de tormenta y sus ojos me encuentran al instante.

—Siéntate, Nico —dice Pietro.

—Me quedaré de pie.

Le sostengo la mirada a Nico de frente.—Lo entiendo.

—No entiendes nada.

—Soy la hija de Connor O'Sullivan. O lo era. He trabajado en vuestro edificio mientras atacaban vuestros envíos. Si fuera tú, también me querría muerta.

—En fin. —Pietro se acerca más a mi silla—. Tony es la fuga. Lo ha sido durante tres meses.

Ahora Nico sí se sienta, dejándose caer en la silla frente a mí como si le hubieran cortado los hilos.—¿Tony?

—Declan Wilson tiene a su nieto.

—Joder. ¿Cómo se nos ha pasado esto? —pregunta Nico.

—Estábamos distraídos. La muerte de Riccardo, el coma de Bruno, la sucesión. Momento perfecto para apretar las tuercas.

Observo a Lorenzo durante el intercambio. Su rostro se mantiene neutro, pero sus ojos... Quiere decir algo, ofrecer una solución que haga felices a todos. Pero no la hay. Tony los traicionó. La vida de un niño pende de un hilo. Alguien tiene que sangrar.

Es hermoso y devastador ver a Lorenzo navegar entre la rabia de sus hermanos y su propia necesidad de armonía.

Pietro saca el móvil, y la temperatura de la sala cambia.

—Liam. Te necesito en casa de Tony para las seis. —Su voz baja una octava, todo negocios y violencia apenas contenida—. Lleva a cuatro hombres. Extracción discreta. Está avisado.

No debería parecerme atractivo. La forma en que manda, cómo se le cuadran los hombros y se le tensa la mandíbula. Pero a mi cuerpo le da igual lo que debería. Recuerda esas mismas manos que firman sentencias de muerte sujetándome de las caderas anoche. Esa voz que ahora da órdenes es la misma que gruñó mi nombre cuando él...

—Ocho más en el almacén. Despliegue táctico completo. —Pietro camina, cada paso medido.

Se le marcan los antebrazos al apretar el teléfono. Lleva las mangas de la camisa blanca remangadas, dejando ver músculo fibroso y ese tatuaje que asoma. Sé lo que hay bajo esa camisa. Sé cómo se sienten esos músculos bajo mis uñas cuando está embistiéndome.

Lorenzo carraspea, pero apenas lo oigo. Estoy demasiado ocupada mirando los dedos de Pietro tamborilear en su muslo. Esos dedos que saben exactamente dónde tocar, cómo hacerme suplicar. Cristo, ¿qué coño me pasa? La vida de un niño está en juego y yo aquí, empapándome mientras miro a Pietro planear una extracción.

—Una cosa más. Poned más ojos sobre Connor O'Sullivan.

Se me revuelve el estómago al oír el nombre de mi padre. Pero ni eso apaga el calor que me trepa por el bajo vientre. Porque Pietro me mira al decirlo, comprobando mi reacción, y me pilla mirando sus brazos.

Se nos cruzan las miradas. A él se le oscurecen los ojos, reconociendo la expresión en mi cara. Sabe exactamente lo que estoy pensando. Se le marca un músculo en la mandíbula y lo veo luchar por mantener el control. Estamos en el despacho de su hermano, planeando un rescate, y yo lo miro como si quisiera subirme a él como a un árbol.

Me arden las mejillas. Bajo la mirada a mi capuchino, pero ya es tarde. Ha visto el hambre que no pude ocultar.

—Que quede hecho. —Pietro termina la llamada, la voz ahora más áspera.

—La cronología. —dice Pietro al arrancar sus ojos de los míos, y vuelvo a poder respirar—. Declan llama a Tony esta noche. Afirma que tiene información urgente sobre la hija de Connor trabajando para nosotros.

—Que es verdad —apunta Nico.

—Era verdad. —La corrección de Pietro es afilada.

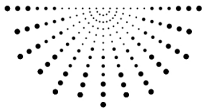
La sala se queda en silencio. Me quedo mirando mi café, sintiendo a los tres hermanos observándome.

—Da igual qué sea verdad —digo, encontrando la voz—. Solo importa lo que crea Declan.

Pietro asiente.—Exacto. Morderá el anzuelo porque está desesperado. Connor se está retirando, la alianza con los Murphy tambalea. Necesita palanca.

—Y cree que esa palanca soy yo.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO



NORA

Las calles de Chicago se convierten en un borrón tras los cristales tintados del Maserati de Pietro mientras nos alejamos a toda velocidad de Arancini. Sigo con los muslos apretados, intentando aliviar el dolor que no ha dejado de crecer.

Estoy tan tensada que podría explotar.

—Te estás retorciendo —observa, su voz baja y cargada de certeza—.

—No estoy… —

De pronto su mano abandona la palanca de cambios y aterriza en mi muslo, deslizándose bajo mi falda—. No me mientas, *baby*. Puedo oler desde aquí lo mojada que estás.

Sus dedos ascienden, rozando apenas el borde de mis braguitas antes de volver al volante. El juego me arranca un gemido.

Oh, joder.

El Maserati se precipita hacia un aparcamiento subterráneo, los neumáticos chirriando mientras baja hasta el nivel más bajo. Está completamente desierto, con una luz tenue, perfecto.

Apaga el motor y se gira hacia mí, los ojos negros de hambre—. Asiento de atrás. Ahora.

No dudo, trepo entre los asientos, la falda subiéndome hasta descubrir el tanga de encaje que me he puesto solo para él. Oigo cómo aspira el aire con fuerza, luego me sigue, su cuerpo enorme llenando el espacio.

En cuanto se sienta, me arrastra a su regazo, con mis rodillas a ambos lados de sus muslos. Me agarra del culo, pegándome a él, y noto lo duro que está a través de su traje caro.

—¿Sabes lo que me has hecho ahí dentro? —Su boca está en mi garganta, los dientes raspando mi pulso—. Sentada, con cara de angelito inocente, mientras yo sabía exactamente las guarradas que te pasaban por la cabeza.

—¿Cómo lo—? —

—Siempre lo sé. —Sus manos ascienden por mis muslos, empujando la falda hasta la cintura—. He visto cómo me mirabas. Llevo dos putas horas empalmado pensando en esto.

Me engancha los dedos en los laterales del tanga y yo me alzo lo justo para que me lo baje. El encaje se engancha en los tacones, pero a ninguno de los dos nos importa. Me encuentra enseguida, deslizándose por mi humedad, y gemimos a la vez.

—Qué jodidamente mojada —murmura, hundiendo dos dedos en mí sin aviso. Chillo, la cabeza echándoseme hacia atrás, y él lo aprovecha para chupar y marcar mi garganta—. Estás chorreando por mí, ¿a que sí? ¿Has estado pensando en mi polla todo el día?

—Sí —jadeo, rodando las caderas contra su mano.

Me ayuda con la cremallera, levantando la cadera lo justo para liberarse.

—Abre la guantera y coge un condón —dice, y yo me estiro hacia atrás como puedo para cogerlo. En cuanto doy con uno y se lo paso, se lo coloca y sus ojos se posan en mí.

Lo envuelvo con la mano, acariciando una, dos veces, y su cabeza cae contra el asiento de cuero.

—Joder, Nora. —Sus manos me sujetan las caderas con fuerza suficiente para dejarme moratones—. Me vas a matar.

Me coloco sobre él, la punta de su polla apenas presionando mi entrada—. Quizá ese sea el plan —lo provoco, hundiéndome solo un centímetro antes de volver a subir.

Se le rompe el control. Me baja de golpe, llenándome por completo de una sola embestida, y los dos gritamos. La dilatación es perfecta, casi demasiado, justo lo que necesitaba.

—¿Quieres jugar conmigo? —gruñe, sus manos dirigiendo mis movimientos, alzándome y dejándome caer sobre él a un ritmo despiadado—. Te voy a enseñar lo que pasa cuando me provocas.

El coche se balancea con nuestros movimientos. Los cristales ya empiezan a empañarse, creando nuestro propio mundo. Su polla da en ese punto perfecto dentro de mí en cada embestida, y ya estoy trepando hacia el orgasmo de forma vergonzosamente rápida.

—Así —me anima, una mano colándose entre los dos para trabajarme el clítoris—. Noto cómo te aprietas. Vas a correrte para mí, ¿verdad?

—Sí —sollozo, mis uñas hundiéndose en sus hombros a través de la camisa—. Oh, Dios, Pietro… —

—No Dios —corrige, embistiendo hacia arriba con fuerza—. Solo yo. El único nombre que tienes que recordar.

Me baja el escote del vestido con brusquedad, dejando mis pechos al aire. El sujetador no dura mucho. Lo rasga por la mitad, luego su boca atrapa mi pecho y lo demás desaparece de mi cabeza.

—Perfectos —murmura contra mi piel, pasándose al otro pecho —. Tetas perfectas, coño perfecto, todo perfecto. Mío.

—Tuyo —asiento, demasiado ida para discutir. Mis caderas se mueven frenéticas ahora, persiguiendo mi orgasmo—. Todo tuyo, solo tuyo… —

—Eso es. —Sus dientes se cierran en torno a mi pezón, justo lo bastante fuerte para hacerme gritar—. Este coño me pertenece. Nadie más puede verte así, tocarte así, sentirte así.

Me encanta lo desesperado que está por mí, cómo pierde todo su control calculado cuando estamos así.

—Estoy cerca —le advierto, mis movimientos volviéndose erráticos.

—Espera —ordena, y yo gimo—. Te corres cuando yo te lo diga.

—Pietro, no puedo… —

—Sí puedes, y lo harás. —Su mano abandona mi clítoris, arrancándome un sollozo de frustración—. Vas a ser una niña buena y vas a esperar permiso.

Lo de «niña buena» me hace apretarme a su alrededor de forma involuntaria, y él se da cuenta.

—Oh, ¿te gusta? —Su voz baja a ese ronroneo peligroso que me derrite—. ¿Te gusta ser mi niña buena?

—Sí —admito, más allá de cualquier vergüenza.

Su mano vuelve entre mis piernas, pero apenas me roza, lo justo para volverme loca, no lo suficiente para empujarme al borde. Ahora sollozo, suplico incoherente, con el cuerpo tan tenso que siento que me voy a romper en mil pedazos.

—Por favor —suplico—. Por favor, Pietro, haré lo que sea… —

—¿Lo que sea? —Se queda totalmente quieto, sujetándome cuando intento moverme—. ¿Te pondrás lo que te compre?

—Sí… —

—¿Me dejarás follarte cuando y donde me dé la gana? —Rueda las caderas una vez, arrancándome un jadeo.

—Sí, Dios, sí… —

—¿Admitirás que eres mía? ¿Del todo?

—Soy tuya —grito—. Completamente tuya, siempre tuya, por favor, déjame correrme… —

—Córrete ahora —ordena, presionando fuerte mi clítoris con el pulgar mientras embiste hondo hacia arriba.

Me rompo de forma espectacular, la vista en blanco, el cuerpo convulsionando a su alrededor. A duras penas soy consciente de que grito su nombre, de que cualquiera en este garaje sabría exactamente lo que está pasando, pero me da igual. El orgasmo parece no acabar nunca, oleadas de placer chocando sobre mí hasta dejarme sin huesos.

—Joder, cómo me aprietas —gruñe Pietro, su ritmo volviéndose errático—. Tan estrecha, tan perfecta… —

Me empuja hacia abajo con fuerza, manteniéndome en su sitio mientras él encuentra su propio orgasmo. Le noto palpitar dentro,

llenándome, marcándome por dentro como ya ha marcado mi piel por fuera.

Nos quedamos anclados, los dos jadeando, los cristales ahora totalmente empañados. Llevo el vestido arremangado a la cintura, el sujetador destrozado, marcas formándose ya en la garganta y en los pechos. Estoy hecha un desastre absoluto.

—Eso ha sido… —No encuentro palabras.

—Solo el principio —promete, su polla empezando ya a endurecerse otra vez dentro de mí—. Aún ni de lejos he terminado contigo.

—No podemos quedarnos en el aparcamiento —señalo, aunque no hago ademán de apartarme de él.

—Mi ático está a cinco minutos —dice, sus manos recorriéndome el cuerpo con posesión—. Y lo he dicho en serio. Te quiero en mi cama, donde pueda follarte como es debido.

—¿Como es debido? —me río sin aliento—. ¿Y esto qué ha sido entonces?

—Un aperitivo —gruñe, levantándome de él con cuidado. Los dos gemimos ante la separación.

Intenta limpiar lo que puede y se vuelve a guardar en los pantalones; luego me ayuda a alisarme el vestido, aunque no hay nada que hacer con el sujetador destrozado ni con las marcas que me cubren la piel.

—Todo el mundo lo va a saber —digo, viéndome en el retrovisor mientras volvemos a los asientos delanteros.

—Bien —dice sin más, arrancando el motor—. De eso se trata.

Mientras salimos del garaje, su mano vuelve a mi muslo, posesiva, prometedora—. Cuando lleguemos a casa, te voy a abrir en mi cama y te voy a comer ese coño tan bonito hasta que supliques. Luego te voy a follar en todas las posiciones con las que llevo fantaseando esta noche.

Los muslos se me aprietan con sus palabras, anticipando ya lo que viene—. Conduce más rápido —le digo.

Su sonrisa de respuesta es puro pecado—. Sí, señora.



PIETRO

El ascensor hasta mi ático se hace eterno. Nora está a mi lado, intentando aparentar compostura, pero veo el efecto que he tenido en ella. La cámara de seguridad es lo único que me impide empotrarla contra la pared del ascensor.

En cuanto la puerta de mi casa se cierra a nuestra espalda, se acabaron las reglas.

La giro, pegándole la espalda a la puerta, y mi boca reclama la suya en un beso que es pura posesión y necesidad. Se me derrite encima de inmediato, las manos aferradas a mi camisa.

—Dormitorio —jadea cuando la dejo respirar.

—No. —La alzo con facilidad, llevándola hasta los ventanales del suelo al techo con vistas a Chicago—. Aquí primero. Quiero que toda la ciudad te vea deshacerte por mí.

—Pietro, puede que alguien… —

—Que miren. —La pongo de pie, girándola hacia el cristal. Las luces de la ciudad brillan bajo nosotros, y nuestro reflejo nos devuelve la mirada—. Que vean de quién eres.

Mi mano se cuela entre sus piernas, encontrándola aún mojada, aún lista. El encaje de sus braguitas está empapado, y gimo contra su cuello.

—Sigues chorreando por mí —murmuro, apartando el encaje—. ¿Mi polla no te bastó? ¿Necesitas más?

—Contigo siempre necesito más —admite, echándose contra mí.

Me desabrocho el cinturón con una mano, con la otra aún torturándola—. Manos al cristal —ordeno—. Abre las piernas.

Obedece al instante, y la visión de sus palmas, planas contra la ventana, las piernas abiertas, el vestido arremangado a la cintura, casi me acaba antes de empezar.

Saco el condón que había metido antes en el bolsillo y me lo pongo mientras la presiono contra el cristal.

—Vas a mirar —le digo, encontrando sus ojos en el reflejo—. Vas a mirarte desarmarte mientras te follo contra esta ventana. Vas a ver exactamente cómo eres cuando eres mía.

Entro en ella despacio, mirando su cara en el cristal mientras la voy llenando. La boca se le abre en un grito mudo, y tengo que apretar los dientes para mantener el control.

—*Cazzo*, estás aún mejor que en el coche —gruño, comenzando a moverme—. Tan estrecha, tan perfecta. Hecha para mi polla.

—Pietro —gime, empañando el cristal con su aliento.

—¿Qué he dicho? Mira. —Le sujeto la barbilla, devolviéndole la cara al reflejo—. Mira lo preciosa que estás cuando estoy dentro de ti.

El espectáculo es embriagador. Su rostro arrebolado, cómo su cuerpo me toma, el contraste de mis manos más oscuras contra su piel pálida. Aumento el ritmo y tiene que apoyarse con más fuerza en el cristal para mantenerse en pie.

—Eso es, *bella*. Tómalo. Tómalo todo.

Una mano se desliza por delante, encontrando su clítoris, y ella chilla. El sonido resuena en mi piso, y me encanta. Me encanta que no pueda callarse, que no pueda ocultar lo bien que la hago sentir.

—Por favor —suplicas, las piernas empezando a temblarte—. Estoy tan cerca… —

—¿Ya? Acabamos de llegar. —Aminoro los movimientos, arrancándole un gemido frustrado—. Te lo he dicho: aún ni de lejos he terminado contigo.

—Pietro, por favor… —

—¿Quieres correrte? —Le muerdo el hombro, marcándola otra vez—. Pues dímelo. Dime cuánto te gusta mi polla.

—Me encanta —solloza al instante, más allá de toda vergüenza —. Me encanta cómo me llenas, cómo me follas, cómo me haces tuya… —

—Niña buena. —La premio con exactamente lo que necesita, mis dedos trabajando su clítoris mientras entro hondo—. Córrete para mí. Ahora.

Se rompe de forma preciosa, todo su cuerpo convulsionando, mi nombre rebotando en los ventanales. La sigo al otro lado, incapaz de aguantar más, marcándola por dentro tan a fondo como le he marcado la piel.

Nos quedamos un momento pegados al cristal, los dos respirando con fuerza. Luego salgo de ella con cuidado y la giro entre mis brazos. Le tiemblan las piernas y la sujeto para estabilizarla.

—Cama —digo, alzándola en brazos—. Ahora voy a tomarme mi tiempo contigo.

—No creo que pueda… —

—Oh, puedes. Y vas a poder. —La llevo a mi dormitorio, posándola sobre las sábanas de seda negra—. Voy a adorar cada centímetro de ti. Voy a hacer que te corras tantas veces que acabarás dolorida por todas partes.

La desnudo despacio, con reverencia, besando cada nueva porción de piel que voy descubriendo. El vestido, las braguitas destrozadas, los tacones… todo fuera, hasta que queda desnuda ante mí, marcada y perfecta.

—Mi turno —dice, incorporándose para desabrocharme los botones de la camisa.

La dejo desnudarme, viendo cómo se le oscurecen los ojos a medida que descubre mi cuerpo. Sus dedos me trazan los abdominales, la V que desciende más abajo, y mi polla da un respingo de renovado interés.

—¿Ya otra vez? —pregunta, alzando una ceja.

—Siempre contigo —admito, empujándola de nuevo sobre la cama—. Nunca me sacio. Nunca me saciaré de ti.

Empiezo en sus tobillos, besando a lo largo de sus piernas, sin prisas. Cuando llego al interior de sus muslos, se retuerce, suplicando incoherente.

—Pietro, por favor… —

—Paciencia, *tesoro*. —Le abro más las piernas, recreándome con la vista—. Te he dicho que iba a comerme este coño tan bonito hasta que suplicaras. Acabamos de empezar.

Cuando por fin mi boca la encuentra, grita. La trabajo sin misericordia, usando todo lo que he aprendido de su cuerpo, lo que la hace temblar, lo que la hace sollozar mi nombre. La llevo al borde una y otra vez, retirándome justo cuando está a punto de caer.

—Por favor —por fin se quiebra, las lágrimas corriéndole por la cara—. Por favor, necesito… —

—¿Qué necesitas? —pregunto, sustituyendo mi boca por mis dedos, manteniéndola justo en el borde.

—A ti. Dentro de mí. Por favor, Pietro, haré lo que sea… —

—Ya me has prometido lo que sea —le recuerdo, ascendiendo por su cuerpo—. Y pienso cobrarlo.

Entro en ella despacio esta vez, observándole la cara, viendo cómo el alivio y el placer le invaden las facciones. En esta postura puedo ir más hondo, y los dos gemimos con la sensación.

—Mírame —ordeno, empezando a moverme—. Quiero ver tus ojos cuando te corras esta vez.

Obliga a sus ojos a abrirse y se encuentra con los míos, y lo que veo ahí—confianza, deseo, algo más profundo que los dos tememos nombrar—casi me desarma por completo.

—Mía —gruño, acelerando el ritmo—. Dilo.

—Tuya —jadea, sus uñas arañándome la espalda—. Siempre tuya, solo tuya… —

—Eso es. Este coño, este cuerpo, esta boca… todo mío. Nadie más te ve así. Nadie más te toca, te saborea, te folla. Solo yo.

—Solo tú —asiente, acercándose—. Pietro, yo… —

—Córrete conmigo —exijo, sintiendo mi propio final acercarse—. Mírame y córrete conmigo.

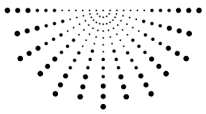
Caemos juntos, los ojos anclados, y en ese instante sé que estoy jodido del todo. No solo físicamente, también emocionalmente. Esta mujer me posee tan a fondo como yo a ella, y eso debería aterrarme.

En cambio, mientras yacemos enredados después, sudados y saciados, lo único en lo que puedo pensar es *por fin*. Como si no la

hubiera reclamado ya. Pero cada vez es como la primera. Y la quiero una y otra vez.

—Descansa. Tenemos unas horas hasta que nos toque volver al infierno —digo, y el aire se le escapa despacio, como si ya tuviera miedo de lo que nos espera con el puto Declan.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS



PIETRO

Me siento a la cabecera de la mesa, los dedos tamborileando contra la madera mientras esperamos.

Nora está a mi lado, la mano apoyada en la mesa donde puedo verla. Donde sé que está a salvo.

Lorenzo se recuesta en la silla, relajado en apariencia. Nico camina de un lado a otro junto a las ventanas, su agitación visible en cada paso. Liam permanece cerca de la puerta, inmóvil como piedra, observándolo todo.

El teléfono en el centro de la mesa bien podría ser una bomba por toda la tensión que crea.

—Debería llamar en cualquier minuto —digo, mirando el reloj—. Tony sabe lo que hay que hacer. Lo repasamos tres veces.

El teléfono suena.

Todos se quedan inmóviles. Pulso el altavoz.

—¿Sí? —la voz de Tony llena la sala, perfectamente informal.

—Llegas tarde con lo que tenías que darme esta semana —el acento irlandés de Declan corta por el altavoz, ya suspicaz—. Espero

que tenga algo que valga mi tiempo, viejo.

—Lo tengo —Tony se aclara la garganta—. Sé que la hija de Connor O'Sullivan está trabajando para Pietro Sartori.

El silencio se estira tres latidos. La mano de Nora se cierra en un puño.

—¿Y a mí qué coño me importa eso? —la voz de Declan se afila —. Los dramas familiares de O'Sullivan no son mi problema.

—Pensé… —Tony se detiene, interpretándolo a la perfección—. Lleváis golpeando a los Sartori meses. Me pareció una buena oportunidad para darle también a O'Sullivan. Matar dos pájaros de un tiro.

—¿Y cómo coño sabes tú lo de la hija de Connor?

—Veo cosas. Oigo cosas. El pelo rojo, el acento que intenta ocultar. Connor en Chicago preguntando por ella me dio las piezas del puzle. Lleva semanas trabajando de secretaria de Sartori.

Otra pausa. Prácticamente puedo oír a Declan pensando al otro lado del altavoz.

—Quiero hablar con Michael —dice Tony de pronto—. Antes de decirle nada más.

—El chico está bien.

—Quiero oír su voz.

Se oyen roces, pasos. Luego una vocecita: —¿Abuelo?

La compostura de Tony se resquebraja. —Michael. ¿Estás bien?

—Tengo miedo. ¿Cuándo puedo volver a casa?

—Pronto, campeón. Muy pronto. Sé valiente por mí, ¿vale?

Más roces. Vuelve Declan. —¿Contento? Ahora dime lo que sabes.

Tony toma aire temblorosamente. —Los Sartori están buscando su filtración. Saben que alguien ha estado pasando información a los irlandeses. Es cuestión de tiempo que averigüen que soy yo.

—Entonces será mejor que esto me compense antes de que lo hagan ellos.

—Puedo llevarle a la chica.

Nico deja de pasear. Lorenzo se inclina hacia delante. Nora no se mueve.

—¿Puede entregarme a Nora O'Sullivan? —el interés de Declan se afila como una cuchilla.

—A cambio de algo. La chica por mi nieto.

—¿Y cómo piensa conseguirlo exactamente?

—Se fía de mí. Cree que soy un viejo inofensivo que ha trabajado para la familia toda la vida. Puedo llevarla a solas, decirle que hay una emergencia en uno de los almacenes —la voz de Tony baja—. Pero necesito a Michael de vuelta. Ese es el trato.

El silencio se alarga tanto que me pregunto si se ha cortado la llamada.

—Interesante —dice por fin Declan—. Muy interesante. —Su risa es fría—. Imagínate su cara cuando sea yo quien la tenga otra vez.

A mi lado, Nora se ha quedado pálida.

—¿Entonces? —aprieta Tony—. ¿Tenemos trato?

—A medianoche —dice Declan—. El viejo almacén de los Murphy, en el South Side. ¿Lo conoce?

—Lo conozco.

—Traiga a la chica. Venga solo. Si veo a un solo soldado de los Sartori, si esto huele a trampa aunque sea un segundo, le meteré una bala en la cabeza a su nieto antes de que parpadee.

—No es una trampa —miente Tony con suavidad—. Solo quiero recuperar a mi nieto.

—A medianoche —repite Declan—. No llegue tarde.

La línea se corta.

Miro alrededor de la mesa, cruzándome con la mirada de cada uno. —Tenemos cuatro horas para planear esto a la perfección.

—Nos ceñimos al plan —la voz de Nora corta la sala, firme y segura—. Si Declan ve siquiera un indicio de que es una trampa, matará a Michael. Probablemente a Tony también.

Me vuelvo hacia ella. —Ni de coña vas a acercarte a él.

—Esto también tiene que ver conmigo —su voz, teñida de rabia, mientras se pone en pie con las palmas planas sobre la mesa—. Necesito enfrentarme a Declan. Necesito…

—No. Ni de puta broma. Entramos, sacamos a Michael, eliminamos a Declan. Simple. Limpio. Tú te quedas aquí, donde estás segura.

—¿Segura? —Se ríe, pero no hay humor—. ¿Cuándo ha estado segura alguna parte para mí? Esta es mi lucha, Pietro. Intentó matarme. Me usó para destruir a mi familia. Tengo derecho a…

—Tienes derecho a seguir viva —me pongo en pie también, igualando su postura—. Nos ceñimos al plan que ya tenemos. Lorenzo coordina, Liam va al frente con el equipo de extracción y…

—Tiene razón ella.

Vuelvo la cabeza hacia Nico de golpe. —¿Qué?

—Nora tiene razón —mi hermano se despega de la ventana, el gesto indescifrable—. Declan la espera. Si no aparece, sabrá al instante que es una trampa.

—Que te jodan —las palabras me estallan mientras rodeo la mesa hacia él—. ¿La quieres muerta, eso es? ¿Llevas buscando excusa desde que supiste quién es?

Nico se mueve rápido, me agarra de la camisa y me tira hacia él. Sus ojos arden con furia controlada. —Si la quisiera muerta, ya sería un maldito cadáver. Le puse una pistola en la cabeza, ¿recuerdas? Podía haber apretado el gatillo cuando me diera la gana en ese almacén.

Lo empujo hacia atrás, pero no me suelta.

—Piensa con la cabeza y no con la polla por una vez —gruñe—. Esto no va de lo que tú quieres. Va de salvar a un crío de siete años.

—No me des lecciones sobre…

—Basta —la voz de Lorenzo se interpone entre nosotros—. Los dos. Así no ayudáis en nada.

Pero apenas le oigo. Solo puedo pensar en Nora caminando hacia Declan. Nora en peligro. Nora eligiendo volver con el hombre que intentó matarla.

Quiere irse.

El pensamiento me golpea como un puñetazo en el estómago. Quizá esta sea su salida. Su oportunidad de escaparse de mí, de esta vida. Volver a lo que conoce, aunque lo que conoce sea Declan.

—Pietro —el calmado acento británico de Liam rompe mi espiral —. Tenemos que pensar tácticamente aquí.

Me zafio del agarre de Nico, el pecho en un vaivén. Nora me está mirando con esos ojos verdes que ven demasiado, y no puedo saber

qué piensa. No puedo saber si ya está planeando su huida.

—No vas —le digo, la voz áspera—. Es mi última palabra.

—No te toca tomar esa decisión por mí.

—¿Y si negociamos?

Las palabras de Lorenzo cortan el silencio. Todos se giran a mirarle.

—Explica —mi voz sale más dura de lo que pretendo, pero Lorenzo no parpadea.



El distrito de almacenes se traga la luz como un agujero negro. Edificios vacíos se extienden manzana tras manzana, ventanas rotas. El almacén de los Murphy se agazapa en el centro, un enorme monumento de ladrillo al pasado industrial de Chicago.

La voz de Liam crepita en mi pinganillo. —Posiciones listas. Dos en la azotea de enfrente, uno en la zona de carga, otros dos cubriendo las salidas.

—Recibido —apago el motor a tres manzanas—. Desde aquí vamos a pie.

A mi lado, Nora se ciñe el abrigo. El viento de noviembre corta la ropa como si fuera de papel. Su aliento se empaña en el aire frío.

—Todavía puedes…

—No —abre su puerta—. Ya hemos pasado ese punto.

Lorenzo y Nico nos siguen mientras avanzamos entre las sombras. Tony tropieza entre ellos, irradiando terror. El viejo ha perdido nueve kilos en tres meses de culpa.

El almacén se agranda a cada paso. Las luces de seguridad —las pocas que funcionan— proyectan charcos de amarillo enfermizo entre enormes franjas de oscuridad. Nuestros pasos resuenan en el hormigón pese a nuestros esfuerzos por ir en sigilo.

—Movimiento —la voz de Liam en mi oído—. Tres vehículos acercándose por el norte.

—Manteneos en posición.

Los coches emergen de la penumbra. Dos todoterrenos flanqueando un sedán. Se detienen a cincuenta metros de la zona de carga principal. Se abren puertas. Hombres salen, armas a la vista pero bajas.

Declan baja de la parte trasera del sedán arrastrando algo pequeño.

Michael.

El niño tropieza, demasiado pequeño para sus siete años. Incluso desde aquí veo que tiembla. Tony emite un sonido como de animal herido.

—Tranquilo —le sujeto el hombro al viejo.

Entonces sus ojos encuentran los míos.

—Vaya, vaya —el acento irlandés de Declan se engruesa con diversión—. El propio Pietro Sartori. No esperaba que el Don hiciera de chico de los recados.

El arma aparece en su mano tan rápido que Michael no tiene tiempo ni de encogerse. El metal frío se apoya en la sien del chaval.

—¡Espera! —Tony cae de rodillas sobre el asfalto cuarteado—. Por favor, espera. La he traído, tal como pediste. Por favor, no le hagas daño.

—Cállese, viejo —la mirada de Declan no se aparta de la mía—. Tuvo su oportunidad de seguir instrucciones. Tres meses de información perfecta, y va y trae a toda la caballería de los Sartori.

Michael solloza. El sonido corta la noche como cristal roto.

—Suelte primero al niño —mantengo la voz nivelada, mandando —. Luego hablamos.

Declan se ríe. Un sonido como de cristal quebrándose. —El nuevo Don da órdenes a todo el mundo. ¿Qué tal te va con eso?

—El niño, Declan —dice Nora.

—Vaya, vaya. La propia princesa —su sonrisa podría helar la sangre—. Llevo buscándote, niña bonita.

Se va a arrepentir de eso.

Nora da un paso al frente antes de que pueda detenerla. —Suelta al niño. Tu problema es conmigo, no con él.

—Mi problema es con todos vosotros —pero su foco se clava en ella como un láser de puntería—. Aunque especialmente contigo, Nora.

—Sé lo que eres —su voz no arrastra ni una pizca de miedo—. Un cobarde que usa a niños como escudos.

La cara de Declan se ensombrece. —Cuida esa lengua, zorra.

Mi mano va al arma. —Vuelve a llamarla así y esta negociación termina a balazos.

—Tranquilos, chicos —el tono de Lorenzo corta—. Hemos venido a intercambiar. Michael por territorio. Negocios sencillos.

—¿Territorio? —la atención de Declan se desplaza—. ¿Qué territorio?

—Acceso al muelle —obligo a salir las palabras—. El muelle cuarenta y siete. Uso compartido para envíos irlandeses.

La oferta nos cuesta millones al mes, pero la vida de Michael y las de cualquiera más en esta guerra interminable pesan más que el dinero. Declan lo sopesa, aún sujetando al niño por el cuello.

Además, lo mataré en cuanto tenga la oportunidad de que no esté sujetando a un niño y Nora esté cerca.

—El muelle cuarenta y siete. ¿Sin interferencia de operaciones de los Sartori? —pregunta.

—Ninguna.

—¿Y las cuadrillas de carga?

—Vuestras para gestionarlas.

Me estudia la cara, buscando la trampa. No la hay. Solo un niño que necesita ser salvado y un sacrificio que estoy dispuesto a hacer.

—Trato hecho. La documentación —Declan extiende la mano.

Saco los papeles doblados de mi chaqueta. Contratos, manifiestos, horarios de atraque. Todo lo que necesita para operaciones con apariencia legítima. Lorenzo los preparó. A prueba de bombas y legales.

El intercambio se hace en tierra de nadie. Declan toma los papeles, los examina a la luz de su móvil. Su sonrisa vuelve, más fría que antes.

Declan empuja a Michael hacia delante. —Anda, chaval.

Michael echa a correr. Corre, sus piernecitas un borrón sobre el hormigón, tropezando pero sin parar. Tony abre los brazos justo cuando su nieto se le lanza encima; los dos sollozan.

—Perfecto —retrocede hacia sus hombres.

—Ah, y Nora… —Declan se detiene, volviéndose con esa sonrisa que me hace picar el gatillo—. Traicionando a los tuyos así… No pensé que te diera para tanto.

Aprieto la mandíbula hasta que me duelen los dientes. La pistola en la cadera me arde contra la palma, suplicando que la saque.

—Connor te educó mejor que eso —niega con la cabeza, fingiendo decepción—. Tu madre se revolvería en la tumba al saber que su hija abre las piernas para el enemigo.

El mundo se vuelve rojo por los bordes. Mi mano se mueve…

—Despacio —la voz de Lorenzo atraviesa la rabia, lo bastante baja para que solo yo la oiga. Su mano roza mi brazo, una advertencia—. Aún no.

Cada músculo de mi cuerpo se enrosca, listo para saltar. Para despedazar a Declan con mis manos por atreverse a hablar de ella así. Por usar a su madre contra ella.

Nora permanece perfectamente quieta a mi lado, pero siento el temblor que la recorre. Cómo cambia su respiración, superficial y rápida. Está luchando por no reaccionar, por no darle el gusto.

—¿Qué pasa, *mo stór*? —Declan usa el cariñito irlandés como un arma, retorciendo algo que debería ser tierno en algo vil—. ¿Te has quedado sin palabras? ¿O ahora Sartori habla por ti también?

—Pietro —el agarre de Lorenzo se afianza en mi brazo—. Tenemos que irnos. Vivos.

La palabra atraviesa la bruma. Vivos. Estamos en inferioridad numérica, en peor posición. Los hombres de Declan tienen la altura, mejor cobertura. Si me muevo ahora, morimos todos. Incluida ella.

—Eso es, Sartori —Declan ya retrocede hacia su coche, los papeles a buen recaudo en la chaqueta—. Mantén a raya ese famoso temperamento. No querríamos que las cosas se… ensuciaran.

Se detiene en la puerta del coche. —Dale recuerdos a Connor cuando lo veas, princesa. Dile que su niñita ya es toda una mujer.

Que toma sus propias decisiones —su risa rebota en las paredes del almacén—. Aunque sean las equivocadas.

La puerta del sedán se cierra con un golpe sordo. Los motores arrancan, un ronroneo grave que hace vibrar el hormigón. Miro los pilotos traseros desaparecer en la oscuridad, memorizando las matrículas aunque ya me las sé.

—Respira —otra vez la voz de Lorenzo, firme y serena—. Solo respira.

Pero no puedo. No con Nora ahí plantada, los hombros rígidos, las manos cerradas en puños a los lados. No con Tony aún sollozando sobre Michael, el niño aferrado al cuello del abuelo como si pudiera desvanecerse.

—Posiciones, informad —la voz de Liam crepita por el pinganillo.

—Norte despejado.

—Sur despejado.

—Zona de carga despejada.

—Se han ido.

Idos. Por ahora. Pero las palabras de Declan quedan suspendidas en el aire como gas venenoso. *Hablaremos pronto, amor.*

Por encima de mi cadáver.

—En marcha —me obligo a apartar la vista de donde desaparecieron los coches—. Tony, lleva a Michael al coche. Lorenzo, abre camino.

Nico aparece de entre las sombras, el arma aún fuera. —Ha salido mejor de lo esperado.

—¿Ah, sí? —mi voz sale más áspera de lo que pretendía.

Nos movemos como una unidad de vuelta por el distrito de almacenes. Tony lleva ahora a Michael en brazos, la cara del niño enterrada en el cuello de su abuelo. Nora camina a mi lado, en silencio. Demasiado silencio.

—Se equivoca —las palabras se me escapan antes de poder frenarlas.

Ella no responde, ni siquiera me mira. Solo sigue andando, un pie delante del otro, como en piloto automático.

—Nora…

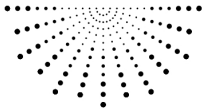
—Aquí no —su voz es apenas un susurro—. Por favor. Aquí no.

Ese *por favor* me deja helado. Ella nunca suplica a menos que la esté haciendo correrse. Nunca muestra ese tipo de vulnerabilidad. Pero ahora mismo, en la oscuridad entre edificios abandonados, apenas se mantiene entera.

Y es culpa mía. La he traído aquí. La he puesto delante de él. Le he dejado decirle esas cosas.

Los coches aparecen a la vista, con Liam ya al volante del primero, el motor en marcha.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES



NORA

La hoja de cálculo se emborrona en mi monitor. Números que deberían tener sentido se mezclan como si estuvieran escritos en un idioma extranjero. Parpadeo con fuerza, obligándome a centrarme en las discrepancias del envío de Morrison, pero mi mente vuelve una y otra vez a anoche.

A la cara de Declan entre las sombras del almacén. Esa sonrisa que antes me hacía sentir segura ahora retorcida en algo monstruoso.

Mis dedos flotan sobre el teclado, temblando levemente. Los aplano contra la mesa, imponiéndoles calma. Estoy en el despacho de Pietro—mi despacho—del edificio Sartori. Me rodea cristal antibalas. Guardias de seguridad patrullan cada entrada. Estoy a salvo.

Pero aún puedo sentir las manos de Declan en mi garganta de hace tres meses. Aún oigo su voz llamándome *mo stór* como si tuviera algún derecho a usar cariños irlandeses después de lo que hizo.

La puerta del despacho interior de Pietro se abre de golpe y doy un brinco.

—No deberías estar aquí. —Pietro avanza hacia mi mesa, con la furia irradiando de cada línea de su cuerpo—. Te dije que te quedaras en el complejo.

—Y yo te dije que necesitaba trabajar. —Sigo tecleando, aunque ahora mismo los números no signifiquen nada—. Estas facturas no se van a procesar solas.

—Que les jodan a las facturas. —Apoya las palmas en mi mesa, inclinándose sobre mí—. Declan sabe que estás viva. Sabe que estás conmigo. ¿Crees que no vendrá a por ti?

—Consiguió lo que quería. Acceso al muelle cuarenta y siete. —Por fin le sostengo la mirada. La tiene desorbitada, más oscura de lo habitual. No ha dormido. Yo tampoco—. Por cierto, ese trato fue una estupidez.

—Nos devolvió a Michael.

—Le da cobertura legítima para lo que sea que esté moviendo de verdad por esos muelles.

La mandíbula de Pietro trabaja. —¿Te crees que no lo sé? ¿Que he cedido millones en territorio por la vida de un niño sin considerar las consecuencias?

—Creo que estás tan centrado en cazarlo que no estás pensando con estrategia. —Las palabras me salen más afiladas de lo que pretendía—. Liam dice que has tenido a cada soldado de la ciudad buscándolo desde las cuatro de la mañana.

—Te ha amenazado.

—Ya me ha amenazado antes. —La voz se me quiebra un poco. Carraspeo, odiando la debilidad—. No es nada nuevo.

—Ahora sí lo es. —Rodea la mesa y hace girar mi silla para encararme—. Ahora muere por siquiera mirarte mal.

—Está trabajando solo. —Intento no pensar en lo que eso significa para nosotros, me aferro a los hechos en lugar de a los sentimientos—. Sea la operación que sea, ya no es con el respaldo de los Murphy.

Los ojos de Pietro se entornan. —¿Cómo lo sabes?

—Por cómo habló. La gente que llevaba—matones a sueldo, no soldados Murphy. Y me llamó princesa, no O'Sullivan. —Vuelvo a mi ordenador, necesito distancia de la intensidad de Pietro—. Ya no tiene la estructura de poder. Cuando perdió el respaldo de Connor, perdió su posición. Puede que los Murphy lo utilicen para trabajos puntuales, pero ya no es del círculo interno.

—Bien. Más fácil de matar.

—Pietro…

—No. —Me agarra la barbilla, obligándome a mirarle—. Te puso las manos encima. Intentó matarte. Y anoche se atrevió a pronunciar el nombre de tu madre. Está muerto. La única pregunta es cuánto va a sufrir antes.

—Hay otra cosa. —Me aparto de su agarre—. Connor nunca tomó represalias contra Declan. Después de lo que me hizo, después de la traición… Connor no hizo nada. Declan traicionó a la familia. Me utilizó para conseguir información. Intentó asesinar a la hija de Connor. —Suelto una risa, pero es amarga, hueca—. Incluso si Connor me culpaba por meter a Declan, debería haberlo cazado. Así funciona. Sangre por sangre. Pero Declan sigue respirando.

—Quizá Connor no pudo encontrarlo.

—Quizá. Y por eso creo que opera sin el respaldo Murphy. Habría sido más fácil rastrearlo dondequiera que estén los Murphy.

Las manos de Pietro me enmarcan la cara, sus pulgares rozándome los pómulos. —Tienes que calmarte.

—Estoy calmada.

—Te va a mil el pulso. —Su pulgar encuentra el punto de mi cuello donde los latidos me delatan—. Lo noto.

—No es por miedo.

Su expresión se transforma. La rabia deja paso al deseo por un instante fugaz. Luego su boca está sobre la mía, firme y posesiva, tragándose cualquier protesta que pudiera haber hecho.

Cuando se aparta, me falta el aire.

—Voy a encargarme de esto pronto. —Apoya la frente en la mía —. Declan, Connor, todo. Pero ahora mismo, te quiero a salvo.

—Estoy en tu edificio. Rodeada de tu seguridad.

—No es suficiente. —Se incorpora, ajustándose la corbata—. En cuanto termine la próxima reunión, volvemos al complejo. Sin discusiones.

—Pietro…

—Ni. Una. Discusión. —Se dirige a su despacho, deteniéndose en la puerta—. Y come algo. Giulia ha preparado el almuerzo. Está en la cocina.

La puerta se cierra con toda la intención. La miro un momento y luego vuelvo al ordenador. Los números de Morrison siguen nadando, pero al menos ahora puedo culpar al beso y no al miedo.

Suena el teléfono de mi mesa, el timbrazo cortando el silencio de cuajo.

—Despacho del señor Sartori.

—¿Señorita Kelly? —La recepcionista del vestíbulo suena dubitativa—. Ha llegado un paquete para usted, pero el mensajero dice que necesita específicamente su firma. No quiere dejarlo con seguridad.

Frunzo el ceño. —¿Un paquete? Yo no he pedido nada.

—Dice que es de… —Suenan papeles—. ¿O'Sullivan Imports? Dice que sabría de qué va.

La sangre se me hiela. O'Sullivan Imports no existe. Es un mensaje. De Connor o de Declan.

—¿Señorita Kelly? ¿Lo hago marcharse?

—No. —La palabra me sale inexplicablemente firme—. No, ahora bajo.

—¿Está segura? Seguridad podría…

—Está bien. Ahora mismo voy.

Cuelgo antes de que pueda protestar más. Me tiemblan las manos mientras guardo el archivo de Morrison. Si interrumpo a Pietro para contarle lo del paquete, encerrará el edificio a cal y canto. Se pasará de frenada. Lo empeorará todo.

Además, estamos en medio del edificio Sartori. El vestíbulo tiene detectores de metales, guardias armados, cámaras por todas partes. Quien sea este mensajero, aquí no puede hacerme daño.

Cojo mi tarjeta y me dirijo al ascensor. La planta ejecutiva está en silencio. Liam debe de estar fuera coordinando la búsqueda de

Declan. El ascensor llega de inmediato, vacío.

Entro y pulso L de lobby. Las puertas se cierran, encerrándome en la caja de espejos.



PIETRO

Me suena el teléfono, cortando los informes financieros que estoy revisando. El número es interno—extensión del vestíbulo.

—¿Señor Sartori? —La voz de la recepcionista vacila—. El señor Blackwood dejó instrucciones de que le informara de cualquier cosa que involucrara a usted o a la señorita Kelly.

Aprieto el teléfono. —¿Qué pasa con la señorita Kelly?

—Ha llegado un mensajero con un paquete de O'Sullivan Imports. Insistió en que debía firmarlo específicamente la señorita Kelly. La he llamado y ha dicho que bajaba, pero pensé que debía saberlo…

Ya estoy en movimiento, el teléfono cayendo mientras irrumpo fuera de mi despacho. La mesa de Nora está vacía, el ordenador aún encendido, su café enfriándose.

—¡Nora! —Mi voz resuena por la planta ejecutiva. Nada.

Reviento la puerta de la escalera, bajo los peldaños de tres en tres mientras saco el móvil—. Seguridad, cerrad el vestíbulo. Ahora. Nadie entra ni sale…

Treinta y cinco plantas. Mi hombro golpea las paredes al tomar cada rellano, los zapatos de vestir resbalan en el hormigón. Veintiocho. Veinte. Los pulmones me arden, pero aprieto más el paso.

Quince plantas. Diez. Me vibra el teléfono—seguridad intentando responder—, pero no puedo parar a contestar.

Cinco plantas. La puerta del vestíbulo aparece abajo.

La atravieso justo cuando el cristal estalla.

Disparos desgarran el aire. El vestíbulo estalla en gritos. Un sedán negro sale quemando rueda del bordillo, los neumáticos humeando. Saco el arma y disparo al vehículo, pero un guardia de seguridad se me echa encima.

—¡Al suelo!

La descarga de una escopeta me alcanza en el hombro y me hace girar. La sangre salpica el mármol. Otro disparo—francotirador —, trozos de piedra llueven donde estaba mi cabeza.

—¡Dentro! ¡Todos dentro! —Me arrastro entre las puertas hechas añicos, el cristal crujiendo bajo mis palmas. La sangre me corre por el brazo, caliente y pegajosa.

El vestíbulo es un caos. Gente pegada a las paredes, llorando. Guardias de seguridad con las armas desenfundadas, rastreando las ventanas con la mirada.

Agarro al guardia más cercano por el chaleco. —¿Dónde está ella? ¿Dónde está Nora?

—Se… se metió en el coche, señor. El sedán negro…

—¿La dejasteis salir? —Mi puño le alcanza la mandíbula antes de que pueda contenerme.

La recepcionista se encoge tras su mesa, sosteniendo algo. Camino hacia ella, dejando un reguero de sangre en el suelo.

—Señor Sartori, el paquete… después de que la señorita Kelly lo cogiera, esto se cayó…

Sostiene una carta con manos temblorosas. Se la arrebato.

Sube al coche en sesenta segundos o la bomba de la caja explota. Ven sola o todos mueren. No me hagas matar inocentes por ti, princesa.

El papel se arruga en mi puño. Ella se llevó el paquete. Se metió en el coche.

—La has llamado para que bajara. —Mi voz es mortalmente tranquila—. Le has hablado del paquete.

—Y… yo seguía el protocolo. El paquete era del servicio de mensajería que

estaba en la lista de preaprobados…

—Estás despedida. Lárgate.

—Señor Sartori, yo no sabía…

—¡FUERA!

Huye llorando. No me importa. Nora se ha ido. Se la han llevado. Porque esta mujer…

—Pietro. —Liam aparece a mi lado, chaleco táctico sobre el traje, fusil de asalto en mano—. Tenemos que irnos. Ahora.

—Se ha ido. Declan la tiene.

—Lo sé. Pero ahora tenemos que movernos. Ese francotirador sigue activo y tenemos movimiento en el lado norte. Podrían ser más tiradores.

Miro la sangre que se arremolina a mis pies. Mi sangre. No importa.

—Tengo que encontrarla.

—La encontraremos. Pero no si estás muerto. —Liam me agarra del brazo bueno—. Hay un coche blindado en el garaje. O vamos ahora, o te cargo yo mismo.

A través de las ventanas hechas trizas, veo coches de policía convergiendo, sirenas aullando. El vestíbulo aún resuena con susurros aterrados. Pero yo solo oigo silencio donde debería estar la voz de Nora.

—La tiene, Liam.

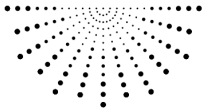
—Lo sé. —Me aprieta más—. Y la recuperaremos. Pero primero, te curamos y te ponemos operativo. Vamos.

Me arrastra hacia la entrada del garaje.

Ida.

Se ha ido.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO



PIETRO

Las puertas del recinto se cierran a mi espalda como un sepulcro echando el cerrojo. La sangre se ha secado en mi chaqueta donde la bala me atravesó el hombro.

Mi hombro grita, pero el dolor es un susurro. Un fantasma. La herida real es un hueco dentro de mí, un vacío donde debería estar la siguiente respiración de Nora.

Nora.

Su nombre retumba en mi cráneo con cada latido. La imagen de ella caminando hacia Declan arde detrás de mis párpados.

Empujo las puertas principales con tanta fuerza que el candelabro de cristal tintinea.

—Sala de juntas. Ahora.—Mi voz corta la casa, una orden que hace añicos el silencio.

Lorenzo aparece desde la cocina. Nico sale de la oficina de seguridad, tableta en mano. Vittoria baja las escaleras a toda prisa, con el rostro pálido de preocupación. Liam entra detrás de mí, cerrando las pesadas puertas a nuestra espalda.

Nadie respira. Los dedos de Lorenzo están blancos de tanto apretar el móvil. Nico fija la vista en un punto de la pared. El aire es tan denso que parece un peso físico que nos aplasta. Apoyo las palmas en la mesa, inclinándome hacia delante.

—La vamos a recuperar.—Las palabras salen crudas, raspadas de algún lugar hondo en mi pecho.—Cueste lo que cueste.

Lorenzo y Nico se miran. Esa comunicación silenciosa entre hermanos que lo dice todo sin palabras.

—Pietro— —La voz de Lorenzo es suave, diplomática. Es como aceite sobre el fuego. Se me pone la piel de gallina.

—Ni lo intentes.—Me irguo. Mi mirada es plana, muerta. La clase de mirada que le doy a un hombre antes de firmar su sentencia de muerte.—Sé lo que estáis pensando. Todos.

Vittoria se revuelve en la silla.—Solo queremos asegurarnos de que estás pensando con claridad...

—¿Con claridad?—Una risa amarga me desgarra la garganta.—Se ha ido. Se la ha llevado ese cabrón irlandés que ya intentó matarla una vez. ¿Quieres que piense con claridad sobre eso?

Nico deja su tableta sobre la mesa. El suave clic es el único sonido de la sala.—Echar culpas no la va a traer de vuelta. Necesitamos estrategia.

—Estrategia.—La palabra es arena y polvo en mi boca.—Bien. Esta es la estrategia: movilizamos a cada soldado que tenemos. Encontramos dónde la tiene Declan. Y arrasamos con todo lo que haya en nuestro camino hasta que vuelva.

—Eso no es una estrategia, es un suicidio.—El tono lógico de Nico corta mi furia.—Los irlandeses tienen la ventaja en Chicago. Si vamos a la guerra...

—Entonces vamos a la guerra.

—Pietro.—Vittoria se pone en pie, acercándose a mí como si fuera un animal herido que pudiera morder.—Todos queremos que Nora vuelva. Pero hacer que te maten no la va a salvar.

—La reunión se ha acabado.—Me aparto de mi hermana.—Liam, duplica la seguridad del recinto. Nadie entra ni sale sin mi autorización.

Salgo de la sala antes de que nadie pueda protestar más. La puerta de mi despacho se cierra de un portazo lo bastante fuerte como para hacer vibrar los marcos de las paredes.

Los monitores de seguridad brillan azules en la oscuridad. Me dejo caer en la silla, ignorando la punzada del hombro, y abro las grabaciones de esta mañana. Antes de que todo se fuera al infierno.

Ahí. La marca horaria dice 11:47. Nora entra en mi despacho con un montón de expedientes.

—Tienes la reunión con los Ferretti a las dos—dice en la grabación, con ese deje de acento de Boston que nunca consigue esconder del todo.

El yo del pasado apenas levanta la vista del ordenador.—Cancélala.

—Ya la has cancelado dos veces.

—Entonces entenderán una tercera.

Rodea el escritorio, y la cámara le capta el perfil.—Pietro.

Solo mi nombre, pero la forma en que lo dice hace que mi yo del pasado por fin la mire. De verdad la mire.

—No puedes seguir evitándolos.

—Mírame.

Ese pequeño gesto de poner los ojos en blanco que hace cuando me pongo difícil.—¿El todopoderoso Don Sartori tiene miedo de una reunión de negocios?

—¿Miedo?—Mi yo del pasado se pone en pie, acortando la distancia entre los dos.—No le tengo miedo a nada.

—Mentiroso.

La palabra queda suspendida entre los dos, cargada de significado. Luego mi yo del pasado la besa, rápido y posesivo, antes de separarse.

—Vale. Mantén la reunión.

Su sonrisa podría iluminar todo el South Side.—¿Ha sido tan difícil?

—Ni te lo imaginas.

La grabación continúa, pero rebobino. La reproduzco otra vez. Ese beso.

Antes de que la dejara sacrificarse.

Se abre la puerta. Sin llamar. Solo Giulia. Deja una bandeja en el escritorio. Sopa. Pan. La misma comida que me trajo después del funeral de Pablo.

—Come.—Su voz es de hierro.

—No tengo hambre.

—No te he preguntado.—Su mano cae sobre mi hombro bueno, un peso pequeño y firme en medio del caos.—He dicho que comas.

En el monitor, el beso se repite en bucle.

—Es fuerte—dice Giulia con voz suave, el tono que usaba cuando yo era un crío.—Más de lo que le reconoces. Aguantará hasta que llegues a ella.

Las palabras que he estado evitando me arañan la garganta para salir.—¿Y si no quiere que llegue?

El agarre de Giulia se endurece.—¿Cómo?

—¿Y si volver con él...—No puedo terminar. La posibilidad de que Nora lo elija, de que recuerde quién era antes de mí, es ácido en mis venas.

—Para.—Giulia me sujeta la cara entre las palmas y me obliga a mirarla a los ojos.—Esa chica está enamorada de ti. Lo veo cada vez que te mira, Pietro. No insultes eso dudando ahora.

—No lo entiendes. Se entregó. Fue directa hacia él.

—Para salvarte—dice Giulia.—No porque quisiera irse, sino porque no soportaba ver morir a gente.

Un golpe nos interrumpe. Nico entra sin esperar permiso, con Lorenzo y Vittoria detrás de él.

—Necesitamos más información—dice Nico sin rodeos.—¿Qué pasó exactamente entre Declan y Nora? Dijiste que huyó de Boston, pero necesitamos detalles.

Me aparto de los monitores. Cada hueso de mi cuerpo es una piedra que me tira al suelo. Solo la rabia me mantiene en pie.

—Era su prometido.—Las palabras se sienten como esquirlas de cristal en la garganta. Las escupo.—Tres años. Luego ella descubrió que era un soplón. Que filtraba información a los Murphy sobre su propio padre.

—¿Y?—apremia Lorenzo, con la voz baja.

—Y ella le plantó cara.—Voy y vengo hasta la ventana, incapaz de quedarme quieto.—Así que él intentó matarla. Ella consiguió escapar, pero su padre... la culpó. La llamó una deshonra por traer a un traidor al redil. Así que huyó.

—Dios.—Vittoria se deja caer en una silla.—Con razón no se fía fácilmente.

—Pero eso significa que Declan tiene historia con ella—continúa Nico, siempre tres pasos por delante.—Historia personal. Puede que no la quiera solo como moneda de cambio.

La implicación queda suspendida en el aire, espesa y asfixiante. Antes de que pueda responder—antes de que pueda hundir el puño en otra pared—mi móvil vibra.

—¿Finn?

—Me he enterado de lo que ha pasado.—La voz de Finn O'Sullivan llega urgente por el altavoz.—¿Es verdad? ¿Declan tiene a Nora?

—¿Cómo lo...?

—Aún tengo contactos. Escucha, Pietro. Connor quiere ayudar a derribar a Declan. Le estaba buscando pero era como perseguir a un fantasma. Nadie sabía dónde estaba ni qué planeaba. También se ha ido de los Murphy.

—La usará contra Connor—digo, encajando las piezas.—Venganza contra las dos familias ahora que sabe que estaba con nosotros.

—Exacto. La cuestión es si la mantiene en Chicago o se la lleva de vuelta a Boston.

—Si la mueve...—La idea de que arrastren a Nora por varios estados, más lejos de mi alcance, me hace picar el dedo en el gatillo.

—Voy para allá—dice Finn. No es una pregunta.—No discutas. Es de mi sangre, aunque Connor no la reconozca. Voy a ayudar a traerla de vuelta.

Parte de mí quiere negarse. Finn O'Sullivan en mi territorio, en mi recinto... va contra cada instinto. Pero ayudó a Nora a escapar. Es la razón por la que me encontró a mí.

—¿Necesitas que alguien te recoja?

—Me las apaño.

La línea se corta.

—¿Finn viene *aquí*?—La voz de Vittoria es un hilo alto y tenso.

—A ayudar.—Guardo el móvil.—Murphy y Declan no están trabajando juntos. Esa es nuestra ventaja.

—O que Declan es más peligroso porque no tiene nada que perder—replica Nico.



Mientras esperamos a Finn, mi familia se desparrama alrededor de la mesa de la sala de juntas, elaborando escenarios. Liam coordina con nuestros soldados, recabando información sobre los lugares conocidos de Declan. La mesa se llena de mapas, fotografías, manifiestos de carga... cualquier cosa que pueda darnos ventaja.

—La mantendrá cerca—digo, estudiando las propiedades conocidas de la familia Murphy.—Declan es posesivo. No confiará en nadie más para tenerla.

—A menos que quiera hacerle daño.—Las palabras quedas de Vittoria me hielan la sangre.—Dijiste que ya intentó matarla antes.

—Aquello fue para callarla. Esto es distinto. Ahora es un peón de presión.

—¿Presión para qué?—Nico se recuesta en la silla, pensando en voz alta.—Si Connor no le apoya, ¿cuál es el objetivo final de Declan?

—Quizá...—La mandíbula de Lorenzo se tensa. Le veo los engranajes girando, le veo elegir las siguientes palabras como si fueran armas.—Quizá no sea por presión.

—¿Cómo que?

—Estuvieron juntos tres años. Prometidos.—Lorenzo me sostiene la mirada, firme.—Puede que Declan la quiera de vuelta. No como rehén, sino como...

El vaso de cristal estalla contra la pared antes de que me dé cuenta de que lo he lanzado. El whisky resbala por el papel pintado como sangre ámbar.

—Ni lo digas.

—Pietro, tenemos que considerar todas las posibilidades...

—Intentó MATARLA.—Estoy de pie, con las manos plantadas en la mesa, invadiendo el espacio de Lorenzo.—La traicionó, la utilizó, puso sus manos en su cuello e intentó acabar con su vida. ¿Y tú crees que la quiere de vuelta?

—Hombres como Declan no lo ven así.—La voz lógica de Nico corta mi rabia.—Ven posesión. Era suya, se fue, y ahora la tiene otra vez.

El rojo me inunda la visión. La idea de que Declan la toque, de que intente volver a hacerla suya...

Otro vaso se hace añicos. Luego otro. Estoy destrozando el carro de las bebidas, pieza de cristal tras pieza de cristal, y mi familia mira en silencio.

—Pietro.—La voz de Giulia atraviesa la destrucción.—Romper cosas no la va a traer de vuelta.

—Prenderé fuego a toda la ciudad si hace falta.—Las palabras salen quedas, seguras.—Cada manzana, cada edificio, hasta que vuelva a donde pertenece.

—Y ella te odiaría por ello—dice Giulia.—Nora se sacrificó para salvar vidas, no para empezar una guerra.

—Entonces lo hacemos con cabeza.—Me enderezo, el cristal crujiendo bajo mis pies.—La encontramos. La traemos de vuelta. Y luego acabo con la miserable existencia de Declan con estas dos manos.

Lorenzo asiente.—Ahora sí estás pensando como un Don.

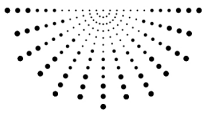
—Estoy pensando como un hombre que va a recuperar a su mujer.—Me acerco a la ventana, mirando los terrenos del recinto donde ayer mismo Nora caminaba a mi lado.—Cueste lo que cueste. Tarde lo que tarde. Ella vuelve a casa.

La determinación se me asienta en los huesos como cemento. Nora cree que me salvó sacrificándose. Se equivoca.

Me dio algo por lo que luchar. Algo por lo que vivir.

Y ahogaré esta ciudad en sangre para traerla a casa.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO



NORA

El sótano apesta a moho y a hormigón húmedo. Por debajo flota un tufo más ácido, metálico, como a sangre vieja o al sudor cobrizo del miedo puro.

Es un olor que se ha impregnado en las paredes. Me arden las muñecas donde la cuerda me corta la carne viva. Cada vez que pruebo las ataduras, el cáñamo raspa la piel de mis muñecas.

El dolor no es punzante; es una quemazón espesa y moliente que sube hasta los hombros. La silla a la que me han atado cruje por la edad, la madera blanda de podredumbre en algunos sitios. Un buen giro podría partirla, pero mis hombros aúllan cuando pongo a prueba los nudos.

Del techo cuelga una sola bombilla de un cableado al aire, arrojando una luz amarilla enfermiza que hace que todo parezca enfermo. En algún lugar, más allá del alcance de la luz, gotea agua. El sonido marca el tiempo como un reloj roto: irregular, enloquecedor.

La lengua encuentra la brecha en mi labio inferior. El cobre inunda mi boca. El anillo de Declan me ha dado ahí cuando me arrastró fuera de la furgoneta. El recuerdo de sus manos me pone la piel de gallina, pero lo entierro. No puedo permitirme sentir eso ahora.

Pasos en la escalera. Pesados. Quiere que le oiga venir.

La puerta se abre rascando. Declan llena el marco, a contraluz como algún salvador retorcido. Se ha quitado la americana; las mangas de la camisa blanca remangadas hasta los codos. Listo para trabajar.

Sigue igual. Alto y delgado, con pómulos afilados que me llamaron la atención por primera vez al otro lado de una sala abarrotada en la fiesta anual de Navidad de mi padre. El pelo oscuro peinado hacia atrás, sus ojos azules que parecen cambiar de color según su humor. Ahora mismo, están fríos como el hielo invernal.

Recuerdo cómo se me dio la vuelta el estómago cuando mi padre nos presentó. Declan. Estrella en ascenso en la organización. Listo. Implacable cuando hacía falta. Leal.

Leal.

Aquella noche, Declan me sonrió. Me besó la mano en lugar de estrechármela, sus labios se demoraron un segundo de más contra mi piel. La electricidad que me recorrió no tuvo nada que ver con el champán que había estado bebiendo.

—He oído hablar mucho de la brillante hija de Connor—, dijo.

Tres años. Tres años creyendo que había encontrado a alguien que me quería.

Vaya puto chiste.

—¿Cómoda?— pregunta ahora Declan, rodeándome por detrás. Sus dedos rozan mi hombro y me aparto de su toque de un tirón.

—Como si estuviera en el Four Seasons—, escupo, odiando que me tiemble la voz—. Pero el servicio de habitaciones es una mierda.

Se ríe, y por un latido, oigo al hombre que creí querer. El que me llevaba café a la cama y leía conmigo el periódico del domingo, con los pies enredados bajo las sábanas. El que escuchaba mis ideas para ampliar la parte legal del negocio de mi padre.

Todo fue una actuación. Cada caricia, cada beso, cada promesa susurrada. Solo jugadas en una partida larga para arruinar la operación de mi padre.

Alzo la barbilla. Le sostengo la mirada. No digo nada.

Rodea mi silla, los dedos deslizándose por el respaldo. Ese contacto me sube la bilis a la garganta. Tres años dejando que este hombre me tocara. Tres años de mentiras.

—Sabes lo que necesito, Nora—. Se detiene frente a mí y se agacha hasta quedar a mi altura. Su aliento huele a whisky y cigarrillos—. Los calendarios de envíos de los Sartori. Protocolos de seguridad. Qué polis están en su nómina.

—Era una secretaria.

—Nunca fuiste solo eso—. Me sujeta la mandíbula, el pulgar presionando sobre el moratón que ya asoma—. Demasiado lista para tu propio bien. Siempre mirando, siempre escuchando.

Aparto la cara de un tirón—. Contestaba teléfonos. Hacía café.

—¿Durante dos meses?— Se pone en pie, pasea hasta la pared y vuelve—. ¿Dos meses trabajando para el hombre cuya familia es enemiga de la tuya?

—No sé absolutamente nada, Declan.

—Los envíos. ¿Cuándo llegan? ¿En qué muelles?

—Martes y jueves. A veces sábado si es urgente.

Su mano me cruza la mejilla con un latigazo. Estallan estrellas tras mis ojos y el mundo se inclina. Por un segundo, solo oigo un pitido agudo.

—No me insultes con mentiras obvias.

Escupo rojo en el hormigón entre nosotros—. Entonces haz preguntas mejores.

Otro golpe. Este hace tambalear la silla. La visión se me nubla, se me duplica y poco a poco vuelve a enfocar. Declan flexiona los dedos, los nudillos ya enrojecidos.

—Su sistema de seguridad. Códigos de anulación.

—No lo sé…—

—Las ubicaciones de las habitaciones del pánico.

—Nunca…—

—¿Qué soldados suyos se venderían por el precio adecuado?

—¿Cómo voy a…—

Me agarra de la garganta. Sin apretar aún, solo sujetando. Una promesa—. Vivías en ese complejo. Ibas a sus cenas familiares. Te follabas a su Don—. Su agarre se endurece un poco—. ¿Y quieres que me crea que no sabes nada?

Puntos negros bailan en el borde de mi visión. Me obligo a mantener la calma, respiro corto por la nariz.

—Yo nunca…— Las palabras raspan contra su palma—. Nunca fui una de ellos.

Me suelta. Jadeo, llenando los pulmones en llamas de aire.

—¿No?— Declan arrastra una silla plegable de metal y se sienta frente a mí—. Entonces, ¿qué eras? ¿Además de una zorra abriendo las piernas para el enemigo?

Ahí está. Empieza el juego de verdad.

—Al menos Pietro sabía hacerme correrse.

El silencio se estira, tenso como una cuerda de piano. La cara de Declan se queda muy quieta.

—¿Qué has dicho?

—Me has oído—. Me inclino hacia delante tanto como permiten las cuerdas—. Tres años, Declan. Tres años de ti embistiéndome dos minutos para luego darte la vuelta y dormirte.

Se le ensombrece el gesto—. Eras un coñazo—, escupe—. Ahí tirada como un pez muerto, sin tomar la iniciativa, sin…

—Porque nunca me hiciste desearlo—. La risa me sale ahora más fácil, genuina—. Joder, llegué a pensar que tenía algo mal. Que estaba rota. Luego Pietro me tocó una vez—una sola vez— y lo entendí. El problema no era yo.

La mano de Declan me cruza la cara con la suficiente fuerza como para volver a saborear el cobre.

—¿Me estás comparando con ese puto italiano de mierda?

—No hay comparación—. Muevo la mandíbula, comprobando si me ha roto algo—. Cuando él me folla, es porque me desea a mí, no a un trofeo que pasear por Boston.

—Te lo di todo—

—Me diste mentiras—. La sangre me gotea de la barbilla a la camisa rasgada—. Cada beso, cada "te quiero", cada promesa sobre

nuestro futuro. Todo calculado.

Declan se pone de un salto, la silla chirría contra el hormigón. Recorre el espacio reducido como un animal enjaulado.

—¿Sabes qué es lo gracioso?— Le observo a través de los ojos que se me están hinchando—. Habría sido la esposa perfecta para ti porque te quería. Si te hubieras molestado en fingir que te importaba una mierda.

—Me importabas—

—Te importaba la alianza. Impresionar a Connor. Tener a la princesa de la familia O'Sullivan en tu cama—. Me baja la voz—. Pero nunca te importé yo.

Da media vuelta, vuelve a acercarse para imponerse sobre mí—. ¿Y Sartori sí?

Sí.

La respuesta es un grito silencioso en mi cabeza.

Él me quiere a *MÍ*.

No quiere solo lo que represento.

—Pietro reduciría Chicago a cenizas por mí.

—Te dejó caer en mis manos.

—Fui por mi propio pie.

El puño de Declan impacta en mis costillas. El dolor me explota por el torso. Me muerdo el grito, negándole ese placer.

—Los códigos de seguridad—. Ahora respira con fuerza, el control resbalándole—. Dame algo útil o empiezo a romper dedos.

—No conozco ningún código.

Me agarra la mano atada y aísla el índice—. Última oportunidad.

—Yo. Solo. Era. Una. Secretaria.

Se centra en mi dedo índice, doblándolo hacia atrás hasta ponerlo en un ángulo para el que no está hecho. Hay un *pop* húmedo y nauseabundo que siento más que oigo, un sonido que viaja por el hueso del brazo. Un grito me desgarra la garganta antes de poder tragármelo.

—Códigos de seguridad.

—Vete al infierno.

Otro dedo. El chasquido resuena en las paredes. Las lágrimas me corren por la cara, pero aprieto la mandíbula, me trago los alaridos.

—¿Sabes cuál es tu problema, Declan?— La voz me tiembla, pero sigo—. Todavía crees que el dolor va a hacer que te escoja a ti en lugar de a él. Que si me haces suficiente daño, recordaré mi sitio.

—Tu sitio es donde yo diga.

—Mi sitio es con Pietro—. Cada palabra me cuesta, pero necesito que lo oiga—. En su cama. En su vida. En su familia.

El tercer dedo cede con un sonido a ramitas que se parten. El grito que me arranca es dolor animal en estado puro y, por un momento, se esfuma toda mi rebeldía. Solo existe la agonía cegadora y dentada que me late en la mano. *Contrólate, Nora. No dejes que te vea romperte.*

—Difícil estar en su cama cuando estás aquí conmigo—. Declan suelta mi mano hecha trizas—. Y vas a estar aquí una temporada. Hasta que tu padre decida qué hacer contigo.

—Connor no vendrá.

—Claro que vendrá. Eres su hija.

—Soy su decepción—. Los dedos rotos palpitan al compás de mi corazón—. La hija que eligió a un Sartori por encima del honor de la familia. Me dejará pudrirme.

—Entonces te venderé al mejor postor—. Declan saca el móvil y me hace una foto con la cara molida—. Hay mucha gente que querría un pedazo de la princesita de Connor O'Sullivan.

—Mucha suerte con eso.

Se detiene, el pulgar suspendido sobre la pantalla—. De verdad no te importa, ¿eh?

—Ya estoy muerta—. La verdad sabe a libertad—. En el momento en que nací, firmé mi sentencia de muerte. Tú, quien fuera… alguien iba a cobrarse la deuda. Al menos primero he llegado a sentirme viva.

—¿Viva?— suelta una carcajada seca—. ¿Llamas a esto estar viva? ¿Atada en un sótano, apaleada y sangrando, esperando a morir?

—Más viva que en tres años fingiendo que te quería.

El teléfono resbala y repiquetea por el suelo. Me cae encima en dos zancadas, me clava los puños en el pelo y me echa la cabeza hacia atrás de un tirón.

—Debería matarte ahora mismo.

—Hazlo—. Le enseño los dientes, fiera—. Métome una bala en el cráneo. Acaba con esto.

Me aprieta más—. Te encantaría, ¿verdad? Rápido y limpio.

—Me encantaría dejar de mirarte la cara.

Me suelta con un empujón que hace tambalear peligrosamente la silla.

—Te necesito viva—. Recupera el móvil y mira la pantalla agrietada—. Connor quiere su libra de carne. Pero si sigues provocándome…— Saca una Glock de la cintura y me presiona el cañón contra la sien—. Ocurre un accidente. Intentaste escapar. No tuve elección.

El metal está frío contra mi piel. El pulso me retumba, pero no me inmuto.

—Dejé de tenerte miedo en el momento en que intentaste estrangularme en Boston. Todo lo de después ha sido tiempo prestado.

—Tiempo que te has pasado follándote a nuestro enemigo.

No respondo. Me estoy cansando de esto.

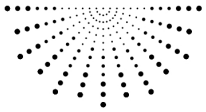
Sube la escalera. La puerta da un portazo. Salta el cerrojo.

Otra vez sola con el goteo del agua y las sombras danzantes. Los dedos me laten. La cara me parece carne ablandada a mazazos. Cada respiración me incendia lo que quizá sean costillas fisuradas.

Pero no me he roto.

No le he dado nada que pudiera usar contra Pietro.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS



PIETRO

Treinta y seis horas desde que ella cayó en sus manos.

El despacho es una tumba de café rancio y botellas vacías.

Ha logrado que ame a alguien que no es mi familia en solo dos meses.

—Pietro.— Finn O'Sullivan se sienta en la butaca de cuero frente a mi mesa, con el agotamiento tallado en cada surco de su rostro curtido.— Connor llamará en breve.

Sirvo otros tres dedos de whisky, sin ofrecerle. Podría ser un detonante para él ahora mismo, y parte de mí quiere esconder cualquier botella, pero no puedo controlarlo. Estoy más débil que nunca

—Más le vale a su hermano tener algo útil.

—Lleva doce horas negociando con Declan.— Finn se inclina hacia delante, codos en las rodillas.— Sea cuales sean los defectos de Connor, no va a permitir que Declan siga haciéndole daño.

—Ya permitió que sucediera.— El whisky me quema la garganta. — ¿Dónde estaba su preocupación paternal cuando ella huyó de

Boston con moratones alrededor del cuello?

Finn se queda inmóvil.— Eso es entre ellos.

—No.— Estrello el vaso con tanta fuerza que agrieto el cristal.— Todo lo que tenga que ver con Nora es entre yo y quien la amenace. Incluido su hermano.

Suena la línea segura antes de que Finn pueda responder. Miro el teléfono durante tres tonos, reuniendo lo que queda de mi control. No puedo permitir que Connor oiga lo cerca que estoy de perderlo del todo.

—Sartori.

—Pietro.— La voz de Connor O'Sullivan lleva ese filo distintivo del South Boston, más áspero que los tonos educados de su hermano.— Necesitamos hablar de términos.

—Los únicos términos que me interesan incluyen el cadáver de Declan.

Una pausa. La estática crepita en la línea.— En eso, estamos de acuerdo.

Me enderezo en la silla. No es lo que esperaba.— Hable.

—Declan cree que lo tiene todo a su favor. Exige que lo restituya como mi lugarteniente y que apruebe su matrimonio con Nora. A cambio, hará de intermediario para una alianza entre nuestras familias.

—Matrimonio.— La palabra sabe a ceniza y a vidrio roto.— Con una mujer a la que lleva torturando.

—Se ha pasado un día intentando sacarle tu negocio,— dice Connor, con la voz tensa.— Envíos, seguridad, quién está en tu nómina.

Agarro el borde del escritorio, la madera se queja.— ¿Y?

—Lo mandó al infierno. Así que se puso bruto.

El vaso de whisky me explota en el puño. Los fragmentos se me clavan en la palma. No lo siento.— ¿Cuán bruto?

—Le rompió los dedos. Le fisuró las costillas. Le destrozó la cara. Al menos eso es lo que me ha dicho.— Las palabras salen tajantes, pero la rabia subyacente es puro ácido.— Necesito hablar con ella. Verificar que está viva antes de proceder.

—¿Proceder con qué?

—Con matar al cabrón que tocó a mi hija.

Ahora por fin le importa.

Capullo.

Cruzo la mirada con Finn por encima de la mesa. Él asiente una vez: su hermano va en serio.

Aprieto el teléfono mientras pulso el manos libres. Justo cuando entra otra llamada de , la voz de Connor llena la sala.— Declan. He considerado tu propuesta.

—Ya era hora.— Declan suena engreído, henchido por una victoria que cree segura.— Sabía que entrarías en razón.

—Necesito prueba de vida primero.

—Está viva.

—Póngala al teléfono.

Sonidos de ropa. Una puerta que cruje. Pasos en la escalera. Luego—

—Hola, papá.

La voz de Nora me clava una estaca en el pecho. Ronca. Exhausta. Pero bajo el dolor, ese núcleo de acero que hizo que me enamorara de ella sigue sonando nítido.

—Nora. ¿Estás...?

—Estoy exactamente donde he elegido estar.— Tose, húmeda y dolorosa.— No hagáis ningún trato por mí.

—Esta ya no es tu elección, princesa.— La voz de Declan lleva esa crueldad casual que voy a arrancarle, trozo a trozo.— Tu padre y yo estamos hablando de tu futuro.

—Mi futuro no te incluye a ti.

Un seco *crac* retumba por el altavoz. Carne contra carne.

Me lanzo en pie, la silla estrellándose contra el suelo a mi espalda. La mano se me va a la Glock en los riñones. Mataría a cualquiera en esta habitación por llegar hasta él.

—¡Basta!— La voz de Connor es un latigazo que me tira del borde.— Declan, nos vemos mañana. A mediodía. En el almacén viejo del Southside, en la 43.

—Traiga los documentos de matrimonio,— dice Declan.— Y prepárese para hablar de la división de territorios con Sartori.

—Entendido. Manténgala con vida hasta entonces.

La línea muere. Durante diez segundos, nadie se mueve. Luego vuelve la voz de Connor, solo para nosotros.

—Irá con seis hombres. Antiguos soldados de los Murphy que se pusieron de su lado por encima de la lealtad familiar. El almacén tiene tres accesos: muelle de carga principal, puerta lateral de personal y acceso al tejado.

—¿Me está facilitando información sobre su propio lugarteniente? — Mantengo la voz neutra pese a la adrenalina inundándome el cuerpo.

—Ex lugarteniente. En el momento en que puso la mano sobre ella con violencia, dejó de ser familia.— Connor hace una pausa.— Puedo ser muchas cosas, Sartori, pero no soy un hombre que permita que nadie torture a sus hijos. Aunque no sea mi hija de sangre. Yo la he criado, la quiero y quiero lo mejor para ella. Aunque nos haya elegido a ti por encima de nosotros.

—No me eligió a mí por encima de la familia. Eligió la vida por encima de la pena de muerte que le impusiste cuando la culpaste de la traición de Declan.

—Puede.— La admisión de Connor me sorprende.— He tenido treinta y seis horas para reconsiderar muchas cosas. Finn ha sido... claro respecto a mis fallos como padre.

Finn se mueve en la silla, pero guarda silencio.

—¿Qué necesita de mí?— pregunto.

—Ocho de tus mejores hombres. Hombres que sepan moverse en silencio y matar limpio. Yo pondré los mismos. Entramos por dos lados. Tu equipo por el muelle de carga, el mío por el tejado. Nadie sale de allí salvo Nora.

—¿Y Declan?

—Declan muere lo bastante despacio como para entender sus errores, pero lo bastante deprisa como para que nos hayamos ido antes de que lleguen los polis.

Sirvo otro whisky, esta vez lleno dos vasos. Deslizo uno hacia Finn.— ¿Por qué debería confiar en usted?

—Porque ahora mismo quiero a Declan muerto más de lo que te quiero muerto a ti. Esa es la única verdad que importa.

Lorenzo aparece en el umbral, habiendo oído lo suficiente para entender. Su expresión pregunta en silencio. Asiento.

—Mañana. Llegada a las once y media. Coordinamos por canales cifrados.— Apuro el whisky de un trago abrasador.— Connor, si esto es una trampa...

—No lo es.— Por primera vez, Connor O'Sullivan suena cansado. Viejo.— A pesar de lo que pienses, quiero a mi hija. La fallé cuando más me necesitaba. No es suficiente, pero es lo que puedo hacer.

La línea se corta. Me quedo mirando el teléfono, procesando este cambio en el tablero de juego.

—Va en serio,— dice Finn en voz baja.— Connor no había admitido un error en su vida hasta hoy.

—Lorenzo.— Me vuelvo hacia mi hermano.— Busca a Liam. Que elija a ocho hombres. Si pueden ser exmilitares, mejor. Equipo táctico completo.

—¿De verdad vas a hacer esto? ¿Confiar en O'Sullivan?

—Confío en que su rabia esté a la altura de la mía.— Voy a la ventana, mirando los terrenos del complejo.— Llama a Nico. Quiero los planos del edificio de ese almacén. Cada entrada, cada ventana, cada agujero de rata.

Lorenzo desaparece por el pasillo. Finn se pone en pie, preparándose para irse.

—Te eligió a ti,— dice en suave.— Eso significa algo.

—Eligió sacrificarse. Eso es lo que hacen los O'Sullivan, ¿no? ¿Sangrar por la familia?

—No.— Finn me sostiene la mirada.— Eligió el amor. Eso es lo que haría la hija de Siobhan.

Me deja solo con mi rabia y mi whisky y el fantasma de la voz rota de Nora.

Apoyo las palmas en la mesa, notando cómo la sangre de mis nudillos destrozados se filtra en la madera italiana. Declan cree que ha ganado. Se equivoca.



Suena el teléfono de mesa. La voz de Lorenzo llega por el interfono. — Liam está aquí.

—Hazlo subir.

Me ajusto la corbata, echo los hombros atrás.

Hora de planear una guerra.

Entra Liam con su tableta, ya abriendo imágenes satelitales. Nico llega un momento después, con los brazos llenos de planos en papel. Los extendemos sobre la mesa, el olor a tinta y papel viejo mezclándose con el whisky.

—Giulia quiere saber si vas a comer,— dice Lorenzo.— Llevas dos días sin probar bocado.

—Después.

—Pietro...

—Después de tener de vuelta a Nora.— Vuelvo a los planos.— Liam, quiero a los nuestros en posición para las once. Apagón total de comunicaciones hasta que estemos listos para irrumpir.

—¿Los O'Sullivan?

—Harán a lo que han venido: matar a los hombres de Declan. Nosotros nos centramos en la extracción. Sacar a Nora limpia es la única prioridad.

—¿Y el propio Declan?— pregunta Nico.

Saco la vieja Beretta de mi padre del cajón, compruebo el arma con la facilidad de la costumbre.— Declan es mío.

Mi mente vuelve una y otra vez a la voz de Nora. Al dolor trenzado con su desafío. Tres dedos hechos trizas. Por mí.

—Pietro.— Finn reaparece en el umbral, con una taza de café recién hecha en la mano.— Deberías saber algo.

Le hago un gesto para que pase, demasiado agotado para más revelaciones.

—Connor ha vuelto a llamar. En privado.— Finn deja el café en mi mesa.— Quería que te dijera algo extraoficialmente.

—¿Qué?

—Ella no se quebró. Veinticuatro horas de lo peor de Declan, y no le dio ni una palabra sobre tus operaciones.— Connor respeta eso. Te respeta por haber ganado ese tipo de lealtad.

—Ella no me es leal. Es cabezota.

—En nuestro mundo, viene a ser lo mismo.— Finn se mueve para irse, luego se detiene.— Connor también dijo... que ahora entiende por qué te eligió. Dijo que quizá ella vio algo que él estaba demasiado ciego para notar.

—¿El qué?

—Que arderías el mundo por ella. No por lo que representa ni por quién es su padre. Solo por ella.

La verdad se me asienta en los huesos como cemento.— Sí.

—Bien.— La sonrisa de Finn carga años de arrepentimiento.— A Siobhan le habrías caído bien, creo. Habría querido esto para su hija: un hombre que la vea como Nora, no como una O'Sullivan.

Me deja con ese pensamiento y el café y el peso de la violencia de mañana.

Voy a por ti, cariño.

NORA

Ploc.

Una sola gota de agua. Un martillazo en el silencio de hormigón.

Ploc.

Otro segundo de mi vida que no recuperaré jamás.

Los dedos me laten al compás del goteo. Una puta orquesta enferma. Medio, anular, meñique. Me los dobló hacia atrás hasta que el hueso raspó y yo grité hasta quedarme sin voz.

Vuelvo a probar las cadenas. Dientes de metal se me clavan en las muñecas. Sangre fresca, cálida y viscosa, se escurre por las palmas. Respiro, y el fuego me atraviesa las costillas. Un regalo de su bota. ¿Ayer? ¿Anteayer? El tiempo es una mancha de dolor y oscuridad.

La puerta del sótano chirría al abrirse. La luz se derrama por las escaleras. Luego, su pisada.

El sonido de un hombre saboreando su poder. El cabrón lo está disfrutando. Aparece con una botella de plástico y lo que generosamente podría llamarse pan.

—Buenos días, princesa.— Deja las cosas en el suelo, justo fuera de mi alcance.— Aunque supongo que ya es por la tarde. Difícil saberlo aquí abajo, ¿verdad?

Mantengo la vista al frente, centrada en la mancha de humedad con forma de Irlanda de la pared del fondo. Mi madre solía trazar el contorno de Irlanda en los mapas, contándome historias de condados que nunca vio.

—¿Hoy tocan silencios?— Declan rodea mi silla, dejando que sus dedos me rocen los hombros. Un escalofrío quiere recorrerme la espalda. Bloqueo los músculos, negándome a darle esa satisfacción. — Está bien. Vas a necesitar la voz para los votos de boda, de todos modos.

La risa se me escapa antes de poder frenarla: ronca, rota, pero auténtica.

Me agarra el pelo enmarañado con el puño y me tira la cabeza hacia atrás.— ¿Te hace gracia algo?

—Que sigas creyendo que va a haber una boda.— El labio partido se me abre otra vez cuando sonrío.

La bofetada me hace cabecear de lado. Estrellas me explotan en la visión.

Declan suelta mi pelo, se apoya en la pared donde puedo verlo.— Tu padre ya ha aceptado. Los documentos se están redactando mientras hablamos.

—¿Connor O'Sullivan ha aceptado entregar a su hija al hombre que la torturó?— Muevo la mandíbula, tanteando daños nuevos.

—Ha aceptado porque es práctico. Este matrimonio termina la guerra entre nuestras familias. Une al frente irlandés. Nos hace lo bastante fuertes como para enfrentarnos a los italianos como es debido.— Coge la botella de agua, la destapa y bebe un trago largo mientras yo miro.— Además, ahora sabe lo que realmente eres.

—¿Y qué soy?

—Una puta que abrió las piernas para el enemigo.

Su palabra es ácido. Mi mente se revuelve, buscando un antídoto, y lo encuentra. La voz de Pietro, terciopelo áspero contra mi garganta. —*Tessoro,*— susurró, el cariño cayendo de sus labios como una absolución.

—Puedes llamarme como te dé la gana.— Abro los ojos y sostengo la mirada de Declan.

No cambia el hecho de que Pietro viene a por mí.

—Disfruta de tu huelga de hambre.— Da una patada al pan acercándolo, pero aún fuera de alcance.— Vas a necesitar fuerzas para esta noche.

—¿Esta noche?

—La gran reunión. Donde la propiedad se transfiere oficialmente. — Su sonrisa es una grieta en una lápida, que no promete más que podredumbre debajo.

Sube las escaleras silbando una melodía desafinada. La puerta se cierra de un portazo. Salta el cerrojo.

Clavo la vista en el pan: con moho en los bordes, probablemente de hace tres días. El estómago se me retuerce de hambre, un dolor hueco que hace eco en el vacío de esta celda. La soledad pesa fría y, en la oscuridad, emerge un recuerdo de calor. Mi madre.

—*Pequeña zorra,*— me susurraba cuando las pesadillas me despertaban. Sus manos frescas me alisaban el pelo, su voz se alzaba con las canciones viejas que le enseñó su abuela. —Cierra los ojos, amada de mi corazón.—

La echo tantísimo de menos.

Pasos sobre mi cabeza me arrancan del recuerdo. La voz de Declan se filtra por las tablas del suelo: animado, planeando. Cazo

fragmentos: —almacén—, —mediodía—, —South Side—.

Se me acelera el pulso. Están planeando la reunión. La entrega.

Más pasos. Varias pisadas ahora. Acentos irlandeses con el deje grueso del South Boston. La fuerza de Declan, probablemente. Los hombres que morirán esta noche sin saberlo.

Porque Pietro no vendrá solo a por mí. Pintará ese almacén de rojo con su sangre.

El pensamiento debería horrorizarme. La mujer que fui antes se habría escandalizado de encontrar consuelo en la violencia prometida.

Esa mujer murió en Boston. Las manos de Declan fueron su elogio fúnebre.

Me duele todo. Tres dedos rotos, costillas fisuradas, la cara hinchada hasta no reconocerla. Probablemente parezco carne machacada.

Pero estoy viva.

Y Pietro viene.

Pienso en él en su despacho aquel primer día, peligroso y hermoso tras ese escritorio enorme. La forma en que me miró cuando no me achanté, cuando exigí más sueldo. Como si yo fuera un rompecabezas que necesitaba resolver.

El goteo del agua continúa con su implacable cuenta atrás. La garganta me arde de sed, pero no voy a suplicar. No le daré a Declan nada que pueda usar.

En su lugar, pienso en el después. En las manos de Pietro, suaves sobre mis moratones. En Giulia cuidándome en la cocina. En las cenas de los domingos donde, por fin, pertenezco a la mesa.

En Finn, que por fin podrá reclamarme como hija suya.

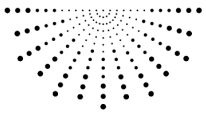
Y Connor... no sé qué pasará con Connor. El hombre que me crió, que me amó a su manera rota. Que me culpó de la traición de Declan porque admitir su propio fracaso lo habría destruido.

Quizá encontremos una forma de seguir. Quizá no.

Pero eso es problema de mañana.

Hoy, solo tengo que sobrevivir.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE



PIETRO

El viento del lago es una cuchilla contra mi piel, arrastrando el hedor a óxido y podredumbre. Un cementerio a la altura.

La voz de Liam crepita en mi oído. —Dos minutos. —El tono le sale cortante, profesional.

Una isla de calma en la rabia que me hierve en las entrañas. Mis dedos encuentran el cargador de mi Beretta, lo extraen, confirman la carga completa por tercera vez.

Una bala en recámara. Cargadores de repuesto clavándose en las costillas. El cuchillo, pesado en el muslo. Cada pieza del equipo es una oración. Una promesa. No hay margen para lo que ha hecho Declan.

El SUV blindado se bambolea al sortear otro bache. Ocho de mis mejores soldados repartidos en dos vehículos, fusiles entre las rodillas, rostros pintados de sombras y determinación. Exmilitares, todos. Hombres que saben la diferencia entre un trabajo y una misión.

Esto es una misión.

—Edificio objetivo a la vista. —Nuestro conductor, Russo, mantiene la voz nivelada. El almacén se alza delante: tres plantas de chapa ondulada y hormigón, exactamente como describió la inteligencia de Connor. Muelle de carga de cara a nosotros. Puerta de personal en el lado este. Acceso al tejado por escalera exterior de incendios.

Mi móvil vibra. Un mensaje de Lorenzo. *Nico tiene una ambulancia lista. Giulia está rezando.*

Guardo el teléfono. Que rece. Que recen todos. Las palabras no traerán de vuelta a Nora. Yo sí. O moriré en el intento.

—Equipo Sartori en posición. —Pulso mi radio, cambiando al canal encriptado que compartimos con los irlandeses—. A la espera de confirmación.

Estática. Luego la voz de Connor O'Sullivan, más áspera que la mía, lastrada por algo que podría ser remordimiento. —Equipo irlandés en el tejado. Seis hostiles visibles por las claraboyas. Dos patrullando la planta principal, cuatro agrupados cerca de la oficina.

—Recibido. ¿Sin rastro del paquete? —La palabra «paquete» me sabe a ácido en la lengua. Su nombre es una astilla de vidrio en la garganta; no puedo pronunciarlo por radio. Es demasiado sagrado para esto.

—Sin visual del paquete. Probable nivel sótano según las especificaciones del edificio.

—Noventa segundos para abrir brecha. —Fuerzo la voz a la calma—. Recordad las reglas de enfrentamiento. Cualquiera que no lleve nuestros colores o el verde irlandés es hostil. Sin prisioneros. Sin titubeos.

—¿Y Declan? —pregunta Marco desde el asiento detrás de mí.

—Declan es mío.

El almacén crece a medida que avanzamos a paso de tortuga, sin luces, motores apenas ronroneando. A través de la visión nocturna, veo dos figuras pasar frente a una ventana del segundo piso. Tranquilos. Inconscientes. Muertos en vida.

La voz de Connor regresa, confirmando que sus cargas están colocadas. Todo mi instinto me grita que fiarme de este hombre es un suicidio. El hombre que la repudió.

—Treinta segundos. —Me encaramo el fusil al hombro, sintiendo cómo el peso familiar se asienta contra el pecho—. Liam, lleve usted la punta en la brecha. Yo entro segundo.

—Señor, el protocolo dice…

—El protocolo dice que debería estar en una sala de juntas cerrando tratos, no con equipo táctico. Y, sin embargo, aquí estamos. —Le sostengo la mirada en el retrovisor—. Segundo en entrar, Liam.

Asiente una vez. Esta noche no hay discusión posible conmigo.

El SUV se desliza hasta detenerse a veinte metros del muelle de carga. Ángulo perfecto para fuego de cobertura si hace falta. Escaneo el edificio por última vez. Tres puntos de entrada. Dos equipos. Un objetivo.

Sacar a Nora. Matar a quien se interponga.

—Todos los equipos, aquí Sartori en directo —digo, el dedo deslizándose de la aleta del guardamonte al disparador—. Abrid fuego. —Durante medio segundo, silencio.

Una tríada de explosiones desde el tejado desgaja el cielo. Vidrio y acero llueven dentro mientras la onda nos sacude el SUV. A través del humo, los veo: los hombres de Connor, descolgándose con cuerdas en el corazón del caos.

—¡Brecha! —Liam es un borrón en movimiento, pegando una carga a la puerta del muelle. El mundo se vuelve blanco y ensordecedor. Ya ha cruzado la abertura destrozada antes de que se apague el trueno.

Le sigo, fusil en alto, el mundo estrechándose a miras y objetivos. El interior del almacén toma forma a través de la térmica: pilares de hormigón, contenedores de carga y, ahí, movimiento.

Mi primer disparo le entra al guardia en todo el centro del pecho. Cae antes de que su cerebro procese la brecha. Liam remata con doble disparo al segundo hostil cuando gira hacia nosotros, el arma automática a medio alzar.

—¡Izquierda limpia!

—¡Derecha limpia!

Entramos por la brecha como una marea de negro táctico y violencia. El aire es espeso de cordita y gritos. Arriba, el tableteo de

fuego automático suena a estertor de muerte. Los hombres de Connor se están ganando lo suyo. —¡Contacto! —ladra el fusil de Marco. Saltan esquirlas de hormigón cerca de mi cabeza, el zumbido de un rebote, demasiado cerca. No me inmuto. No hay miedo. Solo un destino.

Giro en torno a un contenedor y pillo a dos de los soldados de Declan intentando flanquearnos. La Beretta me salta en la mano: dobles controlados, ejecución de manual. Se desploman, la sangre esparciéndose por el cemento mugriento.

—¡Acceso al sótano, esquina noroeste! —la voz de Russo corta el caos—. ¡Puerta metálica, un solo guardia!

Me muevo antes de que termine la frase, botas martilleando el suelo manchado de aceite. El guardia me ve venir, manotea su arma. Demasiado lento. Mi cuchillo le abre la garganta antes de que pueda gritar. Cae, gorgoteando, manos intentando retener lo que ya se ha ido.

La puerta está cerrada. Por supuesto que lo está.

—¡Carga de apertura! —Liam aparece a mi hombro.

Detrás de nosotros, el tiroteo arrecia. Alguien grita. Se rompe más cristal. El humo se espesa, haciendo bailar las sombras.

—¡Deprisa! —le espeto, aunque las manos de Liam trabajan con eficacia ensayada.

—¡Diez segundos! —Se retira, tirando de mí con él.

Esos diez segundos se estiran como horas. Cada latido martillea contra mis costillas. Cada bocanada sabe a cordita y sangre. En algún lugar bajo nuestros pies, Nora espera. Herida. Cautiva. Pero viva.

Tiene que estar viva.

La carga arranca la puerta de sus goznes. Entro antes de que el humo se disipe, el haz de la linterna del fusil cortando la oscuridad. Una escalera de madera desciende a lo negro. El olor llega al instante: moho, meados, miedo.

Y sangre. Sangre fresca.

—Pietro, espera… —empieza Liam, pero yo ya me muevo.

Las escaleras gimen bajo mi peso. Las paredes de hormigón se cierran, pintadas por décadas de humedades y decadencia. Una sola

bombilla parpadea abajo, arrojando una luz amarilla de enfermo.

La oigo antes de verla.

—…te dije que vendría. —Su voz, rota y áspera pero desafiante —. Te lo dije…

El sonido de la bofetada es un golpe físico. Sube las escaleras y detona dentro de mi cráneo. Un estallido de rabia al rojo vivo lo arrasa todo: el plan, los soldados, el ruido. Solo queda el sonido de su dolor y el hombre que lo ha causado. No bajo los últimos cinco peldaños: me dejo caer, aterrizo en cuclillas abajo, el fusil ya encarado. Y la veo.

Nora. Encadenada. Un lienzo de moratones y sangre. Su cara es una ruina, un ojo cerrado e hinchado. Su mano derecha… *joder*. El ángulo de los dedos es antinatural, un espanto mutilado que me sube la bilis a la garganta. Pero su ojo bueno encuentra el mío. Y en ese único punto de luz desafiante, ella sigue ahí. Sigue luchando.

Declan está detrás de ella, la pistola contra su sien. Le tiemblan las manos. Tiene el caro traje empapado de sudor. No se parece en nada al asesino frío que se la llevó hace tres días.

—Suelte el arma, Sartori.

Mantengo el fusil apuntándole a la cabeza. A esta distancia podría pintar la pared con sus sesos antes de que el dedo le tiemble. Pero el cañón en la sien de Nora cambia las probabilidades.

Declan respira demasiado rápido, pupilas dilatadas. El tiroteo arriba se ha detenido. Sus hombres están muertos. Lo sabe.

—Suéltala, Declan. —Toda mi rabia concentrada en un único punto frío dirigido a su corazón—. Ya estás muerto. Solo te falta tocar el suelo.

—Entonces quizá me la llevo conmigo. —Aprieta más la pistola contra su sien. Ella no pestañea.

—Puedes intentarlo —digo, las palabras convertidas en promesa —. Pero por cada moratón en su cara, te arrancaré un trozo. Por cada dedo roto, te quitaré un miembro. Te mantendré con vida el tiempo suficiente para que te arrepientas de haber nacido.

—Solo sabes hablar, Sartori. Igual que tu hermano antes de…

El disparo de fusil le corta la frase a la mitad.

El hombro de Declan estalla en rojo. Su arma vuela por la sala mientras él retrocede tambaleándose, gritando.

Estoy encima de él antes de que caiga. Mi puño le estampa la mandíbula, haciéndole cabecear hacia atrás. Otra vez. Otra vez. El hueso cruje bajo mis nudillos. La sangre salpica el cemento.

—Pietro. —La voz de Nora me trae de vuelta—. Pietro, para.

Me quedo helado, el puño alzado para otro golpe. Declan gimotea bajo mí, la cara ya irreconocible. No está muerto. Aún no.

Lo dejo desangrándose y corro hacia Nora. Las cadenas son pesadas, industriales. La cerradura, sencilla pero sólida. Saco el cuchillo, lo trabajo en el mecanismo.

—Tus manos… —empiezo, viendo el destrozo de cerca. Tres dedos definitivamente rotos, posiblemente más daños que no alcanzo a ver.

—Luego. —Me sostiene la mirada justo cuando la cerradura hace clic—. Solo sácame de aquí.

Las cadenas caen. Intenta ponerse en pie y se tambalea. La cojo, la recojo contra mi pecho con toda la suavidad posible. Emite un sonido: dolor o alivio, quizá ambas cosas.

—Te tengo. —Inhalo su olor por debajo de la sangre y el miedo. Sigue siendo ella. Sigue siendo mía—. Estás a salvo.

—Sabía que vendrías. —Aprieta la cara contra mi chaleco.

Pasos en la escalera. Giro, protegiendo a Nora, pero es Connor O'Sullivan quien aparece. Se detiene abajo, asimilando la escena.

—Nora. —El nombre se le quiebra en los labios.

Ella gira un poco la cabeza pero no sale de mis brazos. —Papá.

Se miran a través de años de errores y traiciones. Los ojos de Connor catalogan sus heridas, la mandíbula apretada.

La voz de Connor es grava. —El edificio está despejado. Sin bajas por nuestro lado. —Sus ojos van a Nora, luego a mí, luego a la cosa patética que sangra en el suelo—. ¿Y Declan? —pregunta, mi mirada siguiéndole. Declan araña el cemento, dejando un reguero rojo y húmedo.

—Tengo planes para él. —Ya sé que me voy a tomar mi tiempo.

—El equipo médico llega en tres minutos —dice Liam desde las escaleras—. Deberíamos movernos.

—Que alguien agarre a este pedazo de mierda. Quiero que lo pongan en un almacén y que nadie lo toque hasta que yo llegue.

Vuelvo con Nora, levantándola con cuidado. Me rodea el cuello con el brazo bueno, los dedos rotos recogidos contra el pecho.

Connor se hace a un lado cuando pasamos. La mano le tiembla como si quisiera tocarla, pero no lo hace. —Nora, yo…

—Ahora no. —No lo mira—. Quizá nunca. Aún no lo sé.

Él asiente, aceptando el rechazo. —Estaré en Chicago si cambias de idea. Cuando cambies de idea.

Subimos las escaleras despacio, la respiración de Nora trabajosa. Cada escalón le duele. Lo noto en cómo se tensa, en cómo aprieta el agarre. Pero no se queja. No pide parar.

La planta principal del almacén parece una zona de guerra. Cuerpos esparcidos entre contenedores. Sangre encharcando el cemento. Mis hombres y los de Connor ya recogen armas, preparados para sanear la escena antes de que lleguen los polis.

—Hostia puta. —Marco ve el estado de Nora, se le pone la cara blanca—. Jefe, ¿está…?

—Va a ponerse bien. —Lo digo tanto por ella como por él—. ¿Dónde está ese equipo médico?

—Entrando ahora mismo.

Efectivamente, una ambulancia entra aullando en el muelle de carga; Nico salta antes de que se detenga del todo. Lleva una camilla lista, dos sanitarios detrás de él.

—Nada de hospitales —les digo mientras acomodan a Nora en la camilla—. Clínica privada. La de Wilmette.

—Ya está arreglado. —Nico examina las lesiones de Nora con eficacia clínica—. Un traumatólogo está listo para esos dedos.

—Voy con ella.

Connor aparece cuando la suben a la ambulancia. Nuestros ojos se encuentran por encima del caos. Mañana volveremos a ser enemigos. El conflicto entre irlandeses e italianos seguirá. Los negocios continuarán.

Pero esta noche, la hemos salvado.

—Gracias —murmuro, palabras que me cuestan más de lo que él sabrá jamás.

Él asiente una vez. —Cuídala. Ella te eligió. Asegúrate de que no se arrepienta.

—Nunca.

Se cierran las puertas de la ambulancia. Me siento junto a Nora cuando arrancamos, su mano en la mía, los dedos rotos ferulados contra el pecho.

Por las ventanas traseras, veo alejarse el almacén. Los hombres de Connor ya están colocando cargas incendiarias. En una hora no quedará más que ceniza y preguntas.

—¿Pietro? —La voz de Nora me devuelve al presente.

—Estoy aquí.

—¿Declan está muerto?

Está en shock.

—Muy. Pronto.

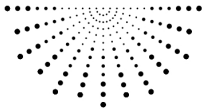
—Bien. —Cierra los ojos—. Ahora puedo dormir.

—Duerme, tesoro. Te tengo.

Me aprieta la mano una vez antes de que el agotamiento la venza. La observo respirar, cuento cada subida y bajada de su pecho. Viva. Dañada, pero viva. A salvo.

La guerra con los irlandeses quizá continúe, pero esta batalla ha terminado. Y por primera vez en meses, eso basta.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO



NORA

Me arden los dedos. Doblados en ángulos imposibles, la agonía me recorre el brazo. La voz de Declan es un eco venenoso contra el hormigón.

—No va a venir a por ti.

Intento hablar, pero tengo la garganta anudada de terror. Las cadenas tintinean. El aire está espeso con hedor a moho y sangre. Sus pasos me rodean, el ritmo perezoso de un depredador. No puedo moverme. No puedo respirar. No pue—

—Nora.

La voz de Pietro desgarra la pesadilla. Me envuelve en sus brazos antes de que abra los ojos, tirando de mí con fuerza contra su pecho. Jadeo, los dedos arañando el aire, con el peso fantasma de las cadenas aún en las muñecas.

—Estás a salvo. Estás en casa. —Sus labios rozan mi sien—. Respira conmigo, tesoro.

Me obligo a concentrarme en los latidos de su corazón. Un tambor constante, sólido, bajo mi oído.

Real.

Uno. Dos. Tres. Cuatro.

Mi propio pulso, un pájaro frenético atrapado en la garganta, empieza a calmarse. El dormitorio cobra nitidez: luz suave de la mañana tras las cortinas, sábanas enredadas alrededor de nuestras piernas.

—Lo siento. —Las palabras son astillas rotas—. Te he vuelto a despertar.

—Basta. —La mano de Pietro me sostiene la nuca, sus dedos enredándose en mi pelo—. No vuelvas a pedir perdón por esto.

Hundí la cara en el hueco de su cuello, respirándole. Seguridad. Hogar.

Me duelen los dedos entablillados, un recordatorio sordo y palpitante de que la pesadilla era un recuerdo. Pero fue hace dos semanas. Declan está muerto.

—¿Qué hora es? —me aparto lo justo para ver el cansancio marcado en sus propios ojos. Él tampoco ha estado durmiendo.

—Casi las nueve. —Su pulgar roza un moratón que se está yendo en mi pómulo, un toque de fantasma—. Giulia está haciendo el desayuno. ¿Tienes hambre?

Mi estómago ruge, un sonido crudo y vergonzoso que le hace sonreír. Esa expresión rara, sin defensas, que todavía me deja sin aliento.

—Vamos. —Se mueve y me ayuda a incorporarme—. Déjame peinarte.

Es nuestra nueva rutina. Mis dedos inútiles no pueden con botones ni cremalleras, y mucho menos con una goma del pelo.

Sus manos están sorprendentemente firmes mientras trabaja con mi melena. Los movimientos son torpes, inexpertos, pero la presión es un peso cuidadoso contra el cuero cabelludo. Se esfuerza tanto por no hacerme daño.

—¿Demasiado apretada?

—Está perfecta.

Asegura la trenza y luego me ayuda a meterme uno de sus jerséis. El cachemir me engulle, las mangas me pasan de las férulas,

pero huele a él. Es como llevar su protección. Necesito jerséis grandes porque todavía me duelen las costillas.

El camino hasta la cocina es un avance lento, cada paso una negociación con músculos que se quejan. Pietro no se separa, su mano una marca cálida en la parte baja de mi espalda, listo para sujetar un tropiezo que no llega a producirse.

Giulia alza la vista de los fogones, su sonrisa es instantánea y cálida. —Cara mia, ¿cómo has dormido?

—Mejor. —La mentira se me escapa de la lengua antes de poder atraparla. No hace falta añadir a su preocupación.

Chasquea la lengua; sus ojos afilados me dicen que no se cree ni una palabra, pero vuelve a sus tortitas. —Sentaos. El café está recién hecho.

Pietro me guía hasta el rincón del desayuno, me acomoda entre los cojines antes de servirnos el café.

La puerta de la cocina se abre y entra Vittoria con Ava a su lado. La espalda se me pone recta automáticamente; esa incomodidad tan familiar me cae encima como una manta áspera.

Ava. La mujer que lo perdió todo mientras yo… ¿qué? ¿Encontraba el amor con Pietro en mitad del caos? La culpa me sabe amarga en la lengua.

—Buenos días —canta Vittoria, guiando a Ava a la mesa—. Olíamos las tortitas desde el pasillo.

—Hay de sobra para todos. —Giulia ya está poniendo más platos, sus movimientos eficientes y cálidos.

Los ojos de Ava se encuentran con los míos y me obligo a no apartar la mirada.

—Nora. —Sonríe de verdad. Pequeña, tímida, pero real—. ¿Cómo van esos dedos?

—Van a mejor. —Levanto un poco los dedos entablillados—. El médico dice que otras dos semanas.

La mano de Pietro encuentra mi muslo bajo la mesa, un recordatorio silencioso de que no estoy sola en esta incomodidad. Él y Ava tienen su propia historia complicada. Ella lo era todo para Riccardo, y Pietro aún carga con el peso de no haber sido el hermano que Riccardo necesitaba.

Vittoria les sirve café a ambas, sin apartar nunca del todo la atención de Ava. El cuidado entre ellas es evidente: cómo Vittoria se adelanta a lo que Ava necesita, cómo Ava se inclina ligeramente hacia ella como una planta buscando el sol.

—Tienes mejor aspecto —le dice Pietro a Ava con voz cuidadosamente neutra.

—Lo intento. —Ava rodea la taza con las manos—. Hay días más duros que otros, pero… —Mira a Vittoria—. Tener gente que entiende ayuda.

Las palabras escuecen. Yo no entiendo. No de verdad. Mi madre murió cuando era joven, pero aún la busco como si de algún modo fuese a aparecer delante de mí.

Giulia deja una torre de tortitas entre nosotras, el olor dulce llenando la cocina. —Comed. Todos. Estais demasiado delgados.

—Eso se lo dice a todo el mundo —bromea Vittoria, pero ya está llenándole el plato a Ava.

Comemos en un silencio relativo durante unos minutos, los únicos sonidos el tintinear de los tenedores y Giulia tarareando en los fogones. Entonces Ava deja el café y me mira directamente.

—Nora, ¿puedo preguntarte algo?

Se me cierra la garganta. —Claro.

—¿Qué pasa con tus padres? ¿Con los dos?

—Yo… —Las palabras se atascan. ¿Cómo explico lo que siento?

—Es complicado —consigo decir al fin.

La risa de Ava es suave, comprensiva. —En nuestro mundo lo es todo.

—Ayudaron a rescatarte —apunta Vittoria con delicadeza.

—Lo hicieron. —Miro fijamente mi café—. Han estado llamando. Fiin no para de decir que quiere quedar, explicarme más sobre mi madre, sobre por qué se mantuvo lejos. Yo solo… no sé si estoy preparada.

—El duelo es raro —dice Ava en voz baja—. A veces no va de la muerte. A veces es llorar la vida que creías tener, a la gente que creías conocer.

Sus palabras calan más hondo de lo que probablemente pretendía. Exactamente eso es: duelo por el padre que creía que

Connor era, por la familia en la que creía, por la identidad que nunca fue real.

—¿Cómo sigues adelante? —La pregunta se me escapa antes de poder frenarla.

Ava estira la mano sobre la mesa, sus dedos apenas rozando los míos por encima de las férulas. —Paso a paso, supongo. Lo iremos averiguando juntas. Si quieres.

—Quiero. Gracias, Ava. Y a ti, Vittoria. Significa mucho para mí.



PIETRO

Me separo de la mesa, el peso familiar de la responsabilidad asentándose en mis hombros. —Tengo que ir al despacho. Los envíos no se gestionan solos.

—Pietro. —La voz de Giulia me detiene en el quicio—. ¿Podría hablar contigo? Solo un momento.

La cocina se queda en silencio. Todos saben de qué va esto. La conversación que llevamos semanas evitando. Giulia sabía quién era Nora cuando la trajo a nuestras vidas. Me guardó ese secreto.

—Vale. —digo, sabiendo que hay que hacerlo.

Giulia se seca las manos en el delantal, movimientos precisos pese al temblor de sus dedos. Caminamos hasta mi despacho en silencio, nuestros pasos resonando por el pasillo como una cuenta atrás.

Cierro la puerta tras nosotros. El estudio, de pronto, se me antoja demasiado grande, demasiado formal para lo que sea que vaya a ocurrir. Giulia se queda junto a la ventana, de espaldas, con los hombros tensos.

—Creo… —Se le quiebra la voz—. Creo que ha llegado el momento de que me vaya del complejo.

—¿Qué? —La palabra me sale como un puñetazo—. ¿Por qué ibas a…?

Se vuelve y las lágrimas le surcan la cara.

—Lo único que me mantuvo viva después de perder a Pablo fuiste tú. —La voz se le rompe del todo—. Me demostraste que mi niño siempre viviría entre nosotros porque le queríamos tanto. Los dos.

El pecho se me encoge, esa punzada familiar extendiéndose por las costillas.

—Tú también te convertiste en mi hijo, Pietro. No solo el amigo de Pablo. Mi hijo. —Se lleva una mano al corazón—. Amo a toda esta familia. Lorenzo con su alma dulce. Nico con su orgullo cabezota. Vittoria con su mente brillante. Incluso Bruno, que ojalá despierte pronto.

Toma aire a trompicones.

—Pero tú… —Nuevas lágrimas le desbordan—. Saber que no me hablas, que apenas puedes mirarme por mis errores, por mis decisiones… No lo soporto. No puedo vivir en esta casa sintiendo tu rabia cada día.

—Giulia…

—Tendría que habértelo contado. —Las palabras le salen a borbotones—. Cuando llamó Finn, cuando me pidió que ayudara a la hija de Siobhan, tendría que habértelo dicho al momento. Pero estaba tan rota, Pietro. Tan perdida. Igual que tú después de lo de Pablo.

Aprieto las manos en puños, pero no de ira. Del esfuerzo por mantenerme entero.

—Pensé… pensé que quizá ella podría ayudarte. Que quizá podríais ayudaros mutuamente. Nunca quise que te sintieras traicionado. Nunca quise…

—Basta. —La voz se me rompe como hielo al quebrarse—. Solo… basta.

Se cubre la cara con las manos, los hombros sacudidos por sollozos silenciosos.

La armadura que he llevado estas semanas, la distancia helada que he mantenido, se agrieta por la mitad.

Esta mujer me crió tanto como mi propia madre. Me sostuvo cuando volví a casa cubierto de la sangre de Pablo.

Me obligó a comer cuando el duelo intentaba matarme de hambre.

Nunca se rindió conmigo, ni siquiera cuando yo me rendí conmigo mismo.

—No te vas. —Las palabras me raspan la garganta—. No te vas de esta casa nunca.

Baja las manos, con los ojos desorbitados y enrojecidos.

—Estaba enfadado. —Cada palabra me cuesta—. Me sentí… descolocado. Manipulado. Pero no por ti. Nunca realmente por ti.

Cruzo el espacio entre nosotros y le cojo los hombros.

—Eres mi familia, Giulia. Has sido mi madre en todo lo que importa desde que Pablo murió. Quizá incluso antes.

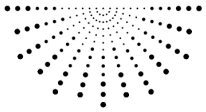
—Pietro…

—Lo siento. —Las palabras que no le digo a nadie me salen fáciles con ella—. Siento haberte apartado. Siento haberte hecho sentir que no eras bienvenida aquí. Esta es tu casa. Siempre será tu casa.

Ella alza la mano, su palma cálida contra mi mejilla, y me inclino hacia ella como si tuviera trece años otra vez, buscando consuelo tras una pesadilla.

—Mi niño —susurra—. Mi niño testarudo y enrevesado.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE



PIETRO

El ático está en silencio cuando vuelvo; las luces de la ciudad pintan sombras en las paredes. Aflojo la corbata y ruedo los hombros para aliviar la tensión de horas revisando manifiestos de carga con Lorenzo.

Entonces lo oigo.

Un sollozo suave desde el salón.

Mi mano va a la pistola en la espalda antes de contenerme. Nora está a salvo aquí. Siempre está a salvo aquí.

Doblo la esquina y me detengo.

Está acurrucada en el sofá con una de mis camisetas y unos shorts de dormir, un bote de helado de menta con chocolate equilibrado en la rodilla. Los dedos entablillados le hacen torpe el gesto de sostener la cuchara, pero se apaña. Las lágrimas le corren por la cara mientras mira la televisión.

—¿Nora?

Da un respingo, casi se le cae el helado. —Has llegado pronto.—

—Pasa de medianoche. —Me acerco, estudiándole la cara—. ¿Qué te pasa?

—Nada. —Se seca los ojos con el dorso de la mano, la que no tiene los dedos rotos—. Solo estoy viendo una serie.

En pantalla, una mujer corre por calles empapadas de lluvia, mirando por encima del hombro.

—Otra vez llorando con Netflix.

Alza la barbilla, desafiante incluso con las lágrimas en las mejillas. —Es una buena serie.—

—Ajá. —No puedo evitar la sonrisa que me tira de la boca—. Esto me suena.

—No empieces.

—Aquel domingo. —Me siento en el brazo del sofá, mirándola desde arriba—. Pensé que alguien te había hecho daño. Casi destrocé tu piso buscando amenazas.—

—Fuiste ridículo. —Pero los labios le tiemblan, conteniendo una sonrisa—. Irrumpiendo como un ángel vengador porque estaba sensible por una serie de televisión.—

Da otra cucharada de helado y veo cómo la cuchara desaparece entre sus labios. No debería afectarme un gesto tan simple, pero todo en ella me afecta.

—¿Sabes qué más recuerdo de ese día? —Me deslizo del brazo del sofá y me arrodillo a su lado.—

—Pietro…

—Me dijiste que no tenía derecho a invadir tu intimidad. —Mi mano encuentra su tobillo, el pulgar acariciando el hueso delicado—. Que trabajar para mí no me daba propiedad.—

—Tenía razón.

—La tenías. —Mi mano sube más arriba, por la pantorrilla—. Pero desde entonces han cambiado cosas, ¿verdad?

—Aún se me están curando las costillas.

—Seré muy cuidadoso. —Agarro con los dedos la cinturilla de sus shorts—. Pero vas a arrepentirte de haberte burlado de mí por aquel día.—

—No me estaba burlando.

—¿No? —Le bajo los shorts despacio, mirándole la cara—. A mí me ha sonado a burla.—

Ella alza las caderas, dejándome deslizar la tela por sus muslos, más allá de las rodillas, hasta quitárselos del todo. Mi camiseta le cae a media pierna, cubriéndola.

Por ahora.

—Eres imposible —suspira.

Le subo la camiseta, revelando piel desnuda centímetro a centímetro. —¿Esperabas que llegara pronto a casa?—

—Puede.

Le abro los muslos y me acomodo entre ellos, de rodillas. Sus costillas amoratadas me vuelven suave, cuidadoso de no presionar los huesos que sanan. Pero su coño está perfecto, ya reluce con la luz tenue.

—Dime si algo te duele. —Beso el interior de su muslo y siento cómo le tiemblan los músculos.—

—Pietro…

—Dímelo. —Alzo la vista y me encuentro con sus ojos—. Prométemelo.—

—Lo prometo. —Su mano buena se enreda en mi pelo—. Por favor.—

Bajo la boca a ella y la saboreo en mi lengua.

Sus dedos se tensan en mi pelo cuando mi lengua encuentra su clítoris. Le sujeto la cadera con la mano, con cuidado de no presionar sus costillas aún en recuperación.

Un gemido grave se le escapa de los labios y los muslos le tiemblan a ambos lados de mi cabeza. Se arquea, intentando conseguir más de mi boca. Me aparto un poco y la hago gemir quedo.

Control.

Tengo que mantener el control. Su cuerpo no está listo para esto, por mucho que suplique.

—Pietro —jadea—. Por favor.

Deslizo un dedo dentro de ella y lo curvo contra ese punto que la hace gritar.

Está jodidamente húmeda, tan lista para mí. Se une otro dedo, estirándola. Le observo la cara: ojos apretados, boca abierta, jadeando.

Preciosa. Rota. Mía.

—Usa la mano buena —ordeno con rudeza—. Tócate.—

Obedece al instante, los dedos dibujando círculos en su clítoris. La miro trabajarse, mientras mis dedos embisten hondo. Su aliento se acelera, pequeños jadeos afilados.

—Mírame.—

Sus ojos se abren de golpe y se enganchan a los míos. Así. Quiero verlo todo. Quiero verla deshacerse.

—Ahora. Córrete para mí, Nora.—

Se rompe con un grito, su cuerpo se aprieta alrededor de mis dedos. Vuelvo a pegar la boca a ella, bebiéndomela mientras tiembla. No paro hasta que me empuja débilmente del hombro.

—Demasiado —jadea—. Estoy sensible.—

Alzo la cabeza y me limpio la boca con el dorso de la mano. Tiene los ojos vidriosos, satisfecha. Pero veo el desafío en ellos. —Ahora tú.—

—Tus costillas…

—A la mierda mis costillas. —Me agarra por la nuca con la mano buena y me tira hacia arriba—. Te necesito dentro de mí. Ahora.—

La exigencia en su voz me golpea directo en la polla. Ya estoy dolorosamente duro. La beso, dejándole saborear su propio sabor en mi lengua. —Deberíamos…—

—No. —Me muerde el labio inferior, afilada—. Sin preservativo. Solo tú.—

Es el último hilo de mi control partiéndose. Bajo los pantalones por las caderas lo justo para liberar la polla. Me guío a su entrada, presiono contra su coño. Todavía palpita por el orgasmo.

Húmedo. Caliente. Apretado.

Me hundo despacio, rechinando los dientes contra la sensación.

—Hasta el fondo —exige, rodeándome las caderas con las piernas—. Ahora.—

El movimiento le presiona las costillas contra mi pecho. Me quedo inmóvil. —Tus…—

—No me importa. —Sus dedos entablillados se clavan en mi espalda, torpes pero firmes—. Pietro, necesito sentirte. Todo de ti. Por favor.—

Ese *por favor* me desarma.

Me entierro hasta el fondo de una sola embestida fluida. Ella chilla.

Apoyo el peso en los codos, intentando no tocar sus heridas. Mis caderas empiezan a moverse. Embestidas lentas y profundas pensadas para ser suaves. Para atesorarla. Pero ella niega con la cabeza, me clava los talones en el culo.

—Más fuerte. —La voz le sale ronca—. No me trates como si fuera de cristal.—

—No te…—

—Entonces fóllame de verdad. —Los ojos le arden, retándome—. Como si lo necesitaras.—

No puedo negarme. No cuando yo lo necesito igual. Azoto las caderas hacia delante, embistiendo con fuerza dentro de ella.

Un jadeo le desgarra la garganta. Lo repito. Y otra vez. Su cuerpo me acepta, encajando cada embestida brutal.

Sus gemidos se agudizan. Me sigue golpe por golpe, arqueándose a pesar de las costillas, que según ella no importan.

—Sí —jadea—. Así. No pares.—

Mi control se deshilacha. Lo que se siente. Los sonidos. Cómo me aprieta. Estoy cerca. Demasiado cerca.

Entierro la cara en su cuello, respirando su olor. Mis embestidas se vuelven erráticas, desesperadas. Siento cómo vuelve a apretarse alrededor de mi polla, su cuerpo trepando hacia otro pico.

—Pietro —gime—. Estoy… ¡Dios mío!

Su segundo orgasmo la golpea, palpitando a mi alrededor. Me arrastra con ella por el borde. El placer me explota por dentro, candente y cegador. Las caderas me dan un latigazo hacia delante. Una vez. Dos. Empujo hondo…

Y me salgo en el último segundo, derramándome caliente sobre su vientre. El cuerpo me tiembla por la fuerza de ello. Apoyo la frente en su hombro mientras intento coger aire.



NORA

Me tira contra su costado, con cuidado de mis costillas. Me acurruco contra él, la mano entablillada descansando en su pecho. Su corazón retumba bajo mi palma, frenándose poco a poco.

—Un día de estos te vas a hacer daño —murmura en mi pelo—. Por ser tan terca.—

—Lo dice el hombre al que dispararon hace dos semanas y se niega a tomárselo con calma.—

—Fue apenas un rasguño.—

Alzo la cabeza para mirarle. —Hicieron falta doce puntos.—

Se le curva la boca. —Sigue siendo apenas un rasguño.—

Caemos en un silencio cómodo. La televisión suena bajito de fondo, olvidada. Sus dedos dibujan patrones perezosos en mi hombro, por encima de la camiseta que aún llevo puesta.

Quiero conocerle. Conocerle de verdad. No solo al Don, ni al hombre peligroso que mata sin dudar. Quiero las piezas que esconde.

—Cuéntame algo —digo en voz baja.—

—¿Sobre qué?—

—Sobre ti. Tu vida. —Me muevo un poco, intentando verle mejor la cara—. Algo importante que no sepa. Algo que creas que debería saber.—

Su mano se queda quieta en mi hombro. Le veo tensar la mandíbula, ese músculo latiendo como cuando piensa demasiado.

—Ya lo sabes todo —dice al fin.—

—Sé lo de Pablo. —Mi voz es suave—. Y Bruno. Riccardo. Tu madre viviendo en Italia con tu tía.—

—Entonces sabes lo que importa.—

—Pietro…—

—No hay nada más. —Suena casi a la defensiva—. Mi vida es la familia. El negocio. Ya está.—

Me incorporo sobre el codo, ignorando el pinchazo en las costillas. —Tiene que haber algo. Un recuerdo. Un momento que te marcara.—

Se queda mirando el techo, la expresión ilegible. Pasan minutos. El silencio se estira entre nosotros, ya no del todo cómodo.

—No tengo nada —admite en voz baja—. Todo lo que importa ya lo sabes.—

La confesión duele más de lo que debería. No porque se guarde cosas, sino porque le creo. Su existencia entera la han devorado el deber, la pérdida, la supervivencia.

—Vale —susurro—. Entonces, ¿y tú? ¿Qué quieres saber?—

—Tu madre…—

—Los años en que estuvo viva fueron buenos. —El recuerdo duele, pero ya es un dolor familiar—. ¿Y después? Solo sobrevivir. Convertirme en lo que mi padre… lo que Connor quería. Hacer de hija perfecta.—

—¿Y ahora?—

—Ahora quiero crear recuerdos. —Las palabras me sorprenden al decirlas—. De verdad. Cosas que nunca he hecho.—

Sus dedos retoman su camino suave por mi hombro. —¿Como qué?—

—Aún no lo sé. Pero quiero averiguarlo. Quiero hacer cosas que sean mías. No porque alguien me lo diga, ni porque esté escondiéndome o huyendo.—

—Ya no estás huyendo.—

—No. —Le beso el pecho, justo sobre el corazón—. No lo estoy.—

Me aprieta contra él, acercándome más. —Entonces haremos recuerdos nuevos. Los dos.—

—¿Lo dices en serio?—

—No digo cosas que no sienta, Nora.—

Le creo.

—¿Qué querrías tú? —pregunto—. Si pudieras hacer cualquier cosa. Ser cualquiera.—

Se queda callado tanto rato que creo que no va a responder. Luego: —Querría esto.—

—¿Esto?—

—Tú. Aquí. A salvo. —La voz se le vuelve áspera—. Querría quedarme contigo.—

No es una declaración de amor. Pietro no hace esas cosas. Pero se le acerca. Más de lo que esperaba.

—Entonces quédate conmigo —susurro.—

Su mano me cubre la nuca, los dedos enredándose en mi pelo. —Esa es mi intención.—

Le dibujo con los dedos el contorno de las costillas por encima de la tela fina de su camiseta. Los dedos entablillados hacen el gesto torpe, pero no paro.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunto en voz baja—. De lo que le hiciste a Declan.—

Se pone rígido bajo mí. No exactamente de tensión. Más bien como si se preparara para el impacto.

—No.—

—Pietro…—

—Recibió lo que merecía. —Su voz es plana. Definitiva—. No hay más que decir.—

Sé a qué se refiere. Oí los susurros de Lorenzo. Vi la sangre en las botas de Liam cuando vino a verme a la clínica. Pietro hizo sufrir a Declan. Le hizo gritar. Le hizo suplicar.

Debería estar horrorizada.

Pero no lo estoy.

—Vale —digo simplemente.—

Se mueve bajo mí, la sorpresa le cruza fugaz por la cara. —¿Ya está? ¿Sin preguntas?—

—¿Qué querrías que te preguntara?—

—La mayoría querría detalles. O me dirían que me pasé.—

—Yo no soy la mayoría. —Le sostengo la mirada, firme—. Y, en lo que a mí respecta, no fuiste lo bastante lejos.—

Algo oscuro y satisfecho le cruza la cara. —Cuidado, Nora. Empiezas a sonar como yo.—

—Puede que sí. —No aparto la vista—. Declan me rompió los dedos. Me fisuró las costillas. Intentó estrangularme. Se merecía todo lo que le dieras.—

—Le fue peor que eso.—

—Bien.—

La palabra queda colgada entre nosotros. Pietro me escudriña la cara, buscando algo. Asco, quizá. Miedo. No va a encontrar ninguno de los dos.

Sé lo que es. Conozco al monstruo que vive bajo los trajes caros y el control medido. Lo he visto desatado, lo he visto romper hombres sin dudar.

Pero también he visto el otro lado.

Es ambas cosas. Monstruo y ángel. Asesino y protector.

Y le quiero por todo ello.

—Tienes capas —digo en voz baja—. Más de las que la gente ve. —

—Capas. —Suena casi divertido.—

—Puedes ser brutal. Violento. Aterrador. —Apoyo la palma en su pecho—. Pero también puedes ser tierno. Amable. Intentas tomar las decisiones correctas, incluso cuando es difícil.—

—No soy un buen hombre, Nora.—

—No he dicho que lo seas. —Me inclino para besarle la mandíbula—. Pero eres mío. Y eso es lo que importa.—

Me sujeta por la nuca, manteniéndome cerca. —No deberías aceptar tan fácilmente lo que soy.—

—¿Por qué no? Tú me aceptaste a mí. Una O'Sullivan. La hija de tu enemigo.—

—Eso es distinto.—

—¿En qué?—

Para eso no tiene respuesta.

Nos quedamos tumbados en el silencio, sus dedos peinándome el pelo. Estoy casi dormida cuando vuelve a hablar.

—Necesito ver a Bruno mañana.—

Pestañeo, intentando enfocar. —¿Tu hermano?—

—Sí. —Su voz es cuidadosa. Medida—. Necesito ir al centro. Y te necesito conmigo.—

—¿A mí? —Me impulso otra vez sobre el codo, ignorando las costillas que protestan—. ¿Por qué?—

—Porque te necesito allí. —Me sostiene la mirada—. ¿Vendrás?—

Hay algo vulnerable en la pregunta. Algo que me dice que esto importa más de lo que está diciendo.

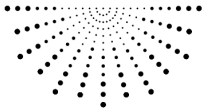
—Claro —digo—. Lo que necesites.—

Me acaricia la mejilla con la mano, el pulgar rozándome la piel. —Gracias.—

—No tienes que darme las gracias por estar contigo.—

—Sí —dice en voz baja—. Sí tengo.—

CAPÍTULO CUARENTA



PIETRO

Mi madre se sienta a la cabecera de la mesa del comedor como si fuese la dueña del lugar. Que, técnicamente, lo es. La finca de los Sartori nos pertenece a todos, pero Aria Sartori tiene esa forma de convertir cualquier estancia en su territorio.

Ha llegado esta mañana con mi tía Francesca y Valentino. Sin avisar. Se ha plantado en la puerta con equipaje para un mes entero.

—Así que, Nora. —La voz de mi madre corta el suave tintinear de la cubertería—. Pietro me ha dicho que has estado trabajando como su secretaria.

Nora deja el tenedor con cuidado. Los dedos entablillados vuelven el movimiento torpe, pero no lo deja traslucir.—Sí, señora.

—Por favor. Llámame Aria. —Mi madre sonríe, pero conozco esa sonrisa. Es la que usa cuando está recabando información—. ¿Y qué te parece Chicago? Debe de ser muy diferente de Boston.

—Lo es. —La voz de Nora suena firme. Serena—. Pero me estoy adaptando.

—Estoy segura de que sí. —Mi madre toma un delicado sorbo de vino—. Tu padre es Connor O'Sullivan, ¿verdad? Recuerdo haberlo conocido hace años. Antes de todo este mal trago.

Me tenso, pero Nora ni parpadea.

—Connor me crió —dice, serena—. Pero mi padre biológico es Finn O'Sullivan. Lo he descubierto hace poco.

Mi madre alza las cejas.—Qué... complicado.

—La familia suele serlo. —Nora sostiene su mirada sin pestañear —. Estoy segura de que usted lo entiende mejor que nadie.

Cazzo. Escondo la sonrisa tras la copa de vino. Nora acaba de desafiar a mi madre. Con educación, pero sin dejar lugar a dudas.

Los labios de Aria se curvan. No es la sonrisa de tanteo de antes. Es algo más cercano a la aprobación.—Desde luego que sí.

Al otro lado de la mesa, Lorenzo me caza la mirada. Está intentando no reírse.

—El ravioli está excelente, Giulia —dice mi tía Francesca—. Tienes que darme la receta.

Giulia asiente desde donde está rellenando los vasos de agua.—Por supuesto, signora.

Valentino se inclina hacia Lorenzo, la voz baja pero clara.—Las operaciones en Sicilia marchan sin problemas. No ha habido incidencias con los envíos este mes.

—Bien. —Lorenzo corta su pollo—. ¿Y las conexiones políticas?

—Sólidas. La alcaldía es colaboradora. Lo mismo que la autoridad portuaria. —El tono formal de Valentino no flaquea—. No hemos tenido problemas desde la reestructuración.

Debería estar prestando atención a esto. Debería implicarme en la conversación de negocios. Pero estoy mirando a Nora, a cómo aguanta el escrutinio de mi madre con una calma silenciosa.

Lleva un vestido negro sencillo. Nada ostentoso. Pero está preciosa a la luz de las velas, con el pelo recogido, esos ojos verdes firmes y claros.

Un mes desde lo de Declan. Un mes desde que casi la pierdo.

Las pesadillas aún la despiertan a veces. La abrazo hasta que la respiración se le calma. Los dedos están curándose. Las costillas también. Pero algunas heridas tardan más.

—Pietro.

Parpadeo, enfocándome en Nico. Me mira con una expresión extraña.

—¿Qué?

—He dicho que el médico me ha llamado hace una hora. —La voz de Nico es cuidadosa. Medida—. Sobre Bruno.

La mesa se queda en silencio.

—¿Y bien? —El corazón me golpea contra las costillas.

—Ha movido los dedos. —Nico deja el tenedor—. Ambas manos. El médico dice que es el primer avance real desde...

El sollozo de mi madre lo interrumpe.

Se presiona la servilleta contra la boca, los hombros temblando. La tía Francesca acude enseguida a su lado, murmurando en italiano.

—*Mio Dio,* —susurra mi madre—. —*Mio figlio.*

Debería acercarme. Debería consolarla. Pero me quedo helado en la silla, con las palabras de Nico resonándome en la cabeza.

Ha movido los dedos.

Bruno. Mi hermano. El que debería estar sentado en mi silla, al frente de esta familia. El que lleva meses atrapado en su cuerpo roto mientras yo mal que bien hago de Don.

—Es una noticia maravillosa —dice Nora en voz baja.

Mi madre alza la vista, con las lágrimas corriéndole por la cara.—No lo entiendes. Después de lo de Riccardo... —La voz se le quiebra —. Creí que había perdido a mis dos hijos.

—*Mamma.* —La voz de Lorenzo es suave, pero firme.

Ella niega con la cabeza y pasa a un italiano atropellado. Palabras sobre el funeral de Riccardo. La boda de Bruno que se convirtió en una masacre. Cómo enterró a un hijo y vio a otro apagarse en una cama de hospital.

Vittoria alarga la mano por encima de la mesa para apretar la de mi madre.

Siento la mirada de Nora sobre mí. Cuando la miro, hay comprensión en sus ojos. Sabe lo que significa esto. Conoce su peso.

Que Bruno mueva los dedos significa esperanza. Significa posibilidad.

Significa que quizá no tenga que cargar con este peso yo solo para siempre.



NORA

El duelo me sigue como una sombra.

El pensamiento me golpea mientras veo a Aria llorar por el avance de Bruno.

Estoy sentada en esta mesa, rodeada de una familia que no es la mía, viéndoles procesar una esperanza que no puedo compartir del todo. No conozco a Bruno. Puedo alegrarme por ellos, pero no puedo decir que la felicidad que siento sea la misma que sienten ellos. Perder a un hijo y casi perder a otro no permite que la felicidad exista de verdad.

No perteneces a este lugar.

Aparto el pensamiento e intento centrarme en Aria. Se seca los ojos y vuelve al inglés.

—Lo siento. —Se da golpecitos en las mejillas con la servilleta—. Es que ha pasado tanto tiempo desde...

—No tiene que disculparse —digo en voz baja—. Ha pasado por el infierno.

Aria me mira.

Asiente despacio y luego se incorpora en la silla. La vulnerabilidad desaparece tras ese exterior pulido.—Bueno. Al menos esta noche hay buenas noticias.

—Las mejores —asiente Vittoria.

Aria da otro sorbo de vino y vuelve a fijar la mirada en mí.—Entonces, Nora. ¿Cuándo os casáis mi hijo y tú?

Nico se atraganta con el agua.

Lorenzo se echa a reír.

Me quedo helada, la mente tropezando con las palabras.—Yo... ¿cómo?

—El matrimonio. —Aria lo dice como si fuese la pregunta más natural del mundo—. Seguramente lo habréis hablado. Un Don necesita esposa. Así funcionan las cosas.

Me giro hacia Pietro.

Tiene la cabeza gacha, dos dedos pinzándole el puente de la nariz. La estampa misma de la decepción.

—*Mamma.* —Su voz es tensa—. Nora aún es joven. No vamos a hablar de esas cosas aquí.

—¿Por qué no? —Aria hace un gesto con la mano, restándole importancia—. Estáis juntos, ¿no? Ella vive en tu ático. Trabaja a tu lado. La familia ya lo sabe...

—Tiene veintitrés —interrumpe Pietro—. Y llevamos dos meses juntos. ¿Podemos no hacer esto ahora?

Lorenzo se inclina hacia delante, con una sonrisa de diablo.—Pero *Mamma* tiene razón. Un Don necesita esposa. Es tradición.

—*Vaffanculo,*

Lorenzo solo se ríe más fuerte.

Yo sigo clavada en la silla. Matrimonio. Habla del matrimonio como si fuese inevitable. Como si yo ya formara parte de esta familia.

—Solo digo —prosigue Aria, totalmente imperturbable ante las maldiciones de Pietro— que estas cosas hay que considerarlas. Planearlas bien. Una boda Sartori es un evento importante.

—*Mamma.* —La voz de Pietro baja a ese tono peligroso—. Basta.

—Solo pienso en la familia.

—La familia está bien.

—¿Ah, sí? —Aria alza una ceja.

—He dicho basta.

La mesa se queda en silencio.

Miro fijamente mi plato, con la cara ardiéndome. Esto es mortificante. Completamente mortificante.

Nico carraspea. Cuando alzo la vista, me está observando con una expresión inescrutable. Luego hace algo inesperado.

Asiente. Solo un leve gesto con la cabeza. Un reconocimiento.

No es aprobación. A Nico dista mucho de gustarle. Pero es algo. Un gesto diminuto que dice *veo que estás incómoda y no voy a echar más leña al fuego*.

—Bueno —dice Giulia con brillo desde la puerta—. ¿Quién quiere postre?

—*Sì,* —dice Vittoria enseguida—. El postre suena perfecto.

La tensión se afloja un poco mientras Giulia desaparece en la cocina.

Aria alisa la servilleta, sin el menor remordimiento.—Simplemente estoy siendo práctica, Pietro. Puedes fulminarme con la mirada todo lo que quieras, pero alguien tiene que pensar en estas cosas.

Pietro no contesta. Solo mantiene los dedos en el puente de la nariz, respirando despacio.

Lorenzo sigue con la sonrisa.—Creo que *Mamma* la ha asustado, Pietro. Mírale la cara.

—Cállate —murmuro.

Eso le hace reír otra vez.

Aunque yo también me río.



PIETRO

Encuentro a Nora en el dormitorio, sentada al borde de la cama con el móvil en la mano.

Alzo la vista cuando cierro la puerta tras de mí.—Tu madre da miedo.

—Lo sé. —Cruzo la habitación y me siento a su lado—. Siento lo de antes.

—No pidas perdón por ella. —Nora deja el móvil—. Solo está siendo madre.

—No debería haberte pillado así, por sorpresa.

—No ha sido una emboscada. —Se gira para encararme, metiendo una pierna bajo el cuerpo—. Solo ha sido... inesperado.

Me paso una mano por el pelo.—Quería hablar contigo de eso. De lo que ha dicho.

—¿Sobre el matrimonio?

—*Sì.* —La miro a los ojos—. No tienes por qué asustarte. No espero...

—No estoy asustada.

Me detengo.—¿No lo estás?

—No. —Inclina la cabeza, estudiándome—. ¿Debería estarlo?

—No. Es que pensé... después de lo que dijo *Mamma*...

—Tu madre ha hecho una pregunta. —La voz de Nora es tranquila—. Bastante directa, pero una pregunta al fin y al cabo. No estoy saliendo corriendo, Pietro.

Algo en el pecho se me afloja.—No estás saliendo corriendo.

—No. —Me roza la mandíbula con la mano—. Simplemente no lo he pensado. El matrimonio. Nosotros. Tan a largo plazo. ¿Tú lo has hecho?

La pregunta me pilla con la guardia baja. Abro la boca y la cierro de nuevo.

Los labios de Nora se curvan.—Eso imaginaba.

—No he dicho que no lo haya pensado.

—Tampoco has dicho que sí. —Ahora me mira con esa inteligencia afilada que adoro—. Entonces, ¿qué es?

Le sujeto la muñeca, manteniéndole la mano contra mi cara.—Pienso en quedarme contigo. Cada día. Mantenerte a salvo. Tenerte conmigo.

—No es lo mismo que casarse.

—¿No lo es?

—No. —El pulgar me roza el pómulo—. El matrimonio es una elección. Un compromiso. No solo posesión.

—Conozco la diferencia.

—¿Ah, sí? —Ahora se está burlando, se le oye en la voz—. Porque tienes la costumbre de adueñarte de las cosas sin preguntar primero.

—Te pedí que te quedaras.

Se inclina más.—Estás asustado, Pietro.

—No estoy asustado.

—Sí que lo estás. —Los ojos le chispean—. Estás más asustado tú que yo.

—*Cazzo,* Nora...

—Admítelo. —Ahora sonríe abiertamente—. El gran y temible Don le tiene pánico a la idea del matrimonio.

—No le tengo pánico.

—Entonces, ¿por qué has venido a disculparte por que tu madre lo sacara a colación?

—Porque no quería que te sintieras presionada.

—¿O porque te has sentido presionado tú?

La miro fijamente. Ella me devuelve la mirada, sin el menor remordimiento.

Luego me río. No puedo evitarlo.—Te lo estás pasando en grande.

—Un poco. —Se acerca aún más, la rodilla presionando mi muslo —. Está bien verte descolocado por una vez.

—No estoy descolocado.

—Lo estás, y mucho. —La mano le baja hasta mi pecho—. Te late el corazón a mil.

—No es por estar descolocado.

—¿No? —La voz le baja—. ¿Entonces por qué es?

La sujeto de la cintura y la atraigo a mi regazo. Viene de buena gana, me monta a horcajadas con esa sonrisa satisfecha todavía en la cara.

—Por ti —digo contra su boca—. Siempre por ti.

Me besa, suave y despacio. Cuando se aparta, su expresión ha cambiado. Sigue juguetona, pero hay algo más hondo debajo.

—No me asusta el matrimonio, Pietro. No contigo. —Me enreda los dedos en el pelo—. Pero tampoco tengo prisa. Tenemos tiempo.

Le estudio la cara. Las pecas de la nariz. Los ojos verdes que me calan hasta el fondo. La boca que me desafía a cada paso.

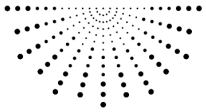
—¿Seguro que no estás asustada?

—Segurísima. —Vuelve a sonreír—. Pero tú sí que lo estás, y bien.

—Yo no...

Me besa antes de que pueda terminar la protesta.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO



PIETRO

Me siento detrás de mi escritorio, observando a los tres hombres que acaban de entrar en mi despacho. Los hermanos Feretti y su ejecutor. Damiano Feretti ocupa la silla justo enfrente de mí, su presencia imponente incluso en reposo.

Su pelo oscuro luce hebras plateadas en las sienes, pero solo hace que parezca más distinguido, más peligroso.

Enzo Feretti se mantiene de pie, colocándose ligeramente detrás del hombro derecho de su hermano. Más joven, pero no menos letal. Donde Damiano proyecta poder contenido, Enzo irradia violencia apenas contenida. Sus ojos recorren la sala sin descanso, evaluando amenazas, vías de escape. Reconozco el comportamiento porque yo hago lo mismo.

Daniel Hayes permanece junto a la puerta, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho. El exmilitar no pretende ser otra cosa distinta de lo que es. Un arma. Su rapado y su postura rígida gritan disciplina, pero el cálculo frío en sus ojos me dice que ha

matado a más hombres de los que la mayoría de soldados ven en combate. Me observa como si pudiera ser su próximo objetivo.

—Pietro. —La voz de Damiano rompe el silencio, suave como whisky añejo—. Ha pasado demasiado tiempo.

—Damiano. —Asiento, manteniendo una expresión neutra—. Las circunstancias no han sido precisamente ideales.

—Riccardo era un buen hombre. —Su rostro muestra un pesar sincero—. Y Bruno... ¿cómo está?

—Sigue en coma. —Las palabras me saben a bilis—. Los médicos dicen que hay actividad cerebral, pero... —me encojo de hombros; no hace falta terminar la frase.

Enzo cambia el peso de una pierna a otra, impaciente. Damiano le lanza una mirada que lo inmoviliza al instante.

—¿Y cómo van las cosas? —pregunta Damiano, inclinándose un poco hacia delante—. La transición puede ser... complicada.

Elijo mis palabras con cuidado. Los Feretti no son enemigos, pero tampoco exactamente amigos. Sin embargo, él estaba con Riccardo. Las alianzas en nuestro mundo cambian como la arena.

—Por suerte, estamos empezando a tener ciertos momentos de calma —digo, tamborileando una vez con los dedos sobre el escritorio antes de obligarme a detener el gesto—. Pero ya sabe cómo es esta vida. Aguas tranquilas suelen anunciar tormenta en algún punto.

La comisura de la boca de Damiano se curva en comprensión—. ¿Lo de los irlandeses?

—Resuelto. —No entro en detalles sobre cómo el cuerpo de Declan nunca aparecerá o cómo Connor O'Sullivan camina ahora con una cojera permanente cortesía de su propio hermano. Hay detalles que no se comparten, ni siquiera con aliados provisionales.

—¿Y la chica? —pregunta Damiano, con un tono casual pero la mirada afilada—. He oído que hubo... un incidente.

La mandíbula se me tensa de forma involuntaria. No me fío de mí mismo para hablar de Nora con estos hombres. El impulso de protegerla, de mantener su nombre fuera de sus bocas, me arde en el pecho.

—El matrimonio cambia las cosas —dice Damiano, estudiándome—. Le da a un hombre algo por lo que luchar más allá del territorio y el respeto.

—Siempre he tenido algo por lo que luchar —respondo, pensando en mi familia, en Lorenzo y Vittoria. En Bruno tumbado en esa cama de hospital.

—Pero ahora tiene algo por lo que vivir —replica Damiano, y la mirada sabia en sus ojos me hace preguntarme si habla por experiencia propia.

Daniel se mueve ligeramente junto a la puerta y sus ojos se encuentran con los míos un instante. Hay reconocimiento ahí. La mirada de un hombre que también entiende lo que significa encontrar algo por lo que merece la pena sobrevivir en esta vida.

—Deberíamos hablar de las rutas de envío —digo, cambiando de tema—. Con lo de los irlandeses resuelto, creo que es momento de revisar nuestro acuerdo.

Damiano asiente, una pequeña sonrisa jugueteando en sus labios. Sabe exactamente lo que estoy haciendo, pero permite la evasión.

—Por supuesto —dice—. Primero, negocios. También tenemos que ver lo del casino.



NORA

Salgo del ascensor, mis tacones repicando contra el suelo mientras me acerco al despacho de Pietro.

A través de las paredes de cristal, veo a tres hombres desconocidos con Pietro. La mano se me queda congelada en el

pomo de la puerta.

El hombre sentado frente a Pietro atrae toda la atención sin esfuerzo. Pelo oscuro con hebras plateadas en las sienes, rasgos afilados que podrían haber sido tallados en mármol. Todo en él grita poder, control, peligro.

Detrás de él está otro hombre, más joven pero igual de letal. Pelo negro azabache peinado en un degradado preciso. Tatuajes asoman por debajo del cuello de la camisa y trepan por su cuello. Cambia el peso de una pierna a otra y capto la energía en espiral de sus movimientos. Un depredador a la espera de atacar.

Junto a la puerta, un tercer hombre permanece como un centinela. Alto, de hombros anchos. Rapado, ojos de un azul acerado que me evalúan de un solo vistazo. Cruza los brazos sobre el pecho y reconozco la postura de alguien que ha matado y no dudará en hacerlo de nuevo.

Llamo suavemente y empujo la puerta para abrirla.

Los cuatro hombres se giran hacia mí. La intensidad de su atención combinada me corta la respiración.

—Señores —dice Pietro, levantándose de la silla. Su voz lleva ese filo de posesión que ya he aprendido a reconocer—. Esta es Nora. Nora, te presento a Damiano Feretti, su hermano Enzo y Daniel Hayes.

Damiano se pone en pie y me tiende la mano—. Nora. Un placer.

Su apretón es firme pero no aplastante. De cerca, sus ojos son de un castaño tan oscuro que casi parecen negros, y me estudian con la misma precisión calculadora que usa Pietro.

—Señor Feretti —respondo, sosteniéndole la mirada sin pestañear.

Enzo asiente desde su posición, sin molestarse en las cortesías. Sus ojos castaños me recorren una vez, con desdén, antes de volver a escanear la sala.

Daniel simplemente inclina la cabeza—. Señora. —Su voz es profunda, áspera.

—Justo estábamos terminando —dice Damiano, abrochándose la chaqueta del traje—. Pietro, nos pondremos en contacto respecto a esos arreglos.

—Los espero con interés —responde Pietro.

Los tres hombres salen en fila, Daniel sosteniendo la puerta para los hermanos Feretti antes de seguirlos. En cuanto la puerta encaja con un clic, me giro hacia Pietro.

—¿Tienen una escuela en Italia o algo así? —pregunto, incapaz de contenerme—. ¿Una especie de academia donde os enseñan a todos a tener ese aspecto?

Los ojos de Pietro se entornan—. ¿Qué aspecto?

—Peligroso. Bello. Aterrador. —Hago un gesto vago—. Todo ese rollo de mafia italiana oscura. Es como si os hubieran cortado a todos con el mismo patrón.

Su mano se dispara, sus dedos rodean mi garganta. No aprieta lo suficiente como para hacer daño, pero sí para que mi pulso se dispare. Me acerca, sus labios suspendidos justo encima de los míos.

—¿Me estás comparando con otros hombres, Nora?

Me encanta cuando se pone así.

—¿Qué pasa si digo que sí? —susurro contra su boca.

Su agarre se intensifica apenas—. De rodillas.

Se me curva una sonrisa en los labios—. Sabes que me encanta arrodillarme para ti. Tendrás que buscar otro castigo.

—Ya encontraré la forma de que no me guste —dice, con esa ronquera peligrosa que me vuelve las rodillas de gelatina.

Sé que miente. Sé que, haga lo que haga, lo voy a disfrutar tanto como él. Quizá más.

Pero aun así me hundo de rodillas, la moqueta mullida bajo mí. Apoyo las manos sobre los muslos y le miro desde abajo, a través de las pestañas.

Su pulgar traza mi labio inferior con un roce ligerísimo. De un lado a otro, aprendiendo la forma de mi boca como si no se la hubiera grabado ya a fuego, centímetro a centímetro, en la memoria.

—¿Y si alguien se acerca a las puertas de cristal? —pregunto, apenas por encima de un susurro.

Se le alza una comisura. No llega a sonrisa. Algo más oscuro.

—Entonces verán lo bien que te atragantas mientras me la chupas.

El calor me estalla entre las piernas.

La planta ejecutiva está vacía a estas horas, pero las paredes de cristal de su despacho dan a la zona de recepción. Cualquiera que saliera del ascensor tendría una vista perfecta.

El pulgar de Pietro presiona mis labios, exigiendo entrada. Los abro para él, dejo que se deslice dentro. La yema de su pulgar presiona mi lengua y yo cierro los labios a su alrededor, chupando con suavidad.

—Así me gusta, mi niña —murmura, mientras su otra mano se va al cinturón.

El tintineo metálico de la hebilla acelera mi pulso. Le observo desabrocharse el pantalón sin romper el contacto visual en ningún momento.

Su pulgar sale de mi boca con un leve chasquido. Ambas manos enmarcan mi cara, inclinando mi cabeza aún más hacia atrás.

—¿Lo quieres?

—Sí.

—Dilo como es debido.

—Quiero chuparte la polla, Pietro.

Sus ojos destellan aprobación y posesión—. Abre.

Entorno los labios y él se guía hasta mi boca. El peso de él sobre mi lengua me hace gemir. Le tomo más hondo, hundiendo las mejillas.

Sus dedos se enredan en mi pelo, todavía sin tirar. Solo sujetando. Controlando.

—Mírame —ordena.

Lo hago. Tiene la mandíbula tensa, los ojos ardiendo mientras me ve trabajársela con la boca.

Le tomo aún más hondo, relajando la garganta. Su agarre en mi pelo se intensifica.

—Joder, Nora.

Miro a través de los párpados entornados cuando Pietro se aparta, su mano resbalando de mi pelo. Va a por los botones de su camisa, desabrochándolos uno a uno, despacio, con los dedos expertos.

La tela se abre, revelando la extensión de su pecho.

Un gemido se me escapa de la garganta antes de poder evitarlo.

Sus labios se curvan en esa sonrisa peligrosa—. ¿Te gusta lo que ves, nena?

—Ya lo sabes.

Se quita la camisa del todo y la deja caer al suelo. Los músculos de sus hombros y brazos se marcan con el movimiento.

—A cuatro patas —dice.

—De cara a las puertas de cristal.

—Pietro...

—Ahora, Nora.

Cambio de posición, girándome hasta quedar a cuatro apoyos. Las puertas de cristal se alzan ante mí, devolviéndonos el reflejo. Cualquiera que saliera del ascensor lo vería todo.

La idea me pone a cien.

Pietro se coloca detrás. Sus manos me suben por los muslos, arrugando mi falda lápiz hacia arriba. La tela se resiste bajo el movimiento.

Un sonido seco de desgarro llena el despacho.

—¡Pietro! —jadeo cuando el aire frío me acaricia la piel—. Eso era caro...

—Te compraré diez más. —Sus dedos enganchan mis mallas, y también las rompe. El material cede con facilidad ante su fuerza, dejando una abertura lo bastante amplia.

Su mano se desliza entre mis piernas, encontrándome ya empapada a través del fino encaje de mi ropa interior. Él gime, y el sonido me vibra por dentro.

—Siempre tan lista para mí.

Aparta la tela a un lado, sin molestarse en quitármela del todo. La punta roma de su polla presiona mi entrada y yo arqueo instintivamente las caderas hacia atrás.

Me aferra el pelo con la mano, tirando de mi cabeza hacia atrás. El tirón agudo me arranca un jadeo.

—Mira —ordena, señalando con la barbilla hacia las puertas de cristal—. Mírate mientras te la meto.

Me embiste de una sola y brutal estocada.

Grito, el sonido rebotando en las paredes. Los brazos casi me fallan por la fuerza, pero su puño en mi pelo me mantiene firme.

—Joder, estás perfecta. —Se retira casi del todo antes de volver a hundirse, más fuerte esta vez.

Cada embestida me empuja hacia delante. Apoyo las palmas planas contra la moqueta, intentando bracearme contra su ritmo implacable.

Su otra mano me sujeta la cadera, los dedos clavándose con fuerza suficiente para dejar moratones.

—Pietro... oh, dios...

—Así, nena. Que todos oigan quién te está follando.

Aprieta más el puño en mi pelo, tirando con más fuerza. El escozor del cuero cabelludo se mezcla con el placer que me late entre las piernas y me nubla la vista.

Me suelta el pelo y me agarra con ambas manos de las caderas. El nuevo ángulo le permite ir más hondo, golpear ese punto dentro de mí que hace que me estallen estrellas detrás de los párpados.

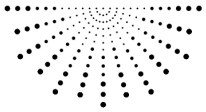
—Córrete para mí, Nora. Ahora.

Su mano se desliza hacia donde estamos unidos, y sus dedos encuentran mi clítoris. La presión, combinada con sus embestidas implacables, me hace añicos.

Grito su nombre cuando el orgasmo me arrasa. Los brazos me fallan, el pecho se me pega a la moqueta mientras oleadas de placer recorren mi cuerpo entero.

Pietro no afloja. Me folla a través de ello, persiguiendo su propia caída.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS



NORA

El comedor privado de Bella Notte brilla a la luz de las velas. Pietro ha elegido este lugar a propósito. Escondido de miradas indiscretas, lo bastante íntimo como para que podamos hablar sin sus hombres rondando cerca. Bueno, probablemente estén fuera, pero al menos puedo fingir que somos normales por una vez.

—Estás haciéndolo otra vez —dice Pietro, haciendo girar su copa de vino—.

—¿El qué?

—Esa manía de cortar la comida en cuadraditos perfectos —se le curva la comisura de los labios—. Como si le fueras a hacer una operación a ese pollo.

Miro mi plato. Tiene razón. He seccionado todo en trozos limpios y parejos. —Se llama ser civilizada—.

—Se llama ser obsesiva —alarga el tenedor, me birla uno de mis trocitos perfectos—. ¿Ves? Sabe igual incluso cuando es robado—.

—Ladrón —intento clavarle el tenedor en la mano, pero es demasiado rápido—.

—Trabajas para un ladrón, nena. ¿Qué esperabas?—

—Esperaba cenar sin acoso—.

Se recuesta en la silla. —¿Cuándo te he dado yo algo sin acoso? —

—Buen punto —doy un sorbo de vino—. ¿Te acuerdas de aquel día? Estrellaste una taza de café contra la pared porque estaba organizando el desastre de tu despacho—.

—Estabas tocando mis cosas—.

—Tus cosas estaban cubiertas por ocho centímetros de polvo y por lo que estoy bastante segura de que era sangre—.

—Definitivamente era sangre —sonríe al recordarlo—. Ni siquiera pestañeaste—.

—Estaba demasiado cansada para pestañear. Huir de exnovios psicópatas agota mucho a una chica—.

Su expresión cambia ligeramente. Ese filo protector que asoma siempre que sale Declan. Alargo la mano por encima de la mesa y le toco la suya.

—Eh. Era una broma. Más o menos—.

Él gira la palma hacia arriba, entrelaza nuestros dedos. —¿Sabes de qué me acuerdo de tu primer día?—

—¿De mis excelentes dotes mecanográficas?—

—De tus ojos —su pulgar dibuja círculos en mi palma—. Verdes como cristal roto. Como si te hubieran hecho añicos, pero fueras demasiado terca para desmoronarte—.

—Pietro...—

—Estrellé esa taza porque me acojonaste —ahora no me mira, se concentra en nuestras manos unidas—. Esta chica entra en mi despacho, ve la sangre, ve la violencia, ve exactamente lo que soy. Y no sale corriendo—.

—Necesitaba el trabajo —digo en voz baja—.

—Tonterías. Necesitabas algo por lo que luchar. Alguien que no te tratara como si fueras de cristal —su agarre se vuelve más firme—. Y yo necesitaba...—

Se queda en silencio.

—¿Qué necesitabas? —le animo con suavidad—.

Me mira. —Necesitaba a alguien que pudiera ver más allá del monstruo—.

—No eres un monstruo—.

—Sí lo soy —no hay autocompasión, solo un hecho—. He hecho cosas que te harían salir corriendo si las supieras. He matado gente. La he torturado. A veces lo he disfrutado—.

—Sé quién eres, Pietro—.

—¿Ah, sí? —me suelta la mano y se pasa los dedos por el pelo, ese gesto nervioso del que no es consciente—. Porque a veces te miro y pienso... joder, ¿cómo ha pasado esto? ¿Cómo has pasado tú?—

El camarero aparece para retirar los platos. Pietro lo despacha con un gesto. Cuando volvemos a estar solos, se pone en pie de golpe y se mueve hacia mi lado de la mesa.

—Ven aquí —me alza hasta ponerme de pie, enmarca mi cara con las manos—. Se me da como el culo esto—.

—¿El qué?—

—Las palabras. Los sentimientos. Todo —su pulgar me recorre el pómulo—. Pero tú... Cristo, Nora. Entraste en mi vida y, de repente, me importó el mañana. Vivir más allá del siguiente envío, del siguiente golpe, del siguiente lo que sea—.

—Pietro...—

—No he terminado —apoya la frente en la mía—. No sé hacer esto bien. No sé ser el hombre que te mereces. Pero yo...—

Se le atascan las palabras en la garganta. Le siento pelear contra años de muros, de distancia emocional aprendida.

—Te quiero —dice con voz áspera—. Estoy tan jodidamente enamorado de ti que me aterra—.

Se me para el corazón.

Y luego vuelve a latir.

Me aparto un poco, lo justo para verle bien la cara.

—¿Sabes? —digo, procurando mantener la voz ligera—, a veces una chica necesita hablar sin que la interrumpan—.

Entorna los ojos. —Yo solo...—

—¿Ves? Ya estás otra vez —le pongo el dedo en los labios—. Me toca a mí—.

Se queda completamente inmóvil.

—Tú también me das miedo —confieso—. No por lo que haces ni por quién eres. Sino por cuánto te necesito. Por el espacio que ocupas en mi cabeza, en mi corazón, en todo—.

Sus manos se aferran más a mi cintura.

—Cuando entré en tu despacho aquel primer día, iba huyendo. No buscaba nada salvo sobrevivir. Desde luego no buscaba a un italiano mandón que no sabe organizar papeles ni para salvar su vida—.

—Yo organizo bien...—

—Shhh —le pongo el dedo otra vez en los labios—. Sigo yo—.

Me muerde el dedo suavemente a modo de represalia, pero permanece callado.

—¿Quieres saber de qué me acuerdo yo de ese primer día? Me miraste como si fuera un rompecabezas que no podías resolver. Como si no encajara en ninguna categoría que entendieras. Y para alguien que se había pasado la vida siendo exactamente lo que todo el mundo esperaba fue...—

Busco la palabra adecuada.

—Revolucionario —digo por fin—. Me viste a mí. Mis partes rotas, pero también a mí—.

—No estás rota —murmura contra mi dedo—.

—Tú tampoco —muevo la mano para ahuecar su mejilla—. Estamos los dos un poco agrietados, quizá. Pero por ahí es por donde entra la luz, ¿no?—

Emite un sonido que es mitad risa, mitad otra cosa. —¿Ahora me citas a Leonard Cohen?—

—¿Prefieres a Dante? Sé que tienes ese libro escondido en tu despacho—.

—¿Cómo sabes... da igual. Claro que lo sabes—.

—Lo sé todo sobre ti, Pietro Sartori —me inclino más—. Sé que te tocas el tatuaje de Pablo cuando crees que nadie mira. Sé que no puedes dormir sin comprobar las cerraduras tres veces—.

—Acosadora—.

—Sé que te aterra ser feliz porque piensas que no lo mereces. Porque crees que Pablo debería estar aquí en tu lugar—.

Todo su cuerpo se tensa.

—Sé que crees que quererme es otra forma de condenarme. Que todo aquel a quien te importas acaba herido o muerto —ahora le sujeto la cara con ambas manos, obligándole a mirarme—. Pero esto es lo que no sabes: no me voy a ninguna parte. Te has quedado conmigo para siempre—.

—Nora...—

—Yo también te quiero. Me encanta tu maldito genio y tus gilipolleces sobreprotectoras y esa forma de fingir que no te importa cuando te importa demasiado. Me encanta que seas violento y tierno y roto y entero a la vez. Te quiero, Pietro. Todo tú. Incluso las partes que tú crees que son monstruos—.

Estrella su boca contra la mía, y no es suave. Es desesperado y posesivo y está lleno de todo lo que no sabemos decir. Sus manos se enredan en mi pelo.

Cuando por fin nos separamos, los dos jadeamos.

—Dilo otra vez —exige—.

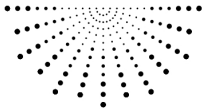
—Te quiero—.

—Otra vez—.

—Te quiero, cabrón controlador—.

Haz clic AQUÍ para leer la historia de Lorenzo.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES



LORENZO

La manilla de latón de la puerta de mi despacho pesa más de lo normal esta noche. Son las tres de la madrugada y acabo de llegar a Rosso's. Mi restaurante insignia en River North.

Mis pasos resuenan por el suelo mientras cruzo el bar.

La puerta del despacho se cierra con un clic a mi espalda, dejando el mundo fuera. Me sirvo tres dedos de whisky.

Mi móvil vibra. Pietro.

—¿Has vuelto ya? —Su voz tiene ese filo que anuncia que alguien está a punto de morir.

—En el restaurante. —Doy otro sorbo—. La situación está controlada.

—Por ahora. —Al otro lado suenan papeles—. Han atacado nuestro envío en los muelles. Trescientos mil dólares en mercancía, volados.

Se me tensa la mandíbula. —El seguro cubrirá la carga legítima.

—No es cuestión de dinero, Lorenzo. Es cuestión de respeto. Nos están poniendo a prueba.

Nos ponen a prueba porque creen que estamos débiles. Porque Riccardo lleva muerto y huelen sangre en el agua. Cada pandilla de tres al cuarto de Chicago quiere su pedazo de lo que hemos construido.

—Concertaré una reunión con su consigliere —digo, barajando ya escenarios—. Terreno neutral. A ver si podemos—

—Nada de más reuniones. —La voz de Pietro baja—. Probamos a tu manera. Ahora vamos a la mía.

La línea se corta.

Me quedo mirando el teléfono y luego apuro el vaso. A la manera de Pietro significa cadáveres. Cadáveres significan polis. Los polis significan investigaciones sobre nuestros negocios legítimos.

Mi portátil está cerrado sobre la mesa, ocultando hojas de cálculo que harían llorar a cualquier auditor forense.

Veintitrés restaurantes por todo Chicago y los suburbios. Cada uno, una empresa perfectamente legal que, casualmente, blanquea dinero mejor que la lejía industrial. Cada uno requiere mi atención constante para que los federales no empiecen a olisquear.

La botella de whisky vuelve a llamarme. Me resisto. No puedo permitirme la mente nublada, no con todo equilibrado al filo de la navaja.

Ruedo los hombros, intentando soltar la tensión que arrastro desde la cena. El asunto Torrino empezó como una simple disputa territorial. Sus camiones en nuestros barrios. Nuestra respuesta fue medida. Una advertencia, nada más. Debería haberse quedado ahí.

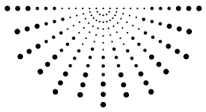
Pero Francesco Torrino tiene un nuevo ejecutor. Un ruso pirado que cree que las reglas de Chicago no van con él. El asalto de esta noche al convoy demuestra que no piensan recular.

Tamborileo los dedos contra la mesa. En seis horas, este sitio estará a tope para la comida. Abogados de los despachos de la zona, turistas que buscan cocina italiana auténtica, parejas celebrando aniversarios. Comerán las recetas de mi abuela, preparadas por chefs a los que formé personalmente, sin saber que su dinero fluye por sistemas que financian un imperio levantado sobre sangre y hormigón.

La ironía no se me escapa. Creo belleza para ocultar la fealdad.

Doy de comer a la gente mientras mi familia deja a otros sin aire.
Haz clic AQUÍ para leer la historia de Lorenzo.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO



SOPHIA

El viento de noviembre me atraviesa el abrigo como si fuera de papel. Los dientes no dejan de castañearme, y no sé si es por el frío o por el terror que me lleva devorando diez días seguidos.

Diez días. Eso es lo que llevo sabiendo que mi vida se ha acabado.

Apoyo la palma contra la puerta de Rosso's, la madera suave bajo mis dedos helados. Son las tres de la mañana y el restaurante está a oscuras salvo por una fina línea de luz que se cuela desde algún lugar del fondo.

A mi madre le encantaban los restaurantes italianos pequeños como este.

Lleva muerta tres semanas. Tres semanas desde que el cáncer ganó por fin y yo le sujeté la mano mientras se apagaba, susurrando disculpas que entonces no entendí.

Ahora sí las entiendo.

—Lo siento, cariño —me dijo, apenas un susurro—. Intenté mantenerte alejada de todo eso.

Todo eso significaba el tío Francesco. Todo eso significaba el negocio de la familia del que me protegió durante veinte años. Todo eso significaba el monstruo con el que se supone que me case dentro de tres semanas.

Se me revuelve el estómago y tengo que tragar con fuerza para no vomitar aquí mismo en la acera.

Daniil Morozov.

Solo pensar su nombre me pone la piel de gallina. Francesco lo anunció en la cena como si me hablara del tiempo. —Te casarás con Daniil el mes que viene. Es bueno para el negocio—.

Bueno para el negocio. No «Te tratará bien» ni «Serás feliz». Solo bueno para el negocio.

Los otros hombres en la mesa ni siquiera pudieron mirarme. Ahí supe lo mal que estaba todo. Esos hombres—asesinos, ladrones, criminales—, no pudieron sostenerme la mirada cuando Francesco dijo el nombre de Daniil.

Luego supe por qué. Oí a dos soldados de Francesco hablando cuando creyeron que yo dormía.

—Pobre cría —dijo uno—. ¿Has oído lo que le pasó a su última novia?

—¿Cuál? ¿La rusa a la que encontraron en pedazos, o la camarera que simplemente desapareció?

—A las dos. Ese tío es un puto psicópata. Hasta Francesco le tiene miedo.

En pedazos. Encontraron a una chica en pedazos.

Me tiemblan más las manos mientras llamo a la puerta de Rosso's. Suave al principio, y más fuerte cuando nadie contesta. Sé que hay alguien aquí. He visto una sombra pasar por la ventana hace un minuto.

—Por favor —susurro, y luego más alto—. Por favor, necesito ayuda.

Nada.

Vuelvo a llamar, más fuerte esta vez. Los nudillos me escuecen por el frío y por la fuerza del golpe. —Sé que hay alguien ahí. Por favor. Yo solo... necesito...

¿Qué? ¿Qué necesito? ¿Amparo? ¿Protección? ¿Que alguien me salve de mi propia familia?

Soy la sobrina de Francesco Torrino. Nadie en Chicago me ayudará. Nadie se atrevería.

Pero tenía que intentarlo. Mamá siempre decía que los Sartori eran diferentes a las otras familias. —Tienen reglas —me decía—. Líneas que no cruzan—. Nunca lo dijo claramente, pero lo entendí. Si alguna vez necesitaba ayuda, de verdad la necesitaba, quizá ellos serían a quienes pedirla.

Salvo que mamá no sabía que necesitaría ayuda por culpa de su propio hermano.

El viento arrecia y me abrazo a mí misma. Los moratones en la parte alta del brazo laten donde Francesco me agarró ayer cuando intenté rechazar el compromiso. —Harás lo que se te diga —dijo, sus dedos clavándose con tanta fuerza que dejaron marcas—. Tu madre te mantuvo blandita, pero eres una Torrino. Servirás a la familia.

Servir a la familia casándome con un monstruo. Servir a la familia muriendo hecha pedazos como aquellas otras chicas.

Apoyo la frente en la puerta, el agotamiento mareándome. Llevo dos horas andando, demasiado asustada para coger un taxi por si los hombres de Francesco estaban vigilando.

La memoria USB me quema en la palma, donde la he estado apretando durante la última hora. Una cosa tan pequeña para contener la destrucción de mi tío—o la mía, según quién se haga con ella primero.

Lo grabé todo. Tres semanas de reuniones de Francesco cuando creía que yo estaba arriba, de luto por mi madre. Los tratos con los rusos. El poli al que lleva pagando. El cargamento que robó a los Sartori la semana pasada, riéndose de cómo Pietro iba a perder la cabeza.

Pruebas que podrían destruirlo. Pruebas que podrían conseguir que me maten.

Pero es lo único que tengo para negociar.

Mis dedos siguen el nombre del restaurante grabado en el cristal. Rosso's. Este sitio es de Lorenzo Sartori. Lo sé porque Francesco se queja de él constantemente. De cómo Lorenzo convirtió negocios

legítimos en un imperio manteniendo las manos limpias del trabajo real de la familia.

—Blandengue —le llama Francesco—. Se cree mejor que nosotros con sus restaurantes y sus trajes—.

Pero yo recuerdo otra cosa.

Yo tenía ocho años y salí corriendo tras una pelota en medio del tráfico de Michigan Avenue. El grito de mi madre todavía me resuena a veces en las pesadillas. El taxi debería haberme matado. Me habría matado, si un hombre no me hubiese pegado un tirón tan fuerte que los dos acabamos contra el suelo.

—¿Estás bien, piccola? —su voz fue suave. Le caía sangre de un tajo en la palma donde se la había raspado—. Tienes que tener más cuidado—.

Me acompañó de vuelta hasta mi madre, que lloraba tan fuerte que no podía hablar. Luego me dijo quién era. Lorenzo Sartori. El hijo del enemigo.

—Pero me salvó —dije yo, confundida por la idea de que alguien malo pudiera hacer algo bueno.

—A veces —dijo con cuidado—, las personas son más complejas que las familias en las que nacen—.

Doce años. Él tenía veintidós entonces, lo que significa que ahora tiene treinta y cuatro. Lo sé porque estos días le he buscado en internet. Segundo al mando de la familia Sartori. Al diplomático, le llaman, aunque Francesco dice que eso es solo otra palabra para manipulador.

Puede que el hombre que me salvó ya no exista. Doce años en esta vida cambian a la gente. Los endurecen. Los rompen y los moldean en formas que encajan mejor con la violencia.

Pero me he quedado sin opciones.

La puerta se abre de repente y me voy de bruces, apenas me sostengo. La luz me inunda la vista y, cuando se despeja, estoy mirando a un hombre con traje. No es Lorenzo.

—Estamos cerrados —dice, ya moviéndose para cerrar la puerta.

—¡Espere! —calzo el pie en la rendija, la desesperación dándome valor—. Necesito ver a Lorenzo Sartori.

Entorna los ojos. —Nadie ve al señor Sartori sin cita previa—.

—Dígale... —se me quiebra la voz. Carraspeo y lo intento de nuevo—. Dígale que está aquí Sophia Torrino. Dígale que la chica de Michigan Avenue necesita su ayuda—.

La mirada que me lanza me lo dice todo.

—¿Torrino? —La mano le va a la cadera, donde veo el bulto de un arma—. ¿La sobrina de Francesco?

—Sí —la palabra me sabe a ceniza—. Pero no vengo por él. Vengo porque... —saco la memoria, levantándola como una bandera blanca—. Porque tengo información que los Sartori necesitan. Sobre el cargamento. Sobre todo—.

El hombre me mira fijamente un buen rato. Puedo ver cómo sopesa opciones, cómo calcula riesgos. Al final, se hace a un lado.

—Espere aquí—.

La puerta se me cierra en las narices. Me quedo de nuevo de pie en el frío, pero no me han echado.

Todavía.

Apoyo la espalda en el muro de ladrillo, con las piernas temblándome por algo más que el frío.

La puerta se abre otra vez.



LORENZO

La puerta del despacho se abre sin llamar. Solo una persona tiene ese privilegio.

—Tenemos un problema —la voz de Dante corta la neblina de whisky que llevo cultivando la última hora.

No levanto la vista de los manifiestos de envío. —A no ser que los muelles estén ardiendo o que Pietro por fin haya perdido la

cabeza y matado a alguien importante, puede esperar—.

—Sophia Torrino está abajo pidiendo verle—.

El vaso se detiene a medio camino de mi boca. Lo dejo con cuidado, la mente ya calculando ángulos. La sobrina de Francesco. Aquí. A las tres de la mañana.

—¿Sola? —ya estoy alcanzando la Glock en el cajón del escritorio, comprobando la recámara con eficacia entrenada.

—Por lo que puedo decir. —Dante avanza más en la sala, su presencia llenando el espacio como siempre—. He mandado a Aldo revisar el perímetro. No hay coches al ralentí ni movimiento que no sea nuestro. Ha venido andando; llevaba diez minutos fuera antes de llamar—.

—¿Armada?

—No, a menos que esconda algo impresionante bajo ese abrigo. La chica está medio congelada y tan asustada que parece que va a deshacerse a pedazos—.

Me pongo en pie, metiendo el arma en la cintura. —Podría ser una trampa. Francesco usando a la familia para acercarse—.

—Podría —la expresión de Dante no cambia, pero capto el ligero ajuste en su postura. Preparado para la violencia a una palabra mía —. Pero ha mencionado Michigan Avenue. Ha dicho que la chica de Michigan Avenue necesita su ayuda—.

Joder. Se acuerda.

Hace doce años. La cría con la pelota y el instinto suicida. Pelo oscuro, ojos enormes, la madre llorando lo bastante fuerte como para montar un espectáculo. Me fui con sangre en las manos—la mía, por una vez—y traté de olvidarlo.

—Tiene información sobre el cargamento —añade Dante—. Le enseñó a Aldo una memoria—.

Esto es una trampa. Tiene que serlo. Francesco Torrino no hace movimientos tan obvios salvo que esté desesperado o jugando a algo más profundo. Pero la chica...

—Hazla subir —las palabras me salen antes de pensarlo mejor—. Por la cocina, las escaleras de atrás. Y, Dante... —Se detiene en la puerta—. Mantén la mano en el arma—.

—Siempre lo hago—.

La puerta se cierra detrás de él con un clic suave.

Me sirvo otro whisky, y luego me lo pienso mejor y sirvo uno para ella también. Si esto es una trampa, al menos moriré con buen licor en el cuerpo. Si no lo es...

Cristo, ¿qué clase de desesperación lleva a una Torrino a llamar a mi puerta?

Dante Castellani me cubre las espaldas desde que éramos adolescentes. Su padre trabajó para el mío hasta que un trato salió mal y empezaron a volar las balas. Dante encajó tres tiros que iban para mí aquella noche; casi se me desangra en brazos en algún almacén del South Side. Él tenía dieciocho. Yo, dieciséis.

Él vivió. Su padre no.

Mi padre lo acogió después—no por caridad, sino porque vio lo que yo ya sabía. Dante había nacido para esta vida. No solo para la violencia, aunque en eso destaca, sino para la estrategia. La lealtad. La capacidad de ver tres jugadas por delante mientras los demás aún están reaccionando a la anterior.

Con su metro noventa de amenaza contenida, Dante domina una sala sin decir una palabra. Tiene esa manera de quedarse completamente quieto justo antes de que estalle la violencia, como un lobo decidiendo si mereces la energía de matarte. La cicatriz que le cruza la ceja izquierda le da un aire de escepticismo perpetuo, que no anda lejos de la verdad.

Ahora es mi consigliere, la única persona fuera de la familia en la que confío por completo. Dante prendería fuego a Chicago si se lo pido. Es más, probablemente lo disfrutaría.

El golpe suena exactamente tres minutos después. Profesional, medido: la firma de Dante incluso en algo tan simple como anunciarse.

—Adelante—.

La puerta se abre y ella entra primero, con Dante pegado detrás. Él cierra la puerta y luego se coloca apoyado en ella, con los brazos cruzados. Su mensaje es claro: nadie sale sin permiso.

Sophia Torrino se detiene a un metro de mi mesa y se queda helada.

Ya no es la niña a la que saqué del tráfico. Ahora tendrá veinte, quizá veintiuno. El pelo color miel oscura le cae en ondas por los hombros y el viento de noviembre lo ha vuelto salvaje. Lleva el abrigo abierto, dejando ver un vestido negro sencillo debajo.

Pero son sus ojos los que me paran en seco. Del mismo castaño miel que hace doce años, pero la inocencia se ha ido. Sustituida por algo que conozco demasiado bien: desesperación sostenida a duras penas por pura voluntad.

Tiembla. Los labios tienen un tinte azulado que dice que ha estado fuera demasiado tiempo. Esto es miedo, profundo, primario. Del que viene de saber exactamente lo mal que pueden ponerse las cosas.

Aun así, no habla.

—Me estás empapando la moqueta —digo, manteniendo la voz neutra—.

Parpadea, mira hacia el charco que se forma alrededor de sus botas. —Perdón, yo...

—Siéntese —le indico una de las butacas de cuero frente a mi mesa—. Antes de que se desplome—.

Se mueve como si andara por arenas movedizas, cada paso cuidadoso. Cuando se sienta, se queda en el borde de la silla, lista para correr. Lista espabilada.

Aunque si necesita huir de mí, ya ha perdido.

Le empujo el whisky por encima de la mesa. —Beba—.

Le tiembla la mano al cogerlo y tiene que usar las dos para llevarse el vaso a los labios. El primer sorbo la hace toser, pero aun así toma otro. El color empieza a volverle a las mejillas.

—¿Mejor?

Asiente y deja el vaso con cuidado. Los dedos se le enredan en el regazo y me fijo en que lleva las uñas comidas hasta la carne. Cuando por fin habla, la voz apenas supera un susurro.

—Usted me salvó la vida una vez—.

Espero. Dejo que el silencio se estire hasta que tenga que llenarlo.

—Necesito que lo haga otra vez—.

Joder.

La maldición me rebota en el cráneo mientras mantengo la expresión neutra. Esto es exactamente lo que no necesito. Una Torrino sentada en mi despacho a las tres de la mañana pidiendo protección.

—Es una petición pesada, señorita Torrino—.

—Sé lo que pido —alza la barbilla y, por un segundo, veo algo fiero bajo el miedo—. Sé quién es. Lo que es. Sé que venir aquí me convierte en una traidora para mi familia—.

—Entonces, ¿por qué?

Se mete la mano en el bolsillo del abrigo y veo a Dante moverse apenas. Pero solo saca una memoria, que deja entre ambos sobre mi mesa.

—Porque en diez días se supone que me case con Daniil Morozov —la voz se le quiebra en su nombre—. Y prefiero ser una traidora viva que una novia muerta—.

El nombre queda suspendido en el aire como un arma cargada. Morozov. El psicópata ruso que ha estado convirtiendo los bajos fondos de Chicago en su patio de recreo personal. El que, según dicen, dejó a su última novia en pedazos—literalmente—.

Y Francesco está vendiendo a su propia sobrina a ese hombre.

Haz clic AQUÍ para leer la historia de Lorenzo.

ESCENA BONUS EXCLUSIVA

¡Gracias por leer Pietro! ¿Quieres descubrir qué les ocurre después? Puedes averiguarlo en este epílogo extra exclusivo haciendo clic aquí o escaneando el código QR y serás el primero en saber cuándo estará disponible cada libro de la serie Sartori Syndicate.

Disponible en ningún otro lugar



Haz clic AQUÍ para leer la historia de Lorenzo.

Únete a los lectores que llamaron a este libro:

- "No puedes soltarlo" 📖
- "¡Me encantó absolutamente!" ❤️
- "¡Mejor libro del año!" ⭐⭐⭐⭐⭐
- 🔥🔥🔥🔥🔥

PLAN DE ACCIÓN DE 2 MINUTOS:

1️⃣ Deja una reseña (¡incluso solo "¡Increíble!" o 🔥🔥🔥 cuenta!)

2️⃣ Haz una captura de pantalla y publícala en redes sociales

3️⃣ Etiquétame @sherryblakeauthor

4️⃣ Únete a mi Grupo de Facebook para participar: https://facebook.com/groups/sherryblake

Un ganador aleatorio cada mes recibe un libro en rústica firmado GRATIS.

¡Podrías ser tú! 🎁

ACERCA DE SHERRY BLAKE

Sherry Blake escribe novelas románticas de mafia candentes con pasión, corazón y un poco de crudeza. Sus historias se nutren de experiencias reales, moldeadas por un pasado que le enseñó fortaleza, supervivencia y el poder del amor en todas sus complicadas formas.

Es una mujer casada, madre de tres hijos y narradora a tiempo completo que todavía cree en la magia de un buen chico malo. Cuando no está escribiendo, la encontrarás persiguiendo el caos, tomando café o pasando el tiempo con su mimado gato, Simba.

Sus libros son crudos, audaces y un poco peligrosos, justo como los hombres que los protagonizan.

¿Quieres saber más sobre ella?

Síguele la pista 👇

Grupo de Facebook: facebook.com/groups/sherryblake

Website: sherryblake.com

Oder... 👇👇👇



OTRAS OBRAS DE SHERRY BLAKE

Feretti Syndicate Series

Ruined By Revenge (Book One)

Ruined By Blood (Book Two)

Ruined By Rhapsody (Book Three)

Ruined By Capture (Book Four)

Ruined By Protection (Book Five)

Ruined By Ravishment (Book Six)

Sartori Syndicate Series

Pietro

Lorenzo

German Edition

Ruiniert Durch Rache

Ruiniert Durch Blut

Ruiniert Durch Rhapsodie

Ruiniert Durch Entführung

Ruiniert Durch Schutz

Ruiniert Durch Hingabe

Pietro

Lorenzo

French Edition

Ruinée Par La Vengeance

Ruinée Par Le Sang

Ruinée Par La Rapsodie

Ruinée Par La Capture

Ruinée Par La Protection

Ruinée Par Le Ravissement

Pietro

Lorenzo

Italian Edition

Rovinata Dalla Vendetta

Rovinata Dal Sangue

Rovinata Dalla Rapsodia

Rovinata Dalla Cattura

Rovinata Dalla Protezione

Rovinata Dal Rapimento

Pietro

Lorenzo

Spanish Edition

Destruida Por La Venganza

Destruida Por La Sangre

Destruida Por La Rapsodia

Destruida Por La Captura

Destruida Por La Protección

Destruida Por El Arrebato

Pietro

Lorenzo

Brazilian Edition

Destruida Pela Vingança

Destruida Pelo Sangue

Destruida Pela Rapsódia

Destruida Pela Captura

Destruida Pela Proteção

Destruída Pelo Arrebatamento

Pietro

Dutch Edition

Geruïneerd Door Wraak

Geruïneerd Door Bloed

Geruïneerd Door Rapsodie

Geruïneerd Door Gevangenschap

Geruïneerd Door Bescherming

Geruïneerd Door Verrukking

Pietro

Other...

Audiobooks

Discreet Paperbacks

Swag & More

YouTube Edition
